



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos*.
Primera época (1942-1985).
México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

Datos de la revista:

Año XXXVIII, Vol. CCXXV, Núm. 4 (julio-agosto de 1979).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

M E X I C O

4

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
México 12. D. F.
Apartado Postal 965
México 1, D. F.
Teléfono 575-00-17

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL LIBROS DE MEXICO, S.A.
Av. Coyoacán No. 1035

AÑO XXXVIII

4

JULIO-AGOSTO
1979

INDICE

Pág. 3

LOS SECTORES PUBLICO Y PRIVADO SE UNEN PARA PRODUCIR MAS QUE UTILIDADES



Sabemos que el petróleo es mucho más que combustible. Desarrollar la industria Petroquímica significa expandir nuestra capacidad de producir fibras textiles, plásticos y un sinfín de derivados del petróleo. Esto, al mismo tiempo, nos permite importar cada vez menos y exportar cada vez más. En este esfuerzo está Banca Somex. Decididamente. Claro, la petroquímica requiere de una inversión considerable y financiamiento a largo plazo. Los beneficios para el país y para el mejoramiento de nuestro nivel de vida, son también muy importantes... y a corto plazo.

Somos una organización financiera de fomento, integrada con recursos de los sectores público y privado. Apoyar el desarrollo económico de México no es un objetivo entre otros sino la tarea más importante de Banca Somex.



BANCA SOMEX, S.A.
LA MULTIBANCA DE FOMENTO

CVE 021-11-0000-5-18-78

CUILLERO CAFE



instituto mexicano del café 

Paseo de la Reforma 300-13 México 6, D.F.

PROBLEMAS DEL DESARROLLO
Revista Latinoamericana de Economía

Publicación trimestral del Instituto de Investigaciones Económicas
 de la Universidad Nacional Autónoma de México

México, D. F. Vol. X, No. 37 Febrero-Abril 1979

Director: Arturo Bonilla Sánchez
 Secretario: Juvencio Wing Shum

C O N T E N I D O :

PETROLEO Y ENERGETICOS

Artículos

Arturo Bonilla Sánchez: *Energéticos y la nueva riqueza petrolera.*
 Ignacio Galindo: *Situación actual y perspectivas de la energía solar en México.*

Jorge Boutón: *La política económica del petróleo.*

José Luis Ceceña Cervantes: *México: política económica, planificación y energéticos.*

John Saxe-Fernández: *Importancia estratégica del petróleo mexicano.*

Arturo Ortiz Wadgymar: *Impacto del petróleo en el comercio exterior de México.*

Ángel Bassols Batalla: *Impacto regional del petróleo en México.*

Ramón Martínez Escamilla: *México: explotación petrolera e ideología dominante.*

Heberto Castillo: *El gasoducto a Texas.*

José Dávalos H.: *Ecuador: política petrolera.*

Ma. Remedios Hernández: *Apuntes sobre el sindicalismo petrolero en la región Huasteca.*

Suscripciones: República Mexicana, 150 pesos anuales por correo ordinario registrado y 170 pesos anuales por correo aéreo registrado. Al exterior, por correo aéreo registrado, 18 dólares (EUA) 22 dólares anuales a otros continentes.

Por cada suscripción anual será enviado un ejemplar del Índice General por autores y temas de los primeros 20 números.

PROBLEMAS DEL DESARROLLO, Instituto de Investigaciones Económicas. Apartado Postal 20-721, México 20, D. F.

Una guía fundamental,
sencilla y actual



- Las exportaciones
- Las importaciones
- Los organismos de control
- El régimen jurídico fronterizo
- La interpretación de la terminología
- La oferta de mercancías
- Modalidades de pago
- Seguro de crédito y financiamiento
- El contrato de compraventa internacional
- El arbitraje comercial internacional

\$ 150.00

Para el exterior **Dls. 10.00**

Envíe cheque o giro postal al

Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A.

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES
Av. Chapultepec 230, 2o. piso, México 7, D.F.

Cuando el hombre produce para todos

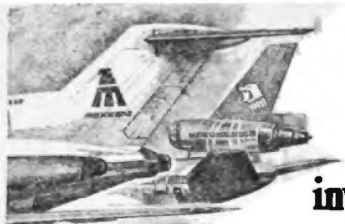


El Banco del Atlántico apoya y respalda al industrial, al agricultor o al ganadero que incrementa la productividad del país, otorgándole créditos con tasa de interés reducido, de acuerdo con los compromisos adquiridos por la Banca en apoyo de la producción.



BANCO DEL ATLÁNTICO

Institución de Banco Múltiple
todo un océano de posibilidades



100,000
inversionistas fortalecen
nuestro desarrollo...



...y multiplican su dinero



que les produce hasta 13.44% anual neto

El mundial grupo Nacional Financiera, S.A. dispone 20.000 millones de pesos en los sectores de programas industriales que generan nuevas acciones y que otorgan un alto nivel de fortalecimiento de nuestra economía.

Todo con el compromiso que nos han confiado sus accionistas de obtener el máximo rendimiento de los más productivos de nuestra economía, pero a su altura para sus propios intereses.

Así como su inversión, su dinero se verá de más pronto.

* Rendimiento anual promedio de las acciones de la Bolsa Mexicana de Valores en el periodo 1980-1985.



nacional financiera, s. a.

Sede en Caracas 11, Torre 1, 3.º y 5.º Pisos de la Reforma 136 y Cal. Pinar de la Universidad 1888 (Paseo Universidad)

realiza los grandes proyectos nacionales



¡ DELICIOSO !

**así exclamará cuando paladee
una taza de café
después de comer**



café mex



COLECCION DE FOLLETOS PARA LA HISTORIA
DE LA REVOLUCION MEXICANA DIRIGIDA
POR JESUS SILVA HERZOG

LA CUESTION DE LA TIERRA

TOMO 1o.—1910-1911.—De Oscar Braniff, Alberto García Granados, Lauro Viadas, Pastor Rouaix, Gustavo Durán, Wistano Luis Orozco, Andrés Molina Enríquez y Rómulo Escobar.

TOMO 2o.—1911 a 1913.—De Carlos Basave y del Castillo Negrete, Felipe Santibáñez, Antenor Sala, Rafael L. Hernández, T. Esquivel Obregón, José L. Cossío, Roberto Gayol, M. Marroquín y Rivera, Juan Sarabia, Miguel Alardin, Adolfo M. Isassi, José González Rubio, Gabriel Vargas y Luis Cabrera.

TOMO 3o.—1913-1914.—De José Covarrubias, Roberto Gayol, Telésforo García, Cesáreo L. González, Zeferino Domínguez, Paulino Martínez, Manuel Bonilla, José L. Cossío, Antonio Sarabia, M. Mendoza López Schwertfeger, Pastor Rouaix y José I. Novelo.

TOMO 4o.—1915-1917.—De José Domingo Ramírez Garrido, Francisco Loria, Salvador Alvarado, Rafael Nieto, Plutarco Elías Calles, J. M. Luján, Fernando González Roa, Miguel Angel Quevedo, Vicente Lombardo Toledano y Manuel Gamio.

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS

PRECIOS:

	Pesos	Dls.
México	60.00	
Extranjero		3.00

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

II CONCURSO ENSAYO SIGLO VEINTIUNO

Qué hacer en América Latina

Ensayos sobre el presente americano con extensión mínima de 150 páginas y máxima de 300.

Primer premio de US \$ 5,000; segundo de US \$ 3,000; dos terceros de US \$ 1,000 cada uno

Se recibirán originales hasta el 31 de diciembre de 1979.

Los ensayos premiados serán publicados.



Se fija un 10 % sobre el precio de venta de cada libro en pago por derechos de autor.

Solicite información adicional a:

Siglo XXI Editores, S.A.

Apartado postal 20-626

México, D.F.



Renault 17



Renault 15

¿Va usted a Europa? viaje en RENAULT nuevo con garantía de fábrica

Viajando en automóvil es como realmente se conoce un país, se aprende y se goza del viaje.

Además, el automóvil se va transformando en un pequeño segundo hogar, lo que hace que el viaje sea más familiar y grato.

Tenemos toda la gama RENAULT para que usted escoja (RENAULT 4, 8, 8, 12 y 12 quatin, 15, 16 y 17).

Se lo entregamos donde usted desee y no

tiene que pagar más que el importe de la depreciación.

Es más barato, mucho más, que alquilar uno.

Si lo recibe en España, bajo matrícula TT española, puede nacionalizarlo español cuando lo desee, pagando el Impuesto de lujo. Por ejemplo, el RENAULT 12 paga . . . 32.525,00 Pesetas y otros gastos menores insignificantes.

AUTOS FRANCIA, S. A. Serapio Rendón 117 Tel. 535-37-08 Informes: Srta. Andión.

**EDICIONES DEL
INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS**

Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana, dirigida por Jesús Silva Herzog. Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La cuestión de la tierra, de 1910 a 1917 c/u	60.00	3.00
Bibliografía de la Historia de México, por Roberto Ramos	120.00	6.00
Los bosques de México, relato de un despilfarro y una injusticia, por Manuel Hinojosa Ortiz	12.00	0.60
Nuevos aspectos de la política económica y de la administración pública en México, por Emilio Mújica, Gustavo Romero Kolbeck, Alfredo Navarrete, Eduardo Bustamante, Julián Rodríguez Adame, Roberto Amorós, Ricardo J. Zevada y Octaviano Campos Salas	30.00	1.50
Explotación individual o colectiva. El caso de los ejidos de Tlahualilo, por Juan Ballesteros Porta	12.00	0.60
Historia de la expropiación de las empresas petroleras, por Jesús Silva Herzog	60.00	3.00
El problema fundamental de la agricultura mexicana, por Jorge L. Tamayo	30.00	1.50
Trayectoria y ritmo del crédito agrícola en México, por Alvaro de Albornoz	80.00	4.00
Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí, por Eloisa Alemán	20.00	1.00
Investigación socioeconómica directa de los ejidos de Aguascalientes, por Mercedes Escamilla	Agotado	
La reforma agraria en el desarrollo económico de México, por Manuel Aguilera Gómez	50.00	2.50
El pensamiento económico, social y político de México (1810-1964), por Jesús Silva Herzog	Agotado	
México visto en el siglo XX, por James Wilkie y Edna M. de Wilkie	120.00	6.00

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DE PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	América y España	
		México Pesos Precios por ejemplar	Dólares
1942	110.00	5.20
1943	110.00	5.20
1944	Números 3 y 5	110.00	5.20
1945	Números 4 y 5	110.00	5.20
1946	110.00	5.20
1947	Números 1 y 6	110.00	5.20
1948	Número 6	110.00	5.20
1949	110.00	5.20
1950	110.00	5.20
1951	110.00	5.20
1952	Número 4	110.00	5.20
1953	Números 3 y 6	110.00	5.20
1954	110.00	5.20
1955	Número 6	110.00	5.20
1956	Números 4 al 6	90.00	4.35
1957	Números 1 al 6	90.00	4.35
1958	Número 6	90.00	4.35
1959	Números 3 al 5	90.00	4.35
1960	90.00	4.35
1961	Número 5	90.00	4.35
1962	Números 4 y 5	90.00	4.35
1963	90.00	4.35
1964	Números 1, 2 y 6	90.00	4.35
1965	90.00	4.35
1966	Número 6	90.00	4.35
1967	Números 1, 4, 5 y 6	90.00	4.35
1968	Números 3 al 6	90.00	4.35
1969	Números 2 y 6	90.00	4.35
1970	Número 4	90.00	4.35
1971	Números 2 y 4	55.00	2.65
1972	Números 1, 3 al 6	55.00	2.65
1973	Números 1 y 6	55.00	2.65
1974	Número 6	55.00	2.65
1975	Números 1 al 5	55.00	2.65
1976	Números 1 al 3	55.00	2.65
1977	Número 1	55.00	2.65
1978	Números 1, 4, 5 y 6	55.00	2.65

SUSCRIPCION ANUAL

México	250.00	
Otros países de América y España		15.50
Otros países de Europa y otros continentes		18.25

PRECIO POR EJEMPLAR DEL AÑO CORRIENTE

México	50.00	
Otros países de América y España		3.10
Otros países de Europa y otros continentes		3.65

LOS PEDIDOS PUEDEN HACERSE A:

Av. Coyocacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

o por teléfono al 575-00-17

VEANSE EN LA SOLAPA POSTERIOR LOS PRECIOS DE NUESTRAS PUBLICACIONES EXTRAORDINARIAS



**FONDO
DE**



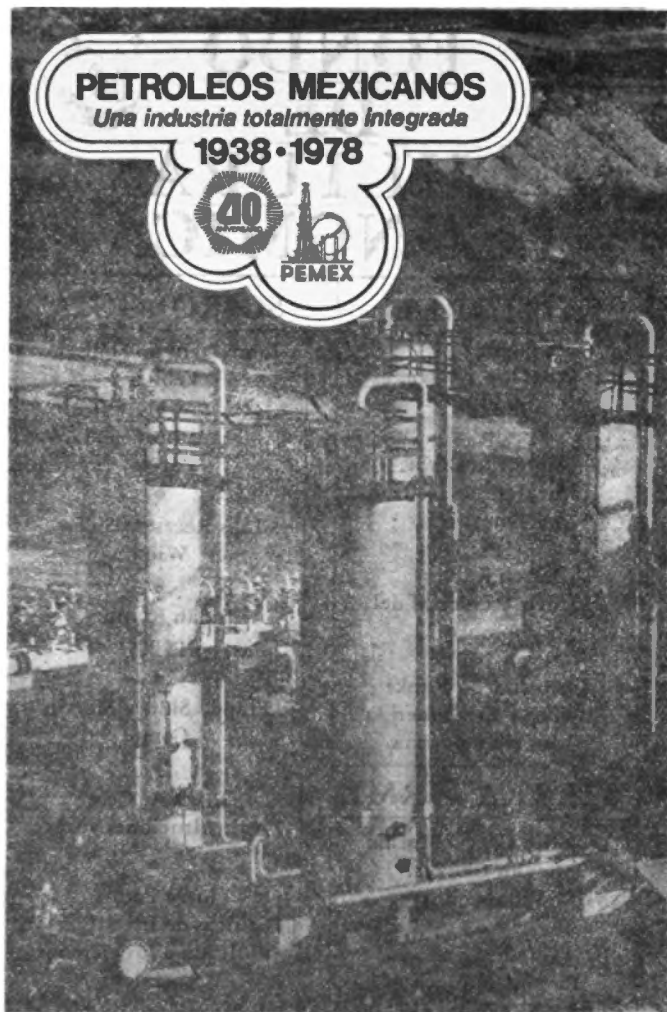
**CULTURA
ECONOMICA**

HISTORIA	SOCIOLOGIA
<p>José Gaos Historia de nuestra idea del mundo</p> <p>•</p> <p>Antonello Gerbi La naturaleza de las Indias Nuevas</p> <p>•</p> <p>Erich Kahler Historia universal del hombre</p> <p>•</p> <p>Leopold Von Ranke Pueblos y Estados en la historia moderna</p>	<p>John Atkinson Hobson Veblen</p> <p>•</p> <p>Franz Borkenau Pareto</p> <p>•</p> <p>Luis Recaséns Siches Wiese</p> <p>•</p> <p>Judah Rumney Spencer</p> <p>•</p> <p>Francis Sidney Marvin Comte</p> <p>•</p> <p>Lewis A. Coser Las instituciones voraces</p> <p>•</p> <p>Jorge Padua Técnicas de investigación aplicada a las ciencias sociales</p>
TIERRA FIRME	
<p>Roberto García Morillo Carlos Chávez.</p> <p>Vida y obra</p> <p>•</p> <p>Jesús Lara La poesía quechua</p>	

PETROLEOS MEXICANOS

Una industria totalmente integrada

1938 • 1978



INDICES

CUADERNOS AMERICANOS

Estos índices —por materias y actores— abarcan los primeros 30 años de la vida de "Cuadernos Americanos", de enero-febrero de 1942 a noviembre-diciembre de 1971.

Obra de consulta indispensable para quienes se interesan por la cultura latinoamericana, principalmente, así como también por la de España y de algunos otros países como Estados Unidos, Francia, la Unión Soviética, China Popular, etc.

Precios:

	Pesos	Dólares
México	180.00	
América y España	-	9.00
Europa y otros continentes		9.35

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

SIN NOMBRE

Apartado 4391

San Juan, Puerto Rico 00905

o

Cordero No. 55

Santurce, Puerto Rico 00911

SUMARIO: VOLUMEN VIII, NO. 1 ABRIL-JUNIO 1977.

IRIS M. ZAVALA: *Puerto Rico SIGLI XIX: Literatura y sociedad*. KATALIN KULIN: García Márquez: "El otoño del patriarca". JUAN ANTONIO CORRETTJER y JOSE FERRER CANALES: *Juan Marinello*. EDMUND BURKE III: *Franz Fanon: un enfoque retrospectivo*. JUAN LOVELUCK: *Pablo Neruda en Oriente*. CARLOS ROBERTO MORAN: *Los lenguajes, la dependencia, el intento liberador*. LOS LEBROS: LUCE LOPEZ BARALT, JUAN CARLOS LERTORA, CARLOS MENESES, EFRAIN BARRADAS, FRANCISCO CAUDET. COLABORADORES.

NUMEROS EXTRAORDINARIOS: Volumen VII No. 2 Certámenes 1975. Volumen VII No. 3 La Mujer. Suscripción Anual \$10.00. Estudiantes P. R. \$6.00. Números extraordinarios \$5.00.

REVISTA IBEROAMERICANA

Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

Director-Editor Alfredo A. Roggiano, 1312 C.L., Universidad de Pittsburgh

Vol. XLIV

No. 104-105

Julio-Diciembre de 1978

Estudios: Alfredo A. Roggiano, Irving A. Leonard, notable hispanoamericanista norteamericano; Juan Adolfo Vázquez, El campo de las literaturas indígenas latinoamericanas; Juan Durán Luján, Lo profético como estilo en la *Brevísima Relación de la Destrucción de Indias*, de Bartolomé de las Casas; José Juan Arrom, Precursoras coloniales de la narrativa hispanoamericana; José de Acosta o la ficción como biografía; Enrique Papo-Walker, *Los Comentarios reales* y la historicidad de lo imaginario; Raquel Chang-Rodríguez, *Relectura de Los empeños de una casa*; Rafael Catalá, La trascendencia en *Primer sueño*: el insecto y el águila; Emilio Carilla, Solórzano Pereira, defensor de los pobres; Luis Monguilo, Palabras e ideas: "patria" y "nación" en el virreinato del Perú; Armando Zárate, *El Facundo*: un héroe como su mito; Angela B. Dellepiani, Los folletines gauchoscos de Eduardo Gutiérrez. *Notas:* Julio Ortega, El Inca Garcilaso y el discurso de la cultura; Julio Durán Cerda, *Arasco domado*, poema manierista; Raimundo Lida y Ema Speratti, Lacunna en México; Enrique Anderson Imbert, La filosofía del tiempo en Andrés Bello; Carlos García Barrón, Ricardo Palma: poeta deparador; María Bonatti, Juan Moreira en un contexto modernista. *Documentos:* William C. Bryant, *La relación de un ciego*, plena dramática de la época colonial. *Bibliografía:* Raquel Chang-Rodríguez y Donald A. Yates, Crono-bibliografía de Irving A. Leonard. *Reseñas:* Raquel Chang-Rodríguez, sobre Mirta Aguirre Carreras, *Del encanto a la sangre: Sor Juana Inés de la Cruz*; Luis Leal, sobre Raquel Chang-Rodríguez y Donald A. Yates, *Homage to Irving A. Leonard*.

Precio del ejemplar (104-105): 10 Dls. Precio de la suscripción anual: Países latinoamericanos: 10 Dls., otros países: 20 Dls. Socios regulares: 25 Dls.; Socios protectores: 80 Dls. Suscripciones y otras: Julia Fawaz Viñuela, Canje: Lillian Seddon Lomno.

REVISTA IBEROAMERICANA, 1312 C.L. University of Pittsburgh, Pittsburgh PA. 15260.

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXXVIII

VOL. CCXXV

4

JULIO-AGOSTO

1 9 7 9

MÉXICO, D. F. 1º DE JULIO DE 1979

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942

JUNTA DE GOBIERNO

Juan Carlos ANDRADE SALAVERRIA

Rubén BONIFAZ NUÑO

Israel CALVO VILLEGAS

Pablo GONZALEZ CASANOVA

Fernando LOERA Y CHAVEZ

Manuel MARTINEZ BAEZ

Arnaldo ORFILA REYNAL

Javier RONDERO

Jesús SILVA HERZOG

Ramón XIRAU

Agustín YAÑEZ



Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ



Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia

CUADERNOS AMERICANOS

Número 4

Julio-Agosto de 1979

Vol. CCXXV

INDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Pág.</i>
FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA VEGA. "México reafirma su más noble tradición"	7
ALFRED STERN. Un intelectual europeo del siglo xx: Alfred Stern	14
EDGAR MONTIEL. La juventud latinoamericana: fuerza social del desarrollo	25
ANTONI KAPCIA. La novela cubana a partir de 1959, ¿revolución literaria o literatura revolucionaria?	33
ELISEO MENDOZA BERRUETO. Palabras pronunciadas por el Lic. Eliseo Mendoza Berrueto, Subsecretario de Educación Superior e Investigación Científica, en representación del C. Presidente de la República, Lic. José López Portillo, en ocasión de la entrega de las Preseas "Miguel Hidalgo"	46

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

MARTHA ROBLES. Ideología y conocimiento científico	55
IRING FETSCHER. Condiciones para la supervivencia de la humanidad sobre la dialéctica del progreso	71
LEOPOLDO GONZÁLEZ AGUAYO. Los vecinos de las grandes potencias. Desde un punto de vista menos formal	82

PRESENCIA DEL PASADO

BERNARDO SUBERCASEAUX S. Filosofía de la historia, novela y sistema expresivo en Chile (1840-1850)	99
--	----

JESÚS SILVA HERZOG. Durante la presidencia del General Plutarco Elías Calles. Sucesos que es menester recordar	123
JOSÉ BLANCO AMOR. El Tango. Una nostalgia que debe morir	149

DIMENSION IMAGINARIA

MARIGLORIA PALMA. En torno a un cuento de Anton Che- khov	165
JANES FRANCES SPENCER. El claroscuro en la trilogía Lorquiana	171
SERGIO MAGAÑA. La mujer sentada	188
MORAIMA DE SEMPRÚN DONAHUE. El Lirismo en <i>El paso de los gansos</i> de Fernando Alegría	202
E. P. MOCEGA-GONZÁLEZ. La revolución y el hombre en el cuento "El llano en Llamas"	214
RAMIRO FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ. Anunciaciones y ocul- tamientos: Relectura de <i>Del Aire y la Piedra</i> de Emilio Bejel	230
PABLO GIL CASADO. Compromiso y novela en la genera- ción de 1954	235

Nuestro Tiempo

“MEXICO REAFIRMA SU MAS NOBLE TRADICION”

Por *Francisco MARTINEZ DE LA VEGA*

Dos sucesos de indudable trascendencia registrados entre el 17 y el 20 de mayo de este año reafirmaron una de las más nobles tradiciones mexicanas después de una imprevista, y todavía no clara en sus orígenes, renovación del gabinete gubernamental. Cuando los ciudadanos mexicanos se preparaban a seguir con atención, esta vez un tanto descuidada por la televisión, la muy retardada visita del Comandante Fidel Castro, Presidente del Consejo de Ministros de la República de Cuba, anunciada para el día 17 en la Isla de Cozumel que, con la de Mujeres, es la porción del territorio mexicano más cercano a la de Cuba se enteraron de que los Secretarios de Estado a cargo de las fundamentales tareas gubernamentales: Gobernación, Relaciones y Programación y Presupuesto habían renunciado “por motivos particulares”, la renuncia había sido aceptada “por el bien de la República” y hecha la designación de sus sustitutos. Si de esas renunciaciones y sustituciones había sido especialmente lamentada la del Srío. de Gobernación, Jesús Reyes Heróles, hombre identificado como el factor de una reforma política cuyas perspectivas esperanzadoras son las de dar más flexibilidad y autenticidad a las consultas electorales, presididas desde hace cuarenta años por el Partido Revolucionario Institucional el cual, desde su fundación, ha disfrutado del monopolio electoral y, en su realidad inmediata, constituyó la legalización de las actividades de los grupos políticos virtualmente consideradas como subversivas. La salida de Reyes Heróles ha sido recibida como la rectificación de esos propósitos democratizadores del régimen encabezado por López Portillo. La del Canciller Santiago Roel sorprendió a todos por estimarse inoportuna en la víspera de la visita del líder y máximo protagonista de la Revolución Cubana. La del Srío. de Programación y Presupuesto fue menos sorpresiva.

El hoy Comandante Castro estuvo, como se sabe, bastante tiempo en México después de su prisión posterior al asalto y masacre en el Cuartel Moncada, el acto más trascendente de la valiente oposición en los últimos años de la dictadura de Batista. En el país azteca, Castro, con los demás exiliados cubanos hizo los preparativos

para la excursión del "Gramna" y con los supervivientes de la "recepción" de los policías y militares batistianos sostuvo la revolución cubana en la Sierra Maestra hasta el triunfo, culminado al amanecer del año de 1959, cuando Camilo Cienfuegos, Ernesto Che Guevara, Raúl Castro y los demás colaboradores inmediatos de Fidel hicieron su entrada a la ciudad de La Habana. El caudillo entraría un día después y, desde entonces, cambió la historia de la Patria de Martí.

El anuncio de la visita de Fidel Castro fue hecho público dos días antes del suceso. Esta circunstancia, así como la del apartado sitio de la nación mexicana escogido como teatro del encuentro entre Fidel Castro y José López Portillo, cuando lo frecuente es anunciar esas visitas de estadistas con varias semanas de anticipación causó cierta sorpresa muy pronto disipada al pensar en fórmulas de seguridad para un viajero tan codiciado por lo terroristas de la derecha y para los que, organizados y pagados por la CIA aparentan móviles políticos.

La llegada de Fidel constituyó un suceso de rotundo interés en México y en gran parte del mundo. Debidamente registrados, numerosos periodistas norteamericanos y de agencias extranjeras, así como un número extraordinario de "turistas" de la misma nacionalidad se hicieron presentes en esa bella isla caribeña. En los diálogos entre el Comandante Castro y el Presidente López Portillo se expresó una espontaneidad, un sincero afecto que casi nunca se conoce en sucesos de esta naturaleza, tan controlados por los protocolos diplomáticos. No hubo, cuando menos en el conocimiento público, agenda ni discursos escritos. Ambos estadistas improvisaron lo mismo a la llegada que en todas las ocasiones en que hablaban. Fue notable el lenguaje claro con el cual Fidel habló de su cariño por México no sólo al recordar la protección que muchos mexicanos le brindaron en la preparación de la expedición del "Gramna" para nulificar la presión que otras autoridades tenían que emprender contra actividades ilegales y para calmar a los diplomáticos de Batista, sino, sobre todo, en la evocación de la actitud de México cuando la Organización de Estados Americanos, en 1964 ordenó la ruptura de relaciones de todos los países miembros con el régimen de Fidel Castro, quien pocos meses antes se había declarado marxista y dado ese carácter a la Revolución que encabezaba. Fidel recordó que la actitud fraternal de México sostenida por el Presidente Adolfo López Mateos fue solitaria pues los demás gobiernos, sin excepción, acataron la disposición de la OEA y contribuyeron así al bloqueo ordenado por Washington.

Fidel Castro, al iniciar su primer discurso, dijo que no necesitaba besar la tierra de México para comprobar su cariño y su gra-

titud, pues ese cariño y esa gratitud lo llevaba en el corazón, alusión clara al antecedente de Juan Pablo II quien al bajar de la escalerilla del avión de AEROMEXICO que lo trajo desde Puerto Rico besó la tierra en un acto cuya fotografía ha recorrido todo el territorio mexicano.

Por su parte, el Presidente López Portillo sorprendió a los observadores de la política latinoamericana, al expresarse con una efusión cordial a la persona del huésped y un reconocimiento a la dimensión de su obra. Dijo que Fidel era "el hombre del siglo" refiriéndose, seguramente, al continente americano. Apreció la dimensión de la tarea revolucionaria de Cuba y ratificó la admiración y la fraternidad entre mexicanos y cubanos y, sobre todo, la audacia y valentía con la cual la nueva Cuba había tomado el camino libremente escogido por el pueblo. No pocos observadores hicieron notar el contraste de esta cordialidad otorgada al Comandante Castro y la actitud mantenida frente al Presidente Carter unos meses antes.

Castro mostró una madurez de estadista, un respeto a las diferencias políticas, económicas e ideológicas entre la Revolución Cubana y la del país visitado, elogiando lo obtenido por los mexicanos y recalcando algo que parece enorgullecer a estos últimos: el hecho de que la de México, registrada en 1910 fue la primera con carácter social en la historia del mundo, así como la idea del Presidente López Portillo de manejar las riquezas petroleras del país que gobierna con un criterio humanista y, al mismo tiempo, en defensa de los intereses primordiales de México.

En las entrevistas de prensa contestó con soltura y locuacidad caribeñas a las preguntas más intencionadas de los reporteros mexicanos y extranjeros. Apuntó que las relaciones con los Estados Unidos han mejorado algo, muy poco, puesto que aunque el bloqueo ha cedido en su rigor, aún mantiene el Tío Sam su base en Guantánamo y no será sino hasta que los yanquis abandonen esa base que las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos podrán marchar sobre un camino firme.

De Somoza se expresó como lo hace habitualmente, esto es, con un lenguaje directo y franco calificando al dictador de Nicaragua como un hombre en guerra con su pueblo y que no tiene más tabla de apoyo que la ayuda de Washington, antes franca y hoy disimulada. Este juicio de Castro sobre Somoza fue incluido en los comentarios suscitados dos días después, cuando se registró la ruptura de relaciones entre México y el régimen presidido por el tercer Somoza.

De trascendencia histórica indudable es el encuentro de Castro y López Portillo en Cozumel. No fueron siempre tan cordiales y francas como suele creerse las relaciones entre Cuba y México. El

prejuicio y el despego se rompieron, ciertamente, cuando la visita del Presidente Echeverría a La Habana en 1975. Pero con el sucesor López Portillo nunca se pensó en una entrevista tan fraternal pues el presidente de México había cultivado, ciertamente, una política considerada como de inclinación derechista, justa o injustamente, por los comentaristas políticos de su país más acreditados como independientes. Sin embargo, pese a esas circunstancias, este encuentro fue una nota verdaderamente fraternal y, con seguridad, inicia una nueva etapa en la relación México-Cubana.

Síntoma de una actitud que anulará las consideraciones que colocan a López Portillo en una senda de rectificación de la política revolucionaria mexicana en sus capítulos más nacionalistas y más directos a la justicia social o hábil maniobra preparatoria antes de la segunda entrevista con el Presidente norteamericano James Carter en los arreglos petroleros, en proceso difícil hasta hoy, será la historia de los próximos años la que decida. La cuestión es que Castro es, desde esa visita, una figura más admirada por sus simpatizantes y menos comprendida por los que no suelen tomar partido en las luchas ideológicas que han conmocionado al siglo que vivimos. Reconocer en la Revolución Cubana el suceso más trascendente en la historia de nuestra América es hoy una afirmación menos polémica en el ambiente de la patria de Juárez y Cárdenas.

Al día siguiente de la estancia de Castro en Cozumel, tanto el Presidente López Portillo como su nuevo Canciller, Jorge Castañeda y el equipo de prensa, de ayudantes y similares que se mueven en torno a un Jefe de Estado se trasladó a Cancún, otro punto turístico de México en el Caribe para recibir al Presidente Carazo, de Costa Rica.

Se suponía que esa visita, como tantas otras registradas últimamente en México sería un rutinario trámite en el que se trataría de algunas facilidades a países hermanos en la adquisición de petróleo mexicano. Ese vaticinio se cumplió en parte, pero la sorpresa máxima —muy grata para una gran mayoría de los sectores mayoritarios de México— vino después y no tuvo relación alguna con las compra-ventas de petróleo. En efecto, en el discurso del Presidente José López Portillo durante la comida ofrecida al huésped costarricense, anunció, inesperadamente, que acababa de ordenar al nuevo Canciller, Jorge Castañeda, sustituto de Santiago Roel, la ruptura de relaciones diplomáticas con el régimen de Nicaragua, presidido por el tercero de la siniestra dinastía Somoza, pues informes que se resistía a creer sobre los procedimientos del gobierno

somocista, le habían sido confirmados plenamente por el Presidente Carazo.

La noticia corrió —obedezcamos al lugar común— como reguero de pólvora. La tradición de la política exterior mexicana inclinaba a la Cancillería azteca a esa ruptura como, en los precedentes se impuso en relación con Francisco Franco y, hace pocos años, el rechazo diplomático hacia el gobierno de Pinochet. Sin embargo, esta última ruptura causó sorpresa porque los desmanes de Somoza no se conocen hace poco tiempo y, además, en una interpretación muy original de la Doctrina Estrada, se había sumado la Delegación Mexicana a la resolución de la Organización de Estados Americanos, la cual se limitaba a lamentar la situación en Nicaragua y hacer votos porque las angustias del pueblo nicaragüense cesaran algún día. A las inconformidades surgidas en México por esa tibia actitud que reafirmaba a la dictadura somocista, las entonces autoridades superiores en la Cancillería argumentaron que ir un poco más allá de esa inútil lamentación, que en nada, ni directa ni indirectamente constituía una solidaridad fraternal con el pueblo agredido, era violar la "Doctrina Estrada" como si esa doctrina fuera un evangelio que sería criminal ignorar o como si supusiera una imposición sacralizada para que el país no hiciera ejercicio de su soberanía y tuviera que aceptar la amistad diplomática que el interés del país o su tradición de política exterior aconsejaría rechazar.

La muy invocada "Doctrina Estrada", más citada que conocida, niega al establecimiento de relaciones con un determinado gobierno, el carácter de legalización de ese gobierno, decisión que sólo corresponde, en todos los casos, a los ciudadanos del país. Deducir de esa Doctrina Estrada que México debe tener relaciones diplomáticas con todos los gobiernos extranjeros, quiera o no quiera, es desconocer la soberanía nacional una de cuyas funciones fundamentales es decidir sobre su política exterior.

Lo que ocurrió con esta muy mencionada Doctrina Estrada es que, al plantearse como expresión mexicana, rompió el "tabú" imperante sobre todo en nuestros países latinoamericanos que concedían al "reconocimiento de un gobierno por parte de Washington, carácter de certificado de legalización a ese gobierno. Así, durante mucho tiempo, un gobierno "reconocido" por los Estados Unidos era, para la práctica de la diplomacia continental, un gobierno impecable. México, por conducto de la Doctrina Estrada, se preocupó por aclarar que la legalidad de un gobierno era decisión intransferible del pueblo que lo sufre o lo dignifica con su apoyo.

Esta ruptura de México con Nicaragua no afecta ni lesiona, pues, la Doctrina Estrada. Si decimos que causó sorpresa el paso mexicano no es por contravenir líneas establecidas por esa doctrina

para la política exterior de México sino, simplemente, por la actitud de la Delegación Mexicana en la OEA que invocó, equívocamente, esa Doctrina para justificar una actitud de tibieza y sólo de buenos deseos que, esa sí, contrariaba fundamentalmente los precedentes de la más noble tradición del país vecino de los Estados Unidos y de Guatemala y que no es otra que su respeto a todos los regímenes gubernamentales elegidos o aceptados mayoritariamente por su pueblo y romper relaciones con los que se caracterizan por estar en pugna obvia con su propio pueblo. En cada caso, México ha tenido la preocupación de hacer constar su fraternal afecto por el pueblo del país con el que rompe relaciones y explicar que su ruptura se concreta en el régimen gubernamental. Así ocurrió con España, con Chile y ahora con Nicaragua. Perseguidos por los gobiernos de cada uno de esos países, encontraron en México asilo protector y comprensivo. Con España la ruptura se mantuvo hasta la muerte del Dictador y el cambio de gobierno. Con Chile y Nicaragua esta situación terminará cuando los pueblos de esos países decidan qué gobierno es aceptado por los gobernados.

Parece necesario registrar que estos dos inesperados sucesos en la vida mexicana, la visita del Comandante Castro y la ruptura de relaciones con Somoza, son las decisiones del Presidente López Portillo más bien recibidas por los sectores mayoritarios del país. Hasta ahora, como apuntábamos al principio de esta nota, esos sectores mayoritarios se habían mostrado inclinados a la oposición por considerar que el régimen de López Portillo se había mostrado más inclinado a conceder facilidades a los hombres de empresa, nacionales o extranjeros, pues en los círculos de la gran burguesía que opera en nuestros países no es fácil distinguir entre nacionales y extranjeros, que a los sectores populares. Frente a la inflación que azota a la economía mexicana, y que se supone se intensificará cuando empiecen a recibirse los dólares originados en la exportación de excedentes del petróleo, el gobierno se ha mostrado mucho más eficaz en el control de los salarios, frente a los cuales se mantienen topes insalvables, que el de los precios, donde han fracasado los programas y los llamamientos y exhortos para que no suban cotidianamente.

Por ello, el mejor momento de solidaridad entre el Presidente López Portillo y las mayorías del pueblo mexicano fue el de la cálida, espontánea, fraternal recepción al Comandante Castro, el hombre símbolo de la nueva, regenerada Cuba y la ruptura de relaciones con el gobierno encabezado con Somoza. En el primer caso, México reconoció no sólo su fraternidad sostenida sino su admiración y reconocimiento al valor histórico de la Revolución Cubana y a las cualidades personales excepcionales de su líder. En el segun-

do, como en todos los mejores momentos de su historia, México se alineó, con algo más que discursos y lamentaciones, al lado del pueblo de Sandino que se rebela, casi sin armas pero con resolución que admira al poderío económico y militar del dictador. Otros países pronuncian discursos en defensa de los derechos humanos. México rompe toda relación con el dictador que los pisotea.

No se conformó el Presidente López Portillo con tomar esa decisión en circunstancias tan extraordinarias como la estancia en Cancún del Presidente Carazo sino que manifestó públicamente que esperaba que otros gobiernos de países hermanos siguieran igual camino. No se logró ninguna reacción inmediata en este sentido. No fueron pocos los gobiernos que oficialmente aplaudieron la decisión mexicana pero, hasta el momento de escribir estas líneas, ninguno ha llegado a la ruptura de relaciones con Nicaragua. Quizás sea México, por su nueva condición de exportador de abundantes excedentes petroleros, el que esté más libre para decidir sobre las cuestiones de la diplomacia continental. Nadie podía esperar, por otra parte, que gobiernos como el de El Salvador y Guatemala, por no referirnos al Cono Sur, hoy casi totalmente militarizado, rompieran con Somoza, con cuyas actividades dictatoriales mantienen tanta semejanza. Pero ni siquiera Venezuela se decidió a seguir el paso de México.

Por otra parte, México está acostumbrado a caminar solo. Ni en las intervenciones de ejércitos extranjeros ni en su actitud con la Cuba revolucionaria de Fidel Castro recibió solidaridades que lo acompañaran en las horas difíciles. Pero la lección está dada, como tantas otras veces y más pronto o más tarde Nicaragua recuperará su salud política, la soberanía y la libertad de su pueblo, y entonces, también como siempre, le sobrarán amigos.

Tanto con la recepción sinceramente amistosa a Fidel Castro como con la decisión de romper relaciones con Somoza, México reencuentra el camino de sus más nobles tradiciones y el Presidente López Portillo encuentra la ocasión de acercarse a los sectores mayoritarios de su pueblo.

UN INTELLECTUAL EUROPEO DEL SIGLO XX: ALFRED STERN*

EL autor de este curriculum vitae nació el 19 de julio de 1899 en Baden, un suburbio de Viena, Austria, como hijo de Julius Stern —escritor, historiador y periodista— y de su esposa Rose Kohn de Stern, ambos nativos de Viena. Cursó estudios secundarios en Viena y Dresde (Alemania). Durante la Primera Guerra Mundial sirvió en el ejército austro-húngaro en los campos de batalla de Italia del Norte, donde obtuvo el rango de teniente de artillería.

Después de haber regresado a la vida civil cursó estudios de filosofía y de ciencia (química y física) en la Universidad de Viena, donde obtuvo el grado de Doctor en Filosofía con alta distinción el 7 de diciembre de 1923. Su tesis de Doctorado fue sobre la filosofía de Schopenhauer.

Entre 1924 y 1931 vivió alternativamente en Viena y Berlín, como colaborador de revistas culturales, filosóficas y científicas. Al mismo tiempo preparó su obra filosófica principal, *Los fundamentos filosóficos de la verdad, la realidad y el valor* —con su título alemán— *Die philosophischen Grundlagen von Wahrheit, Wirklichkeit, Wert* —un tomo de 432 páginas— que se publicó en Munich en diciembre de 1932. Un mes más tarde, Hitler fue nombrado jefe del Gobierno de Alemania.

Alfred Stern, que habló el francés desde su niñez y que siempre había sentido una gran admiración por la cultura francesa, se mudó a París y fue encargado de cursos filosóficos en la Sorbona y en el Instituto de Historia de las Ciencias de la Universidad de París. A partir de 1935 se añadió a esta actividad docente un profesorado de filosofía en el Instituto de Altos Estudios de Bélgica en Bruselas. Durante los años hasta el principio de la Segunda Guerra Mundial el Dr. Stern enseñó alternativamente los semestres de invierno en Bruselas y los de primavera en la Sorbona en París.

En esta época de su vida Alfred Stern publicó muchos artículos y ensayos en las grandes revistas filosóficas de Francia y Bélgica, como la *Revue Philosophique de la France et de l'Étranger*, la *Revue de Métaphysique et de Morale*, *Thalès*, *La Revue de Synthèse*, la *Revue Internationale de Philosophie*, la *Revue de l'Université Libre*

* Publicamos este interesante escrito que nos fue enviado por su autor.

de Bruxelles, etcétera. Publicó además un libro, *La philosophie des valeurs* (París, 1936), resumen de uno de sus cursos profesados en la Sorbona. Dictó también cursillos y conferencias como profesor huésped en la Universidad de Lausanne, en el Instituto de Altos Estudios de Gante, en Luxemburgo, Amsterdam, Amberes, etcétera.

Después de haber terminado uno de sus semestres en el Instituto de Altos Estudios de Bélgica en Bruselas, el profesor Stern llegó a París en la mañana del 12 de marzo de 1938. En la Estación del Norte de la capital francesa compró un periódico que anunció en grandes titulares "*Finiis Austriae*" —el fin de Austria. En la noche anterior su patria austriaca había sido invadida por el ejército blindado de la Alemania nazi y anexada por ella. Al cruzar en aquella noche la frontera entre Bélgica y Francia, el Dr. Stern había usado su pasaporte austriaco por última vez en su vida. Desde la mañana del 12 de marzo de 1938 fue apátrida y se quedó así por once años.

Mientras dictaba su curso en la Sorbona el profesor Stern hizo grandes esfuerzos para salvar a su padre, su madre y su hermana de las garras de los invasores hitleristas en Viena, tratando de conseguir para ellos visados franceses o belgas, pero esto resultó muy difícil en aquellos momentos; porque los nazis despojaron a sus víctimas de todos sus bienes y las dejaron salir del país tan sólo con diez marcos por persona —en aquella época el equivalente de tres dólares. A pesar de sus buenas intenciones las democracias occidentales no querían aceptar extranjeros arruinados.

Pero gracias a la generosidad del Gobierno Belga, el Dr. Stern pudo finalmente conseguir visados belgas para su padre, su madre y su hermana. Desafortunadamente, el visado para su madre llegó demasiado tarde; espantada por el terror nazi en Viena se había suicidado pocos días antes de la llegada de la buena noticia del Consulado General belga. Fue un golpe terrible para su hijo.

Su padre y su hermana pudieron finalmente llegar a Bruselas, despojados de todos sus bienes, pero después de tres meses Julius Stern murió y fue enterrado en la capital belga. Había sufrido demasiado bajo el terror nazi.

Un año más tarde estalló la Segunda Guerra Mundial y Alfred Stern se enlistó en el ejército francés, para luchar contra los nazis. Esta vez sirvió en la infantería. Es uno de los pocos hombres vivos que lucharon en las dos Guerras Mundiales a dos diferentes lados de la barrera. La capitulación del ejército francés en el mes de junio de 1940 fue para él una terrible desilusión, una tragedia. Debido a que su regimiento había sido trasladado unos días antes a Africa del Norte (Argelia) en previsión de un ataque italiano desde Libia, Alfred Stern escapó al terrible destino de ser hecho prisionero de

guerra por los nazis. Unos meses después de la capitulación Alfred Stern fue licenciado del ejército francés en Argelia.

No pudo regresar ni a París, ni a Bruselas, ya que estas dos ciudades eran ocupadas por las tropas nazis. En estos dos lugares Stern había perdido no solamente sus dos posiciones docentes, sino también todas sus posesiones, inclusive su biblioteca de 2,500 libros, sus manuscritos, objetos de arte, sus muebles y trajes. No pudo nunca recuperarlos. Al llegar a la capital de Argelia desde su guarición en Sidi-bel-Abbès como soldado desmovilizado, Alfred Stern tuvo tan sólo su uniforme usado en el cuerpo y ni siquiera un solo traje civil. Mientras tanto el régimen fascista del mariscal Pétain se había establecido en Francia y Argelia que excluyó a Alfred Stern de la docencia universitaria por ser un "no-ario". Pétain ejecutó fielmente las órdenes del dictador alemán.

Así, todo lo que Alfred Stern se había construido en su vida se derrumbó en aquellos meses trágicos de la historia. El hombre de cuarenta y un años necesitó toda su filosofía para no desesperar.

Se quedó en Argel, y ya que no pudo enseñar en la universidad de esta ciudad, ganaba su vida dando lecciones privadas. Al mismo tiempo trataba de conseguir un visado para emigrar a los Estados Unidos. Recibió la ayuda moral de un amigo en Nueva York, el Dr. Victor Franz Hess, Premio Nobel de Física y descubridor de los rayos cósmicos, a quien el Dr. Stern había procurado un visado francés en 1938, cuando el gran físico austriaco estuvo en una prisión nazi en Viena. Gracias a esta intervención Hess ocupó en 1940 una cátedra de Física en la Fordham University en Nueva York. De hecho el profesor Hess pudo conseguir un visado "de emergencia" para su amigo en Argelia, porque el profesor Stern había publicado muchos artículos anti-nazis y estuvo en peligro de ser extraditado a los alemanes. El armisticio firmado por Pétain había dado a Alemania el derecho de exigir tales extradiciones.

Sin embargo, el Cónsul General de los Estados Unidos en Argel, un hombre de tendencias pro-nazis, rehusó entregar al Dr. Stern el visado ya acordado por el Departamento de Estado en Washington. Ni la intervención personal del Decano de la Facultad de Letras de la Universidad de Argel, el profesor Louis Gernet, no pudo cambiar la actitud negativa del Cónsul General de los Estados Unidos en Argel. El argumento de este señor —se llamó Taft— fue que había recibido una "autorización" de dar un visado al Dr. Stern, pero no una "orden". Además, los Estados Unidos no era "la tierra prometida".

Para escapar a la jurisdicción de este hombre funesto el Dr. Stern regresó a la Francia metropolitana, a Marsella. Pero en el Consulado General de los Estados Unidos de aquella ciudad su suerte no

fue mejor. El edificio del Consulado estaba sitiado por miles de personas desesperadas, que trataron de escapar a la muerte segura, desde que las deportaciones desde Francia hacia los campos nazis de exterminio en Polonia ya habían empezado. Además, en Marsella, como en el resto de la Francia metropolitana, reinaba el hambre, ya que el ejército alemán confiscó la mayor parte de los comestibles, inclusive el pescado del Mediterráneo.

Después de casi dos años de lucha vana para conseguir un visado norteamericano, el Dr. Stern estuvo a punto de abandonar sus esfuerzos cuando ocurrió algo como un milagro: El Cónsul General de la República de México en Marsella le notificó que había sido autorizado por su Gobierno a darle un visado de entrada, liberándole al mismo tiempo de todas las tasas oficiales, tratándose de un intelectual reputado. Finalmente, en febrero de 1942, Alfred Stern pudo salir del viejo mundo subyugado por el fascismo en un anticuado barco portugués. El viaje sobre el Atlántico tempestuoso e infestado de submarinos alemanes duró un mes. Stern llegó a Veracruz a principios de marzo de 1942. *Nunca olvidará que debe su vida a la generosidad de la noble República de México.*

No sabía una palabra de español, pero la Universidad Nacional de México, donde sus publicaciones alemanas y francesas eran conocidas, le autorizó a dar sus primeras conferencias en francés. Sin embargo, el principio kantiano "tú puedes, porque tú debes" ("*du kannst, weil du sollst*") ayudó al Dr. Stern a aprender el español muy pronto.

En sus años de México, Alfred Stern, regresando del caos al cosmos, al orden, desempeñó una actividad intelectual extraordinaria como escritor y profesor. Invitado por el Dr. Jesús Silva Herzog, Stern publicó en *Cuadernos Americanos* algunos ensayos muy apreciados sobre diversos problemas culturales de la Alemania sometida al Nazismo. Publicó cada semana dos grandes artículos en la página cultural del periódico *El Nacional*, órgano oficial del Gobierno de la República de México, y muchos ensayos filosóficos en el resto de la América Latina. Sostenía especialmente el esfuerzo de guerra contra el nazismo con centenares de artículos ideológicos distribuidos en toda América Latina con el "British Information Service" y la "Francia Libre" del general De Gaulle. Fue también colaborador de la *Revista Belga* y enseñó en el Liceo Franco-Mexicano en 1943 publicó en México un libro en castellano con el título *La filosofía de la política y el sentido de la guerra actual*, dedicado a la memoria de su madre, víctima del Nacional-Socialismo. El conocido filósofo catalán, Joaquín Xirau, catedrático en la Universidad Nacional de México, escribió el prefacio. Un año más tarde, en 1944, el Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad Nacional de México,

publicó el libro *La filosofía de los valores* de Alfred Stern, traducido del francés por el conocido filósofo cubano Humberto Piñera Llera, profesor en la Universidad de La Habana. El prefacio escribió Eduardo García Máynez, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional y filósofo mexicano de gran reputación.

Sin embargo, el trabajo intenso en la gran altura de la capital mexicana causó al profesor Stern ciertas dificultades cardíacas, y el médico le aconsejó seriamente su regreso a una altura normal. Más de dos años y medio después de su llegada a México el Dr. Stern se fue, pues, de este país hospitalario para fijarse en los Estados Unidos. Obtuvo el visado norteamericano en el Consulado General de los Estados Unidos en México más de cuatro años después de haber hecho sus primeros esfuerzos para conseguirlo.

De 1944 a 1946 el Dr. Alfred Stern fue profesor de filosofía en la *Ecole Libre des Hautes Etudes* en Nueva York, la universidad francesa en el destierro reconocida por el Gobierno Provisional de la República Francesa del General De Gaulle. En el otoño de 1946 se mudó a California, donde enseñó primeramente en la *University of Southern California* en Los Angeles y, a partir de septiembre de 1947 hasta junio de 1968 en el *California Institute of Technology* en Pasadena. En 1960 fue nombrado "full professor" en esta institución y en 1968 recibió el título y rango de "Professor of Philosophy Emeritus" del California Institute of Technology.

En noviembre de 1946 Alfred Stern se casó en Los Angeles con la poetisa y escritora puertorriqueña Marigloria Palma. La había encontrado en Nueva York. Además pudo conseguir visados norteamericanos para su hermana Valeria y su cuñado Otto Herz, que habían encontrado por años un asilo generoso en España, después de haber cruzado los Pirineos en su huida de la Francia de Pétain, ocupada por las tropas nazis. Ambos viven ahora en Los Angeles.

Durante los veintidós años pasados en California la vida de Alfred Stern se estabilizó. Después de los años tempestuosos de la Segunda Guerra Mundial en Europa y Africa del Norte disfrutó de lo que una composición de Mendelssohn-Bartholdy llama "mar sereno y viaje feliz" ("*Meeresstille und glückliche Fahrt*"). En un ambiente políticamente estable tuvo una existencia económicamente asegurada, lo que liberó su mente para una continuación de su creación intelectual. En estos años el profesor Stern publicó muchos artículos y ensayos en grandes revistas de las Américas, de Europa y aun del Japón y de la India. La *Encyclopedia Americana* le encargó de escribir para ella los artículos "French Science and Philosophy" y "Blaise Pascal". Pero lo esencial fue que Alfred Stern continuó a escribir y publicar más libros filosóficos. En 1949 apare-

ció en París su libro *Philosophie du rire et des pleurs* (Presses Universitaires de France) que había escrito en francés y que un año más tarde apareció en una versión castellana en Buenos Aires bajo el título *Filosofía de la risa y del llanto* (Ediciones Imán, 1950). El traductor fue el escritor argentino Julio Cortázar, considerado hoy en día como el más destacado novelista de América Latina.

En 1951 se publicó en Argentina otro nuevo libro de Alfred Stern, *La filosofía de Sartre y el psicoanálisis existencialista*, igualmente traducido por Julio Cortázar. El original inglés de ésta obra se publicó tan sólo dos años más tarde en los Estados Unidos, bajo el título *Sartre — His Philosophy and Psychoanalysis* (The Liberal Arts Press, New York, 1953). En 1956 se publicó la versión japonesa de este libro en Tokio, bajo el título *Sartre — Sono Tetsugaku to Seishin-bunseki* (Chikuma Shobo, Tokio, 1956).

En 1957 el profesor Stern aceptó una invitación de la Sorbona de París a dictar un curso durante el semestre de primavera. Su tema fue *La filosofía de la historia y el problema de los valores*. Es de este curso que resultó su libro del mismo título publicado más tarde en 5 idiomas —en el original francés y en traducciones al inglés, al castellano, al japonés y, finalmente, al alemán, y en varias ediciones. Las versiones francesa, inglesa, alemana y parte de la castellana fueron escritas por el autor mismo, la traducción japonesa fue hecha por tres profesores de filosofía de la Universidad de Tohoku en Sendai, Japón del Norte. Fue publicada bajo el título *Rekishu Tetsugaku to Kachi no Mondai* por la gran casa editora de Tokio Iwanami Shoten, y tuvo 2 ediciones, en 1966 y 1967. La edición alemana de este libro tuvo un éxito particular, de manera que uno de los periódicos más destacados de Alemania occidental, la *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, proclamó la *Geschichtsphilosophie und Wertproblem* de Alfred Stern (Munich, 1967) como "la mejor obra de su género en la lengua alemana", mientras que una de las revistas filosóficas más reputadas de aquel país, la *Zeitschrift für philosophische Forschung* de Munich designó el libro de Stern como "la obra más moderna del idealismo alemán" y como "un regalo inesperado —e inmerecido— para el espíritu alemán".

Reconciliado con las nuevas democracias alemana y austriaca, creadas después del derrumbe del nazismo, Alfred Stern es ahora de nuevo un colaborador estimado de las grandes revistas filosóficas de los dos países, publicando artículos en la *Zeitschrift für philosophische Forschung* y el *Philosophischer Literaturanzeiger* de Munich, el *Wiener Jahrbuch für Philosophie* de la Universidad de Viena, etcétera. Es también co-editor de la revista *Erasmus* (Darmstadt, Wiesbaden) y colaborador de los *Kant-Studien*.

En 1959 el profesor Stern fue invitado por la Universidad de Buenos Aires a dictar un cursillo sobre su filosofía de la historia, lo que hizo con gran éxito. En 1964 la Editorial Universitaria de Buenos Aires Eudeba, publicó la edición castellana de *La Filosofía de la historia y el problema de los valores* que tuvo tanto éxito en los países de lengua castellana que un año más tarde, en 1965, la Eudeba publicó una segunda edición de dicho libro y en 1970 una tercera edición. La Editorial Fabril en Buenos Aires publicó en 1960 una segunda edición ampliada de la *Filosofía de los valores* y en 1962 una segunda edición ampliada del libro *La filosofía de Sartre y el psicoanálisis existencialista*. Durante su estadía en Buenos Aires el Dr. Stern participó también en el Congreso Panamericano de Filosofía en aquella ciudad (agosto de 1959) que lo eligió presidente de una de sus cuatro secciones: la de filosofía de los valores.

En cuanto a la Filosofía de la historia, el original francés se publicó en París en 1962, bajo el título *La philosophie de l'histoire et le problème des valeurs* ("Les Cours de Sorbonne", Centre de Documentation Universitaire, Paris); en el mismo año se publicó en Holanda la versión inglesa de esta obra bajo el título *Philosophy of History and the Problem of Values* (Mouton and Co, S. Gravenhage, Holland, 1962).

Durante los años de su enseñanza en el California Institute of Technology el Dr. Alfred Stern recibió muchos honores. En 1950 el Ministro de Educación Nacional de Francia le otorgó las "Palmas Académicas" con el título "Officier d'Académie" y en 1954 el Presidente de la República Francesa nombró a Alfred Stern Caballero de la Legión de Honor. Recibió la insignia y el diploma de esta alta condecoración creada por Napoleón I de las manos del Cónsul General de Francia en Los Angeles, en una ceremonia que tomó lugar en el California Institute of Technology.

En el año 1964 el Dr. Stern fue elegido Presidente de la *American Philosophical Association, Pacific Division*, el honor más alto que un filósofo puede alcanzar en los Estados Unidos. Pronunció su discurso presidencial en San Francisco, California, en diciembre de 1965 sobre el tema "What Are Spiritual Phenomena?".

La relación de Alfred Stern con la Universidad de Puerto Rico empezó en 1956, cuando la Revista General de esta universidad, *La Torre*, le invitó a contribuir un artículo a un número especial en Homenaje a Ortega y Gasset. El profesor Stern mandó un ensayo intitulado "Ortega ¿existencialista o esencialista?" que se publicó en el número de julio-diciembre de 1956.

Acompañado de su esposa, el Dr. Stern visitó Puerto Rico por primera vez en el verano de 1960, dando dos conferencias en el Departamento de Filosofía del Recinto Universitario de Río Pie-

dras. Siguieron otras conferencias en este mismo recinto durante los veranos de 1965, 1966 y 1967 y su primera conferencia en el Recinto Universitario de Mayagüez en 1966. Inmediatamente después de esta conferencia el Dr. Juan Rivero, Decano de la Facultad de Artes y Ciencias de la Universidad de Puerto Rico en Mayagüez escribió una carta al Dr. Stern, ofreciéndole una cátedra de filosofía en el Departamento de Humanidades de dicha Universidad. El Dr. Stern la aceptó con la restricción de que podrá ocuparla tan sólo dos años más tarde, en 1968, después de su jubilación en el California Institute of Technology en Pasadena.

En previsión de su mudanza a Puerto Rico, después de alcanzar el estado de profesor *emeritus* en el California Institute of Technology, el Dr. Stern compró, en 1964, una antigua casa colonial en el viejo San Juan que restauró con la magnífica ayuda artística de su esposa puertorriqueña, Marigloria Palma.

Los seis años que el Dr. Stern ocupó su cátedra en el Recinto Universitario de Mayagüez (de 1968 a 1974) pertenecen —según su opinión— entre los más felices de su vida. Eran también años muy productivos. Fuera de su enseñanza regular, el Dr. Stern dictó muchas conferencias en los recintos de Mayagüez, de Río Piedras y en otros foros académicos. En 1968 fue nombrado presidente de una sección de antropología filosófica en el XIV Congreso Internacional de Filosofía en la Universidad de Viena. A principios de 1972 dictó la conferencia oficial (en alemán) en la celebración del quincuagésimo aniversario del Círculo Robert Reininger de la Sociedad de Filosofía en la Universidad de Viena.

Durante sus años mayagüezanos el profesor Alfred Stern publicó su gran libro *The Search for Meaning* (Memphis State University Press, Memphis, Tennessee, 1971) en el original inglés y muchos ensayos en las revistas de Puerto Rico, España, Estados Unidos, Alemania, Austria, etcétera. En 1968 se publicó la versión británica de su libro *Sartre — His Philosophy and Existential Psychoanalysis* (Vision Press, London), cuya segunda edición inglesa ampliada y revisada se había publicado en 1967 en Nueva York, Delacorte Press y, en el mismo año, en un "paperback" (libro de bolsillo) como "Delta Book" (Dell Publishing Comp.), que se vendió en grandes cantidades. Finalmente, se publicó, en 1970, la tercera edición castellana de su obra *La filosofía de la historia y el problema de los valores* (Eudeba, Buenos Aires).

Durante los seis años en la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Mayagüez, el Dr. Alfred Stern pudo cosechar nuevos honores internacionales; en una sesión extraordinaria del Senado Académico que tuvo lugar el primero de febrero de 1972, el señor Richard C. Durham, Cónsul de Bélgica, entregó al Dr. Stern la insignia y el

diploma de la Cruz de Oficial de la Orden de Leopoldo Segundo, que el Rey Balduino de los Belgas le había otorgado. En otra sesión extraordinaria del Senado Académico de la Universidad de Puerto Rico en Mayagüez que se efectuó el 18 de abril de 1974, el señor Henry Reinhold, Cónsul de Austria en Puerto Rico, entregó al profesor Alfred Stern el diploma de Doctor en Filosofía renovado, con un elogio latín (*laudatio*) por la Universidad de Viena, en el quincuagésimo aniversario de su otorgamiento. El Dr. Stern expresó su agradecimiento en un discurso sobre "La misión de la Universidad".

Aceptando la invitación del Dr. Fred Soltero, Rector de la Universidad de Puerto Rico en Mayagüez, el Dr. Alfred Stern pronunció el discurso principal en los ejercicios de graduación de este recinto el 2 de junio de 1973, sobre el tema "Deberes y privilegios del Universitario".

En una bonita ceremonia que tuvo lugar el 3 de marzo de 1974 en el antiguo convento *Porta Coeli* en San Germán, Puerto Rico, el Dr. Stern recibió el diploma de Académico Honorario de la Academia Tiberina de Roma, junto con su eminencia Luis Cardenal Apon-te Martínez y —a título Póstumo— al gran músico catalán Pablo Casals. El Dr. Stern es también miembro correspondiente de la *Académie des Sciences et Lettres de Montpellier*, Francia.

En junio de 1974 el Dr. Stern se retiró de su cátedra en la Universidad de Puerto Rico en vísperas de su septuagésimo quinto aniversario, para dedicar el resto de su tiempo exclusivamente a la creación filosófica. En esa ocasión el Consejo de Educación Superior de Puerto Rico le concedió el rango y título de Profesor *emeritus* de la Universidad de Puerto Rico.

En los años siguientes el Dr. Stern escribió un nuevo libro, *Problemas filosóficos de la ciencia*, que la Editorial Universitaria de la Universidad de Puerto Rico publicó en 1976. Se usa como texto en diversas universidades latino-americanas, entre ellas en la Universidad Católica de Ponce.

Encargado por el señor Carlos E. Chardón, Secretario de Instrucción Pública de Puerto Rico, Alfred Stern escribió un libro titulado *Una filosofía educativa para Puerto Rico*, que se publica en la Editorial de la Secretaría de Instrucción Pública. Además, Stern escribió un libro de ensayos *La necesidad de lo superfluo* y preparó una segunda edición revisada y ampliada de la versión castellana de su libro *Filosofía de la risa y del llanto*, que la Editorial Universitaria de la Universidad de Puerto Rico publicó en 1975. Había sido agotado desde hace muchos años.

En una carta personal del 7 de febrero de 1979 el Presidente de la República de Austria, el Dr. Rudolf Kirchschläger, sugirió al Dr. Stern de traducir su libro francés *Philosophie du rire et des pleurs*

al alemán, para ser publicado a expensas del Gobierno de Austria por la Universidad de Viena. Es a esa tarea de traducción que Stern se dedica desde el mes de marzo de 1979.

En 1975 el Presidente de la República de Austria, hombre culto, interesado en las letras, había otorgado al Dr. Stern la Cruz de Honor Austriaca de Ciencias y Artes Primera Clase (*Österreichisches Ehrenkreuz für Wissenschaft und Kunst Erster Klasse*) y había recibido al profesor Stern en la Hofburg de Viena.

En ocasión del septuagésimo séptimo aniversario del Dr. Stern sus antiguos colegas y alumnos lo honraron, publicando una *Festschrift* de 197 páginas, en parte en castellano, en parte en inglés, dedicada a su filosofía y su vida. (*Atenea*, Universidad de Puerto Rico, Recinto Universitario de Mayagüez, marzo-junio de 1976).

Finalmente, el 29 de diciembre de 1976 el Dr. Alfred Stern fue elevado, por un decreto del Presidente de la República Francesa, M. Giscard d'Estaing, del grado de Caballero (*Chevalier*) a la dignidad superior de *Officier de la Légion d'Honneur*. En una ceremonia que tuvo lugar el 22 de abril de 1977 a bordo del buque de guerra francés "Casabianca", anclado en la bahía de San Juan de Puerto Rico, el almirante francés Emile Chalines entregó al Dr. Stern la Cruz de Oficial de la Legión de Honor. Fue éste un gran momento en la vida de Alfred Stern, una vida que puede caracterizarse por la frase latina: *De aspera ad astra*.

LIBROS PUBLICADOS POR ALFRED STERN

Schopenhauers Willensbegriff und sein Wert als metaphysisches und phänomenales Prinzip der Welterklärung (Tesis de doctorado), Universität Wien, 1923.

Die philosophischen Grundlagen von Wahrheit, Wirklichkeit, Wert. Ernst Reinhardt Verlag, München, 1923.

La philosophie des valeurs. Cours libre professé à l'Université de Paris (Exposés d'histoire et philosophie des sciences, IV et V), Hermann et Cie., Editeurs, Paris, 1936.

La filosofía de los valores. (Centro de Estudios filosóficos de la Universidad Nacional de México, Traducción del francés por Humberto Piñera Llera, Ediciones Minerva, México, D. F., 1944.

La filosofía de la política y el sentido de la guerra actual, Ediciones Minerva, México, D. F., 1943.

Philosophie du rire et des pleurs, Presses Universitaires de France, Paris, 1949.

- Filosofía de la risa y del llanto*. Traducido del francés por Julio Cortázar, Ediciones Imán, Buenos Aires, 1950.
- La filosofía de Sartre y el psicoanálisis existencialista*. Traducido del inglés por Julio Cortázar, Ediciones Imán, Buenos Aires, 1951.
- Sartre - His Philosophy and Psychoanalysis*, The Liberal Arts Press, New York, 1953.
- Sartre - Sono Tetsugaku to Seishin-bunseki*, Chikuma Shobo, Tokyo, 1956.
- Filosofía de los valores*, Segunda edición revisada y ampliada, Compañía Fabril Editora, Buenos Aires, 1960.
- La filosofía de Sartre y el psicoanálisis existencialista*, Segunda edición revisada y ampliada por el autor, Compañía General Editora Fabril, Buenos Aires, 1962.
- Philosophy of History and the Problem of Values*, Mouton and Co., S-Gravenhage, Holland, 1962, Humanities Press, New York, 1962.
- La philosophie de l'histoire et le problème des valeurs*. Texte amplifié d'un Cours Libre professé en Sorbonne, Centre de Documentation Universitaire, Paris, 1962.
- La filosofía de la historia y el problema de los valores*, Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba), Primera edición, enero 1964; Segunda edición, julio de 1965; Tercera edición, octubre 1970.
- Rekishi Tetsugaku to Kachi no Mondai*, Iwanami Shoten, Tokyo, 1967, Second edition, 1968.
- Sartre - His Philosophy and Existential Psychoanalysis*, Second revised and enlarged English edition, Delacorte Press, New York, 1967.
- Sartre - His Philosophy and Existential Psychoanalysis*, Second revised and enlarged edition, paperback, A Delta Book, Dell Publishing Comp., New York, 1967; Edition for the British Commonwealth; Visión Press, London, 1968.
- Geschichtsphilosophie und Wertproblem*, Ernst Reinhardt Verlag, München-Basel, 1967.
- The Search for Meaning*, Memphis State University Press, Memphis, Tennessee, 1971.
- Filosofía de la risa y del llanto*, Segunda edición castellana revisada y ampliada, Editorial Universitaria, 1975, Universidad de Puerto Rico.
- Problemas filosóficos de la ciencia*, Editorial Universitaria, Universidad de Puerto Rico, 1976.
- Una filosofía educativa para Puerto Rico*, en prensa, 1979.

LIBROS EN PREPARACION

- La necesidad de lo superfluo.*
Philosophie des Lachens und Weinsens.

LA JUVENTUD LATINOAMERICANA: FUERZA SOCIAL DEL DESARROLLO

Edgar MONTIEL*

I.—Originalidad de la Juventud Latinoamericana

DEL conjunto de la juventud latinoamericana, el sector más caracterizado es el de los estudiantes. En general se apárea "juventud latinoamericana" con "movimiento estudiantil". Esta identificación no es gratuita. Se debe a que es (y fue) el sector estudiantil el que interviene más dinámicamente en el escenario social y político del continente.

Esa intervención, que data ya de varios siglos, es la que otorga una *especificidad*, una originalidad, a la juventud latinoamericana, que va a diferenciarla de la juventud de otras regiones.

En efecto, esa participación tiene una raigambre estructural, si se recuerda, por ejemplo, que la Universidad Mayor de San Marcos, de Lima (la más antigua del continente), fue fundada mediante una Bula Papal que le reconocía la "autonomía del campus" universitario, la participación de los estudiantes en la gestión de la universidad. A través de la historia, se observa que este *margin* de autonomía permitió a la universidad desmarcarse del contexto, y erigirse en vanguardia de las acciones y las ideas renovadoras. En la época oscurantista, los más duros ataques a la Inquisición provenían del claustro universitario; las primeras ideas independentistas se originaron en la universidad; y, posteriormente, los "fundadores de la república" eran gente universitaria.

Más recientemente, a principios de siglo, se observa nítidamente cómo la juventud estudiantil se erige en una coherente fuerza social.

El movimiento de la reforma universitaria, en 1919 (el denominado "grito insurreccional de Córdoba") no hace sino mostrar el poderío de esta fuerza social. Los estudiantes obtuvieron una refor-

* Edgar Montiel (Perú). Economista y Sociólogo especializado en Desarrollo. Autor de diversos estudios de su especialidad. Para la UNESCO (París), ha realizado investigaciones sobre *Movilización de la Juventud: Desarrollo Endógeno*; y *Participación Popular y Desarrollo*.

ma de la universidad, que contempla una democratización de sus estructuras, las "cátedras de oposición", la "autonomía institucional" (en los programas, presupuesto, y dirección), la libre organización gremial, el reconocimiento de la "extensión universitaria" a la sociedad, el derecho de "tacha de profesores", etc.

Muchas veces desconocido por la historiografía social, el movimiento de la reforma universitaria tiene una importancia fundamental en la evolución de las Instituciones políticas y sociales del continente. Gran parte de esas instituciones fueron fraguadas en el calor del debate estudiantil.

A nivel nacional, el movimiento sirvió de vehículo de unificación de los estudiantes (dio nacimiento a las Federaciones Estudiantiles), generó una movilización generalizada, que remeció las estructuras de la universidad latinoamericana, todavía imbuida de veleidades clero-feudales.¹ La conmoción desbordó la universidad para desembocar en el agitado movimiento social de la época, que luchaba en esos momentos por las ocho horas de trabajo, por una legislación laboral, por los derechos sindicales. A estas causas sirvieron las "universidades populares" y la "extensión cultural universitaria" que creó el movimiento de reforma.

En el plano continental, el grito de Córdoba actuó como un reguero que se expandió por todas las facultades del Continente. Por primera vez en América Latina los estudiantes actuaban concertados internacionalmente. Se realizaron sendos congresos en Cuzco (Perú), Montevideo, La Habana, México, con participación de delegados extranjeros, donde se elaboraron plataformas reivindicativas comunes, estrategias continentales; y donde se inauguró el análisis sistemático de temas que después agarrarían una importancia central, como son el "desarrollo nacional", la "independencia económica", la relación entre "el imperialismo y la dependencia"; y temas de índole político, como la problemática del "frente nacional", la "revolución social y la liberación nacional", entre otras.²

De sus filas salieron mentalidades juveniles, que después marcarían la evolución intelectual de América Latina. Pensadores, poetas, políticos, hombres de ciencias y de letras. Algunos brillantes en sus convicciones renovadoras, otros, con una trayectoria personal informe; podemos citar a José Carlos Mariátegui, Aníbal Ponce,

¹ Aspectos de esta movilización puede verse en, Edgar Montiel: *Mariátegui, Universidad: Ciencia y Revolución*. Premio Ensayo de los Juegos Florales Universitarios. Universidad Mayor de San Marcos, Lima, 1974, 145 pp. Editorial Amauta, 1978.

² José Carlos Mariátegui, "La Reforma Universitaria", en *7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*, Biblioteca Amauta, Lima, 1972, pp. 122-151.

Julio Antonio Mella, Esteban Echevarría, Manuel González Prada, José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Alfredo Palacios; también pueden citarse a Gabriel del Mazo, José Ingenieros, Víctor Raúl Haya de la Torre.

Como se observará, desde la época de la reforma la fuerza juvenil hizo su entrada "orgánica" en la sociedad, y su presencia dinámica se mantiene como un *elemento estructural* dentro de la colectividad. Esto ha hecho decir a algún investigador, no desprovisto de entusiasmo, que los universitarios latinoamericanos constituyen "el grupo estudiantil políticamente más activo y poderoso del mundo".³

II.—La Juventud Latinoamericana como Movimiento Social

SERÍA una constatación banal indicar que en América Latina existió siempre "una juventud". Pero no lo es tanto si se precisa que esa juventud (solamente), bajo ciertas *condiciones históricas*, devino un "movimiento social". Es decir superó su estado amorfo como estrato bio-social, para alcanzar cierta direccionalidad, *ciertos nexos comunes*, cierto sentido de la organización generacional; incluso cierta concertación en sus exigencias reivindicativas y en sus ideales socio-políticos. No es que exista en las sociedades nacionales "un solo" movimiento juvenil, sino un *sistema de movimientos juveniles*, que se diferencian entre ellos por sus orígenes sociales, por sus posibilidades económicas. Pero que existe entre ellos *ciertas* posturas generacionales similares, *ciertas* conductas inducidas por determinantes biológicos, psicológicos y sociológicos.

Las hondas repercusiones del movimiento de la reforma universitaria nos permiten afirmar que sólo a partir de ese momento se puede hablar de la existencia de un "movimiento juvenil latinoamericano".

Porque ese movimiento de reforma dio inicio a un proceso que, tiempo después, culminaría en la fundación de los principales partidos políticos, que en la izquierda o la derecha animan hasta nuestros días la vida política del continente. Partidos como la Unión Cívica Radical (Argentina), Acción Democrática (Venezuela), Alianza Popular Revolucionaria Americana, APRA (Perú), etc. Es muy sintomático, que, varias décadas después, dos movimientos de origen universitario, como el "Movimiento 26 de Julio" y el "Direc-

³ Joseph Fischer, *The University Student in South and South-East Asia*, en Minerava, Vol. II (Otoño de 1963), p. 40.

torio Estudiantil", fueran los que conquistaran el primer Poder Revolucionario en Latinoamérica.

Otra de las repercusiones del movimiento de reforma fue que inició un *debate de ideas*, en torno a problemas de la sociedad latinoamericana, que adquirió desde entonces una permanente actualidad; tales como la noción de "desarrollo integral", la independencia económica y sus relaciones estructurales con una política que sea autónoma de la influencia de la metrópolis hemisférica; la importancia de la defensa de los recursos naturales; el cuestionamiento de las inversiones extranjeras, entre otros. Un conjunto de elementos que compondrían una "ideología del desarrollo", que se podría encontrar en la mayor parte de proyectos políticos nacionales que se han propuesto en el continente. Este ideario constituye un programa doctrinal, forjado en sus orígenes por la juventud en tanto movimiento social.

Vemos que la juventud tiene una *fuerza de intervención* en la *teoría* y en la *práctica* social. Esa intervención adquiere una cualidad especial si se tiene en cuenta que actúan en sociedades inmovilistas, donde la organización autónoma es sistemáticamente cercenada, y la movilización social no siempre reconocida por la autoridad del Estado. Se puede decir que la institucionalización de los movimientos sociales no están otorgados equitativamente a todos los sectores sociales, porque la juventud se auto-institucionaliza de facto, al margen del ordenamiento estatal.

En los principales sucesos que han marcado la evolución social y política del continente, la constante es observar la presencia vivaz del movimiento estudiantil y juvenil:⁴ trátase de la revolución cubana, del proceso de la Unidad Popular, la lucha por la independencia del canal de Panamá, la defensa de los recursos naturales, el derecho a la gratuidad de la enseñanza, la lucha por el incremento de los presupuestos educativos. Con justificada razón se puede afirmar que la juventud latinoamericana es una fuerza social del progreso.

III.—*Juventud Latinoamericana: Fuerza Social del Progreso*

- 1918 Argentina: Mensaje de Córdoba "a los hombres libres de América Latina" proclamando "en alto el sagrado derecho a la insurrección".

⁴ Solari, Aldo, *Los movimientos Estudiantiles Universitarios en América Latina*. Comunicación al VIII Congreso Latinoamericano de Sociología, San Salvador, Sept. de 1967.

- 1944 Guatemala: Manifestaciones estudiantiles contribuyen a la caída de la dictadura de Jorge Ubico.
- 1969 Ecuador: Las fuerzas militares reprimieron el miércoles una manifestación de estudiantes que tuvo lugar en la ciudad de Esmeralda contra el cierre de un colegio. El número de muertos llega a seis (31.10.1969).
- 1970 Colombia: Tres mil estudiantes manifestaron el sábado en las calles de Bogotá contra la decisión de las autoridades de cerrar la Universidad Nacional por un semestre (3.3.1970).
- 1966 Argentina: El gobierno del General Onganía suprimió el status de autonomía de las universidades. Pone fin, así, al régimen tripartito de gobierno de las universidades: profesores, estudiantes y ex-alumnos (7.1966).
- 1970 Puerto Rico: Una estudiante de 19 años muerta por bala, y 55 heridos, es el primer balance de los enfrentamientos que se produjeron la noche del miércoles entre estudiantes independentistas y estudiantes pro-americanos en el campus de la universidad de Puerto Rico (5.3.1970).
- 1968 Brasil: En Río de Janeiro los estudiantes manifestaron hoy su protesta contra la reunión de Jefes de Estado Mayor, miembros de la Organización de Estados Americanos, y particularmente por la presencia del General Westmoreland, antiguo comandante de las fuerzas armadas en Vietnam (27.9.1968).
- 1968 Nicaragua: El gobierno del Presidente Anastasio Somoza denunció hoy la existencia de un "vasto complot tendiente a destruir la sociedad nicaragüense". En un "solemne llamado" publicado por el diario *Novedades*, de su propiedad, el Presidente declara que los comunistas se han infiltrado en 16 importantes institutos de enseñanza, comprendiendo 7 establecimientos religiosos, y que tratan de "implantarse en las Fuerzas Armadas" (9.8.1968).

Este tipo de información es muy frecuente en la prensa continental.⁶ No hace sino graficar el dinamismo del movimiento estudiantil. No es un dinamismo que se reduce a las perspectivas juveniles, sino que, en las condiciones del subdesarrollo, se erige como fuerza social del progreso de la sociedad.

Esta fuerza social tiene conquistas innegables, como la democratización de la escuela y la universidad, el derecho a la gratuidad de la enseñanza, el mantenimiento de los presupuestos educativos; En

⁶ Las informaciones fueron extraídas del documento: *Les Contestations des Jeunes dans le Monde. Hypotheses de Travail et Suggestions en Vue d'une Recherche Comparée.* UNESCO, Paris, 1972. Documento preparado por Jean Joussellin, 185 pp.

otro orden, es una fuerza que se *solidariza con las grandes causas* de la población, que se vincula a las fuerzas productivas, que tiene un ideal del desarrollo económico y social. Esto en lo que concierne al plano de la praxis.

En el plano intelectual no puede dejar de reconocerse que en el medio estudiantil es donde se debaten las ideas más innovadoras. Teorías como la interpretación "histórico-estructural del subdesarrollo", las doctrinas de la "educación liberadora" de Paulo Freire, el debate sobre la "cultura de la dominación" del filósofo Augusto Salazar Bondy y Leopoldo Zea, el análisis conceptual de la "oligarquía", la polémica sobre la "dependencia" y las "sociedades dualistas", etc., han pasado por la universidad antes de desembocar en las instituciones oficiales. Esta problemática es vehiculizada por el movimiento estudiantil. Y la polémica universitaria va a jugar un *rol motor*, inducente, de una determinada política en el plano nacional.

Por otro lado, se da el caso de sistemas políticos donde no hay una participación juvenil institucionalizada, y a veces ni siquiera una concertación con ellos sobre asuntos que los concierne, sin embargo el movimiento juvenil se erige en una vanguardia social, que muchas veces arranca reivindicaciones para la población, y hasta derrocamientos de gobiernos; en ocasiones, con el sacrificio de algunos jóvenes que caen en defensa de sus convicciones.

En el escenario latinoamericano, la protesta tiene una verdadera *función social*. Frente a un sistema político inmovilista, monolítico (verdaderos reinados de la oligarquía), el dinamismo del movimiento juvenil, sus protestas, van a tener un papel de "ablandamiento" de las estructuras intolerantes que rigen la sociedad.

IV.—*Función Social de la Protesta Juvenil*

LA protesta juvenil, en sus diferentes manifestaciones, sean huelgas, ocupaciones de locales, marchas, manifiestos, creación de anti-instituciones, enfrentamientos con las fuerzas policiales, fiestas anticonvencionales, etc., van a constituir elementos —aunque sea efímeros— de *contrapoder*, frente a la intransigencia de los sistemas políticos oligárquicos (es decir no participacionistas) de América Latina.

Felizmente que existen estos embriones de contrapoder sino sería la intolerancia total de los regímenes políticos sobre la población. En un continente como América Latina —con excepción de Cuba— donde existe una prensa comprometida con poderes económicos y políticos, donde los movimientos sindicales no siempre son reconocidos, donde las federaciones estudiantiles están en la ilegalidad,

donde no hay una participación de la mujer, el movimiento juvenil se revela contra este orden y por medios no convencionales, a veces violentos, se enfrenta a ese sistema.

No diremos que son los más eficaces, ni que adopta las posiciones más inteligentes y adecuadas a la coyuntura; lejos de eso, a veces caen en la irresponsabilidad y el aventurerismo, que por errores de estrategia, acaban a veces en sucesos dramáticos. Pero no puede dejarse de reconocer que el programa movilizador de la juventud, no sólo son por intereses propios, sino en beneficio de sectores amplios de la población. Se observa que de los programas reivindicativos que proclama la juventud solamente un *tercio* son propios a ellos, y el resto concerniente a las otras categorías sociales.

En la movilización juvenil se encuentra en la base causas de solidaridad con otros grupos sociales, solidaridad con las víctimas de la represión (¡cuántas causas de derechos humanos han sido respetados por la movilización juvenil!, ¡¡cuántos asesinatos legales han sido impedidos!!); solidaridad con causas humanitarias laborales:

- Brasil: Todos los estudiantes de la Universidad de Sao Paulo, la más importante del Brasil, están en huelga de solidaridad, para protestar contra la decisión del gobierno de licenciar, por razones políticas, 26 profesores y científicos de los centros de investigación de esta universidad (9/5/1969).

Frente a una prensa regimentada los estudiantes rompen esa barrera del silencio para difundir las verdades no-oficiales:

- Uruguay: Un servicio de información ha sido creado por los estudiantes para tener al corriente a la población de los últimos sucesos, a través de altoparlantes, dado que las versiones oficiales son muy fragmentadas a causa de la censura (24/9/1968).

La concertación con los movimientos reivindicativos de los trabajadores, es otra preocupación del movimiento juvenil:

- Argentina: Violentos enfrentamientos tuvieron lugar en Tucumán entre las fuerzas locales de la policía y los estudiantes que apoyan a los obreros, parapetados después de muchos días en una Fábrica de Tejidos cerca al villorio de Los Ralos (22/1/1968).

La juventud mantiene una actitud vigilante ante cualquier autoritarismo de los gobiernos, actuando como "disuasivos" ante la intolerancia de Estado:

- Chile: La disputa intestina que opone a los miembros del partido, Sr. Frei fue suscitada por una declaración virulenta publicada por los dirigentes de la Juventud Demócrata Cristiana para protestar contra las violencias cometidas a los desalojados de Puerto Mont, con el acuerdo tácito del gobierno. En la declaración, los jóvenes exigen la renuncia del Ministro del Interior.

Y en las grandes causas internacionales que abraza la humanidad progresista, la juventud se hace presente. Trátese de la lucha anti-belicista, de la causa anticolonialista, del combate del racismo, de la causa de la paz constructiva:

- México: Una manifestación de apoyo a Vietnam, que reunió unas 5 mil personas, se desarrolló hoy en esta capital sin incidentes. Sin embargo dos personas fueron detenidas por haber escrito en el zócalo del monumetro de Benito Juárez: "Fuera yanquis de Vietnam" (29/4/1968).

Vemos que la intervención de la juventud en el contexto social latinoamericano es *multifacética*, es *concertada* con otros sectores sociales, es *generosa* y a veces *imaginativa*. La protesta juvenil tiene pues una función social. Al *combatir la intolerancia*, la injusticia económica y social, la juventud se erige en una *fuera social del desarrollo*.

LA NOVELA CUBANA A PARTIR DE 1959, ¿REVOLUCION LITERARIA O LITERATURA REVOLUCIONARIA?

Por *Antoni KAPCIA*

ANTES de entrar en materia aquí, hace falta esclarecer una cosa importante: el hecho de que el propósito de este artículo es relativo y deliberadamente limitado. No pretende describir ni analizar ni pronunciar un discurso o un juicio definitivos sobre la gama entera de la novela cubana a partir del año 1959 —esto constituiría una labor demasiado grande y un tema demasiado amplio para un artículo corto (y, claro, correría el riesgo de un análisis ligero y superficial). Tampoco representa una tentativa de hacer lo mismo con el tema del papel de la literatura dentro de la Cuba revolucionaria, ni con el de la actitud de la Revolución hacia esa misma literatura —otra vez, un tema demasiado amplio. Finalmente tampoco representa una tentativa de definir “la literatura revolucionaria”, aunque, claro está, habrá, a lo largo del texto, unas presunciones implícitas sobre este caso.

Lo que sí pretende hacer, al contrario, es escoger cuatro novelas cubanas y establecer un punto de referencia para ellas, el cual aclarará hasta cierto punto la relación entre las cuatro, y también la relación entre ellas y la Revolución, y, al mismo tiempo, destacar unas ideas para un examen de la cuestión entera —y compleja— de la “literatura revolucionaria”, dentro del contexto cubano y además en general.

COMO ya se sabe bien, la participación real de los escritores y los intelectuales cubanos en la Revolución —en la lucha insurreccional y en el proceso inicial— fue mínima (con excepciones destacadas). Desde luego, se debió esto a muchos motivos diversos la actitud de abandono por parte de la sociedad con respecto al escritor, la falta de respeto, la imposibilidad de ejercer la función de escritor, y la reacción evasiva por parte de éste (con la generación establecida —la de “Orígenes”— una reacción de “torremarfilismo”, de la “cabala” esotérica, y con los más jóvenes, la experiencia triste y

desorientadora del destierro). Así, tras el entusiasmo inicial y la bienvenida patente y mutua, estos escritores, vueltos a sus "orígenes", a su patria, llenos de confianza en sí y en una Revolución que les daba oportunidades nunca esperadas, se vieron rápidamente confundidos y olvidados por la dirección y el ritmo del desarrollo revolucionario (lo mismo que pasó con la élite política en la misma etapa).

Entonces, frente a esta situación y dada su clara simpatía emocional y política con la Revolución, la pregunta que se planteó en esta coyuntura fue: ¿cómo relacionarse con la Revolución, con una Revolución que cada día se aceleraba y se apartaba de ellos? ¿Podían relacionarse con ella mediante sus acciones —es decir, por una participación personal o colectiva en la labor y las organizaciones de la Revolución— o podían establecer esta relación dentro de su creación literaria?

Esta cuestión última —la de relacionarse literariamente, la de crear una "literatura revolucionaria"— representaba, desde luego, una cuestión compleja, controvertible y desalentadora, que les exigía un reajuste de sí mismos, de su obra, y de sus valores y sus criterios establecidos, algo que les exigía nuevas definiciones. ¿Qué era una literatura revolucionaria? ¿Cómo podían llegar a una definición válida?

Para empezar, existían múltiples problemas casi sin solución que les confrontaba a los escritores en su búsqueda de la definición. Todos habían sido formados intelectualmente por —y eran una parte de— la tradición cultural e intelectual del Occidente, una tradición que, en tiempos recientes, había formulado distintos conceptos del papel social del escritor. Había, por ejemplo, el concepto del artista no comprometido, del arte autónomo (el que surgía del pasado del "modernismo" y de "Orígenes" en Latinoamérica, y del "nouveau roman" francés). También existía el concepto del artista como crítico, como rebelde permanente el postulado por Sartre y, en la América Latina, por Vargas Llosa. Ese era totalmente irreconciliable con la idea de una "literatura revolucionaria" (por lo menos en el sentido político); éste era una justificación posible de una literatura revolucionaria con tal que se pusiera en oposición a la sociedad. Pero no había nada dentro de esta tradición que aceptase la idea de un arte revolucionario como expresión de una revolución en poder.

Por supuesto existía otra tradición —la soviética. Pero allí, estos escritores (occidentales hasta el tuétano) sólo veían la corrupción del florecimiento artístico de los principios de la Revolución y el descenso a las banalidades del "realismo socialista" estaliniano.

Así que no encontraban ninguna base de su nueva definición. Y el problema se había agudizado recientemente, porque al "torremarfilismo" hermético de "Orígenes" de los años cuarenta (una reacción a la corrupción, la desilusión y la vulgaridad de la Cuba de aquella época), había seguido el agnosticismo angustiado y desorientado de los años cincuenta, cuando los escritores más jóvenes (que más tarde formarían colectivamente la llamada "primera promoción" de la Revolución) se exiliaron en los EE. UU., en Europa. El cambio del agnosticismo al compromiso representaría para éstos un salto de grandes proporciones, un salto tal vez imposible o alternativamente costoso.

Contra este fondo, era evidente que la única manera por la cual estos escritores pudieran acercarse y llegar a una definición era mediante la práctica misma (realmente, de la misma manera que la Revolución misma había encontrado su dirección —alcanzando la teoría a través de la acción), con un poco de aliento (más moral que práctico) por parte de Fidel Castro y Che Guevara— ese con sus alentadoras pero ambiguas "Palabras a los intelectuales" de 1961, éste con "El socialismo y el hombre en Cuba" de 1965.

Efectivamente lo que pasó en esta búsqueda fue que los escritores —sobre todo los narrativos— se enfrentaron con una dicotomía aparente: ¿había de comprender la literatura revolucionaria en términos literarios, o como una literatura convencional con un compromiso evidente político? O, para ponerlo de otra manera ¿era una literatura de vanguardia artística o una del realismo socialista? No es decir que existía en realidad tal dicotomía —o que existe actualmente— sino que los novelistas se inclinaban a creer en su existencia.

He aquí el significado de estos cuatro escritores: que todos, en sus obras, en su búsqueda de una definición práctica de la novela revolucionaria, se enfrentaron con este problema, con esta dicotomía.

Y estos cuatro, en particular, nos presentan un cuadro significativo de todo este tema. En primer lugar, son de los más conocidos, y sus novelas son de las mejores, del panorama literario cubano después de 1959. Además, tienen los cuatro algo en común: el hecho de que han sido considerados a veces —tanto por los críticos fuera de Cuba (a menudo, pero no exclusivamente, los que se oponen a la Revolución) como por "círculos oficiales y burocráticos" dentro de la isla— o críticos, opuestos o desilusionados de la Revolución. Finalmente, en la obra de los cuatro se puede identificar las actitudes de distintas generaciones hacia el problema esencial y hacia la Revolución.

Alejo Carpentier: "El siglo de las luces"

ENTONCES, ¿qué tiene esta novela celebrada que ver con la cuestión de la novela revolucionaria? Efectivamente, mucho; sobre todo en dos aspectos. En primer lugar en que representa la reacción a la cuestión por parte de la generación mayor, la establecida (es decir, según el viejo criterio de "revolución literaria", pero con un dejo significativo de un criterio nuevo); y en segundo lugar, en que ha sido considerado por algunos una declaración *en contra de* la idea general de revolución (aunque, hay que decirlo, hay otros que la consideran, al contrario, una declaración *a favor de ella*).

Claro que hay que considerar aquí los dos asuntos: primero, el del "viejo criterio". Está claro que, aunque publicado después de 1959, este libro de Carpentier representó para el autor la culminación de su labor literaria prerrevolucionaria, y ciertamente la obra más madura y más completa. Aun basándonos en las categorías convencionales —las de forma y contenido— se puede averiguar la verdad de esta aserción.

La forma de la novela se parece mucho a la de sus antecedentes una forma barroca, erudita y compleja; pero lo importante es reconocer que aquí en esta novela, tal forma no es mero ornamento sino lo que él llamaba su "instrumento mágico", una parte íntegra de su visión de Latinoamérica (y entonces una parte íntegra de su "contenido"). La forma no sólo expresa el contenido; hasta cierto punto es ese mismo contenido. Y éste también representa una culminación: la tentativa de crear un panorama "cósmico", casi tolstoyano, para así expresar la quintaesencia de la realidad latinoamericana (es decir, mediante un "irracionalismo" deliberado).

Aquí se habla de los temas constantes de Carpentier: el "telurismo" (que, en Carpentier, nunca posee el sentido malévolo del de otros "teluristas" latinoamericanos), la búsqueda (la búsqueda esencial de El Dorado —real o figurativo— que tipifica lo latinoamericano), el mito, la épica, y también la mentalidad neocolonial. Así es la novela, al mismo tiempo, realista (es decir, histórica) y alegórica, una metáfora compleja y extendida de América Latina, de sus esperanzas y su desilusión— "No hay más Tierra Prometida que la que el Hombre puede encontrar en sí mismo" (p. 223).

¿Qué se puede decir, entonces, de la supuesta actitud contrarrevolucionaria de la novela? ¿Qué indicios hay en el texto de esta idea? ¿Es que las declaraciones como la mencionada reflejan una posición intelectual en contra de la idea de la revolución? Para investigarlo hay que descubrir lo que Carpentier universaliza dentro de su libro; y para esto no nos hace falta buscar más allá de la

idea de la *libertad*. Porque el "mensaje" consiste aquí en que prevalece la libertad, a pesar de todas las debilidades humanas, a pesar de los cambios y los trastornos (incluso los cambios de la idea misma); a pesar de la desilusión y la traición. Aquí nos encontramos con una ironía fundamental de la novela: el hecho de que el pueblo madrileño se subleva contra los franceses, es decir contra los que representan la fuente misma de esa idea de la libertad. Además de esto, el "mensaje" del libro está en que los protagonistas reales de la historia son la *idea* y la *masa*; así, la conclusión de la novela representa la única posible, la lucha del ideal nuevo contra el ideal viejo y corrompido —una especie de revolución permanente. Visto así, no hay la menor duda de que el libro de Carpentier es una declaración de fe y de optimismo, simbolizada por la suerte de Esteban— el que duda, el que critica, el idealista, que se ve forzado a comprometerse finalmente, en una afirmación de solidaridad con el destino del populacho.

Entonces, ¿de dónde surge la consideración del libro como declaración contrarrevolucionaria? Para unos, la prueba existe en los cambios perpetrados por Carpentier después de la primera escritura. La novela se escribió (según la información al pie del texto) entre 1955 y 1958, pero no se publicó hasta 1962 —hecho que, según unas acusaciones, significa que el autor cambió unas partes del libro para alinear el contenido político con la nueva Revolución.

Pero, ¿quiere decir esto que cada revisión del texto por parte del autor representa algo sospechoso? ¿No es la prerrogativa del creador cambiar su creación? Efectivamente, Carpentier mismo ha señalado en otra parte que la revisión constituye para él una parte esencial del proceso creador.

También se supone que hay evidencia de lo contrarrevolucionario en las palabras pronunciadas por unos de los protagonistas de la novela. Parece evidente que tal observación es absurda. ¿Quiere decir esto que cada autor simpatiza con todo lo que piensan, expresan o hacen sus protagonistas? Claro que no. Al contrario, la creación de ambigüedades deliberadas en el "pensamiento" de una novela —de esta novela de Carpentier— agrega un elemento esencial de credibilidad y de franqueza. En realidad, Carpentier, aquí, no juzga más que el lector.

Volviendo así a la dicha dicotomía —la de la literatura revolucionaria o la revolución literaria—, se ve muy bien que "El Siglo de las Luces" representa, hasta cierto punto, una tentativa, aunque un poco indecisa —de enfrentarse con la dicotomía, no por declararse por una u otra posición, sino por tender un puente sobre el espacio que las separa: es decir, por negar la dicotomía misma. He aquí, sin duda alguna, la importancia del libro en este contexto.

*Guillermo Cabrera Infante:
"Tres Tristes Tigres"*

A pesar de todas las pretensiones y de los objetivos declarados de Cabrera Infante, "Tres Tristes Tigres" se ve claramente como una parte de la novela nueva cubana. Sin embargo, a primera vista, el libro parece tener muy poco que ver con los demás libros de los primeros años de la Revolución —todos obsesionados por los temas de la lucha, del Batistato, por la necesidad del realismo dramático y urgente, por la necesidad de captar para siempre, casi cinematográficamente, las emociones de esos días. Para los demás libros, el protagonista de la narrativa o era la sociedad prerrevolucionaria o era el Batistato. Pero, para Cabrera Infante, el protagonista de su novela era el lenguaje, y más específicamente el lenguaje hablado de la Cuba de la década de los cincuenta: "formalmente... es un experimento con el habla del cubano" (p. 9).

Así el verdadero protagonista es el lenguaje; pero también se encuentra aquí el "significado" —en el título, en el uso del diálogo y del monólogo (en lugar de la descripción). Como ha expresado Cabrera Infante en otra ocasión: "la única técnica válida es 'palabras, palabras, palabras' ". También se encuentra en el habla deformado y corrompido de Cuba, y en los juegos de palabras. Estos juegos tienen una importancia particular, como extensión de la teoría de la autonomía de la novela (y la de la imposibilidad de la literatura), la de la novela que se mina a sí misma, del concepto de la literatura como broma (Cabrera Infante), de la novela como una construcción fictiva, una "galería de voces" (Cabrera Infante), de la novela como una creación mudable —de aquí, los cambios en el proceso de creación de este libro, pasando de los cuentos originales hasta la versión final. En efecto, tales ideas son parte de las ideas del llamado "nouveau roman" (como las practicó en el contexto cubano Severo Sarduy), y de la "novela abierta". Realmente, "Tres Tristes Tigres", la primera "novela abierta" cubana, sirvió a América Latina de la misma forma que sirvió a la literatura inglesa la "Ulysses" de Joyce.

Pero, en vista de esto, ¿cómo se relaciona esta novela con las demás? Claro está que es tan distinta de los libros moralizantes, didácticos, estridentemente realistas del periodo 1959-1963. La relación está en que la novela de Cabrera Infante constituye otro paso en la búsqueda colectiva de "lo cubano" (trazada tan bellamente por Cintio Vitier). Después de todo, no hay duda de que esta novela se trata de Cuba, de un periodo definido y de un lugar específico: la "maleza" de la Cuba urbana en vísperas de la Revolución, en una sociedad que está para derrumbarse, una situación

reflejada por las imágenes literarias de la pesadilla y de lo extraño. Básicamente, es una expresión de aquella generación cubana, la del destierro, del fracaso, de la frustración, de la desesperanza y de la desorientación.

De aquí procede la preocupación de Cabrera Infante por la *falta* de comunicación; en la novela, la comunicación está totalmente al nivel esotérico, donde no se comunican mutuamente los protagonistas, escondiéndose en cambio detrás del disfraz de su ingenio, con una especie de auto-comunicación, incluso de masturbación (un tema repetido, y, realmente, la expresión de una generación entera y de un periodo entero en Cuba). Si no se le permite a uno expresarse creativamente, la única manera de expresión, el único recurso, es la auto-comunicación, o, a lo mejor, la comunicación entre grupos reducidos e iniciados. Esto explica también el tema de la nostalgia y el del exorcismo literario —se refiere aquí a las parodias acerca de la muerte de Trotsky.

Esta es la importancia del libro en este contexto: la novela es fundamentalmente cubana, y constituye un reflejo expresivo de una generación, de un lugar y de una época específicos. La auto-parodia es, para Cabrera Infante —tanto como para Bustrofedón, anti-héroe de la novela— una forma de disfraz, una forma de engaño de sí. Porque, por mucho que pretenda el autor que su novela se trata principalmente del lenguaje, no cabe duda de que se trata realmente de Cuba y de la generación del mismo autor. Tampoco se trata principalmente de la deformación de la lengua, sino, más bien, de la deformación de las imágenes de sí. Por ejemplo, Cabrera Infante nos presenta el relato del Mister Cambell, reflejo no sólo de la actitud norteamericana hacia su "colonia" sino también de la acogida cubana de esa misma actitud. La falta de política es otro engaño: la política apenas se nota en la novela, casi nadie habla de ella; porque, realmente, para la generación de los cincuenta, la política no existía: "Tú sabes que nunca hablo de política. Esa es mi política" (p. 301).

Una parte íntegra de ese tema de la deformación y del engaño, es la traición. De veras se puede decir que la traición es la esencia de la novela —hecho subrayado por la frase final: "Tradittori" (la segunda mitad del refrán italiano, "Traduttori, tradittori"). Porque está declarando aquí el autor que toda escritura es una traición —del idioma, del habla, del escritor; que toda la lengua cubana es una traición; que toda la literatura es una traición— una imitación, una cultura "traducida"; y que toda literatura "realista" es también una traición, de ambas cosas —la literatura y la realidad; y, finalmente, para ponerlo en su contexto histórico, que toda la

Cuba prerrevolucionaria constituía una traición— de sí, de la humanidad, de la personalidad.

He aquí lo cubano de la novela; más que esto, lo contemporáneo. Porque es una parte de la narrativa de los primeros años de la Revolución; y contribuye más, contribuye el punto final de esta etapa, la culminación de ella y también del desarrollo personal (político y literario) de Cabrera Infante, y, además, un puente hacia los criterios nuevos y una conclusión de los criterios viejos. Porque, a partir de la época de "por la libre", no cabían ni Cabrera Infante ni los criterios anteriores.

Entonces, ¿es revolucionaria la novela? En términos puramente literarios, sí que lo es. Es destructora, iconoclasta, y el asalto contra la lengua española era realmente revolucionaria. Pero, en términos políticos, hace falta decir que no, que su actitud iconoclasta representa no más que un exorcismo puramente negativo.

Así se ve claramente que, frente a la dicotomía ya referida, Cabrera Infante se plantó firmemente y con deliberación en un lado determinado.

*Edmundo Desnoes:
"Memorias del subdesarrollo"*

ESTÁ aquí la importancia de Edmundo Desnoes; porque, a contrapartida, él escogió el lado opuesto. La historia literaria de Desnoes se conoce bien; inicialmente era exponente de la novela claramente exorcista, retrospectiva, realista, la rechazada por Cabrera Infante, la maniquea, la que tenía más que ver con el exorcismo personal.

Luego vino "Memorias del subdesarrollo", representante del periodo posterior de la novela cubana, el de la reflexión, una tentativa de comprender y de adaptarse a la Revolución misma, a través de la figura del intelectual desorientado, Malabre (que hasta cierto punto representa a Desnoes mismo), atrapado entre las emociones contradictorias del desprecio hacia el mundo pequeñoburgués prerrevolucionario —y del miedo— de la Revolución misma. Está desorientado, está confuso (por ejemplo, nunca logra entender por qué ha decidido quedarse en Cuba), y está a solas. Su soledad resulta de su confusión y de su egoísmo, emoción que ha creado al mismo tiempo su simpatía con, y su desprecio hacia, la Revolución, su actitud fundamentalmente antisocial ("prefiero los objetos a las personas" [p. 20]).

Realmente, es producto de un mundo pequeñoburgués, y mirar para atrás, hacia aquel mundo pasado, le resulta más fácil, más cómodo, que mirar para adelante. Porque, mirando hacia atrás, le es

posible mezclar el desdén y la nostalgia (como todos de su generación); de aquí la importancia del recuerdo, de la memoria —en efecto, el título de la traducción inglesa, elegido por el mismo autor, es "Inconsolable Memories". Así resulta una expresión de la enajenación y de la evasión. Por otra parte, mirar hacia el futuro le exige a uno un sentido de responsabilidad y cierto valor moral— algo que no posee Malabre, producto de una sociedad casi sin responsabilidad y sin moralidad alguna. Dice Malabre: "...siempre he preferido la comodidad a la verdad" (p. 81), pero lo importante es que anteriormente había podido preferirlo, porque su sentido de seguridad le permitió abandonarse al agnosticismo; ahora no puede hacerlo, confrontado con las alternativas de la comodidad del pasado y la verdad del presente (y ésta implica la responsabilidad).

Su actitud hacia la Revolución, confusa y cambiante, es lo que realmente expresa ese proceso de adaptación a los cambios. Al principio la considera tanto el instrumento de su venganza personal contra lo pequeñoburgués, como el alivio de la responsabilidad, porque le concede la posibilidad de existir sin preocupaciones. Luego, más tarde, la considera una amenaza a su egoísmo. Pero acaba por destruir su sentido de superioridad y resulta en una crisis personal (una que es paralela a la de la Cuba misma, en octubre de 1962). En efecto, los dos —Malabre y Cuba— ganan una fuerza moral de esta crisis compartida; para ambos, representa el fin de la inocencia.

El proceso de desarrollo es lo más importante, porque el *contenido* del libro, y no la *forma*, es lo que contribuye el autor a la cuestión de la "novela revolucionaria" (recordando que Carpentier y Cabrera Infante se declararon a favor de la forma —aunque ese con reservas). Todo lo que se encuentra aquí constituye un rechazo del punto de vista de Cabrera Infante, un rechazo del egoísmo, de los criterios viejos, de la evasión, del agnosticismo, y, tal vez lo más importante, un rechazo de su visión del subdesarrollo. Porque Cabrera Infante y Carpentier, los dos, aceptaron el concepto del subdesarrollo como una falta de cultura, la imitación, el retraso, el mirar hacia el mundo culto del Occidente. Desnoes, en cambio, reconoce que el aislamiento forzado de Cuba significa que el país tiene que descubrir —en efecto que tiene que ser— su propio punto de referencia, que el subdesarrollo es el subdesarrollo del potencial —individual, colectivo y nacional. Es aquí donde se encuentra el contenido revolucionario del libro.

Pero, a pesar de eso, se le ha acusado a la novela de ser una obra "crítica". Básicamente, esta interpretación surge de las ambigüedades de la novela. Por ejemplo, Malabre declara: "El artista, el verdadero artista, siempre será un enemigo del Estado" (p. 67);

pero, al mismo tiempo, Eddy (el "alter ego" de Malabre —y entonces de Desnoes) lo rechaza, y, por implicación, también lo rechaza Desnoes. Pero por declararlo se presenta como honesto, capaz de la auto-crítica verdadera (y no de la auto-parodia de Cabrera Infante, que no es la misma cosa. Se ha confrontado con el problema y se ha declarado firmemente a favor del compromiso político. Pero, por hacerlo así, él también se ha atrapado en la misma dicotomía de Carpentier y de Cabrera Infante, aunque haya optado por la "literatura revolucionaria".

Reynaldo Arenas: "El mundo alucinante"

Así, le tocaba a la generación (o la sub-generación) siguiente descubrir la solución de este problema. Cabrera Infante había rechazado totalmente la posibilidad de descubrirla; Carpentier había hecho alusión a ella, por intentar integrar la forma y el contenido; Desnoes también la había acercado desde otro lado, por declarar que Cuba, y no cualquier criterio externo, era su propio punto de referencia.

He aquí el significado de la cuarta novela, la de Arenas. A primera vista, esta novela no es más que una novela fantástica, al aparecer con nada que ver ni con Cuba ni con la Revolución, sino, a lo mejor, como la de Carpentier, con el tema de la revolución como tema universal. De veras, la semejanza entre este libro y el de Carpentier es enorme —el mismo estilo "poético", el mismo lenguaje rico, decorativo y casi bíblico, y el mismo tono medio-surrealista. Pero también son enormes las diferencias.

Por ejemplo es distinto el humor de Arenas, el humor que está presente en todo, y que acaba por distorsionar todas las posibilidades del realismo. Otra distinción es la fusión deliberada de lo real y lo fantástico, la abolición de la perspectiva, del orden y de la lógica convencionales, la complejidad lingüística y el tono permanente de lo extraño. De veras, al principio mismo, el libro le avisa al lector que no crea todo lo que lee, sino que se pierda en un mundo donde lo real y lo ficticio son la misma cosa. Pero la fantasía no es mero artificio; la vida misma de Fray Servando era casi increíble (¿otro ejemplo de "lo real maravilloso" del continentista americano?), y sus propios cuentos de sus aventuras eran contradictorios e increíbles. Así las exageraciones de Arenas y las contradicciones del texto no son más que una magnificación de la incapacidad de Servando de desentrañar lo real y lo fantástico.

Esto explica las imágenes medio-surrealistas (por ejemplo, las "Tierras de Amor", o la procesión final); también explica la "mi-

tificación", porque la fantasía es para Arenas una manera de mitificar (otra vez, Carpentier), de crear un arquetipo. En esto le ayuda el "mecanismo de enajenación" de las tres perspectivas, que pierden el "realismo" de la narrativa; porque el realismo sólo tiene sentido dentro de la visión subjetiva, en la percepción humana.

¿Por qué busca Arenas esta "mitificación" Efectivamente, para crear un arquetipo tanto latinoamericano como universal. Y lo arquetípico se encuentra aquí: en primer lugar, en que Servando conserva su pureza a lo largo del libro entero —su pureza intelectual (la que simboliza la revolución) y su pureza sexual; tampoco acepta lo aceptado, siempre esforzándose por seguir el ideal que es tal vez inalcanzable; además, es siempre optimista y resistente. En esto recuerda al *Candide* de Voltaire, aunque Arenas nunca le burla a su héroe, a diferencia de Voltaire con su creación, y, de veras, siempre mantiene una simpatía hacia él (una comparación mejor sería con lo picaresco).

Así se trata la novela de toda una serie de temas: de Latinoamérica —es una metáfora de la lucha, de la desilusión y de la traición (otra vez, Carpentier)—; de la naturaleza de la libertad y la condición humana —Servando es una metáfora de la libertad del pensamiento—; tal vez sea posible considerar el libro una metáfora de la Cuba revolucionaria, leyendo las palabras de Madame de Staël como una advertencia: "Una revolución no se hace en diez años, ni en un siglo" (p. 128), y viendo la figura de Guadalupe Victoria como una parodia de Fidel Castro (aunque resulta más probable que sea una parodia de cualquier caudillo arquetípico). Pero, en este caso, hace falta recordar la advertencia de Arenas, al principio mismo de la novela: de no creer en lo leído. Tal vez el que ve en la novela una crítica específica de Cuba está leyéndolo a un nivel demasiado literal y superficial, y sólo justificando sus propios prejuicios.

Se le ha elogiado al libro de presentar "una visión desengañada de la revolución" (Gordon, p. 43). ¿Es verdad esto? Al examinar la novela, se llega a la conclusión de que, al contrario, presenta una visión *optimista*, que surge de una creencia profunda y constante en la capacidad del hombre de luchar contra toda adversidad, contra el destino, contra cualquier fuerza de oposición. Así resulta probable que, en la novela de Arenas, la revolución no sea tan inalcanzable como parece:

"Mi fe está siempre por encima de mis resultados.

¿En qué cree?

En mí, que es creer en casi todos los demás. Por eso es que nunca seré traicionado" (p. 59).

El hecho de que las preguntas de Servando profundizan la cuestión, constituye al mismo tiempo la honestía intelectual y la afirmación de esta creencia; y es aquí donde se halla su aspecto revolucionario —en que Arenas acoge el conflicto, pone en duda las presunciones y acaba por reafirmar su optimismo en el hombre y el porvenir.

Por lo tanto parece que tal vez haya encontrado Arenas lo que va a ser una solución de la dicotomía: en ser revolucionario tanto en la forma como en el contenido, con las dos cosas entrelazadas íntima e imperceptiblemente. Tal vez haya solucionado la dicotomía por negarla, por rechazar un criterio que ha retrasado tanto la literatura de la nueva Cuba.

Entonces, tras esta exposición, ¿a qué conclusiones se llega? Para empezar, las diferencias de actitud (ante la cuestión de la dicotomía, real o imaginada) pueden atribuirse a las diferencias generacionales. Alejo Carpentier representa un estilo y una visión más viejos, pero con un dejo de una nueva actitud; Cabrera Infante es producto de un periodo crítico en la Revolución y también en su propio desarrollo personal, y, para él, el paso desde el exilio total (en términos literarios tanto como físicos) hasta el compromiso le resulta demasiado grande y demasiado repugnante; Desnoes sabe cruzar este abismo, pero se queda dentro de los límites de la misma dicotomía; sólo para el último, Arenas, no le hace falta considerar la Revolución explícitamente en su novela, sino ir más profundamente en el asunto. Es decir que Carpentier y Arenas, el más viejo y el más joven, no reconocen una dicotomía (y éste llega más fácilmente a una solución), pero sí que la reconocen Cabrera Infante y Desnoes, por ser parte, los dos, de una generación para la cual esta dicotomía era real, válida y central.

Pero aquí hay que plantear la pregunta esencial: ¿es que existe realmente tal dicotomía? Dentro de la tradición occidental, no hay duda de que existe —y esto explica por qué tantos han considerado a Carpentier y a Arenas como "contrarrevolucionarios". Porque, en su opinión, si no están explícitamente *a favor de* la Revolución en sus obras, deben de estar *en contra de* ella. Han de caer dentro de una categoría fija, dentro de un modelo establecido por los criterios aceptados —y las ambigüedades de los dos pueden ser interpretados según la política del crítico. Surge esta visión de la idea de que si no dicen nada los autores de la Revolución explícitamente, pues no son honestos o, tal vez, se les censura; pero si dicen algo a favor de la Revolución, tampoco son honestos, o son "secuaces" del proceso revolucionario; y si dicen algo en contra de la Revolución, pues entonces representan la voz verdadera de la disidencia. Es una situación en la cual no hay salida alguna para el autor cubano, con

tal que esta dicotomía, y este criterio, se apliquen a él. Cabrera Infante los aceptó, y, hasta cierto punto, también los aceptó el poeta conflictivo Heberto Padilla (de aquí surgieron sus problemas políticos a fines de los sesenta).

Pero queda otra pregunta. Si existe esta dicotomía, ¿es relevante? ¿Es relevante a una sociedad revolucionaria, o a una sociedad subdesarrollada? Porque éste es un aspecto fundamental de todas las cuatro novelas: el hecho de que fueron escritas dentro de una sociedad subdesarrollada en vías de revolución. De veras, el subdesarrollo cubano es el protagonista silencioso, pero también elocuente, de las cuatro. Y este hecho pone en duda la existencia y la relevancia de la celebrada dicotomía, de modo que todos los que aceptan la dicotomía están negando (pero realmente afirmando y fortaleciendo el hecho del subdesarrollo). Una sociedad en subdesarrollo tiene otros puntos de referencia; una sociedad en revolución también los tiene; visto que Cuba es las dos cosas al mismo tiempo, no cabe duda de que sus criterios deben ser tan distintos y tan particulares como, efectivamente, su revolución entera.

BIBLIOGRAFIA

- Arenas, Reynaldo: *El mundo alucinante* (Ed. Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1970).
Cabrera Infante, Guillermo: *Tres Tristes Tigres* (Ed. Seix Barral, Barcelona, 1973).
Carpentier, Alejo: *El Siglo de las Luces* (Compañía General de Ediciones, México, 1970).
Desnoes, Edmundo: *Memorias del Subdesarrollo* (Ed. Joaquín Mortiz, México, 1975).

ARTICULO MENCIONADO

- Gordon, Ambrose, Jr.: "Ripling Ribaldry and Pouncing Puns: the Two Lives of Friar Servando", in *Review* 73, Spring 1973, pp. 40-4.

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL C. LIC. ELISEO MEN-
DOZA BERRUETO, SUBSECRETARIO DE EDUCACION SU-
PERIOR E INVESTIGACION CIENTIFICA, EN REPRESENTA-
CION DEL C. PRESIDENTE DE LA REPUBLICA, LIC. JOSE
LOPEZ PORTILLO, EN OCASION DE LA ENTREGA DE LAS
PRESEAS "MIGUEL HIDALGO".

México, D. F., a 8 de mayo de 1979.

SEÑORAS Y SEÑORES:

TRES hombres reciben el día de hoy la preseas de más alto rango que la Nación otorga. Cada uno de ellos, en su área respectiva ha dejado fluir su vida al ritmo y dirección que le dictara su firme carácter independiente, sus más íntimas convicciones y la pureza de sus ideales.

Los tres pertenecen a la generación de aquellos hombres que lucharon por el reencuentro de la República con su propia cultura; rescataron para los mexicanos sus recursos y riquezas y como heraldos de nuevas alboradas impulsaron la ciencia, popularizaron la cultura, y fueron lo que Ortega y Gasset dijo sobre una generación: vitalidad de un pueblo, pulsación de su potencia histórica, gozne sobre el cual gira el devenir.

Para el Ejecutivo de la Nación este evento representa una nueva oportunidad de reconocer, en nombre de la República, los grandes valores e ideales que conforman la esencia misma del espíritu nacional. Valores e ideales que se integran sustancialmente, celularmente, a hombres que han mantenido limpio el estandarte de la honestidad; ciudadanos del más alto rango moral; hombres-águila que con la fuerza de las alas de su espíritu pudieron desafiar huracanes y mantenerse incólumes ante el embate de los corruptos, la pasividad de los conformistas o el lacayismo de los serviles.

Hombres de acción, beligerantes en sus hechos y en sus palabras, asumieron su compromiso histórico con la verdad.

A la luz de su esencia vital, imposible es resumir en breve panegírico las hazañas de estos tres ciudadanos preclaros. Valgan unas frases que pudieran evocar momentos estelares de tan fructíferas vidas.

Nicolás Bernal, oriundo del mineral de San Ignacio, Sinaloa y llamado el "Benjamín del liberalismo Magonista", fue, desde sus años mozos, un revolucionario limpio y decidido. A mediados de 1909 se embarca en Mazatlán rumbo a San Francisco, animado por aquel progresista visionario, Heriberto Frías, quien era Director de "El Correo de la Tarde".

En Estados Unidos intenta conciliar sus estudios técnicos con la actividad difusora y propulsora del magonismo, pero es más fuerte su vocación revolucionaria, pues cuando llega a sus manos el primer número de "Regeneración" —publicado el 3 de septiembre de 1910— órgano de difusión de las tesis magonistas, Nicolás Bernal se conmueve profundamente y se decide ir a ver a Ricardo Flores Magón. Como él mismo lo cuenta, a las 8 de una mañana de septiembre de 1910 Nicolás Bernal toma el tren que hacía el recorrido de San Francisco a los Angeles y se apersona con Flores Magón. De golpe se gana su simpatía y de inmediato empieza a actuar como emisario y mediador en múltiples y delicadas misiones, tanto en México como en Estados Unidos.

La lucha magonista fue azarosa y muchas veces frustrante. Al triunfo de la revolución maderista, Flores Magón no aprobó la política ni la integración del gobierno y esto, junto con la tenaz persecución del gobierno norteamericano, le impidió realizar y culminar sus movimientos revolucionarios.

A la muerte de Flores Magón, Nicolás Bernal regresa a México el 29 de noviembre de 1921. Venía perseguido y manos aviesas habían cateado su domicilio y robado todo su archivo del movimiento. Un líder del Sindicato de Panaderos, activo magonista, lo recibió como hermano y le dio la hospitalidad y protección que tanto necesitaba.

A lo largo de los años Nicolás Bernal ha sido un celoso y leal guardián del credo magonista. Su vida oscila entre la modestia y la estrechez económica. De él dijo Vasconcelos: "El señor Bernal es un veterano de la Revolución, ligado desde el principio con el sector magonista, que tantos hombres puros, leales y valientes produjo. El señor Bernal es uno de ellos. No resisto —agregaba Vasconcelos—, a sintetizar mi pensamiento diciendo que no conocí jamás en la Revolución hombre más honrado, más desinteresado, más bondadoso y más justo que el señor Bernal. Si alguna vez hiciera una historia detallada y verídica, el señor Bernal tendría figura eminente, no sólo entre los precursores, sino entre todos aquéllos que a cada momento han servido a la Revolución con lealtad y patriotismo".

Nicolás Bernal es un hombre sencillo y humilde en el trato. Su grandeza está en su corazón, siempre sensible al dolor ajeno y a la

injusticia social. La Nación —quizá un poco tarde— reconoce en él a uno de los hombres que jamás actuaron en la Revolución para sacar ventaja personal.

La vida de Ignacio Chávez, oriundo de Zirándaro —antes Mihoacán, hoy Guerrero— ha sido un prolongado e indeclinable esfuerzo distribuido en dos campos principales: la ciencia y la enseñanza. A su trabajo lo ha presidido un humanismo contemporáneo; ha luchado por mantener integrada la ciencia médica al universo del conocimiento y evitar que la especialización, la tecnología y los métodos deshumanicen la práctica de la medicina.

Para Ignacio Chávez humanismo quiere decir cultura, comprensión del hombre en sus aspiraciones y miserias; valoración de lo que es bueno, lo que es bello y lo que es justo en la vida; afán de superación que nos lleva, como en la frase del filósofo a "igualar con la vida el pensamiento". "Si bien es cierto que con la especialización se gana en hondura —afirma Chávez— se pierde en contrapartida, en extensión. El hombre se confina en un punto y sacrifica la visión integral de su ciencia y la visión universal de su mundo. Sufre, con ello, su cultura general, su formación científica y su formación moral, pues el sacrificio de la cultura constituye un sacrificio de los valores que debieran fijar las normas de su vida. Y en este drama del hombre —afirma Chávez— se perfila su riesgo inminente: la deshumanización de la medicina y la deshumanización del médico".

Chávez ha sido un notable cardiólogo; un generoso maestro; un incansable creador e innovador de instituciones educativas y de investigación. Su talento es aquilatado en muchos países. Un hombre que, en vida, ha sentido la satisfacción de múltiples honores y reconocimientos de su patria y del extranjero. México tiene en él a un apasionado obrero del intelecto, baluarte de la ciencia médica, pero sobre todo, un incansable formador de nuevos hombres para su patria y para el mundo, más preparados, más cultos, más humanos.

Jesús Silva Herzog nace en San Luis Potosí, en el año de 1892. Es un inconforme con la injusticia, la miseria y la ignorancia; incorruptible funcionario; economista autodidacta; crítico incansable; prolífico escritor, pero básicamente ideólogo progresista: un hombre de izquierda.

A muy corta edad, en contra de la tónica servil prevaleciente, pronuncia en su ciudad natal un discurso que a la facción revolucionaria vencedora le pareció exageradamente hostil, siendo confinado a prisión, "con aviso de fusilamiento". Aquel crítico de 1915 iba a reiterar, una y otra vez, en cada ocasión necesaria, su palabra rebelde.

Con el tiempo, llega a ocupar altos puestos en el gobierno de la República. Es el año de 1937 y los sindicatos de la industria petrolera habían planteado un "conflicto económico" con la empresa de modo que la Junta Federal de Conciliación requería de un informe y un dictamen sobre la situación de las empresas a efecto de rendir su decisión. Secretario de aquella comisión lo fue el maestro Silva Herzog quien en un mes tendría que entregar los estudios correspondientes.

Las compañías habían expresado hasta la saciedad que les era imposible satisfacer las demandas obreras. Utilizaron todo tipo de recursos —hasta el intento de soborno— para que el informe de la comisión de peritos les fuera favorable. El 3 de agosto de 1937 la junta tenía informe y dictamen y en él, concretamente, se concluía que las empresas podían aumentar —en salarios y prestaciones— hasta 26 millones de pesos.

Esta fue la base para que meses después la Suprema Corte negara el amparo a las compañías petroleras y para que Cárdenas entrara a la historia al expropiar los bienes y nacionalizar el petróleo. En aquel grupo que dirigía el maestro, justo es reconocerlo, colaboraron los siguientes mexicanos distinguidos: Lic. Miguel Manterola, Prof. Federico Bach, Lic. Moisés T. de la Peña, Ing. José López Portillo y Weber, Manuel J. Zevada, Gustavo Ortega, Gilberto Loyo, entre otros.

La vida de Jesús Silva Herzog es una sola lucha ininterrumpida, sin pausa ni desmayo, por la emancipación, la libertad y la justicia. Alguna vez afirmó: "La historia es una hazaña de la inconformidad".

SEÑORAS Y SEÑORES:

Estos hombres que hoy la República premia por sus indiscutibles méritos cívicos han sido incansables combatientes en la batalla para lograr que su país sea más libre, más independiente y más justo: Filósofos de su tiempo, buscan su verdad y todavía luchan por ella. Búsqueda de la verdad que es el eje central sobre el cual gira el pensamiento de nuestro mundo.

Y es que la verdad como tal, es un elemento inacabado y exige del pensamiento del hombre, un excelso vuelo parabólico cuyo arco es infinito.

Desde la filosofía de la Grecia clásica, en el periodo alejandrino, en Roma, en el despertar del Renacimiento, en las luces de la ilustración o en la época moderna, el afán de penetrar la verdad es móvil permanente. Pero la verdad se forja en la fragua del

herrero inmortal del pensamiento —el filósofo— quien la moldea una y mil veces para jamás terminarla.

Para acercarse a la filosofía —saber y sabiduría juntos— es necesaria una actitud universal, ecuménica, globalmente comprensiva. Como la cultura, la filosofía no es necesariamente progresiva en el sentido de que una escuela de alguna época vuelve obsoleta o cancela a otras corrientes del pensamiento. Quizá por eso es y seguirá siendo la cúspide del *Homo Sapiens*.

La generación de mexicanos a la que pertenece Nicolás Bernal, Ignacio Chávez y Jesús Silva Herzog tuvo la gran oportunidad de armonizar vida y pensamiento. Ellos aceptaron ese gran reto del destino nacional que pedía a los hombres del conocimiento y reflexión la inmediata aplicación, práctica y concreta, sin jamás alejarse del pueblo que se transformaba vertiginosamente.

Toda revolución es una juventud de la historia: es una promesa, una puerta súbitamente abierta hacia el futuro. Es también una posibilidad de llegar a ser, sin trabas, sin inercias. La Revolución le dio a México esa posibilidad y México supo aprovecharla. Cancelando dependencias económicas, abandonando sujeciones culturales, sentimientos de inferioridad, México afirmó su rostro y su voluntad.

En el mural, en la novela de la Revolución, en la exaltación del folklore en la educación para la libertad, el México revolucionario macizó su ser nacional con vigor y valentía. Es el México de Vasconcelos, de Orozco, de Martín Luis Guzmán, de Silvestre Revueltas, de Nicolás Bernal, de Ignacio Chávez, de Jesús Silva Herzog. Generación única e irreplicable de jóvenes mexicanos que se atrevieron a conjugar el rigor y la aventura, la creatividad y la disciplina.

Y es también el México que en la ciencia, sea ésta médica o económica, física, matemática o social, se enfrenta a los problemas y plantea soluciones propias sin abandonar la vasta referencia a lo universal.

Las ciencias no tienen nacionalidad ni ciudadanía: herencia son del hombre y de la historia. Pero esas ciencias pueden o no integrarse a la vida de un pueblo, pueden o no ser instrumento de transformación y avance.

Toda ciencia arranca de una visión filosófica y la ciencia que esa magnífica generación revolucionaria absorbió y aplicó tan intensamente, fue una ciencia de convicción humanista; una ciencia que sólo se comprende por su incontestable finalidad de servicio a la comunidad nacional.

México habrá de seguir su destino luminoso: el destino que su pueblo soberano habrá de conquistar guiado por sus filósofos, sus científicos, sus maestros. A su impulso educativo generalizado, seguirá un proceso de desarrollo más amplio y más igualitario.

La Educación para Todos, como primer servicio que el Estado debe a la Nación, asegura una época superior, donde cada mexicano pueda ejercer el derecho de trabajar honesta y productivamente.

Un humanista dirige los destinos de México. Con profunda honestidad busca para su pueblo la justicia social y para su país, la autodeterminación. Con él estamos comprometidos.

Al reconocer el influjo inspirador de los ciudadanos ejemplares que hoy reciben el merecido reconocimiento de la República, reafirmamos la identidad de México con su propia cultura.

Aventura del Pensamiento

IDEOLOGIA Y CONOCIMIENTO CIENTIFICO

Por *Martha ROBLES*

ENTRE el sometimiento y la ignorancia de los alcances de la voluntad apareció la necesidad del hombre de conocer su naturaleza para comprender su realidad. Las primeras tentativas lo centraron como agente y receptor de sus funciones vitales. Los misterios sobre el ser y la vida provocaron la creación de un sistema teológico que justificara el desconocimiento de la causología universal. "Saber es poder" afirmó Francis Bacon, en el siglo XVII, cuando funda el método inductivo moderno y sostiene que la filosofía debe romper sus ligas con la teología. Este precursor del intento de sistematización del procedimiento científico se opuso a la tradición escolástica defendiendo la vieja doctrina de la "doble verdad": la de la razón y la de la revelación. La base práctica de su obra, *Progreso del saber*, estuvo fincada en la necesidad de establecer —en esto, Bacon recobra la tradición de la ciencia griega— la búsqueda de los procedimientos para dominar las fuerzas de la naturaleza "por medio de descubrimientos e inventos científicos".¹ Su tendencia a postular generalidades lo llevó a menospreciar la importancia científica de las hipótesis; aunque, de otra parte, insistió en el orden que debe darse a los datos recogidos de la observación. De ahí su insistencia en que el hombre puede dominar y explicar la naturaleza únicamente en razón de su orden y la conexión "legal" entre sus formas. Al concebir la verdad como la armonía del ser con la conciencia, Bacon trasciende su análisis teológico-político hasta el intento de comprender la tendencia a caer en el error por los malos hábitos mentales. Los *ídolos* baconianos son el principal antecedente de la patología del imaginar y el juzgar que, posteriormente, contribuiría al esclarecimiento de la teoría de los prejuicios que revolucionara el pensamiento ilustrado.

Destutt de Tracy, con sus *Eléments*, es el primer pensador que acuña el término ideología para designar a la disciplina filosófica como la base de todas las ciencias. Es importante señalar que la

¹ Russell, Bertrand, *Historia de la Filosofía Occidental*. Ed. Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1971, 2a. ed., Vol. II, p. 163.

obra de De Tracy se publica en 1801, cuando Francia pasa de la república democrática a la autocracia despótica; los términos ideología e ideólogos, como afirma Barth, adquirieron un significado despectivo y hasta desdeñoso, cuyo origen está en el juicio de Napoleón Bonaparte "de que la ideología es el producto de una actitud teórica que no concuerda con la realidad, es decir con la realidad político-social".³ La separación entre el teórico y el hombre práctico, que expresa Napoleón, debe verse como una distinción precisa del papel crítico de los ideólogos y de los hombres de acción, siendo los primeros los que enjuiciaban el despotismo, el poder absoluto y el papel del hombre fuerte en la historia, lo que, precisamente, representaba Napoleón en ese momento. Spengler, un siglo después, precisaría en *La Decadencia de Occidente* ese concepto, confiando a los ideólogos a la historia de la literatura y reprobando su participación en la historia real de los pueblos.

Para De Tracy, Condillac es el fundador de la ciencia de las ideas o ideología, no obstante considerar la trascendencia de los postulados de Locke: observar y describir el espíritu humano como si se tratara de un elemento de la naturaleza. De Tracy afirma, sin omitir esos antecedentes, que la ideología es el verdadero camino hacia el conocimiento del hombre. Separa radicalmente la metafísica y el carácter ético-religioso del conocimiento científico. La metafísica, según él, pertenece a "las artes de la imaginación". En este punto de la historia de la ideología, pueden observarse dos corrientes críticas del sistema teológico-político y, por tanto, del régimen social: de una parte la doctrina de la "doble verdad", la de la razón y la revelación, difundida por Bacon y, de otra parte, el desarrollo de la teoría del engaño que posteriormente sería parte de la teoría de los prejuicios que lleva a De Tracy a insistir en que el progreso científico sólo se alcanza cuando, a través de un método de conocimiento, se logra evitar las falsas ideas que determinan la voluntad y contribuyen a fortalecer el error admitido convencionalmente.

Podría establecerse una convergencia en cuanto a los postulados teóricos de la tradición filosófica de las corrientes de Inglaterra y Francia. La revolución industrial y la lucha contra el poder absoluto en Inglaterra, favorecieron que este país fuera precursor de la teoría contra el absolutismo, en las premisas de Bacon con su doctrina de los ídolos y su contribución a los postulados que tienen en la sentencia: Saber es poder, una de sus expresiones más felices. Ciertamente, el desarrollo científico estuvo vinculado al industrial,

³ Barth, Hans, *Verdad e Ideología*. F. C. E., México/Buenos Aires, 1a. Ed. Alemán, 1945. 1a. Ed. Español, 1951, p. 9.

al conocimiento de los medios técnicos para dominar o analizar la naturaleza; este avance, uno de los más significativos de la historia moderna, fue alterno, o consecuencia, del ascenso de la burguesía inglesa y de su lucha política para lograr derechos civiles sin los cuales no habría sido posible su desarrollo social y económico. La pugna interna con la Iglesia Católica, en Inglaterra, consolida a la postre a la nueva clase y corrobora la observación teórica de Weber: el protestantismo está ligado, fundamentalmente, al capitalismo. Inglaterra, sigue un camino nacional distinto al del centro de Europa. Los filósofos ingleses se anticipan al ataque contra el absolutismo y a postular el papel de la razón, el uso de la voluntad y el ordenamiento de la observación y la experimentación para desenvolver, con las facultades naturales del hombre, su dominio del medio.

Condillac y, posteriormente, Destutt de Tracy, fundan "la ciencia de las ideas", en una Francia receptora del empirismo inglés ocupado, desde el siglo XVII, en analizar el procedimiento científico de su revolución industrial. Los ídolos baconianos inspiran la más vigorosa crítica de la religión, el Estado y la sociedad que se conjuga con el pensamiento ilustrado al transformar la concepción del conocimiento a través de su teoría de los prejuicios y la revisión de los conceptos hasta entonces admitidos; esta es la importancia de los enciclopedistas. El ascenso de la burguesía francesa fue revolucionario. A diferencia de la inglesa cuyas luchas, después del siglo XVII, con Cronwell, son políticas. Las contradicciones de la sociedad francesa son muy complejas. La pugna de los ideólogos, en lo que parecía una conquista, el arribo de una nueva clase al poder, en Francia, revela la estrecha vinculación del poder material y la teoría filosófica. La oposición de Napoleón Bonaparte a los ideólogos ha sido examinada con claridad por Barth: "La ideología era, en primer lugar, una ciencia filosófica fundamental. Consistía en reducir el pensar al sentir, en derivar las ideas compuestas de las simples y, éstas, a su vez, de las impresiones sensibles últimas". Tales ideas, al revolucionar el papel de las ideas en la sociedad, debían tener un fin pedagógico. El análisis radical de las ideas, escribe Barth, no es ningún fin en sí, sino más bien el medio para desarrollar una educación e ilustración completa del hombre. Para De Tracy la condición para conocer la naturaleza era la libertad. Sin esa ruptura para el cabal ejercicio de la razón, el hombre no podía aprovechar plenamente los bienes naturales. Sólo dentro del libre cambio de los bienes producidos por él lograría un máximo de bienestar material. La política, la economía y la pedagogía, conflúan en la libertad, sólo en ella "se forma y puede vivir el hombre de acuerdo con su naturaleza". La ideología expresaba, en todos

los aspectos fundamentales, la posición de la nueva clase. Bonaparte habría de chocar, en el tránsito de la democracia al poder absoluto que procuraba para sí, con los ideólogos, representantes teóricos de una libertad que pugnaba con el restablecimiento del absolutismo en los términos creados por la propia revolución burguesa. No todos los ideólogos eran, como lo señala Barth, hombres de acción política, pero sí sus ideas sobre los órdenes varios de la vida expresaban una actitud opuesta a la que resultaría del sometimiento de la razón —con sus postulados de la libertad— al poder absoluto. Los "abstrusos metafísicos", como calificó Napoleón a los ideólogos, se arrastraban, según él, como sabandijas en torno de su poder. Actitud y expresiones que demuestran la importancia que para Bonaparte ellos representaban.

Las tendencias del pensamiento filosófico, hasta el establecimiento del idealismo alemán, fundado por Kant, dividían las creencias en torno al origen del conocimiento en dos fuentes básicas: la sensorial y la racionalista; la primera centraba al objeto ante el sujeto; su método de análisis parte de generalidades vinculadas a la experiencia, convertida, posteriormente, en ciencia de la demostración cuyo método surge de la observación y el ordenamiento sistematizado de los datos recoogidos mediante inferencias simples. Esta corriente, representada en el empirismo, evolucionó con el mecanismo materialista de la Ilustración y el pragmatismo que imbuó al pensamiento liberal y su expresión positivista, al llevar al análisis social y político, el espíritu del cientificismo que caracterizó el pensamiento de los primeros teóricos de la sociedad Comte, Pareto, Durkheim, Weber y Spencer, principalmente. De otra parte, la racionalista colocó al sujeto ante el objeto para explicar cómo el hombre y la razón, fundamentalmente, son el centro de un universo de percepciones intuitivas. En la Escolástica están sus más dignos representantes hasta llegar a Kant, el de mayor relieve en la crítica del conocimiento como medio de llegar a conclusiones filosóficas. Al acentuar la oposición del espíritu a la materia, Kant reduce el origen del pensamiento a su condición estrictamente abstracta o "espiritual", con ayuda de análisis causológicos inductivos, fincados en el principio de que "cada hombre debe ser considerado como un fin en sí mismo" y apegado al derecho a la libertad, porque "no puede haber nada más espantoso que el que las acciones de un hombre deban estar sometidas a la voluntad de otro". En la *Crítica de la razón pura*, su obra más importante, publicada en 1781, Kant pretende probar que "si bien nada de nuestro conocimiento puede trascender la experiencia, es, no obstante, en parte *a priori* y no inferido inductivamente de la experiencia".³ Para él,

³ Russell, B., *op. cit.*, p. 329.

los resortes de toda acción humana, esto es, el pensamiento y la voluntad, pueden conocerse a través de dos proposiciones distintas: las analíticas, a las cuales puede llegarse por medio de la percepción sensitiva, y las sintéticas, aquéllas con las que el conocimiento se adquiere a través de la experiencia. Las cosas en sí mismas, que son la causa de nuestras sensaciones, afirma Kant, son incognoscibles; lo que no está sometido a la experiencia, o las cosas no experimentadas, son fuente de los errores que surgen de aplicar el espacio, o el tiempo, o las categorías. Cuando así sucede surgen las *antinomias*, es decir, proposiciones contradictorias, "cada una de las cuales, dice Russell, puede, aparentemente, ser probada".

Kant da cuatro antinomias, consistentes, cada una de ellas, en tesis y antítesis, que son la base del pensamiento hegeliano. De esta gran teoría del conocimiento, de la que se deriva el antecedente conceptual de la crítica y la conciencia dialécticas, se desprende la visión contemporánea de la expresión dinámica del desarrollo histórico del pensamiento. En el prefacio a la segunda edición de la *Crítica de la razón pura* (1787), Kant, al compararse con Copérnico, afirma que ha efectuado en la filosofía "una revolución copernicana".

La síntesis del movimiento de la filosofía alemana, iniciada por Kant, culmina en Hegel cuya Filosofía de la Historia influyó, profundamente, en el desarrollo de las nuevas teorías políticas cuya concepción del Estado se deriva de una interpretación dinámica de la idea absoluta, del concepto de alienación y de la elaboración del "trino dialéctico". Pese a la complejidad del pensamiento hegeliano, podríamos destacar su movimiento triple llamado la "dialéctica" por considerarlo indispensable para el análisis del panorama ideológico de la teoría marxista: praxis del método totalizador para comprender la naturaleza y sus transformaciones partiendo de la lógica metafísica, elaborada por Hegel.

A condición de que la realidad sea considerada como un todo, nada puede ser verdaderamente verdadero. La lógica tradicional se recoge en el proceso dialéctico para llevar a cabo el desarrollo de inferencias combinadas en tres leyes que fundamentan la dialéctica: la Ley de identidad o unidad de los contrarios, la de conversión de cantidad en calidad y la de negación. Hegel comienza el argumento de su lógica suponiendo que "lo Absoluto es el Ser Puro", como la tesis o idea esencial que da por supuesto lo que es, sin asignarle ninguna cualidad: esto significa que es nada. Proposición que, en sí misma, lleva a su afirmación contradictoria o "antítesis": "Lo absoluto es Nada". Al entablar la discusión entre la tesis y la antítesis se está aplicando el método de ensayo y error en la búsqueda de una solución satisfactoria que sobrepase, de al-

gún modo, la proposición inicial y su opuesto, aunque reconociendo sus méritos respectivos. Por lo tanto, la lógica dialéctica nos conduce a su síntesis: nos conduce a su síntesis al conservar la sustancia, cualidad en movimiento, que supera las fases anteriores del proceso al eliminar las diferencias entre tesis y antítesis. "La unión del Ser y del No-Ser es el Devenir". Como en todo el proceso se consideró al Absoluto como contradicción fundamental, esto es, como el elemento permanente en el análisis dinámico de una sucesión limitada de abstracciones, sujetas a error, tiene que haber algo que devenga: "Lo Absoluto es el Devenir". Para Hegel, el proceso es indispensable para el entendimiento del resultado. Así llega a su explicación de la Naturaleza como un desenvolvimiento material de la Idea Absoluta, la que se piensa a sí misma, la verdad absoluta que al cobrar conciencia de sí se convierte en su objeto; esto es, en antítesis: la realidad; la síntesis de este proceso de transformación es la Naturaleza que contiene el objeto de lo Absoluto, que es la realidad y, a su vez, continúa el movimiento del desenvolvimiento del espíritu con una nueva antítesis: la historia del mundo.

Este sucesivo desenvolvimiento de la Identidad pura lleva a lo Absoluto a separarse de sí mismo a su propio opuesto polar: la existencia por y en Sí como contrastada por lo Universal. En su Introducción a la Filosofía de la Historia, Hegel explica las fases principales del desenvolvimiento de la Historia que Marx y Engels, posteriormente, transforman en una teoría dialéctica: el Materialismo Dialéctico. En lo que respecta a la Historia el método hegeliano se aplica en la elaboración del Materialismo histórico. Hegel consideraba que en cada etapa histórica hay una nación "encargada de la misión de llevar al mundo hacia la etapa de la dialéctica que ella ha alcanzado". Hegel, a más de las naciones, considera la trascendencia de los individuos en la Historia universal; los que pueden contravenir las normas morales corrientes. La idea de Hegel sobre las naciones —aquí seguimos la exposición de Russell— junto con su peculiar concepto de la libertad —El uno es libre, donde quiera que hay ley hay libertad: por lo tanto, la libertad hegeliana es una forma de derecho a obedecer la ley— explican su glorificación del Estado: "el Estado, afirmaría Hegel, es la Idea Divina, según existe sobre la Tierra. El Estado es la incorporación de la libertad racional, realizándose y reconociéndose en una forma objetiva. El Estado es la Idea del espíritu en la manifestación externa de la Voluntad humana y de su libertad".

En *La Filosofía del Derecho*, Hegel desarrollaría su doctrina del Estado con mayor amplitud, pero no con igual claridad. Para Russell, Hegel habla del Estado como San Agustín de la Iglesia,

si bien éste, por tratar de un cuerpo unido en un credo común, es más razonable. La idea de Hegel conduce inevitablemente a un Estado universal. Su doctrina sirve para justificar todas las tiranías y las agresiones externas, lo que justamente es la lucha de las nacionalidades que pugnan por su derecho a existir. Tal doctrina, como diría Russell, es incompatible con su propia metafísica y notoriamente exculpante de los atropellos internacionales.

Sin la somera explicación de los antecedentes referidos no sería posible entender la aportación de Marx (1818-1883). De las tres fuentes que Lenin reconoció en el marxismo: la filosofía alemana, la economía clásica inglesa y el socialismo utópico francés, la filosofía y la historia son esenciales para comprender su concepto de ideología.

Marx, en su crítica a Feuerbach, repasa el estado de la filosofía alemana en torno de Hegel, señalando sus limitaciones teóricas: "Toda la crítica alemana desde Strauss hasta Stirner se limita a la crítica de las ideas religiosas. Se partía —escribió— de la religión real y de la verdadera teología. Que fuera la conciencia religiosa, la idea religiosa, se determinaba de distinto modo en el curso ulterior. El progreso consistía en englobar las ideas metafísicas, políticas, jurídicas, morales y de otro tipo supuestamente imperantes, bajo la esfera de las ideas religiosas o teológicas, explicando asimismo la conciencia política, jurídica o moral como conciencia religiosa o teológica y presentando al hombre político, jurídico o moral y, en última instancia, "al hombre", como el hombre religioso. Partíase como premisa del imperio de la religión. Poco a poco, toda relación dominante se explicaba como una relación religiosa y se convertía en culto, en culto del derecho, culto del Estado, etc. Por todas partes se veían dogmas, nada más que dogmas y la fe en ellos. El mundo era canonizado en proporciones cada vez mayores, hasta que, por último, el venerable San Max (Stirner 1806-1856 —seudónimo de Johan Kaspar Schmidt, fundador del individualismo anarquista; autor de *El único y su propiedad*), pudo santificarlo en bloque y darlo por liquidado de una vez por todas".

La religión era el punto crítico al que se dirigían las consideraciones filosóficas. Marx señala que los hegelianos *comprendían* todo una vez que reducían a una las categorías de Hegel. En un mundo dogmático, a fuerza de reducir un sistema a una sola categoría y a partir de ésta la posición del hombre; la religión debía verse como la explicación necesaria y suficiente. La única diferencia entre los jóvenes y los viejos hegelianos estaba en que los primeros combatían como usurpación el poder y los segundos en que lo reconocían y aclamaban como legítimo. La lucha filosófica tuvo lugar entre dos concepciones aparentemente contrarias y, sin embargo,

coincidentes: los neohegelianos consideraban las ideas, los conceptos "y en general los productos de la conciencia", como las ataduras del hombre y, los viejos hegelianos, "auténticos nexos de la sociedad"; los dos, en puntos opuestos, tenían una concepción religiosa de la vida; la lucha de ambos tenía como sitio las ilusiones de la conciencia. El cambio, según los neohegelianos, estaba en interpretar de otro modo lo existente; los más jóvenes, según Marx, habían descubierto una expresión más adecuada, al decir que luchaban contra *frases*. La fraseología supuestamente "revolucionaria", hacía de los neohegelianos "unos perfectos conservadores". Lo que combatían por tratarse de frases lo hacían con otras frases. Los resultados que Marx advierte de esas posiciones fueron "algunos esclarecimientos histórico-religiosos, harto unilaterales por lo demás, sobre el cristianismo"; ningún descubrimiento de alcance histórico universal.

El aspecto más importante de la cuestión: el entronque de su crítica con el mundo material que rodeaba a unos y otros, no lo consideraron siquiera, por ello discurrieron un universo ilusorio. Esta sería la aportación de Marx, principalmente, al partir, en su crítica, de premisas opuestas al idealismo hegeliano, afirmando que la acción de los individuos y sus condiciones materiales de vida pueden comprobarse por una vía puramente empírica:

Primera premisa: toda la historia humana es, naturalmente, la existencia de individuos humanos vivientes. El hecho comprobable, por consiguiente, es su organización corpórea y su comportamiento hacia la naturaleza. Premisa que sitúa al hombre en su propio medio, como ser histórico y no como abstracción espiritual en un mundo ilusorio.

¿Cuál sería la distinción esencial del hombre en el mundo material? "El hombre mismo se diferencia de los animales, escribió Marx, a partir del momento en que comienza a *producir* sus medios de vida, paso éste que se halla condicionado por su organización corpórea".

El principio de la historia humana sería, por tanto, la producción de esos medios, ya que "el hombre (mediante ellos) produce indirectamente su propia vida material".

Lo que los hombres producen determina su modo de vida, lo que son, coincide con su producción, "tanto lo que producen como el modo *cómo* producen. Lo que los hombres son, depende de las condiciones materiales de su producción".

El esquema histórico que Marx desarrolla por la vía empírica, pone de relieve un hecho: determinados individuos, como productores, actúan en cierto modo contrayendo entre sí relaciones sociales y políticas determinadas. La observación destaca que, en cada caso

concreto, se comprueba "la trabazón existente entre la organización social y política y la producción". La organización social y el Estado brotan constantemente del proceso de vida de determinados individuos no como pueden presentarse ante la imaginación propia o ajena, sino como realmente son; es decir, "tal y como actúan y como producen materialmente y, por tanto, tal y como desarrollan sus actividades".

El esquema de Marx es notoriamente reducido respecto de una visión universal del desarrollo de las fuerzas productivas conforme las sociedades históricas. Es, sin embargo, un esquema, sin el cual no se dispondría de las premisas fundamentales para comprender su concepto de ideología. En cuanto al esquema, Engels lo desarrollaría fundándose en los resultados del estudio de Lewis Morgan sobre las sociedades primitivas.

¿Qué es la ideología en Marx?

“LA producción de las ideas y representaciones de la conciencia, aparece al principio directamente entrelazada con la actividad material y el comercio material de los hombres, como el lenguaje de la vida real. Las representaciones, los pensamientos, el comercio espiritual de los hombres se presentan todavía, aquí, como emanación directa de su comportamiento material. Y lo mismo ocurre con la producción espiritual, tal y como se manifiesta en el lenguaje de la política, de las leyes, de la moral, de la religión, de la metafísica, etc., de un pueblo. Los hombres son los productores de sus representaciones, de sus ideas, etc., pero los hombres son reales y actuantes, tal y como se hallan condicionados por un determinado desarrollo de sus fuerzas productivas y por el intercambio que a él corresponde, hasta llegar a sus formaciones más amplias. La conciencia no puede ser nunca otra cosa que el ser consciente, y el ser de los hombres es su proceso de vida real. Y si en toda ideología los hombres y sus relaciones aparecen invertidos como en la cámara oscura, este fenómeno responde a su proceso histórico de vida, como la inversión de los objetos al proyectarse sobre la retina responde a su proceso de vida directamente físico”.

Así, concluye Marx, en lugar de que el cielo descienda a la Tierra se asciende, aquí, de la tierra al cielo. En lugar de partir de lo que los hombres dicen, se representan o se imaginan —del hombre predicado, pensado, representado o imaginado— se parte del hombre que realmente actúa y, arrancando de su proceso de vida real, se expone también el desarrollo de los reflejos ideológicos y de los ecos de este proceso de vida.

"No es la conciencia la que determina la realidad, sino la realidad la que determina la conciencia".

Esto es: "Desde el primer punto de vista, se parte de la conciencia como del individuo viviente; desde el segundo, que es el que corresponde a la vida real, se parte del mismo individuo real viviente y se considera la conciencia solamente como *su* conciencia."

En otro sentido el concepto de ideología, de acuerdo a sus antecedentes históricos, fue separado a través de las dos grandes corrientes del pensamiento que escinden las teorías sociales contemporáneas que, hasta hoy, se discuten:

- a) El empirismo inglés y su método sensorial científicista, base del positivismo, contribuyó a aceptar los hechos sociales "tal y como se presentan" para dividirlos mediante una vía de clasificación según conceptos universales. Con una depuración de la teoría de los ídolos de Bacon, Karl Mannheim, el mayor exponente de la sociología del conocimiento, aplica la generalización para probar cómo las formas de la autoobservación muestran una tendencia a la nivelación "del desarrollo desproporcionado de las capacidades humanas". Como teoría, Mannheim determinó los propósitos de la sociología del conocimiento al proponerse una investigación empírica de las formas de influencia de lo social sobre el pensamiento determinando las correlaciones entre ambos. Al valerse de los términos de la crítica social para abstraer al "hombre promedio" deducido de la aplicación de los principios de *l'aisserfaire* y de la regulación, Mannheim pretendió indagar la validez del conocimiento, logrado de la interacción del pensamiento individual con el hecho social, como un sistema de relaciones particulares orientadas hacia una perspectiva determinada por la situación social del individuo cognoscente.

El modelo de Mannheim, tendiente a una generalidad cuasi determinística del pensamiento, puede asociarse a los lineamientos fundamentales de otras corrientes derivadas del empirismo y del positivismo: el estructuralismo y el funcionalismo, cuya interacción funcional de los elementos de un sistema social se mantiene en equilibrio a través de la llamada "teoría de ajuste o del equilibrio". En ambos casos, los conflictos sociales se explican a través de la generalidad y de una neutralidad respecto de lo real, al eliminar la tras-

* C. Marx y F. Engels, *La ideología alemana*, La Habana, Cuba, 1966; Traduc. de W. Roces, pp. 11-27.

cendencia histórica de las contradicciones de los hechos sociales.

A pesar de que el funcionalismo, a través de la *Teoría General de los Sistemas* y de la investigación de operaciones, ha pretendido aplicar la lógica deductiva para explicar la complejidad de los fenómenos sociales, adolece del curso teórico para analizar sus transformaciones ya que su finalidad está determinada por la necesidad de controlar los procesos a través de sus efectos inmediatos sin considerar, ni sus contradicciones internas, ni su causología. En este aspecto, la ideología ha quedado reducida al conjunto de creencias políticas, sociales, religiosas y económicas que distinguen al sistema o grupo social de pertenencia.

La aplicación de la lógica simbólica, las matemáticas modernas y la cibernética son los elementos metodológicos con los que se pretende ordenar, sistematizar, controlar y regular funciones específicas sacadas de la compleja interacción de las partes que integran un sistema social. De esta manera, afirma Robert Merton, puede llegar a integrarse la "gran teoría" de la sociedad a través de los resultados obtenidos en las "teorías de alcance medio". "La observación de sí experimentante", término que Mannheim toma de las ciencias exactas, puede vincularse a los supuestos conductistas de la acción reguladora del hombre ante el hecho social que se analiza en la *anomia* o *conducta desviada*. Lo que sucede al grupo en conflicto, con respecto al sistema, puede aplicarse a la relación que establece Mannheim con respecto del individuo ante el hecho social: "todas estas formas de la auto-observación muestran una tendencia a la nivelación y renuncian a las diferencias individuales porque se interesan por lo general que hay en el hombre en su variabilidad".

De estas teorías se sirve la sociología norteamericana contribuyendo así a su política de dominio.

- b) La Escuela de Franckfurt, cuyos principales exponentes han sido Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, surgió de la tentativa de lograr una visión totalizadora del hombre y su historia; de esta manera toman parte de la teoría del psicoanálisis para estudiar la relación dialéctica del hombre y su cultura y de la crítica de Marx en cuanto afirman que el propósito de éste no fue el conocimiento de una *totalidad* o de una verdad acabada y absoluta, "sino la transformación de ciertos estados sociales". Según Horkheimer, Marx no propuso una nueva metafísica para reemplazar la antigua.

El intento más agudo de incluir algunos de los conceptos de Marx en "la problemática de una filosofía del espíritu está constituido por Karl Mannheim, sobre todo su libro *Ideología y utopía*".⁵

El concepto de ideología, cuya historia intenta Mannheim, admite que en la práctica política se generó una "actitud psíquica" consistente en denunciar las ideas singulares del contrario como deformaciones que servían a sus intereses. Mannheim no se refería a la forma sino sólo a los contenidos del pensamiento del contrario, que ella explica psicológicamente por su egoísmo. Ideología no quiere decir otra cosa "que el hecho de que éste o aquél interés inducen casualmente a aquella mentira u ocultamiento". Mannheim la denomina *particular*. Respecto de este concepto *particular* de ideología, el concepto *total*, que cuestiona 'la cosmovisión íntima del contrario (incluido su aparato categorial)' representa un importante progreso". Este nuevo concepto procede teóricamente de la filosofía de la conciencia de Kant: "la totalidad de nuestra experiencia, dice Horkheimer, es informada por la aplicación activa de los factores de nuestro entendimiento, y no constituye el reflejo de un mundo existente. En este sentido, dentro del concepto de ideología total se afirma la dependencia de la estructura de la imagen del mundo respecto del sujeto. Pero ahora éste no se conoce ya, como en Kant, de manera incondicionada o universal, sino que en todo su aparato cognoscitivo, en todas sus categorías y formas de la intuición, depende de condiciones históricas y sociológicas. A la situación de un determinado grupo de la sociedad han de 'corresponder', no sólo determinados contenidos, sino, en general, un modo determinado de conocer y correlativamente, de valor y de obrar". Al asociarse el concepto de ideología particular, con el de ideología total "ya no se impugnan sólo representaciones singulares, sino que el reproche de conciencia falsa se generaliza decididamente".⁶

La transformación de los sistemas políticos y de las estructuras sociales ha creado actualmente la necesidad de una nueva disciplina científica dedicada a tratar las influencias sociológicas de los contenidos de la conciencia: la sociología del conocimiento. A través de ella podemos estudiar las relaciones del saber, en tanto doctrina del pensamiento, con la interpretación del conocimiento de lo social.

La actitud intelectual ante las ciencias sociales es diferente a los métodos que requieren las ciencias exactas porque los acontecimien-

⁵ Lenk, Kurt, *El concepto de ideología* (Comentario crítico y selección sistemática de textos). Horkheimer, Max, *¿Un nuevo concepto de ideología?* Amorrortu Editores, Buenos Aires, 5a. Ed. en Esp., 1971. 1a. Ed. alemana, 1961, p. 245.

⁶ Lenk, Kurt, *op. cit.*, pp. 246 y ss.

tos no pueden reproducirse a voluntad ni experimentarse con ellos. La lucha de clases, la principal de las leyes sociales, ofrece un conocimiento de la Historia y una manera de interpretar los hechos presentes a partir de las relaciones y los niveles de producción; aunque el resultado que se desprende de su interpretación de un caso concreto no produzca una política acertada o infalible. En las ciencias sociales, el materialismo histórico es una de las mayores aportaciones. Es verdad, aún para aquellos que no admiten el materialismo dialéctico, lo que dice Abbagnano: "El materialismo histórico ha propuesto a la atención de los historiadores un canon de interpretación al cual es indispensable recurrir en muchos casos para la explicación de acontecimientos e instituciones histórico-sociales. A este canon, en efecto, recurren en mayor o menor medida, historiadores de todos los dominios de la actividad humana, en cuanto al mismo abre a la explicación histórica un camino que, a veces, es el único posible".⁷ El canon a que se refiere Abbagnano es la lucha de clases, los modos de producción, las relaciones de producción y, en forma más general, los diferentes estadios que ha tenido la sociedad humana en el curso de su historia; medios de interpretación que ayudan al esclarecimiento de problemas respecto de los cuales sólo se disponía, antes de Marx, de hipótesis discutibles: la raza, el héroe y el papel de la religión. La ciencia de la sociedad es en su mejor medida, materialismo histórico.

Para las ciencias sociales, el funcionalismo es un procedimiento de dominio de unas clases por otras, o del proletariado por la burguesía a través de la aplicación de técnicas de planificación, determinación probabilística y propaganda para la aceptación de ciertas ideas, por consiguiente, de imposición; técnicas que no constituyen un verdadero conocimiento científico por los resultados contradictorios y desiguales que resultan de su aplicación. En grupos reducidos pueden obtenerse logros más o menos útiles, pero entre las clases de una sociedad han sido inoperantes. Por ejemplo, los medios persuasivos empleados en las campañas presidenciales de los Estados Unidos o en favor de la intervención de ese país en Vietnam. Los funcionalistas definen el conocimiento científico como un cuerpo de ideas ordenadas, sistematizadas, experimentables, comprobables y falibles. Al dividir las ciencias en fácticas y formales, establecen una ruptura teórica entre aquellas ciencias que se consideran de "hechos" y las que corresponden a los "procesos", como si la naturaleza pudiera dividirse en evidencias estáticas de la condición humana y acontecimientos dinámicos susceptibles de planeación y

⁷ Abbagnano, Nicola, *Diccionario de Filosofía*, F. C. E., México/Buenos Aires, 2a. ed., 1966, p. 782.

control, conforme al valor social de sus funciones omitiendo en todo ello sus contradicciones ya que así admitirían la lucha de clases.

Es importante señalar que el funcionalismo predomina en los medios dirigentes norteamericanos después de la Segunda Guerra Mundial coincidiendo con el dominio económico de las grandes empresas de los Estados Unidos y el lanzamiento de la bomba atómica en Japón. Para prolongar el capitalismo, en las condiciones de hegemonía derivadas de la Segunda Guerra, debía recurrirse a un método que postulara la eficacia para asegurar históricamente su sistema en sociedades de desarrollo desigual.

Conclusión

LA ideología es una interpretación de la realidad. Puede decirse que es un sistema de concepciones e ideas: políticas, jurídicas, religiosas y filosóficas. Para los marxistas, tal como se desprende de la exposición de Marx, forma parte de la superestructura y como tal refleja, en última instancia, las relaciones económicas. Para la Escuela de Frankfurt, consiste en denunciar las ideas singulares del contrario como deformaciones que servían a sus intereses; deben estudiarse los contenidos del pensamiento del contrario; la ideología es el descubrimiento del interés que induce a una mentira u ocultamiento. Según los funcionalistas, un conjunto de ideas religiosas, políticas, económicas y sociales que expresan la función del grupo o sociedad de pertenencia.

Históricamente, la ideología surge de la lucha de la burguesía contra la nobleza y el clero, agudizándose ante el poder absoluto; éste es su papel relevante en Francia. La polémica de Marx contra los viejos y jóvenes hegelianos, la desprende de sus límites metafísicos para situarla en la historia humana y explicarla en función de un postulado: "no es la conciencia la que determina la realidad, sino la realidad la que determina la conciencia". La ideología, desprendida de su acepción marxista, ha venido a significar un sistema de ideas procedente del marxismo y del leninismo, según sus expositores, la "auténticamente científica" al expresar los intereses vitales de la clase obrera. Como resultado, la ideología científica ha sido expuesta, según sus sostenedores, por el Partido Comunista de la Unión Soviética. En la resolución del pleno de dicho partido, en junio de 1963, se dice sobre la labor ideológica del partido: "(que) ha dedicado y dedica permanente atención a la aplicación creadora y al desarrollo del marxismo-leninismo, al trabajo ideológico; constantemente pone el contenido, las formas y los métodos de dirección de la labor ideológico-educativa en consonancia

con los cambios sociales y económicos que se producen en la vida de la sociedad..." Para los teóricos soviéticos no es posible dar una explicación directamente económica del contenido de una ideología, por existir cierta desigualdad entre el desarrollo económico y el ideológico. La independencia relativa de la ideología se debe a que no pueden reducirse sus leyes a las económicas. La ideología, se reconoce, está más alejada de la base económica, ello se debe a la influencia sucesiva de otros fenómenos y corrientes que no proceden de las condiciones económicas.

El método científico, conforme lo conceptúa Eli de Gortari, es "el procedimiento palneado que se sigue en la investigación para descubrir las formas de existencia de los procesos del universo, para desentrañar sus conexiones internas y externas, generalizar y profundizar los conocimientos adquiridos de ese modo, llegar a demostrarlos con rigor racional y conseguir su comprobación en el experimento y con la técnica de su aplicación".⁸ Este concepto comprende una amplia experiencia de lo que es el conocimiento científico. En lo que respecta a la sociedad, permite "descubrir... las conexiones internas y externas para generalizar y profundizar los conocimientos adquiridos"; conocimiento el cual enriquece el entendimiento de los fenómenos sociales a través del materialismo histórico a condición de que sea aplicado mediante un riguroso estudio de la historia. Es frecuente que el canon de que habla Abbagnano se aplique a formas abstractas o muy generales de la realidad social y que la historia no sea examinada como el único medio de comprobación de sus leyes. En algunos casos, se procede discursivamente y, en otros, mediante hipótesis que pertenecen más al funcionalismo que al materialismo histórico. El conocimiento científico de las ciencias sociales sólo puede obtenerse a través de una conjunción de la teoría y el estudio concreto y sistemático de la historia; ésta enriquece la teoría y ésta, impide que los sucesos se interpreten subjetivamente. La ciencia social tiene en la historia el único campo de experiencias para desprender de ellas un conocimiento verdadero.

⁸ De Gortari, Eli, *Introducción a la Lógica dialéctica*, F. C. E./UNAM, México, 4a. Ed., 1972, p. 293.

BIBLIOGRAFIA

- Barth, Hans: *Verdad e ideología*. F. C. E., México, Buenos Aires, 1951 (1a. ed. en alemán, 1945).
- Abbagnano, Nicola: *Diccionario de Filosofía*. F. C. E. México, Buenos Aires, 2a. ed., 1966.
- Adorno, Theodor W. y Horkheimer, Max: *Sociológica*. Ed. Taurus. Madrid, 2a. ed., 1971.
- Adorno, Theodor W.: *Intervenciones* (nueve modelos de crítica). Monte Avila ed. C. A., Venezuela, 1969.
- : *Consignas*. Amorrortu ed. Buenos Aires, 1969.
- De Gortari, Eli: *Introducción a la lógica dialéctica*. F. C. E./UNAM. México, 4a. ed., 1972.
- Duvignaud, Jean: *La Sociología*. Ed. Anagrama. Barcelona, 1974.
- Geiger, Theodor: *Ideología y Verdad*. Amorrortu Ed. Buenos Aires, 1968.
- Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales. Dirigida por David L. Sills. Ed. Aguilar. España, 1975, Vol. 5.
- Hegenberg, Leónidas: *Introducción a la Filosofía de la Ciencia*. Ed. Herder. Barcelona, 1969.
- Hegel, G. H. W.: *Introducción a la Historia de la Filosofía*. Aguilar Argentina, S. A. Argentina, 1975, 8a. ed.
- Hegel G. W. F.: *Fenomenología del Espíritu*. F. C. E. México, 1973, 2a. reimpresión.
- Lenk, Kurt: *El concepto de ideología; comentario crítico y selección sistemática de textos*. Amorrortu ed. Argentina, 5a. ed., 1971.
- Mannheim, Karl: *Ideología y utopía; introducción a la sociología del conocimiento*. Ed. Aguilar. España, 1973.
- Marx, C. y Engels, F.: *La ideología alemana*. La Habana, 1966. Trad. del alemán por Wenceslao Roces.
- Rosental-Judin: *Diccionario filosófico*. Ediciones Universo. Argentina, 1968.
- Russell, Bertrand: *Historia de la Filosofía Occidental*. Ed. Espasa-Calpe, S. A. Vol. 2: la Filosofía moderna. Madrid, 1971.

CONDICIONES PARA LA SUPERVIVENCIA DE LA HUMANIDAD. SOBRE LA DIALECTICA DEL PROGRESO*

Por *Iring FETSCHER*

EN su lección inaugural de Constanza, Rolf Dahrendorf ha distinguido, con René König, entre cuestiones que plantea la vida y problemas propios de la ciencia. Las condiciones para la supervivencia de la humanidad son sin duda cuestiones que nos plantea la vida —si no hoy, sí en un futuro no lejano. Pero ¿qué ciencia y con qué derecho podría formular el problema que corresponde a esta cuestión? ¿O no es en suma temerario tratar de dar una respuesta a tal cuestión? ¿No va aquí el sociólogo más allá del límite de lo que científicamente es legítimo afirmar? ¿Puede el filósofo manifestarse al respecto y tiene derecho a ello cuando el mismo Martin Heidegger reconoce: «No sé camino alguno para la transformación inmediata de la situación actual del mundo, supuesto que un tal camino esté dentro de las posibilidades del hombre»¹ Pese a todo creo que es legítimo intentarlo y correr el riesgo de ver en el intento ya una respuesta provisional. Los problemas que nos agobian en la vida no se hallan preformados según el esquema de competencias por secciones o facultades universitarias. La vida seguro que no se ocupa de incumbencias académicas. Pero, por otro lado, ¿dónde hallar un lugar más apropiado para reflexionar críticamente y tomar conciencia de esta problemática —con la necesaria distancia frente a la inmediata praxis política, social y económica— si no en una Universidad o Academia de Ciencias? El recuerdo de mi colega y amigo Waldemar Besson, a quien dedico esta conferencia, no ha sido en último lugar lo que me ha llevado a este intento puesto que a él nunca le importó le echaran en cara falta de competencia cuando se trataba de cuestiones vitales para la humanidad.

¿En qué consiste la dialéctica del progreso? Progreso no es ne-

* Universitat. Diciembre de 1978.

¹ Heidegger, M., *Spiegelgespräch mit Rudolph Augstein* (Interview de R. A. a M. H. en el semanario hamburgués), *Der Spiegel*, Nr. 23/1976 (31/5/1976), p. 212.

cesariamente por naturaleza un valor positivo. Hablamos de un progreso de la enfermedad, un progresar de la destrucción. No todo lo que progresa es por necesidad bueno para la humanidad.

La idea de que la vida humana, tanto de los individuos como de la humanidad en suma, es capaz absolutamente de progresar hacia un estado mejor, llegó por primera vez al mundo con el advenimiento del Cristianismo. Pero este progreso estaba concebido en un principio como el paso de este mundo al otro, se refería por tanto a la esperanza escatológica de un «nuevo cielo y una nueva Tierra» como resultado de un plan divino de salvación, en el que los hombres colaboraban aunque sin poder intervenir en él de manera directa. En nombre de esta concepción lineal del destino humano —con vistas a la resurrección y a la «civitas Dei»— condenó San Agustín los «desesperados movimientos circulares» de los antiguos filósofos. Pero, pese a todo, la idea circular del acontecer sublunar —por debajo del acontecer cristiano de salvación— se mantuvo hasta los tiempos modernos.

Pensadores políticos como Hume, partían todavía en el siglo XVIII de la doctrina clásica sobre el movimiento circular de las formas de constitución. Pero la marcha triunfal de un pensamiento secularizado, convencido de que el progreso es la norma de la historia universal, ya se había iniciado en el siglo XVII. Pensamiento que se vio completado gracias a la interpretación que partidarios de la Ilustración, como Kant, hicieron de la Revolución Francesa y del «entusiasmo desinteresado de los espectadores» («*interesseloser Enthusiasmus der Beobachter*») desatado por ella. La base de esta creencia en el progreso fue —sin que siempre se tuviera clara conciencia de ello— el creciente dominio de la naturaleza por medio de la técnica científicamente fundada. La ciencia, la técnica, los descubrimientos hicieron progresar a aquella generación por el camino hacia la reducción de la resistencia ofrecida por la naturaleza no humana.

Pero es ya en el siglo XVIII cuando con Rousseau se inician las dudas sobre el valor general y lo deseable del progreso. Con su respuesta negativa a la discutida cuestión planteada por la Academia de Dijon en 1751 («*si le rétablissement des sciences et des arts a contribué à épurer les mœurs*») quedan colocados por primera vez frente a frente el —indiscutible— progreso de la ciencia y del dominio técnico de la naturaleza y las pérdidas morales que ello implica.

No importa si esta decadencia moral es considerada como consecuencia del progreso o bien si el progreso es visto como incapaz de impedir esa decadencia. Rousseau es claramente de la opinión de que el progreso se realiza a costa de la moralidad de los individuos,

constituyendo por ello un pesado gravamen para la convivencia social de las comunidades políticas. El reducir la velocidad del progreso, considerado como inevitable, es una de las tareas principales que él encomienda a los políticos.

Rousseau no duda en condenar eso que a nosotros —sobre todo desde el «Wealth of Nations» de Adam Smith— nos parece la base del progreso económico y tecnológico: la distribución internacional del trabajo, el incremento de la producción y de la capacidad productora, la utilización exitosa de los intereses personales para el fomento del bienestar de todos. Y lo hace por considerar que ello socava la moralidad y acarrea la desigualdad y absoluta dependencia.

En vista de estas contradicciones quedan dos caminos para asegurar pese a todo el progreso: el uno consiste en el enérgico postulado de adaptar el progreso moral al técnico. Camino que aparentemente trata de seguir Robespierre al hablar de que «una mitad» del progreso ya se ha alcanzado, quedando la otra, la moral, por conquistar. El forzar el progreso moral se convertirá así en una de las razones que justificarán más tarde la fase del «Terreur».

El otro camino es el del dialéctico, que acepta contradicciones, antagonismos, etc., como medios objetivamente necesarios e inevitables del progreso que es lo que en definitiva es únicamente decisivo.

Fue Hegel en su filosofía de la historia el que por fin se propuso justificar todo el sufrimiento y miseria de la historia, mostrando el «progreso en la conciencia de la libertad» que ella lleva consigo. La Teodicea (justificación de la acción divina pese al mal existente en el mundo) se convierte en —permítaseme la palabra— «Historiodicea» (justificación del acontecer histórico pese a los males que acarrea), y el progreso pasa a ser entonces el elemento sustancial de la historia.— Karl Marx quedará adherido a esta visión del mundo aun cuando no trata de justificar el pasado por la existencia actual del Estado constitucional burgués, sino de justificar el presente capitalista sólo a través de la futura sociedad universal socialista. Pero la Segunda Guerra Mundial y el horror del exterminio en masa que se apoderó de amplias partes del mundo, han hecho imposible en el fondo una tal consideración de la historia como si se tratase de Theodicea. E igualmente quedó destruida toda fe en el progreso —que avanza pese a todas las contradicciones en el desarrollo— en vista de los «límites del crecimiento» y de las consecuencias negativas de la civilización industrial.

Cada vez vemos con mayor claridad que, con frecuencia, los problemas que acarrea el desarrollo tecnológico son superiores a las ventajas que proporciona a la humanidad. Permítanme mostrarlo a

base de un ejemplo muy banal: la creciente concentración de industria y comercio ha dado origen a ciudades gigantes; con ello se han agrandado las distancias entre el puesto de trabajo y vivienda, lo cual ha motivado a su vez que la producción automovilística deje de ser un lujo para convertirse en urgente necesidad. Debido a la densidad del tráfico se han hecho casi inhabitables las ciudades; cada vez es mayor el número de familias que se trasladan a los alrededores más o menos próximos, incrementando así todavía más el tráfico y, en consecuencia, la inhabitabilidad de los centros urbanos. Otra consecuencia es la necesidad de construir carreteras, las cuales destruyen entonces buena parte de las zonas de recreo próximas a las ciudades, haciendo que los vecinos tengan que recorrer distancias cada vez mayores para encontrar aire puro y agua limpia. La dependencia del auto es así cada vez mayor. El progreso tecnológico ha originado continuamente, por tanto, nuevos problemas y hallado nuevas soluciones tecnológicas que a su vez originan nuevos problemas. Verdaderamente un gasto gigantesco que a fin de cuentas conduce en el mejor de los casos a mejoras, en comparación muy modestas o, incluso, a ninguna mejora real de las condiciones concretas de vida.

Lo que acabo de describir no constituye en absoluto una pesadilla para el economista que considera un sistema económico expansivo como posibilidad óptima. Al contrario, la dialéctica del progreso es precisamente la que hace marchar el crecimiento. Mientras que para eliminar los daños causados por la creciente industrialización, surjan nuevas industrias, el economista no ve peligro alguno para el crecimiento y, con ello, para el progreso. ¡Incluso el empeoramiento del aire en las grandes ciudades podría apoyar la expansión de las instalaciones de aire acondicionado y máscaras antigases aumentando así el producto social bruto! Naturalmente que desde el punto de vista de los portadores de máscaras sería más que cuestionable un tal tipo de progreso. Por ello no me parecen ni mucho menos tan irrisorias unas declaraciones de J. S. Mill del año 1848, como pensaba un economista americano en 1973. Ya entonces le resultaba problemático a Mill el enaltecimiento falto de toda crítica de la dinámica industrial, al menos cuando se halla ligada a una agresividad ilimitada y a una implacable competencia individual.

Entretanto tenemos razones ciertamente más importantes para pronunciarnos por una progresión más lenta del crecimiento industrial o por una modificación de la dirección y calidad de este crecimiento, que en los tiempos de Mill. Ya no se trata solamente de las condiciones de una «buena vida», en las que pensaban tanto Mill como Rousseau al hacer su crítica, sino de las condiciones de la mera supervivencia.

Robert Heilbroner observa con razón en su «*Inquiry into the human prospect*»,² que la aparición del potencial atómico en la historia bélica conllevaría como distintivo completamente nuevo la posibilidad de ocasionar daños irreparables. Por un lado, el nuevo potencial destructivo alcanza dimensiones que escapan con mucho a nuestra imaginación y, por otro, incluso los supervivientes de una guerra mundial atómica se verían amenazados durante generaciones por los efectos ulteriores: contaminación radioactiva y deformaciones. Una sola bomba H bastaría hoy para acabar con toda la población de ciudades como Chicago o Moscú, y las grandes potencias disponen de miles y miles de artefactos de esta dimensión. Hay cálculos que para el caso de una confrontación con armas atómicas cifran el número de muertos —sólo en EE. UU.— entre 50 y 135 millones, según la «situación de defensa». Sin embargo, para Heilbroner el peligro principal no radica en el potencial nuclear de ambas superpotencias que se neutralizan recíprocamente, sino en la inevitable «proliferación», en el acceso creciente de otros Estados a este tipo de armas: «Apenas si hay dudas —escribe— de que un cierto potencial nuclear caerá en manos de las grandes naciones subdesarrolladas, seguramente que en los próximos decenios y, tal vez, mucho antes». ³ Entonces la motivación para el eventual uso de tales armas es, en el caso de países emergentes con hambre, mucho mayor que en el caso de las superpotencias, por lo que perderían al producirse la contraofensiva del adversario.

La amenaza real de la paz mundial parte de la desigualdad de las condiciones de vida y posibilidades entre naciones y Estados, o también de la carencia de un orden económico internacional aceptado y reconocido por todos como justo. Pero mientras persista la posible amenaza de guerra, los diversos Estados nacionales se ven también legitimados como sujetos de defensa, mientras que, a la inversa, la existencia de Estados nacionales soberanos crea los condicionamientos previos para nuevas amenazas bélicas.

Pero no es del posible peligro de conflictos atómicos de donde yo temo provenga la amenaza más peligrosa para las posibilidades de supervivencia de la humanidad, sino de la amenaza en potencia que encierra la dinámica expansiva de la civilización industrial misma.

Existe una lamentable tradición alemana de hostilidad a la técnica, tal como se puso claramente de manifiesto en la antítesis cultura-civilización que jugó un papel tan poco honroso en la ideología

² Heilbroner, Robert L., *An Inquiry into the Human Prospect*, New York, 1974.

³ Heilbroner, Robert L., *op. cit.*, p. 28.

alemana de la Guerra Mundial de 1914-1918. Esta hostilidad a la técnica y escepticismo frente a la civilización, de la que se hacen eco Adorno y Marcuse en sus reflexiones críticas, adquiere actualmente —bajo el signo de la creciente conciencia ecológica— una relevancia completamente nueva. Ahora ya no se trata de poner en descrédito las conquistas tecnológicas como tales y el alivio de las condiciones de vida humana que han hecho posible, sino que se trata de los efectos negativos cada vez más evidentes que lleva consigo un dominio ilimitado de la civilización técnica sobre el medio natural del que no puede prescindir. La dialéctica del progreso consiste en que su mayor éxito destruye sus propias bases.

Los pensadores del siglo XVIII solían considerar el crecimiento de la población como indicio de una exitosa política racional. Los pueblos con buenas condiciones de vida aumentan su población, lo cual constituye un indiscutible progreso. Este crecimiento es posible gracias a la reducción de la mortalidad infantil, aumento de las esperanzas de vida y de la edad por término medio—algo que en último término hay que agradecer a la mejora de las condiciones higiénicas. I. S. R. Eyre ha calculado para finales de siglo, partiendo de diversos pronósticos, una población mundial de unos 5,960 millones como término medio.

A Eyre le resulta dudoso el que la tecnología, de generación en generación cada vez más perfeccionada, logre realmente alimentar una población mundial de 6 mil millones en el año 2000 o de 12 mil millones en el 2035 o incluso de 25 mil millones en 2065.

Robert Heilbroner presenta un pronóstico todavía más sobrio: el problema principal del crecimiento de la población tiene que ver con «la capacidad de aquellas regiones del mundo, en las que actualmente todavía no se puede prever una estabilidad de la población, de hacer frente a los problemas de aprovisionamiento de la futura población por encima del mero mínimo de subsistencia. . .».⁴ Ciertamente algunos de los países en desarrollo se hallan por el momento infrapoblados «pero en general, la situación demográfica en casi todos los países del Sureste Asiático, de amplias zonas de América Latina y buena parte de África, lleva a un pronóstico maltusiano realmente bárbaro. En el Sureste Asiático, por ejemplo, la población aumenta con tal rapidez que en menos de treinta años se habrá duplicado el número de habitantes; en el continente africano será este el caso en 27 años y en América Latina, en 24. Mientras que podemos esperar que las regiones industrializadas del mundo habrán de alimentar dentro de 100 años entre unos 1,400 y 1,700 millones de hombres, los países del mundo subdesarrollado que ac-

⁴ Heilbroner, Robert L., *op. cit.*, p. 20.

tualmente cuenta con 2,500 millones aproximadamente, habrán de alimentar en esas fechas a unos 40 000 millones en el caso de que continúen duplicándose cada cuarto de siglo». ⁵ Un desarrollo que sólo podría ser frenado en el caso de conseguir introducir un programa para el control de la natalidad, y/o elevar el nivel de vida de la población o cambiar sus condiciones de vida de modo que el número de hijos se vea automáticamente limitado por el propio interés personal. Hasta la fecha parece que sólo la República Popular China ha iniciado con éxito un tal programa para el control de nacimientos. Para el año 2000 se ha propuesto conseguir una cuota de crecimiento de la población a cero.

Pero evitemos los malentendidos: no nos cabe la menor duda de que la población mundial actual y un número de hombres todavía mucho mayor, podrían ser alimentados suficientemente en el caso de organizar racionalmente la producción de víveres y limitar, por ejemplo, la producción de armamentos. El dilema de que hablo tal vez no se presentará necesariamente en los próximos 10 o 20 años, pero lo que sí es cierto es que se cierne inevitablemente sobre nosotros. Un cínico tal vez diría que cuanto mejor superemos los problemas alimenticios del mundo que todavía son actualmente solubles, con tanta mayor rapidez nos llegarán los insolubles. Pero esto significa: la humanidad no puede abandonar la tarea de una planificación consciente de su propio crecimiento, como tampoco eludir la planificación de sus condiciones naturales de vida (biosfera) que son destruidas por la civilización industrial. Se puede. Se podría calificar a esta necesidad también de imperativo lógico, ya que es consecuencia de la primera intervención del hombre en la naturaleza. Después que gracias a los éxitos de la medicina se eliminaron simultáneamente los estabilizadores «naturales» que durante milenios habían mantenido relativamente constante la cifra de población, habrá que dar ahora el segundo paso y sustituir esos frenos naturales (enfermedades, epidemias, carestías) por una limitación consciente del número de descendientes. Es posible que este paso se pueda todavía retardar en algunos países pero me parece inevitable dentro de un plazo previsible—. Pero pasemos a la problemática del crecimiento de la producción mundial de alimentos.

La dialéctica del progreso tecnológico se puede apreciar de modo especialmente claro en el ejemplo de la producción agraria. Un aumento considerable de la producción del suelo en los países pobres de la Tierra, exigiría entre otras cosas una utilización mayor de abonos artificiales y biocidas. Pero resulta que no hay una cantidad suficiente de fosfatos para un incremento general de la producción

⁵ Heilbroner, Robert L., *op. cit.*, p. 20.

por hectárea a nivel europeo o angloamericano: de los 17,3 millones de toneladas de P_2O_5 de la producción mundial fueron utilizados en el periodo 1968/69, 13,1 millones por los países industriales de alto desarrollo de Europa, EE. UU. y la Unión Soviética, mientras que el resto del mundo (con excepción de China y Japón) consumió sólo 2,2 millones de toneladas. —La aplicación de biocidas en las proporciones que se utilizan en Europa, Angloamérica y Japón vendría a tener, junto con la ampliación de las capacidades industriales en el «Tercer Mundo», consecuencias catastróficas para la biosfera— especialmente ríos, lagos y mares. La enormemente alta productividad de la agricultura angloamericana exige como requisito previo —algo que generalmente se pasa por alto en las comparaciones internacionales— un uso exorbitantemente elevado de energía, abonos, biocidas y, con ello, de capital por hectárea, siendo por tanto solamente posible sobre la base de una civilización altamente industrializada. Pero si calculamos el consumo de calorías de todos los medios de producción necesarios en EE. UU. para la obtención de un producto agrario, obtendremos un balance negativo: la caloría de producto alimenticio cuesta más de una caloría, es decir, exactamente 3,5 calorías. La balanza económica resulta con todo «positiva» debido a que en la producción se emplean calorías baratas para obtener calorías caras. Pero considerado bajo el aspecto de un balance energético el resultado es negativo, a diferencia de las agriculturas de países menos avanzados y no industrializados.

Esta balanza negativa se hace relevante en el momento en que se agoten las reservas mundiales de energía, especialmente de energía barata como el petróleo crudo. Momento que ya actualmente podemos prever con cierta exactitud. La falta de alimentos y la intoxicación por los propios productos de desecho llevó en florecientes culturas de bacterias a un cambio repentino, terminando con la muerte en masa. Tal perspectiva desde luego que parece a más de un contemporáneo ser infundado pesimismo. Dice Eyre al respecto: «Es como si la humanidad hubiera desarrollado una confianza ciega en la inmortalidad de la revolución industrial; desde que se inició la gran expansión hace más de 150 años siempre hubo materias primas, y por ello resulta inconcebible para muchos que no siga siendo así. La tecnología es considerada como omnipotente. Se piensa que aun cuando se hayan agotado las reservas naturales, siempre se hallará algún sustitutivo para ellas. Esta fe en futuras innovaciones técnicas no especificables, tal vez la característica más inquietante de nuestra actual filosofía social, no tiene absolutamente nada de científica por lo que debe ser rechazada».⁶

⁶ Eyre, I. S. R., "Man the Pest", *New York Review of Books* (8/11/71). Cita tomada del *Kursbuch* 33, octubre 1973, pp. 55 y ss.

La cuestión ecológica, mejor que cualquier otro tipo de argumentos, ha llevado completamente «ad absurdum» la concepción usual que hace diez años se tenía de la época técnica y del «Estado técnico». Una respuesta amplia al desafío hecho por el peligro de la destrucción del medio, del agotamiento de las reservas y de la superpoblación, es sin embargo sólo una leve modificación del viejo progresismo tecnicista. Habrá que incluir nuevos factores en el cálculo, y habrá que tenerse en cuenta la posibilidad de influir más intensamente e incluso manipular la población con vistas al futuro estancamiento del crecimiento del consumo. Con otras palabras: nuevos conocimientos han presentado los modelos sociales objetivos de modo distinto a como los veía todavía en 1965 Helmut Schelsky («Auf der Suche nach Wirklichkeit») (En busca de realidad, Colonia 1965), pero el principio de la adaptación del hombre y de sus fines a los modelos sociales objetivos existentes sigue vigente sin modificaciones.

«Este triunfalismo (de la humanidad), ciego y biológico, fundamentado sucesivamente teológica —filosófica— y 'científicamente', se convierte en la teoría-praxis de todos los sistemas de dominio de la naturaleza, desde las religiones de la revelación hasta el socialismo marxista. Pero es en las dos últimas formas de expresión —en las versiones capitalista y socialista del sistema industrial— donde este triunfalismo se convierte realmente en el peligro número uno para el planeta puesto que aquí se ve apoyado por las armas del materialismo.»⁷

La esperada civilización ecológica, considerada como urgentemente necesaria presupone —a diferencia del Estado técnico de Schelsky— un sujeto social que habrá que dirigir conscientemente. Una civilización en forma libre y humana no puede esperarse de un equipo de expertos al servicio de una ecodictadura universal, sino sólo de un profundo cambio en el comportamiento del mayor número posible de ciudadanos. La época en que todas las esperanzas se orientaban hacia el infinito progreso, toca a su fin. Una era en la que el hombre se sintió autorizado a dominar sin límites sobre la naturaleza, es más que discutible. Precisamente con vistas a un progreso, todavía posible, hacia formas de vida realmente humanas dentro de una simbiosis pacificada de la humanidad con la naturaleza no humana, tiene que ser controlado y limitado el ilimitado progreso técnico lineal.

La mejora de las condiciones de vida y de trabajo, el desmon-

⁷ Amery, C., *Natur als Politik. Die ökologische Chance des Menschen* (Naturaleza como Política. La posibilidad ecológica del Hombre). Reinbek, 1976, p. 183.

taje de estructuras posesivas de personalidad, no es una utopía de soñadores idealistas, sino requisito necesario para una transición pacífica a la sociedad ecológica del mañana. Precisamente porque tenemos que despedirnos de una vieja fe en el progreso, liberal y socialista, que creía poder prolongar hasta el infinito la curva del incremento de producción material, será tan decisivamente importante el progreso cualitativo con vistas a la creación y preservación de condiciones humanas de vida. No debemos engañarnos sobre el hecho de que en el momento en que se saquen las consecuencias necesarias de la limitación de la energía y de las reservas de materias primas, así como de la necesidad absoluta de preservar la ecosfera, sucederá que —en vistas del actual crecimiento económico lineal— se agudizarán los conflictos sociales o bien habrá que introducir reformas de la índole que acabo de esbozar. No se pueden tener ambas cosas a la vez: un desarrollo técnico con miras a un crecimiento cualitativo, con la obligada renuncia a cantidades de bienes siempre en aumento, y una paz social manteniendo las disparidades en la posesión y en los ingresos.

La perspectiva revolucionaria de Marx se ha modificado hasta desfigurarse en el último tercio del siglo XX. Mientras que él paría de que la dinámica evolutiva del capitalismo industrial se paralizaría aún antes de que las fuerzas productoras se hubieran desarrollado hasta llegar a satisfacer las necesidades de consumo de todos, actualmente se trata de que hay que modificar decisivamente la velocidad y dirección de esta todavía ciega dinámica en interés de la conservación de la ecosfera y, a largo plazo, de la humanidad misma. La formación de un mercado universal, idea propugnada con entusiasmo por los clásicos economistas liberales como Marx, ha acarreado entretanto tantos destrozos como bendiciones sobre los pueblos de la Tierra. La paz que los maestros del comercio libre esperaban de un tal mercado, no ha tenido lugar, mientras que la superioridad económica de las naciones industriales ha destrozado los sistemas económicos y culturales autónomos de la periferia convirtiéndolos en los apéndices más débiles de la economía de las metrópolis. Las monoculturas han hecho a países enteros dependientes del precio de un solo producto en el mercado mundial, convirtiéndolos en víctimas impotentes de una mala cosecha o de una plaga de parásitos (en el siglo pasado, Irlanda, todavía colonia inglesa, fue el primer país en pagar con más de un millón de muertos su monocultura de patatas). Los diversos países habrán de reconstruir sus economías partiendo de sus necesidades locales y regionales para escapar a la dependencia política y económica y, no en último lugar, también a las crisis ecológicas. Tal vez aprendan algunos de ellos a evitar los peligros que Europa, Angloamérica y Japón han conju-

rado sobre sí. La mejor ayuda que podría provenir de las metrópolis sería una combinación de técnicas a desarrollar en los países emergentes, adecuadas a sus condiciones, favorables al medio y que aportaran numerosos puestos de trabajo, junto con una nueva actitud que no concibiera ya más a hombre y naturaleza como objetos de dominio y explotación sin escrúpulos, sino como indispensables socios. Basta sólo con proponer una tal exigencia para darnos cuenta de lo muchísimo que nos falta todavía para llegar a cumplirla.

Es posible que haya dejado la impresión de tratar a toda costa reunir todas las posibles cuestiones actuales en un complejo unitario: el problema ecológico; la cuestión de la distribución desigual de los bienes sobre la Tierra, tanto entre los pueblos como dentro de las diversas sociedades; lo cuestionable del individualismo y el egoísmo con el único deseo de poseer más y, finalmente, el problema de la moderna ciencia y tecnología dirigidas únicamente a incrementar el dominio sobre la naturaleza. Pero no soy yo el que ha establecido artificialmente las relaciones entre estas cuestiones, sino que están en la cosa misma. Sin el valor de decidirnos enérgicamente a darles respuesta a todas ellas —o al menos de buscar las respuestas— no lograremos superar ni uno solo de los peligros que acechan amenazando la supervivencia de la humanidad bajo condiciones humanas.

LOS VECINOS DE LAS GRANDES POTENCIAS

Desde UN Punto de VISTA Menos Formal

Por *Leopoldo GONZALEZ AGUAYO*

Introducción

DURANTE aproximadamente tres lustros hemos leído sobre las trágicas y graves características que implica la dependencia de los pequeños y débiles Estados del mundo con respecto a los más fuertes.

Criterio, en el que se fundamentaron numerosos estudios ilustrativos de los problemas sociales, económicos, políticos, militares y culturales internos de los pueblos que los han padecido y padecen, aunque bien poco se ha escrito sobre las modalidades e implicaciones internacionales del fenómeno.

En las líneas siguientes queremos referirnos a las características de un conjunto muy implio de Estados que extendidos geográficamente alrededor de otros, apreciablemente más fuertes, conforman el contorno y ambiente inmediato exterior que caracteriza particularmente a las grandes potencias, con referencia especial al caso de las dos llamadas supergrandes. Situación que confiere a los dirigentes de estas últimas un poder externo, de juego y manipulación real y tangible, aplicado y basado en las ventajas que fundamentan su poderío: económicas, político-ideológicas, tecnológico-militares, además de disponibilidad de recursos en volúmenes muy superiores a la capacidad del resto de las designadas simplemente como "grandes potencias". Poder de juego y manipulación que se inicia y manifiesta primeramente entre sus respectivos vecinos.

Conjuntamente al análisis del caso de las superpotencias hemos agregado en nuestro esquema el de la República Popular China, modelo de gran potencia "emergente", por reunir también la característica de disponer, además de un gran territorio, de un vasto entorno geográfico que engloba diversos Estados.

Como primera hipótesis debemos partir del supuesto de que las cualidades de organización, de peso económico, político-ideológico,

social, tecnológico-militar y cultural se convierten y traducen en fuerzas irradiadas y transmitidas a través de las fronteras de los grandes actores internacionales aunque con propósitos y consecuencias "centrifugantes" hacia los mismos. En otras palabras, la fuerza desprendida desde el núcleo o polo de un gran actor central se transmite hacia la periferia como las ondas en un estanque de agua cuando un objeto cae en ellas. Ondas que al traspasar sus propios límites nacionales encuentran y ponen en actividad, a su vez, otras fuerzas sociales dentro de realidades nacionales diferentes, produciendo una reacción que se manifiesta de dos grandes formas: 1) con signo contrario al avance de la fuerza desprendida de la gran potencia, convirtiéndose en obstáculo para la misma e identificable en su máxima expresión con el patriotismo y nacionalismo; y, 2) fuerzas afines y similares, del mismo signo que al traspasar los límites nacionales tienden a formar un flujo de ondas "centrípetas", sumándose al campo de fuerzas emitido por la gran potencia.

Para ilustrar mejor esta última hipótesis se podría usar también el símil de la ley física de la fuerza que indica que a toda acción corresponde una reacción igual y de signo contrario, a fin de explicarnos parcialmente algunos problemas de la vida entre Estados vecinos. Ley que convenientemente adaptada a la práctica de las relaciones de los Estados-actores: grandes, medianos y pequeños, podemos suponerla como el cúmulo de iniciativas provenientes de núcleos suficientemente fuertes y capaces de sostenerlas y proyectarlas, aunque por el contrario, la respuesta que reciban de los actores menores no necesariamente resulte equiparable al revertirla a su vez, generalmente por medios y con consecuencias diferentes, hacia el interior de los límites nacionales de los grandes actores. Hecho que no evita eventualmente la suficiente capacidad de firmeza del actor menor para amortiguar o rechazar el embate.

Es decir, debemos tener presente que en el seno de los actores vecinos de las grandes potencias que nos ocupan, paralelamente a la existencia de un sólido núcleo social, tradicionalmente mayoritario, profesando sentimientos opuestos a los del gran vecino predominante, existe un núcleo de intereses (variable según las coyunturas internas y externas) profesando simpatías, en grados diversos, con respecto a las iniciativas provenientes de la gran potencia.

Hipótesis que por otra parte servirá, además, para rechazar el supuesto de posiciones monolíticas y unánimes en la conducción política del sistema de decisiones de la gran potencia, aunque pudiera admitirse la posibilidad de que a largo plazo los dirigentes, de diversas tendencias, que se sucedieran en el mando, mantuvieran iniciativas exteriores coherentes con los grandes objetivos estratégicos de la misma.

Los ejemplos de tres grandes actores que hemos escogido corresponden al caso de Estados integrados, mediante diversas razones y circunstancias dentro de vastas áreas geográficas, a través de variados elementos de cohesión política, económica, social y cultural. Integración dada para los casos chino y ruso durante muy largo tiempo, permitiéndoles proyectar y sostener iniciativas con gran fuerza, frente a Estados mucho más pequeños que aun manteniendo suficientes elementos cohesivos propios, debieron rendirse a la evidencia de que el "peso" internacional que lograron alcanzar no les impidió quedar en posición vulnerable y, de hecho, predispuestos a fungir como receptores de iniciativas más que a lanzarlas.

Sobre esto último no debemos soslayar las profundas disparidades tradicionalmente existentes entre los pequeños Estados vecinos de los grandes actores, que inciden dificultando significativamente la colaboración entre ellos mismos, dejándolos a merced de sus propios medios y obligándolos a la cooperación con el poderoso vecino.

*El origen de los vecinos
de las grandes potencias*

EVIDENTEMENTE, las razones que obligaron la existencia de los vecinos de los grandes actores son muy variadas. Sin embargo, podríamos convenir que una parte no despreciable de la explicación podría estar ligada a la formación misma de los núcleos centrales de poder que estimularon finalmente la formación de los grandes actores que nos ocupan. En consecuencia, los pequeños núcleos sociales de la periferia mantuvieron su identidad propia, en el mejor de los casos, a consecuencia del continuo rechazo, evitando verse absorbidos y aglutinados por la expansión del vecino. Conflictos que duraron siglos y aun milenios en algunos casos. Explicación que no está muy ausente de la realidad si recordamos las diversas "nacionalidades" que "componen" tanto a la URSS como a la República Popular China, fenómeno que podría fácilmente equipararse con el caso de las tribus y naciones indias para el ejemplo estadounidense.

Tenaz resistencia de los pueblos vecinos que si bien les permitió mantenerse y florecer como entidades política, social o culturalmente autónomas, no siempre ha podido afirmarse lo mismo con respecto de su vida económica, cuya estructura se ha visto sometida a embates y presiones permanentes por parte del polo de poder dominante, terminando frecuentemente por convertirse en el factor por medio del cual el poder central ha iniciado la penetración en la vida

interna de los actores vecinos que han llevado posiciones de disidencia intransigente.

En todo caso, debe recordarse que, antes de la integración de los grandes polos ruso y norteamericano, hacía mucho tiempo que algunos de sus respectivos pueblos vecinos florecían y prosperaban dentro de esquemas culturales y políticos propios altamente originales.

En la actualidad el núcleo de poder norteamericano mantiene una creciente tendencia a drenar los recursos naturales y humanos, absorbiéndolos del vecino mexicano y los países del área del Caribe. La URSS ha tenido también tendencias similares, especialmente durante los dos lustros posteriores a la terminación de la II Guerra Mundial.

Los modelos de relaciones entre las grandes potencias con sus respectivos vecinos

RESULTA sumamente interesante saber que la URSS cuenta con 12 Estados geográficamente contiguos y otros 13, simplemente próximos a su vecindad geográfica; por su parte, la República Popular China limita geográficamente con 11 Estados, enumerándose otros 12 en sus proximidades; mientras los Estados Unidos mantienen el modelo que incluye sólo dos vecinos geográficos contiguos, aunque se aglutinan en sus vecindades por lo menos 23 Estados y aun algunos territorios coloniales separados por extensiones marítimas no muy considerables tanto del macizo continental nacional como de Alaska, discriminando deliberadamente dentro de este criterio a los territorios estadounidenses insulares del Pacífico.¹

El modelo estadounidense de sólo dos vecinos geográficamente contiguos, con todo lo que ello representa en términos de seguridad estratégica, limitados riesgos y fácil control de los problemas que de ello surjan resulta, en estas circunstancias, envidiable.

Debemos agregar que los vecinos contiguos o próximos al territorio de las tres potencias que nos ocupan (alrededor de 67 actores diferentes), se distribuyen entre Estados-actores ocupando todas las categorías sociales internacionales que comportan los más variados tamaños político-económicos, desde el de las propias superpotencias, pasando por casos intermedios hasta ejemplos de gran modestia ocupando el grado más bajo del escalafón del sistema de estratificación internacional.

También debemos convenir que si los tres grandes actores que

¹ Ver las tres listas anexas,

nos interesan mantienen en conjunto y, entre sí, relaciones especiales de vecindad con un total de 67 Estados y entidades territoriales, lo que equivale a decir con más del 40% de los aproximadamente 150 actores que forman el escenario mundial, resulta muy elevado el poder de juego y beligerancia internacional de los primeros.

Desde el punto de vista territorial los datos no son menos elocuentes. Los territorios de la URSS, la RPCh y los EU suman globalmente 41 200 millones de Kms.², mientras que la suma de las superficies de sus respectivos vecinos, alcanzaría apenas 30 millones de Kms.², de los que Canadá sobresaldría con sus casi 10 millones de Kms.²

Por otra parte, se aprecia que existen prácticamente todas las posibilidades de separación física, desde la simple línea de demarcación política hasta los grandes accidentes geográficos naturales, entre las entidades soviética y china con sus respectivos vecinos contiguos; citándose dentro de los elementos naturales: altas y escarpadas cadenas montañosas, medianos y bajos lomeríos, llanuras fértiles o desérticas, lagos y ríos, ya sea contiguos sirviendo de línea divisoria por su canal más profundo, o bien, de curso sucesivo. Situación que, salvo el caso de las altas montañas, se repite en la línea divisoria de Norteamérica con sus dos vecinos.

En todo caso la red de comunicaciones que conecta internamente los centros neurálgicos de la gran potencia con sus respectivas provincias, por lo general también asegura una comunicación expedita: terrestre, acuática y aérea, con el territorio de los vecinos inmediatos. Debiendo mencionar que, en los casos mexicano y finlandés, importantes porciones de sus respectivos territorios se encuentran de hecho integradas a la economía de las respectivas potencias estadounidense y soviética.

Desde el punto de vista político, existe una gama muy variada en los sistemas de relaciones mantenidos tanto por los polos de poder hacia sus vecinos inmediatos o próximos, como de éstos hacia las grandes potencias vecinas. Desde los vecinos que practican eventualmente actitudes de amistad y fidelidad hasta los que, por el contrario, sostienen las opuestas, de rechazo amplio, pasando por una variedad de posibilidades que dictan factores internos y externos, sin excluir los circunstanciales.

En consecuencia, siendo frecuente también encontrar la posición "pendular", en el caso de vecinos cuyos dirigentes se inclinen pragmáticamente en favor de la posición e iniciativas de la potencia dominante en turno, lo que les permite conservar su autonomía e identidad durante prolongados periodos (como el caso de Tailandia, la antigua Siam); o la posición de "equilibrio", practicada por actores situados en la confluencia de dos o más grandes potencias

(como el caso de Corea del Norte); existiendo, además, los modelos de economía integrada a la de las grandes potencias, a que ya hemos hecho referencia, cuyos dirigentes pueden buscar mediante audaces iniciativas políticas y diplomáticas alcanzar posiciones de digna independencia exterior siempre que no se traduzcan en desafíos totales a los intereses de la gran potencia contigua (como serían los casos de Rumania, de México y, en buena medida, de Finlandia). En los modelos de vecinos con economía no integrada a la gran potencia, incluyendo los de la oposición y rechazo político a la misma (como serían los casos de Irán y Cuba hacia sus respectivos grandes vecinos), los dirigentes de la potencia vecina después de intentar reducirlos por variados medios, inclusive los poco amistosos, adoptaron la actitud de paciente espera sin descuidar en momento alguno las posibilidades que les ha presentado el juego de las circunstancias, con el presumible propósito de alcanzar discretamente el objetivo de atraer al disidente incluyendo la reducción consecuente de su beligerancia.

Tampoco ha pasado desapercibida para los dirigentes de las grandes potencias la posibilidad de lanzar iniciativas a fin de integrar a sus vecinos y aliados en procesos de amplias repercusiones que permitan rebasar, por sí mismos, las simples expectativas económicas, como sería el caso del sistema del Consejo de Ayuda Económica Mutua (CAEM) y algunos proyectos que los dirigentes norteamericanos han empezado a acariciar, desde fines de 1978, con respecto a Canadá, México y los países del Caribe.

Como es lógico pensar la máxima aspiración de los dirigentes de la gran potencia es tener aliados incondicionales entre sus vecinos fronterizos. Objetivo difícil de alcanzar paradójicamente por la efervescencia patriótica y nacionalista despertada entre los mismos por las ambiciones expansionistas de la gran potencia, lo que fácilmente se traduce en tendencias quebrantadoras de la disciplina. En consecuencia, un propósito más realista susceptible de alcanzarse sería el de lograr un foro externo de vecinos no hostiles, que no se vean en la necesidad de polarizar y radicalizar sus posiciones buscando alianzas desesperadas con las potencias rivales, si bien la historia enseña que los dirigentes de la gran potencia no tienen esta alternativa entre sus objetivos prioritarios.

Curiosamente, tanto entre los dirigentes de la Unión Soviética como entre los de la República Popular China los grandes objetivos de política exterior parecen perfectamente coordinados con respecto a las iniciativas desplegadas tanto hacia el ámbito de sus respectivos vecinos fronterizos como hacia lejanos actores situados en los otros continentes. Necesidad de iniciativas coherentes que parecen deducidas de mecanismos de decisión de mando único, a su vez

obligados por la compleja problemática derivada de los múltiples actores cuya acción se desarrolla a sus propias puertas. Modelo cargado de múltiples riesgos y un complicado equilibrio en el que un paso mal calculado acarrearía imprevisibles consecuencias para su respectiva seguridad nacional.

Sobre este particular los dirigentes norteamericanos se permitieron establecer modelos, con posterioridad a la II Guerra Mundial, estructurados con menos rigidez, desde el punto de vista de la coherencia de sus decisiones hacia los menores actores vecinos, que los montados por sus otros dos rivales. Fórmula estadounidense que, presumiblemente, confiando en el aislamiento geográfico del continente americano y su sobresaliente papel de actores decisivos en el mismo, sus intereses pudieron proyectarse y trascender con mucho los límites de todo el continente, extrapolándolos a lejanos continentes bajo pretextos estratégicos que, de hecho, absorbieron la atención de los dirigentes durante largos años y décadas, siendo sólo superados por los asuntos de la política interna. En consecuencia, el sistema de relaciones con los actores vecinos quedó en un plano secundario, paradójicamente considerándolos como "aliados seguros" u obligados, en otros términos. Al menos ello ocurrió hasta el momento en que hechos y circunstancias no previstos volvieron a poner en el tapete de las prioridades de la gran potencia el problema de las relaciones con los vecinos inmediatos, primero los cubanos, al principiar la pasada década y, en nuestros días, México.

Desde el punto de vista de lo que podríamos considerar la intensidad de las relaciones de las grandes potencias con los actores vecinos, se tienen también una diversidad de modelos. A partir de los parciales y limitados comportando sistemas con un reducido número de factores: económicos, políticos, sociales, culturales o militares, entre los principales, pudiendo caracterizar los casos de relaciones con vecinos manteniendo altos niveles de rechazo hacia la gran potencia vecina, hasta aquellos modelos comportando intensa y compleja integración. Entre los primeros cabría citar el caso de Irán mientras el segundo se podría ejemplificar con los miembros tanto del Pacto de Varsovia como del CAEM ya mencionado. Simultáneamente se pueden identificar modelos como el de Finlandia, con múltiples características económicas y ciertos aspectos, no militares, de estrecha integración con la URSS, que fácilmente rivalizarían con los de los miembros del CAEM.

Paralelamente, dentro de este último caso sería menester no olvidar el vastísimo sistema de integración de la vida mexicana con la estadounidense que, sin duda, supera en intensidad a cualquier modelo de relaciones entre Estados vecinos existente en el

mundo. Modelo en el que estarían en juego la magnitud y volumen de los intercambios, la presencia física de millones de mexicanos y decenas de millones de norteamericanos de origen mexicano en territorio estadounidense, los millones de turistas norteamericanos que cruzan anualmente la frontera del sur, los cientos de miles de estadounidenses residentes en México, el importante volumen de las inversiones norteamericanas y las cifras astronómicas que totalizan los créditos del mismo origen hacia el vecino del sur, sin olvidar la influencia social, cultural, deportiva, religiosa y de información que ejerce el polo estadounidense hacia la patria de Juárez, cimentando la tupida red de relaciones difícilmente equiparable en el mundo.

*Los conflictos de las grandes
potencias con sus vecinos*

ENTRE la URSS y sus 25 vecinos, próximos y contiguos, han ocurrido al menos, once conflictos a partir de 1940 entre guerras, invasiones e incidentes fronterizos graves, con: Finlandia 1940, anti-gua Alemania Nazi 1941-1945, Bulgaria 1941-1945, Japón 1945, Austria 1945, Irán 1946, Polonia 1953, República Democrática Alemana 1953, Hungría 1956, Checoslovaquia 1968 y República Popular China 1969, a los que debe aunarse un serio y grave diferendo ocurrido en 1948 con Yugoslavia, que si no alcanzó el enfrentamiento armado seguramente fue por la fortuna de faltar la contigüidad geográfica.

Por su parte, entre los 22 vecinos, de ambos tipos, de la República Popular China y este país han ocurrido, desde 1950, cuatro conflictos armados: Taiwan 1960-1962, la India 1962, la URSS 1969 y Vietnam 1979; además, una intensa participación armada en Corea del Norte, 1950-1952, e incidentes graves con los dirigentes de tres vecinos no contiguos, con motivo de actos violentos contra los residentes de origen chino, en: Indonesia 1965, Birmania 1968 y Singapur 1974.

Debemos concluir, de acuerdo con lo expuesto, que las relaciones entre las dos grandes potencias mencionadas con sus vecinos mantienen el alto nivel de incidencia hacia el conflicto.

En el radio de acción inmediato norteamericano se identifican tres graves conflictos armados, con amplia participación estadounidense en territorio de sus vecinos: Cuba 1960, Panamá 1964 y República Dominicana 1965; y, por lo menos, dos intervenciones de los servicios de inteligencia de Washington que dieron al traste con gobiernos constituidos en el área del Caribe: Guatemala 1954 y

Guyana 1962, lo que no impidió que dichos servicios, desbordando se por América Latina, estuvieran muy activos en otros vecinos contiguos y próximos, como se sabe, dando cuenta de regímenes como el civil brasileño, en 1964; interviniendo en Chile primeramente para impedir, también en 1964, la victoria del socialista Salvador Allende, derrocándolo posteriormente, en 1973; finalmente, participando en 1971 en la liquidación del régimen boliviano del general Juan José Torres. Sin olvidar la muy amplia participación general norteamericana en apoyo o la desestabilización de una amplia variedad de regímenes que se dan cita en la vasta área latinoamericana.

De todo ello se colige que si la prudencia es una regla de oro para la convivencia de los vecinos menores con una gran potencia, esta última no se siente obligada a actuar siempre con la misma reciprocidad. Particularmente, cuando considera que están en juego sus intereses vitales, fácilmente se olvida de solemnes compromisos que hubiesen sido contraídos con anterioridad, a fin de abordar pacíficamente los eventuales diferendos surgidos.

Evidentemente, hemos hablado principalmente de la alternativa que plantean las relaciones de los vecinos medianos y pequeños de las tres grandes potencias que nos ocupan. Sin embargo, la alternativa que considera la vecindad de las propias potencias, entre sí, implica una opción conllevando un alto grado de desequilibrio del poder en ella misma.

A lo largo del análisis hemos supuesto que los dirigentes de la gran potencia central parten del hecho de tratar a sus vecinos no en calidad de homólogos equiparables, sino como potencias permanentemente menores, es decir, inferiores con respecto a su propio rango, lo que significa la supeditación indefinida de éstas a la fuente de poder central. Posición en contradicción con la posibilidad de surgimiento de otra potencia en el área de influencia colindante con los límites de la ya establecida. Hecho que significaría el establecimiento de nuevos polos de atracción y la necesidad de compartir el poder, precisamente en la zona bajo control de la ya existente.

De consumarse el surgimiento de una segunda gran potencia en las inmediaciones de otra, el enorme desajuste y desequilibrio que ello ocasiona conduce gradualmente a un choque de intereses prácticamente inevitable, al consolidar el poder los dirigentes de la nueva potencia y maniobrar para superar el estadio de desarrollo que implica su sujeción y supeditación como menor potencia colindante de la primera.

En estas condiciones no es extraño que los estrategas de la gran potencia previamente existente, después de cautelosa espera, apa-

rentando consentir la instalación y consolidación de regímenes fuertes en el inquietante vecino, a partir de un momento dado se decidían a poner toda suerte de obstáculos al despliegue de nuevas acumulaciones de fuerza en favor de éstos. Hecho que polarizado por los grupos dirigentes, a uno y otro lado de las fronteras, convertirá lo que eran diferendos entre las respectivas élites, en diferendos nacionales. Situación que se dio con los soviéticos al respecto de sus colegas de la República Popular China, con posterioridad a 1958, al decidir retirarles el apoyo masivo que les venían brindando y, con este hecho, comprometer gravemente y hacer fracasar la marcha del programa: "el gran salto adelante" entusiastamente encaminado por los dirigentes de Pekín, lo que retrasó el avance económico y científico-tecnológico chino y durante ocho años alentó la beligerancia política del ala de los "moderados". Decisión que la dirigencia china no ha perdonado a sus antiguos aliados, acabando por plantear a la luz del día la grave contradicción de los intereses de ambas potencias.

A partir de ese momento el diferendo chino-soviético se hizo tan amplio y profundo que, en nuestros días, la dirigencia china, aún estando bajo control coyuntural de los "moderados", no ha dudado en calificar como su peor enemigo a la vecina Unión Soviética, buscando afanosamente para enfrentarla una alianza general exterior en la que estarían incluidos los Estados Unidos.

Sin embargo, frente al asunto, la Unión Soviética no ha estado precisamente cruzada de brazos. En ocasión de los graves incidentes protagonizados sobre la frontera del Río Usuri, en 1969, el ala de los "duros" del Kremlin debió ser sometida y obligada a la cordura por los "moderados", al proponerse utilizar el pretexto de los incidentes para deshacerse definitivamente del problema chino. Proyecto que conllevaba una campaña generalizada contra los intereses chinos en todo el mundo, en preparación de medidas que incluían la destrucción de los laboratorios y centros de investigación atómicos de la patria de Mao, mediante ataques relámpagos, desatados especialmente sobre las instalaciones operando en la desértica y lejana provincia del Sinkiang, colindante con las fronteras soviéticas y mongolas. Delicado asunto del que se enteró oportunamente la inteligencia estadounidense y, en el que, según revelaciones recientes, hubiera intervenido el Presidente Nixon en apoyo de los "moderados" soviéticos.

El resultado de las mencionadas iniciativas soviéticas no podía ser otro que el de un aumento en la tradicional desconfianza de los dirigentes chinos, quienes en adelante se dieron a la tarea de neutralizar la política de sus contrarios, hecho que, a su vez, exasperó a los dirigentes de Moscú.

Entre las medidas externas más notables adoptadas por los dos grandes rivales del mundo socialista, figuran las iniciativas tendientes a hacerse de un auditorio favorable, de la mayor amplitud posible, en todos aquellos lugares en los que los intereses de la contraparte tiendan a manifestarse, empezando naturalmente por el estratégico sector de los respectivos vecinos. Política que justifica el dinámico juego externo, practicado por ambas potencias, de inclinación abierta por las facciones políticas existentes en el interior de los otros Estados, siempre que garanticen favorablemente el equilibrio de las iniciativas de quien las realiza o, cuando menos, neutralicen el avance de las posiciones de los aliados de la potencia rival.

Como hecho curioso, nadie debe sorprenderse que cualquiera de las dos potencias eventualmente aparezcan sosteniendo fuerzas políticas externas, antagónicas al ideario ideológico exhibido oficialmente por dicha potencia. Juego que lejos de fortalecer el poder de negociación y la posición de los medianos y pequeños Estados vecinos que reciben las iniciativas, la actual situación de crisis económico-social mundial aunada a su ya delicada problemática, les conduce frecuentemente a ser teatro de luchas internas estériles que solamente aumentan la erosión de sus posibilidades de acción, salvo tratarse de los casos de alta cohesión política nacionalista actual.

Los vecinos y la política de contención

Por otra parte, como debe recordarse, el otorgar apoyo a regímenes de cualquier signo político en Estados situados en la periferia de grandes potencias, para actuar en contra de éstas, es una de las lecciones proporcionadas otrora por el sistema de equilibrio de las grandes potencias europeas para su respectiva convivencia. Estrategia designada, entre otras formas, como política de "contención", especialmente aplicada por el Imperio Británico contra la expansión de sus rivales: el francés y el ruso. Modelo posteriormente heredado por los Estados Unidos y puesto en marcha, desde 1947, contra las iniciativas de la Unión Soviética y, a partir de 1949, también contra las de la República Popular China. Política que dio por resultado la creación de un cinturón de países dirigido contra ambas potencias, en el que los estadounidenses lograron asimilar a varios vecinos de las mismas.

No obstante, ha sido más notable observar cómo las dos grandes potencias socialistas lograron desbaratar el sistema de "contención" tejido en su contra por los norteamericanos, debiendo pri-

meramente pasar por enfrentamientos armados como el de Corea (1950-1952). Sistema al que habían logrado debilitar suficientemente antes de apreciarse el grave enfrentamiento entre ambas.

Entre las iniciativas soviéticas más tangibles para erosionar el sistema norteamericano de "contención", se cuenta su resuelto y decidido apoyo, desde 1960 hasta nuestros días, al proceso revolucionario cubano, incubado a las puertas de la potencia estadounidense. Política continuada por los soviéticos sobre otras áreas de intereses estratégicos norteamericanos, como el Mediterráneo del Sur, el Golfo Pérsico, el Mar Rojo, así como el Oriente y el Sudoeste de Africa.

Conclusiones

1. Como podemos apreciar, el surgimiento de las grandes potencias contó entre los principales elementos en su favor, con la facultad de cohesionar intereses disímolos de diversos pueblos, a través de mecanismos que usaban indistintamente las fórmulas de grado y de fuerza. Intereses que al darse cita previamente al interior de sus actuales límites territoriales, fueron gradualmente aglutinados bajo el proceso de expansión que se inició a partir de un foco o núcleo central.

2. La expansión de las grandes potencias, ocurrida en diversas épocas, amenazó o entró en contradicción y conflicto con pueblos que no pudiendo ser absorbidos se agruparon en la periferia como Estados autónomos, constituyendo, a partir del siglo XVIII, actores ideales para el proceso de "contención" bajo manipulación del Imperio Británico.

3. El proceso de formación de los Estados vecinos de las tres grandes potencias arroja como resultado la multiplicación de actores, excepcionalmente de gran y mediana "talla internacional", por lo que los pequeños constituyen lo esencial del entorno geográfico que con profusión se distribuye alrededor del gran polo central de fuerzas.

4. Sometidos a grandes presiones y fluctuantes procesos económicos, el futuro político-social de los vecinos de las grandes potencias, salvo excepciones, no parece promisorio, por lo que la vasta área que ocupan estos actores siguiera siendo en los próximos años una región de alta inestabilidad política, teatro de choques y confrontaciones de las diversas fuerzas que pretendan llenar los eventuales vacíos de poder que se presenten.

ANEXO 1: VECINOS DE LA URS

1. *De contigüidad geográfica*

<i>Actor</i>	<i>Kms.² de Sup.</i>	<i>Años¹</i>
1. 1. Corea del Norte	120 500	
1. 2. RPCh	9 560 000	1969
1. 3. Mongolia	1 565 000	
1. 4. Afganistán	648 000	
1. 5. Irán	1 648 000	1946
1. 6. Turquía	780 500	
1. 7. Rumania	237 500	
1. 8. Hungría	93 000	1956
1. 9. Checoslovaquia	128 000	1945, 1968
1.10. Polonia	312 500	1953
1.11. Finlandia	337 000	1940
1.12. Noruega	324 200	

2. *Cercanos a la vecindad geográfica²*

2. 1. Japón	370 000	1945
2. 2. Corea del Sur	98 000	
2. 3. India	3 044 700	
2. 4. Pakistán	800 000	
2. 5. Irak	449 000	
2. 6. Siria	185 000	
2. 7. Bulgaria	111 000	1941-1945
2. 8. Yugoslavia	256 000	1948
2. 9. Austria	84 000	1945
2.10. RFA	248 000	1941-1945
2.11. RDA	108 000	1941-1945, 1953
2.12. Suecia	450 000	
2.13. E. U. de A.	9 363 000	

¹ Las fechas corresponden a los años en que han ocurrido conflictos armados o graves diferendos con intervención de la gran potencia.

² Entendemos por "vecindad" geográfica la situación que se desprende del hecho de que el territorio físico de dos Edos. si bien no mantiene contigüidad se encuentra separado ya sea sólo por un espacio cubierto de agua no muy extenso o por el territorio o porciones de territorio, igualmente no muy extensos, pertenecientes a Edos. contiguos.

ANEXO 2: VECINOS DE LA REPUBLICA POPULAR CHINA

1 *De contigüidad geográfica*

<i>Actor</i>	<i>Kms.² de Sup.</i>	<i>Años¹</i>
1. 1. Corea del Norte	120 500	1950-1952
1. 2. URSS	22 402 000	1969
1. 3. Mongolia	1 565 000	
1. 4. Afganistán	648 000	
1. 5. La India	3 044 700	1962
1. 6. Nepal	141 000	
1. 7. Butan	47 000	
1. 8. Sikkim ³	7 000	
1. 9. Birmania	678 000	1968
1.10. Laos	236 800	
1.11. Vietnam	330 000	

2. *Cercanos a la vecindad geográfica²*

2. 1. Corea del Sur	98 000	
2. 2. Japón	370 000	
2. 3. Taiwan	36 000	1960
2. 4. Cambodia	181 000	
2. 5. Tailandia	514 000	
2. 6. Malasia	330 000	
2. 7. Singapur	581	1974
2. 9. Indonesia	1 904 000	1965
2.10. Bangla Desh	150 000	
2.11. Pakistán	800 000	
2.12. Irán	1 648 000	

¹ *Idem*, Anexo 1.² *Idem*, Anexo 1.³ El pequeño territorio del Reino de Sikkim fue anexado unilateralmente por la India, el 6 de septiembre de 1974, no obstante las protestas del monarca y de la RPCh.

ANEXO 3: VECINOS DE ESTADOS UNIDOS

1. *De contigüidad geográfica*

<i>Actor</i>	<i>Kms.² de Sup.</i>	<i>Años¹</i>
1. 1. Canadá	9 976 000	
1. 2. México	1 972 000	

2. *Cercanos a la vecindad geográfica²*

2. 1. Cuba	114 500	1960
2. 2. R. Dominicana	49 000	1965
2. 3. Haití	27 750	
2. 4. Jamaica	11 000	
2. 5. Guatemala	109 000	1954
2. 6. El Salvador	21 000	
2. 7. Honduras	112 000	
2. 8. Belice	23 000	
2. 9. Nicaragua	130 000	
2.10. Costa Rica	50 700	
2.11. Panamá	75 600	1964
2.12. Colombia	1 138 000	
2.13. Venezuela	912 000	
2.14. Trinidad y Tobago	5 000	
2.15. Barbados	430	
2.16. Dominica	751	
2.17. Guyana	213 000	1962
2.18. Surinam	143 000	
2.19. Terr. Franceses del Caribe	93 000	
2.20. Terr. Holandeses del Caribe	960	
2.21. Terr. Ingleses del Caribe	12 000	
2.22. Islas Bermudas	53	
2.23. URSS	22 402 000	

¹ *Idem*, Anexo 1.² *Idem*, Anexo 1.

Presencia del Pasado

FILOSOFIA DE LA HISTORIA, NOVELA Y SISTEMA EXPRESIVO EN CHILE (1840-1850)

Por Bernardo SUBERCASEAUX S.

1. Corrientes historiográficas en Francia

EL siglo XIX, se ha dicho, fue "el siglo de la historia"; época en que se conjuga la tradición enciclopedista del siglo anterior con la toma de conciencia de acontecimientos como la revolución francesa, la independencia de Estados Unidos o de las colonias hispanoamericanas. Entre 1800 y 1850 —en un clima de renovación y ampliación de los estudios históricos— se dan en Francia dos corrientes historiográficas, cada una de las cuales tiene un grado relativamente alto de continuidad y especialmente entre 1820 y 1848 (época de avance del movimiento liberal) una actitud polémica respecto a la otra. Una es la *filosofía* y la otra la *narrativa*, llamadas también, según el objeto que se proponen, ciencia de la humanidad y ciencia concreta, o, de acuerdo a la concepción filosófica que las inspira, idealismo metafísico y empirismo.¹ Entre los representantes más destacados de la primera se cuentan Quinet, Guizot, Michelet, Sismondi y Cousin, y entre los de la segunda, Barante y Agustín Thierry. Ambas tendencias se enmarcan en la pugna entre una burguesía demócrata y liberal con la aristocracia y los partidarios del *ancien régime*.

Aunque en las obras de los autores citados estas corrientes no se dan en estado puro, vale la pena contraponerlas para explicar sus diferencias y puntos de contacto. Para la escuela de historia filosófica el objeto del conocimiento histórico no son los hechos del pasado en sí, sino sus causas y efectos. Francois Guizot, miembro del grupo de los "doctrinarios"² y uno de los representantes más

¹ Maurice Mandelbaum, *History, man and reason* (John Hopkins Press), Baltimore, 1971, 5-21.

² Douglas Johnson, "A reconsideration of Guizot"; Ed. Eugene C. Black, *European political history, 1815-1870* (Harper), New York, 1967, 83-105. Se les dio el nombre de doctrinarios porque pretendían sacar a la política de su inmediatez pragmática y de la esfera de los sentimientos para llevarla al terreno de una concepción filosófica y de principios doctrinarios que sirviesen de guía para la acción.

destacados de esta tendencia, sostiene que el historiador debe descubrir las leyes o principios generales que están dándole forma a los hechos externos; en este sentido —dice— la historia no puede dejar de estar sustentada por una visión teórica, y de ser, por lo tanto, filosófica.³ Para la corriente narrativa, en cambio, el conocimiento histórico debe limitarse a resucitar los acontecimientos y los hombres del pasado, sin que se mezclen juicios o reflexiones del historiador con el testimonio de los propios hechos.

No hay peor guía en la historia que aquella filosofía sistemática, que no ve las cosas como son, sino como concuerdan con su sistema. En cuanto a los de esta escuela, exclamaré —dice, polemizando, Charles du Rozoir— ¡Hechos! ¡Hechos! ¡Hechos!⁴

Agustín Thierry (tal vez el más destacado entre los historiadores narrativos, sostiene que el método filosófico ve en cada hecho el signo de una idea, "y en los acontecimientos humanos una perpetua psicomanía"; "con sus atrevimientos sintéticos —dice— ese método aleja a la historia de la observación rigurosa y exacta de los hechos pasados".⁵

Los historiadores filosóficos argumentan que mientras ellos se ocupan del "alma" de la realidad, del "espíritu" de los hechos, los de la escuela opuesta se limitan a la "forma" y al "cuerpo" de la historia. La especie de fisiología de los acontecimientos postulada por los primeros, implica afirmar la existencia de una naturaleza última de la realidad, y de una naturaleza humana de índole moral que permitiría el acceso a ella. De allí que la historiografía contemporánea haya vinculado esta corriente al idealismo metafísico, y que a los historiadores narrativos, llevando al extremo sus preferencias fácticas, se los haya vinculado al empirismo, a la idea de que no hay principios que estén más allá de los fenómenos de que se trata, y de que no se puede, por ende, pasar del reino de los fenómenos a una realidad última, puesto que ésta no existe.

Ambas concepciones implican metodologías y formas expositivas diferentes. Para los historiadores filosóficos la historia debe servir de guía, juzgar, orientar y explicar los caminos a seguir; se trata de fabricar una imagen del pasado que sea útil al porvenir, lo que requiere un historiador parcial, que manifieste abiertamente sus preferencias. Para los partidarios de la corriente narrativa la

³ Douglas Johnson, *op. cit.*, p. 92.

⁴ Citado por Andrés Bello, "Modo de escribir la historia", *El araucano*, 28 de enero, Santiago, 1848.

⁵ Roger Picard, *El romanticismo social* (F. C. E.), México, 1947, 215-217.

historia, en cambio, debe mostrar el pasado al modo de una crónica detallada y objetiva, para que así los lectores deduzcan por sí mismos las enseñanzas que ésta contiene. Mientras la historia filosófica es selectiva y recoge sólo los hechos que son relevantes para su enfoque, la corriente narrativa trata de agotar la totalidad de lo ocurrido en una época determinada, prestando entonces mayor atención al detalle, a la erudición y a los documentos originales. Desde el punto de vista expositivo mientras una tiende a las grandes generalizaciones, a la síntesis y a la coloración filosófica, la otra se inclina por un estilo sobrio y templado, por una narración completa, abundante en páginas y pormenores.

Con posterioridad a 1848, autores como Michelet intentan reconciliar los dos sistemas, planteando que se trata sólo de instancias metodológicas que son complementarias.⁶ La verdad es que entre los historiadores de ambas escuelas hay algunos puntos de contacto. Uno de ellos y tal vez el más importante es la tendencia a concebir la realidad en términos de desarrollo. Esta óptica —explícita en la obra de los historiadores filosóficos e implícita en la de los otros— está vinculada a la idea de progreso y de perfectibilidad social. Herder, que ejerce considerable influencia en Francia, sintetizó a la humanidad en la metáfora del hombre que viaja por un largo camino hacia la perfección. Fundamental para el siglo XIX, la fe en el progreso implica la premisa de un patrón de cambio en la historia, y de que ese patrón es conocido y consiste en modificaciones irreversibles en una dirección determinada, siguiendo una flecha que va siempre desde una situación menos hacia una situación más avanzada.⁷

Conocida como historicismo, esta perspectiva ha sido definida por Mandelbaum como la creencia de que la comprensión y valoración adecuada de un fenómeno sólo puede ser conseguida teniendo en cuenta el lugar que ese fenómeno ocupa y el rol que desempeña dentro de un proceso de desarrollo más amplio;⁸ la idea, en síntesis, de que una etapa histórica determinada se explica siempre y sólo por una etapa anterior y así sucesivamente.

La concepción historicista está enraizada en la Ilustración, y es un pensamiento analógico en la medida que concibe a los hechos sociales como organismos vivos. La idea de la historia como un desarrollo presupone —como señalábamos— una cierta dirección y la presencia de leyes que regulan el proceso. Para ambas escuelas este desarrollo lleva el sello del progreso de la humanidad, progre-

⁶ Roger Picard, *El romanticismo social*, *op. cit.*, 222-223.

⁷ Sidney Pollard, *The idea of progress, History and society* (Penguin), London, 1971, p. 9.

⁸ Maurice Mandelbaum, *op. cit.*, p. 42.

so que no es un accidente histórico sino un fenómeno inherente a la naturaleza del hombre. La diferencia reside en que mientras la corriente filosófica se propone explicitar la ley del desarrollo (la libertad), y desde ella resaltar los avances y condenar los factores de retroceso; la corriente narrativa, en cambio, busca simplemente contar el pasado, o lo que es lo mismo, contar el progreso.

La concepción historicista está también vinculada al optimismo social y a la idea de la maleabilidad del hombre, a la convicción de que en cada nueva etapa de la historia las posibilidades de cambio de la vida individual y social son limitadas. Roger Picard ha mostrado cómo en Francia, entre 1825 y 1845, el lirismo, el espíritu filosófico, la creencia en el progreso, el amor a la humanidad y la filantropía, son rasgos que están presentes por igual en los historiadores filosóficos y en los escritores que siguen la estética del romanticismo social.⁹ De allí que a la escuela filosófica se la identifique como concepción romántica de la historia. Resulta, sin embargo, equívoco concebir al historicismo y a la historia filosófica como proyecciones de la sensibilidad romántica en el campo de la historiografía. Más bien habría que decir que el romanticismo social —como concepción estético-literaria— y la historia filosófica —como concepción historiográfica— se nutren de una misma región ideológica: la del idealismo alemán y del liberalismo ilustrado.

Con sus obras los historiadores filosóficos otorgan al movimiento liberal una plataforma para la acción política, puesto que conciben a la libertad como criterio básico para dictaminar sobre los hechos del pasado, como *última ratio* del proceso histórico. La historia de la humanidad debe ser —dice Michelet— una historia de la libertad. De allí entonces que modernamente a la corriente filosófica se la conozca también como concepción liberal de la historia.

2. *Intento de fundación de una historia filosófica*

LA polémica entre las dos corrientes reseñadas se reactiva, con no menos ardor, en Chile, entre 1844 y 1848. Convencido de que el destino del país dependía de la evolución de la conciencia, Las-tarria no podía dejar de adoptar desde Santiago los postulados de la corriente filosófica. Su plan de regeneración de 1838 obedecía ya, de alguna manera, a ellos. Por eso cuando en 1844 Andrés Bello, rector de la Universidad de Chile, le pide que lea una memoria histórica para inaugurar lo que será una larga tradición de esa

⁹ Roger Picard, *op. cit.*, p. 208.

casa de estudios, Lastarria acepta y se propone no sólo cumplir con el encargo, sino además trazar para la juventud una nueva escuela de pensamiento, fundar una historiografía que promueva la batalla contra el espíritu colonial y que signifique, por ende, escribir la historia al mismo tiempo que se la hace.

En la sesión solemne —dice Lastarria, recordando la ocasión en que disertó— la más espléndida que ha habido, como que era la primera, aquellos graves doctores me oyeron... con una indiferencia glacial... Yo creía entonces —agrega— que era necesario rehacer la filosofía de la historia, porque no basta estudiar los acontecimientos, sino que es indispensable estudiar las ideas que los han producido, pues la sociedad tiene el deber de corregir la experiencia de sus antepasados para asegurar su porvenir.¹⁰

En la introducción a *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile* (título que conserva como libro) Lastarria plantea casi los mismos puntos programáticos difundidos por los historiadores filosóficos franceses. Los acontecimientos que presenta —y cuyas leyes se propone revelar— están tomados en su mayor parte de las *Noticias secretas de América*, de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, obra que como señalara Mora en 1827, ofrecía en virtud de testimonios oculares “las pruebas más auténticas e irrevocables de la tendencia corruptora, del espíritu desorganizador y perverso del sistema colonial”.¹¹ La codicia, la pereza, la utilización de la religión con fines despóticos, la imposición de leyes que violaban las costumbres autóctonas, el afán guerrero y el desprecio por quienes se consagraban a labores de industria, son, entre otros —argumenta Lastarria— los rasgos legados por el dominio español. La influencia de la Conquista y de la Colonia resultaba entonces altamente negativa y venía a confirmar en todos sus aspectos la leyenda negra de España.

El hecho que la revolución de la Independencia permaneciera inconclusa, se debía a que no había sido acompañada por un cambio en las costumbres o en las ideas, las que en 1844 seguían ligadas al espíritu colonial, en aspectos como el régimen político, la libertad de conciencia y de imprenta. Mientras los historiadores europeos se entregaban a sus raíces para encontrar en ellas la simiente del futuro. Lastarria y los liberales hispanoamericanos se entregaban a igual tarea para mostrar que esas raíces eran las que estaban impi-

¹⁰ J. V. Lastarria, *Miscelánea histórica y literaria* (La Patria), T. I, Valparaíso, 1868, VIII y X.

¹¹ Citado por M. L. Amunátegui, *José Joaquín de Mora, op. cit.*, p. 68.

diendo la realización del porvenir.¹² Desespañolizarse equivalía, desde esta perspectiva, a progresar.

¿Cuáles son las leyes o principios desde los que Lastarria lapida la dominación española? El criterio para evaluar un suceso —dice— es examinar si está o no conforme con "la libertad y el desarrollo del hombre. . . puesto que el bien de este mundo consiste en su conservación, en el desarrollo de sus facultades, en la extensión e intensidad de su vida y en el uso de su libertad para procurarse tal bien".¹³ Las fuerzas inmanentes, o como él las llama "bien de este mundo", son las fuerzas que operan el desarrollo del hombre en libertad; ellas son lo constitutivo, lo intrínseco, lo esencialmente humano. Libertad y perfectibilidad son por lo tanto no categorías históricas sino rasgos eternos de la naturaleza del hombre, leyes —como afirma Lastarria— de nuestro ser moral. Pero este gran código al cual el género humano está adscrito no sigue una línea recta, la realidad puede extraviarse, contrariar las fuerzas naturales que impulsan su perfección, circunstancia que requerirá la participación del hombre para acelerar así el cumplimiento de las leyes y enrielar a la historia en su proceso de desarrollo.¹⁴

Detrás de hechos como el desinterés por el trabajo, la codicia por el oro, la matanza de indígenas, percibe Lastarria que la Conquista y la Colonia han sido empresas contrarias a la naturaleza humana a la que durante más de tres siglos han ultrajado:

La naturaleza —dice, refiriéndose al momento de la Independencia— que no puede soportar por largo tiempo los ultrajes de los hombres, recobra al fin su imperio, hace triunfar la dignidad envilecida y da principio a una era de gloria y de ventura: el pueblo humillado por la esclavitud y la ignorancia vindica sus fueros y se presenta hoy en carrera para un porvenir brillante.¹⁵

Lastarria no adjetiva el concepto "naturaleza" y engloba con él tanto a la naturaleza humana como al reino animal. Esta ambigüedad supone concebir a la naturaleza como agente, como un orga-

¹² Véase, Leopoldo Zea, *Dos etapas del pensamiento en hispanoamérica, Del romanticismo al positivismo*, México, 1949.

¹³ J. V. Lastarria, *Recuerdos literarios*, op. cit., p. 208.

¹⁴ Lastarria veía en este aspecto de sus *Investigaciones* un rechazo al fatalismo de Vico y Herder. "Nos habíamos sublevado contra las teorías de ambos, precisamente porque ellos se fundan en una concepción sobrenatural de la historia humana. Ambos, partiendo de la suposición de que el género humano se gobierna en su evolución histórica sólo por 'leyes providenciales'", *Recuerdos literarios*, op. cit., p. 200.

¹⁵ *Miscelánea histórica y literaria*, op. cit., 19-20.

nismo con fines, y además, al proceso de perfectibilidad como un proceso perteneciente al reino natural.

Lastarria, es cierto, encuentra estos principios porque —*more historia filosófica*— parte de ellos, Hay que señalar, empero, que no todo es historia por encima de la historia, y que por momentos se esfuerza por traer a la palestra algunos hechos y confirmar los principios en el análisis. Cuando toca, por ejemplo, el tema de la nobleza (que sico-biográficamente le es tan pertinente), dice:

las virtudes, los talentos, las riquezas mismas no tenían valor alguno sin la nobleza de sangre, durante la época de la colonia, en que lo llenaba todo un monarca, al cual debía sacrificarse toda superioridad natural. . . De esta manera la nobleza de sangre, que no arguye prenda personal ninguna y que no puede representar jamás el mérito, vino a ser el único término de todas las aspiraciones, con la singularidad de santificar todos los medios que podían ofrecerse para alcanzarlo. . . La nobleza de sangre era el supremo bien social: los colonos que la poseían y los que presumían poseerla, alegaban un título incontestable al aprecio o, por lo menos, al respeto de todos; porque la calidad de noble daba derechos, daba virtudes y traía consigo la facultad de hacer el mal sin responsabilidad y de entregarse a los vicios sin deshonra.¹⁶

A partir de párrafos como éste concluye que la usanza española de otorgar fueros de nobleza, era una costumbre contraria a la naturaleza del hombre y al reconocimiento del mérito del individuo. Lo que Lastarria pretende es mostrar como "esas preocupaciones" de antaño se proyectan en el presente, darle una base filosófica a la transformación liberal de la sociedad,¹⁷ transformación que deviene así una necesidad histórica.

La conclusión de *Investigaciones* no podía ser otra que un llamado a participar en la lucha contra "la ominosa influencia española", cuyos vestigios aún latían —terminaba diciendo Lastarria— en las costumbres y leyes de la sociedad chilena de 1844. La disertación —como él mismo señala en *Recuerdos literarios*— fue recibida con una indiferencia glacial, el rector que se la había encomendado, sólo le dio las gracias al año siguiente.¹⁸ La idea de que desespañolizarse era progresar tenía en 1844 claras connotaciones políticas. Ya en la década anterior Portales había valorado como elementos sociales positivos "la mantención del orden" y el "desarrollo de los negocios", factores que según él sólo podían darse

¹⁶ J. V. Lastarria, *Miscelánea histórica y literaria*, op. cit., 83-84.

¹⁷ Julio César Jobet, "J. V. Lastarria y la democracia en Chile", *Atenea*, 359, Concepción, 1955, p. 234.

¹⁸ J. V. Lastarria, *Miscelánea histórica y literaria*, op. cit., p. X.

en Chile gracias a lo que llamó —en frase feliz— “el peso de la noche”. Una tesis del partido conservador divulgada años más tarde y repetida en toda la prensa, sostenía que la principal misión de los conservadores era “restablecer en la civilización y en la socialidad de Chile el espíritu español, para combatir el espíritu socialista de la civilización francesa”.¹⁹ En el primer quinquenio de Bulnes pipiolos y pelucones vivían, sin embargo, un clima de relativa conciliación; las repercusiones y críticas que desató la memoria fueron, por ende, más que políticas, de carácter historiográfico.

Vicente Fidel López llamó a la historia filosófica expuesta por Lastarria: “ciencia nueva. . . propiedad de nuestro siglo. . . que consiste en ligar lo que es con lo que será”.²⁰ Sarmiento escribió un largo comentario, en que alaba algunos aspectos (“del lenguaje fácil y depurado. . . la meditación y el estudio. . .”) y critica otros (la utilización excesiva de la leyenda negra y la visión favorable a los indios). Jacinto Chacón, entusiasmado con la postura filosófica escribe un poema, una de cuyas estrofas dice:

A esa España gastada, envejecida
Astro sin rotación, tócole en suerte
A esta América enviar lleno de vida
Su espíritu de muerte.

Es, sin embargo, Andrés Bello, el responsable de la altura intelectual que alcanzara la polémica.²¹ En un largo ensayo hace algunas críticas sustanciales a la filosofía de la historia de Lastarria. Se refiere a la falacia de la retrospectión, a la inconsecuencia de pedir, con las luces del siglo XIX, cuentas al siglo XVI. Frente al parricidio sociológico a que desde su liberalismo intransigente instaba Lastarria, Bello sostiene que no se puede desconocer los cimientos, y preconiza como único camino para superar el pasado, el de la ne-

¹⁹ J. V. Lastarria, *Proyectos de ley y discursos parlamentarios* (Mercurio), Valparaíso, 1857, VIII-IX; también *Recuerdos literarios*, op. cit., p. 264.

²⁰ J. V. Lastarria, *Recuerdos literarios*, op. cit., p. 119. Años más tarde López recordaba que a propósito de su artículo se le habían acercado algunos jóvenes para pedirle que les enseñara filosofía de la historia, la que deseaban aprender para eludir el estudio de los “fatigosos y aburridos” hechos. Alejandro Fuenzalida Grandón, *Lastarria y su tiempo*, op. cit., 342-343.

²¹ Véase reseñas de esta polémica en Olga López, *Una polémica sobre los métodos históricos. Ensayo sobre la influencia de Bello y de Lastarria en la concepción de la historiografía nacional*, Valparaíso, 1945, Chile; Allen L. Woll, “The philosophy of history in nineteenth-century Chile: the Lastarria-Bello controversy”, *History and theory*, XVIII, 3, Connecticut, 1974, 273-290.

gación por asimilación. Aceptando la concepción historicista seguida por su alumno, repara empero en la inconsecuencia con que éste la aplica: como puede explicarse —dice— que en el seno de un pueblo tan profundamente envilecido y anonadado por la influencia española, se hubiesen gestado las campañas heroicas y abnegadas de la Independencia. ¿La leyenda negra de España llevada a los extremos a que la ha llevado Lastarria, no contradice acaso la tesis historicista de que el presente se deriva del pasado?²²

Bello, al mismo tiempo que desarticula los principios de la historia filosófica, expone, dirigiéndose a la juventud, las virtudes de la historia narrativa. Insta al estudio de documentos y fuentes originales, a la comprensión de los hechos. Recomienda también en lugar de la exaltación oratoria, y de juicios excesivos, un estilo sobrio, provisto de templanza histórica. Las razones de Bello, aunque cordiales, son arrolladoras. Treinta y cuatro años más tarde el autor de *Investigaciones* dirá: "El fracaso de 1844, lo confesamos, nos sobrecogió".²³

Lastarria, que en gran parte identificaba su sistema con su persona, guardó silencio ante esas razones, pero no concedió; y cuando en 1847 la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, convocó a un certamen anual sobre "un punto de la historia del país", volvió a insistir en su afán por promover la historia filosófica.²⁴ *Bosquejo histórico de la Constitución de Chile durante el primer periodo de su Independencia, desde 1810 hasta 1814*, que así se llama la obra de Lastarria, fue la única en presentarse al concurso y recibió el premio. Pero la comisión informante sólo la aprobó desde el punto de vista literario, absteniéndose de "pronunciar juicio alguno (sobre) la exactitud de los hechos a que el autor alude".²⁵ Según el jurado el *Bosquejo* carecía del "tren material de la historia". La defensa de Lastarria la tomó esta vez Jacinto Chacón, uno de los miembros de la Sociedad literaria de 1842. En prólogo al *Bosquejo* sostiene que Lastarria no es un mero cronista sino "el primer historiador constitucional de Chile", puesto que analiza "no las multiplicadas ruedas de la máquina social" sino la Constitución, que es, dice Chacón, "el centro y origen de todos sus movimientos". Después de hacer punto por punto una apología de la historia filosófica concluye que:

²² Andrés Bello, "Investigaciones sobre la influencia de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile", *Obras completas*, Vol. VII, Santiago, 1884, p. 84.

²³ J. V. Lastarria, *Recuerdos literarios*, *op. cit.*, p. 210.

²⁴ J. V. Lastarria, *Miscelánea histórica y literaria*, T. I, *op. cit.*, p. XII.

²⁵ J. V. Lastarria, *Miscelánea histórica y literaria*, T. I, *op. cit.*, p. 159.

Sólo el historiador filosófico o constitucional, que va al alma de la realidad puede proporcionarnos y transmitirnos lecciones importantes para desarrollar el porvenir de la humanidad. . . He aquí —dice— el verdadero mérito de la obra del señor Lastarria: éstas son mis convicciones en historia; siento que ellas se alejen tanto del informe.²⁶

La edición en un solo libro del informe condenatorio, del prólogo apologético de Chacón y del *Bosquejo* fue —en un año en que los libros publicados no llegaron a diez— una invitación a reanudar la polémica. Andrés Bello, en un artículo de enero de 1848, cuyo título, "Modo de escribir la historia", sitúa ya el objeto de discusión no en la verdad o falsedad de las afirmaciones de Lastarria, sino en las concepciones historiográficas que la juventud debía seguir; Andrés Bello, decíamos, advierte que la historia concreta no puede derivarse de ese conjunto de leyes morales que Chacón llama Ciencia de la Humanidad, sería, dice "como si el geómetra europeo, con el solo auxilio de los teoremas de Euclides, quisiera formar desde su gabinete el mapa de Chile".²⁷ Para Bello los "teoremas" son en este caso el ideal filosófico ilustrado, el liberalismo como expresión política de ese ideal y la historia filosófica como expresión historiográfica de ambos. Llama a la juventud a sacar provecho de la historiografía francesa, pero también a imitarla en su independencia de pensamiento.

Una máquina —dice— puede trasladarse de Europa a Chile y producir los mismos efectos que en Europa. Pero la filosofía de la historia de Francia, por ejemplo, la explicación de las manifestaciones individuales del pueblo francés en las varias épocas de su historia, carece de sentido aplicada a las individualidades sucesivas de la existencia del pueblo chileno. . . Leamos —recomendaba— (y) estudiemos las historias europeas, contemplemos de hito en hito el espectáculo particular que cada una de ellas desenvuelve y resume. . . ¿Podemos. . . (acaso) hallar en ellas a Chile, con sus accidentes (y) su fisonomía característica? Pues esos accidentes, esa fisonomía es lo que debe retratar el historiador de Chile, cualquiera de los dos métodos que adopte. Abranse las obras célebres dictadas por la filosofía de la historia. ¿Nos dan ella la filosofía de la historia de la humanidad? La nación chilena no es la humanidad en abstracto, es la humanidad bajo ciertas formas especiales. . . ¡Jóvenes chilenos! aprended a juzgar por vosotros mismos; aspirad a la independencia de pensamiento. Bebed en las fuentes (o) al menos en los raudales más cercanos a ellas.²⁸

²⁶ J. V. Lastarria, *Miscelánea histórica y literaria*, T. I, *op. cit.*, p. 154.

²⁷ Andrés Bello, "Modo de escribir la historia", *El araucano*, 28 de enero, Santiago, 1848.

²⁸ Andrés Bello, "Modo de escribir la historia", *op. cit.*

Aunque la polémica es con Chacón y Lastarria, el destinatario explícito de Bello (y también de Chacón) es la juventud, y no una juventud abstracta, sino la del Instituto Nacional y de la Sociedad literaria de 1842. De allí que Bello utilice para exponer sus ideas criterios como el de la originalidad, el nacionalismo y la independencia de pensamiento, criterios en suma, caros a los jóvenes de inclinación liberal y al propio Lastarria.

Jacinto Chacón, nombrado profesor del Instituto Nacional el mismo año de la polémica, no sólo cree en las leyes metafísicas del progreso desde una perspectiva temporal, sino que además está convencido de que ellas están sustentadas por la Divina Providencia, y que tienen una trayectoria geográfica de Oriente a Occidente, de Egipto a Roma, de Roma a Francia y de Francia a América. Al amparo de esta visión casi mística, su defensa de la filosofía de la historia resulta algo exaltada y nada puede con las bien fundadas razones de Bello. Hay que añadir, además, que la visión de la República como una anti-Colonia, responde en Lastarria a una perspectiva sustentada, más que por la historia, por la metafísica y el voluntarismo.

Ante el triunfo del Maestro el alumno guarda silencio, pero, una vez más, no concede. Y en 1868, cuando ya la polémica está hace tiempo apagada, vuelve a la carga:

No se quería comprender —dice— que yo no condenaba en manera alguna la historia de los hechos, y que si bien no me consagraba a escribirla, lo único que hacía era apoderarme de ellos para estudiarlos en sus orígenes y resultados, es decir, en las ideas que los produjeron y en su influencia social.

Luego, apuntando con certeza a los excesos de la tendencia narrativa y a la necesidad de una visión totalizadora, agrega:

Los anales no son la historia: para que ésta merezca tal nombre, necesita (de) una conciencia. . . Sin embargo, los historiadores nacionales no (lo han comprendido así), y entonces y después se han complacido, excepto uno que otro. . . (en) la historia casera. . . perdiéndose en la narración de detalles insignificantes, tales como si éste saltó una pared, si aquél escribió un papelito, si el otro dijo, o tornó y se fue. . . Esta es la historia que ha prevalecido a pesar de mis esfuerzos.²⁹

²⁹ J. V. Lastarria, *Miscelánea histórica y literaria*, T. I, *op. cit.*, pp. XIV-XV.

En 1878, todavía lo sustantivo del quehacer histórico sigue siendo para el publicista la creación de una imagen del pasado que sea útil al porvenir. Llama a la historia narrativa "escuela histórica de la absolución y del aplauso" y señala que no cumple con el deber de enseñar para transformar. Reconoce también que en la década del cuarenta su empeño por promover un estilo de pensamiento histórico fue rechazado (entre otros) por "García Reyes, Varas, Sanfuentes, Tocornal, Benavente, toda la Universidad, y entre los americanos (por) Andrés Bello, García del Río, López" (partidario de la historia filosófica, pero moderado) "Sarmiento, Alberdi, Piñero, Peña... siendo tal vez la única excepción, Juan María Gutiérrez".³⁰

Aunque las polémicas historiográficas de 1844 y 1847 son las más publicitadas del decenio, no fueron ni con mucho las únicas. Antes se había dado una en torno a la *Historia* de Claudio Gay, y en 1847, en el Instituto Nacional se dio otra respecto a si debía usarse en la docencia libros puramente "narrativos" ("que suministrasen a los niños la exposición desnuda de los hechos"), o textos de orientación filosófica como el *Compendio de Historia moderna* de Jules Michelet (el cual acabó por adoptarse). En el contexto de estas discusiones la Universidad de Chile propuso como tema para el certamen anual de 1848, la pregunta: ¿Cuál es el mejor modo de enseñar la historia?; el hecho, sin embargo, de que nadie se presentara al concurso ni en ese ni en el próximo año (en que se repitió el tema), indica que las ideas de Bello se habían impuesto y que la polémica, por ende, estaba zanjada.

En el fracaso de Lastarria inciden algunos factores determinantes y otros concurrentes. Una filosofía de la historia que declara la guerra contra el espíritu colonial, en circunstancias que todavía rigen algunos fundamentos materiales y sociales de ese espíritu, estaba, desde el comienzo, destinada a frustrarse. En Francia el historicismo y la historia filosófica se habían expandido después de la Revolución de 1789, y venían cumpliendo, en general, la función de situar a la burguesía en la cresta del proceso histórico. Quiere inculcar en Chile la misma concepción de la historia sin que se hubiesen producido los fenómenos sociales capaces de generarla, resultaba, pues, una tarea utópica. Esta inadecuación entre ideología y desarrollo social afectó el quehacer intelectual del propio Lastarria, cuyas *Memorias* históricas aparecen improvisadas y abstractas si se las compara con las obras de un historiador filosófico de la talla de Michelet. La tendencia idealista e intransigente es otro elemento que concurre al fracaso, que inclina a Lastarria a

³⁰ J. V. Lastarria, *Recuerdos literarios*, op. cit., p. 209 y p. 218.

convertir "lo español" en fenómeno ontológicamente negativo, contradiciendo así su propia biografía (su maestro de liberalismo había sido un español, José Joaquín de Mora). Otro factor concurrente es el hecho que la investigación histórica estaba en pañales. Si entre 1844 y 1848 la juventud progresista se resiste a la historia filosófica, ello se debe no a la falta de afinidad liberal, sino al convencimiento de que ese tipo de historia sólo podría realizarse en una etapa posterior, una vez que estuviesen fijados los hechos. De este convencimiento surgirá la que se ha llamado escuela histórica chilena, bibliógrafos como Ramón Briceño o historiadores como Barros Arana, los hermanos Amunátegui, y Vicuña Mackenna. Casi todos admiradores de Lastarria y con afinidades liberales, pero inclinados en historia a la investigación documental y positiva de los hechos.

Al reseñar el intento de Lastarria y las discusiones a que éste dio origen, nos interesaba mostrar que por lo menos hasta 1848 las cuestiones historiográficas tienen en Chile mayor importancia que las cuestiones estético-literarias. Durante esos años casi todas las memorias leídas en la Universidad de Chile tratan temas históricos. Mientras entre 1840 y 1850 se realizan varios certámenes de historia, en literatura, en cambio, se convoca sólo a uno. *La historia de los girondinos* de Lamartine es uno de los libros que despierta mayor interés en la década. Si se compara, por último, la polémica de 1842 sobre el romanticismo con las discusiones historiográficas de 1844 y 1847, se advertirá en la primera cierta retórica y no poca confusión respecto a lo que se discute.

Presentar las polémicas historiográficas del decenio ha sido, pues, un paso para referirse a la influencia que estas ideas —especialmente la filosofía de la historia y el historicismo—, tuvieron en la ficción y en la prosa de Lastarria, y también, por qué no decirlo, en parte importante de la literatura de la época.

3. Historia y literatura

EN *Investigaciones y Bosquejo* Lastarria explicita una filosofía de la historia que ya estaba operando en la composición de "El mendigo" y en algunos postulados de su discurso de 1842. Por ejemplo, la idea que subyace a sus anhelos fundacionales de 1842 —aquella de que a cada época nueva debe corresponder una literatura también nueva, que no puede ser concebida con los cánones de literaturas pasadas— es una idea que está íntimamente vinculada a la concepción historicista. Esta relación entre concepciones historiográficas y literarias obedece, es cierto, a que lo sustantivo

es para Lastarria la emancipación de la conciencia, mientras que la historia, la política, el periodismo o la literatura son medios para promover ese ideal. Sin embargo, dicha contigüidad se debe también a que en la década de 1840 no había aún una diferencia tajante entre historia y literatura. En parte, porque la literatura nacional carecía de un desenvolvimiento interno y en parte porque la sensibilidad histórica fue durante esos años más acuciante que la artística. Existía por lo tanto una zona intermedia que les era común: el rescate del pasado y la función edificante. En estas circunstancias era explicable que se produjesen préstamos, coincidencias y zonas híbridas de difícil delimitación.

A este marco hay que referir el apellido de "literaria" de la Sociedad de 1842, o el que Lastarria titulase "episodio histórico" a su relato "Rosa" e "historia contemporánea" a su novela *Don Guillermo*, o el que Sarmiento escribiera *Facundo*, obra en que confluyen la imaginación histórica y la imaginación literaria; o el que un historiador como Diego Barros Arana, refiriéndose a la polémica historiográfica entre Bello y los partidarios de la historia filosófica, haya hablado de una "polémica literaria, probablemente la más notable que en su género se ha suscitado en Chile".³¹

Si se contempla la producción (publicada entre 1840 y 1848) de relatos, novelas o "ensayos de novela" de autores nacionales o vecindados en Chile, en los más de diez títulos que la componen, se pueden distinguir dos tendencias: una de imitación romántica y otra de voluntad historicista.

La de imitación romántica se inclina por argumentos que permitan a los personajes explayarse en sus pasiones; elabora tramas con motivos tomados de la narrativa folletinesca europea.³² Son obras que responden a la demanda creada por la difusión de esa literatura europea, pero que por carecer de la tradición narrativa en que aquélla se había insertado, resultan con frecuencia obras de imitación, obras más que románticas, romanticoides. Pueden adscribirse a esta orientación "Jorge" (1843) y "Don Martín Gómez"

³¹ Diego Barros Arana, *Un decenio de la historia de Chile, 1841-1851, Obras completas*, T. II (Barcelona), Santiago, 1913, p. 448.

³² Nos referimos a la obra de Chateaubriand y a las siguientes novelas impresas o divulgadas en periódicos chilenos: Carlos Sainte Foix, *Las horas serias de un joven* (1843, reimpresa en 1847); Eugenio Sué, *Los misterios de París* (1844); George Sand, *Metella* (1845); Emilio Mangel de Mervil, *Cinco años de mi vida o la escuela del infortunio* (1845); Eugenio Sué, *Matilde o memorias de un joven* (1845); Sir Francis Trollope, *Los misterios de Londres* (1845); Federico Soulie, *La leona* (1846); Eugenio Sué, *Martín el expósito o memorias de una ayuda de camará* (1846); Federico Soulie, *La condesa de Momrion* (1847); Alejandro Dumas, *Las dos Dianas* (1848) y *La guerra de las mujeres* (1848).

(1843) relatos de Santiago Lindsay: *La vida de un amigo o un primer amor, desahogo de un apasionado*, novela sentimental en forma de epístolas, de Wenceslao Vial (publicada en 1846 como folletín); *Emma y Carlos o los dos juramentos* (1848) de Bernabé de la Barra y la más importante, *Soledad* (1848), del argentino exiliado en Chile, Bartolomé Mitre.

En *Soledad* la dimensión histórica aparece, literalmente, como pretexto para una relación amorosa. Eduardo, pretendiente de Soledad, inicia una conversación sobre tema histórico para atraerse la amistad del anciano esposo de la protagonista. El resto es novela de amor y de la vida de hacienda idealizada, novela regional cercada por el espacio del patrón, y en que no hay asomo todavía de una conciencia nacional. *Nineta o un día de bodas*, de F. Fernández Rodella, publicada en 1849 en edición bilingüe, incluye (aunque es obra de teatro) unas "advertencias" que ilustran la sensibilidad que animaba a estos narradores:

Advertencia para la representación de Nineta

Nineta es sencillamente el estudio poético y sin embargo verdadero de un sentimiento tan delicado, que parece no poder aclimatarse en esta pesada atmósfera de nuestras sociedades egoístas y sensuales. El lenguaje de Nineta deberá ser sencillo... Nineta está deshonrada, pero se cree de algún modo rehabilitada a sus propios ojos por la fuerza de su amor: amar es su religión, ser amada su existencia. Ella cree que el sacrificio es el símbolo divino de todo amor, pero halla su abnegación sobrepujada por su amor. No se avergüenza de ese sello infamante que imprimen las preocupaciones sociales en la frente de toda joven seducida, ni ¿qué le importan las preocupaciones? ¿qué le importa esa librea brillante de las debilidades humanas, esa librea mentirosa que llaman honor?... a esa pobre muchacha sólo el abandono la halla sin fuerzas.³³

La segunda tendencia corresponde a la voluntad de historiar, de recuperar el pasado lejano o inmediato, y, a menudo, de enjuiciarlo con vistas al presente o al porvenir. Son relatos, novelas o formas híbridas, que utilizan convenciones románticas, pero que en su voluntad historicista, las trascienden. Pensamos, por ejemplo, en los ensayos de novela histórica de Lastarria, en "El mendigo" (1843); "Rosa" (1847) y "El alférez Alonso Díaz de Guzmán" (1848); en *Facundo* (1845) de Sarmiento; en *La novia del hereje*, novela histórica del exiliado argentino Vicente Fidel López

³³ F. Fernández Rodella, *Nineta o un día de bodas* (Chilena), Santiago, 1849.

(publicada por primera vez como folletín entre 1845 y 1847), y pensamos también en algunas obras que continúan esta tendencia en los primeros años de la década siguiente, como por ejemplo *El inquisidor mayor*, novela histórica de Manuel Bilbao, publicada en 1852.

Como conjunto, estas obras tienen mayor relevancia que las primeras, y obedecen, más que a determinada corriente literaria, al predominio de una sensibilidad histórica vinculada al progresismo liberal. En carta-prólogo de 1854 Vicente Fidel López señala que con *La novia del hereje* se propuso:

un trabajo esencialmente americano en su fondo... que contribuya al conocimiento y la conciencia de las sociedades de que formamos parte... (pero que esté)... desprovisto en su estilo de toda clase de pretensiones... y que escape por ese lado a las ridículas parodias de las pasiones, de las tendencias y de los estilos exóticos.³⁴

Resume en este párrafo el propósito que engloba a los narradores de esta tendencia histórica, deja también en claro que estos autores tenían perfecta conciencia de encarnar una sensibilidad en pugna con aquella que hemos caracterizado como de imitación romántica.

Las novelas o ensayos de novela histórica que hemos mencionado pueden vincularse, en sus planteamientos narrativos, a las concepciones historiográficas de la década: la novela de López a la historia narrativa, los intentos de Lastarria y Manuel Bilbao a la historia filosófica, y el *Facundo* de Sarmiento a un punto intermedio, a un impulso filosófico y a un hálito narrativo. López concibe su obra —como él mismo señala— en perfecto acuerdo con las tradiciones americanas referentes al tiempo de la escena. Trata de no modernizar la psicología de sus personajes. Pretende así resucitar el pasado pero no en forma selectiva; el novelista —dice— debe rescatar los grandes hechos pero también la parte perdida de la historia, la vida familiar. Debe reproducir la verdad completa,³⁵ lo que se sabe con lo que se imagina.³⁶ López, que fue, podría decirse, un filósofo de la historia moderado, percibe (a diferencia

³⁴ Vicente Fidel López, *La novia del hereje o la inquisición de Lima* (La cultura argentina), Buenos Aires, 1917, p. 12.

³⁵ Vicente Fidel López, *op. cit.*, p. 19. Véase, Adriana García de Al-
drige, "Two Latin-American theorists of the Historical Novel", *Clio*, Uni-
versity of Wisconsin, 4, 1975, 183-199.

³⁶ Enrique Anderson Imbert, "Notas sobre la novela histórica en el
siglo XIX", *op. cit.*, p. 35.

de Lastarria) la especificidad de la literatura y el papel que le cabe a lo imaginario en la representación del pasado.

El criterio de "verdad completa" y la conciencia alerta a la falacia retrospectiva, indican una concepción de la novela vinculada a la historia narrativa. En base a un estudio detallado y erudito de la época, López configura en *La novia del hereje* un vasto panorama del virreinato de Lima de fines del siglo XVI; estrategia que aunque apunta a la Inquisición, se plasma en una novela menos maniqueísta y literariamente más lograda que aquellas vinculadas a la concepción filosófica.

Los intentos de Lastarria y las novelas históricas de Manuel Bilbao se empeñan, en cambio, en presentar no "la verdad completa" de una época, sino más bien sólo el sector que sirve de correlato para ilustrar una convicción filosófica o sociológica previa a la obra, lo que redundará en novelas más bien breves, esquemáticas y necesariamente maniqueístas. En *El inquisidor mayor*, novela de alegato contra la Inquisición, ambientada en Lima del siglo XVIII, encontramos por parte del narrador —*more* historia filosófica— ejemplos extremos de coloración filosófica y de parcialidad narrativa. Cuando el narrador presenta a Rodolfo, uno de los personajes positivos de la novela, dice:

La luz de la filosofía producida por los genios que brillaron para la libertad en el siglo XVIII, encontraba un apoyo en toda razón, en todo hombre que de buena fe amaba la civilización; y Rodolfo, aun cuando no era un ciego sectario de los enciclopedistas, aceptaba con bastante latitud el fundamento de esa filosofía: la soberanía de la razón.³⁷

Se trata de lo que Lukács llama novela histórica del subjetivismo moralizador, aquella en que la verdad de los hechos (en este caso la encarnación ficticia de Rodolfo) retrocede ante la verdad de la idea.³⁸

La configuración de personajes y el maniqueísmo de "El mendigo" constituye otro ejemplo de lo señalado. "Rosa", también de Lastarria, es apenas un esquema de relato, en que el romance trágico entre la hija de un marqués realista y un coronel del ejército libertador cumple la función de resaltar, por encima de la pasión amorosa, el amor a la libertad y a la patria. Cronológicamente ubicado en el último año de la Reconquista, el argumento combina la peripecia amorosa con la descripción de una naturaleza cambiante y con referencias al avance del ejército insurgente y a su triunfo en la batalla de Chacabuco.

³⁷ Manuel Bilbao, *El inquisidor mayor*, 4a. ed., Buenos Aires, 1871, p. 17.

³⁸ George Lukács, *La novela histórica* (Era), México, 1966, p. 87.

Lo importante en la elaboración narrativa es que —a diferencia de lo propiamente romántico— los cambios de la naturaleza no siguen en este caso el ritmo de los sentimientos amorosos, sino el de los hechos históricos. Cuando la acción del ejército libertador todavía es incierta, la noche adquiere una fisonomía "triste... sofocante", la atmósfera es opresiva y "el cielo (se cubre) de negros y espesos nubarrones".³⁹ Luego de que los insurgentes trepan la cuesta de Chacabuco, mientras el ejército realista los espera de este lado, la naturaleza cambia, presagiando el triunfo final:

Una brisa fresca... había despejado la atmósfera, las estrellas brillaban en todo su esplendor y la luna aparecía coronando las empinadas cumbres de los Andes.⁴⁰

La relación entre naturaleza y gesta independentista obedece a la concepción lastarriana de la historia como naturaleza y de la Colonia como empresa contra natura. Cuando la noche está "triste" la voz narrativa dice:

era una de aquellas (noches) en que el alma se oprime sin saber por qué

Pero el narrador lo sabe, puesto que agrega:

le falta un porvenir... no hay recuerdos, no hay imágenes, porque el alma entera está absorta en el presente, en esa realidad pesada, desconsolante con que sañuda la naturaleza nos impone silencio y nos entristece.⁴¹

El saber desde el cual el narrador interpreta la tristeza corresponde al saber que le transmite el historiador filosófico: "triste" porque la ley del progreso y de la libertad está siendo contrariada por la Reconquista. Cuando el alma está absorta en el presente, cuando le falta un porvenir, cuando está —por decirlo así— descarrilada de la historia, la naturaleza no puede estar sino "triste" y "sañuda". El narrador al elaborar y disponer la acción, alude a la ley que está dándole forma a los acontecimientos narrados, confiriéndole así relevancia filosófica a la narración.

"El alferez Alonso Díaz de Guzmán" (1848), tal vez la más lograda entre las novelitas históricas de Lastarria, se basa en la

³⁹ J. V. Lastarria, *Miscelánea literaria* (Mercurio), Valparaíso, 1855, 149-150.

⁴⁰ J. V. Lastarria, *Miscelánea literaria*, op. cit., p. 153.

⁴¹ J. V. Lastarria, *Miscelánea literaria*, op. cit., p. 150.

leyenda de la Monja Alférez, personaje de los primeros siglos de la Colonia que interesó vivamente a los liberales españoles de comienzos del siglo diecinueve. Uno de ellos, José María Ferrer, fue en 1829 el primer editor de *La historia de la monja Alférez, Doña Catalina de Erauso (escrita por ella misma)*. Como lo señala en el prólogo a Ferrer le preocupa el "caso Erauso" en tanto ejemplo de los extremos a que puede llegar una mujer cuando no se le ha proporcionado la educación necesaria. Lastarria, en lugar de esta perspectiva (que contradecía sus ideas sobre la Colonia) recrea sólo el capítulo VI de la obra, transcribiendo casi literalmente varios episodios y eliminando los que no ocurren en Chile.

Suprime el tono picaresco que tienen en el original las andanzas de Catalina (escudada en la identidad de Don Alonso Díaz de Guzmán) por tierras americanas. Conserva en cambio y más aún enfatiza (dándole así agilidad a la narración) los equívocos y desencuentros —al modo de la Comedia de Capa y Espada— de la versión original.

A diferencia de los otros relatos no hay en esta obra un enjuiciamiento explícito del narrador sobre la sociedad española; no lo hay, en parte porque la versión original está configurada como autobiografía y, en parte también, porque la época del relato se sitúa en 1612, y porque Lastarria, aunque utiliza un narrador ficticio de tercera persona, trata de ser fiel a la visión limitada que tiene el narrador en la obra matriz. El enjuiciamiento, sin embargo, está dado en la oposición naturaleza-historia, en torno a la que se ordena el mundo. La naturaleza aparece caracterizada con rasgos de armonía, concordia y paz.⁴² La historia o la vida social está presentada, en cambio, como una situación permanente de conflictos y luchas, de engaños y duelos, de caos y confusiones. Los equívocos y desencuentros amorosos propios de la Comedia de Capa y Espada Constituyen aquí la norma, sin embargo, a diferencia de las Comedias del Siglo de Oro, la discordia permanece como tal y no hay solución amorosa ni para el personaje principal (la Monja Alférez debe huir) ni para el resto de las parejas (Don Basilio y Angelina, Don Miguel Erauso y Doña Inés). Lastarria, entonces, recrea las andanzas de Catalina de Erauso para mostrar un mundo social que, a diferencia del mundo natural, está en perpetuo desorden, un mundo en que la espada y la cruz son los más persistentes guardianes del desarreglo.

⁴² J. V. Lastarria, *Miscelánea literaria*, op. cit., 119-120. "La luna brillaba en todo su esplendor y daba un matiz purpúreo a las graciosas nebulillas blancas que flotaban en el horizonte. El bullicioso estrépito de las olas del mar y el ruido de las aguas del caudaloso Biobío formaba una armonía misteriosa".

En esta oposición el viejo mundo corresponde a toda la realidad social y el nuevo, sólo a la naturaleza. La única insinuación positiva sobre un personaje —que no alcanza a ser una caracterización— es la mención del padre jesuita Luis Valdivia, que cuando el cortejo del gobernador entra a Concepción lleva, en lugar de los penachos oficiales, un modesto sombrero. Trae también "con gran reverencia", los pliegues en que se propone la paz al congreso araucano. La mención del jesuita (que no aparece en la versión original) y la especie de bienvenida que le da la naturaleza,⁴³ se explican porque el padre Valdivia valorizó la cultura de los araucanos, y para el primer Lastarria, como lo afirma en su *Guía de forasteros* de 1841, los indígenas habían sido los portadores de la libertad frente al despotismo español.

La oposición entre naturaleza e historia, y las características de desarreglo permanente con que aparecen presentados los distintos aspectos de la realidad social, obedecen a la concepción lastarriana de la Colonia como una etapa de envilecimiento de la naturaleza humana, una etapa en que las relaciones sociales se degeneran y en que el "ser moral" —la tendencia intrínseca a la libertad y a la perfección— está en suspenso, y en que por lo tanto las fuerzas immanentes del proceso histórico sólo pueden manifestarse en el mundo de la naturaleza.

Podría argüirse, frente a estas relaciones entre concepciones historiográficas y esquemas narrativos, que tales esquemas obedecen más bien a una tradición literaria, y que estarían vinculados a dos concepciones distintas de la novela histórica vigentes en Europa durante la primera mitad del siglo XIX. Nos referimos, por un lado a la que Lukács llama novela histórica clásica, a la novela que busca rescatar un panorama total del pasado, a la novela del héroe prosaico, ejemplificadas en obras de Walter Scott, Pushkin, Manzoni y Gogol; y por otro, a la que llama novela histórica romántica, a la novela del héroe idealizado, y del subjetivismo moralizador, aquellas que el estudioso húngaro ejemplifica con obras de Víctor Hugo y Alfred de Vigny.⁴⁴

Aunque este argumento podría tal vez aceptarse en relación a Vicente Fidel López, hay que señalar que en Chile, en la década del cuarenta, la tradición de las novelas de Scott no era todavía una tradición literaria viva; en estas circunstancias son sobre todo las concepciones historiográficas las que pesan en el intento de es-

⁴³ J. V. Lastarria, *Miscelánea literaria*, op. cit., p. 131. "Un sol apacible de primavera y el aura embalsamada de los contornos aumentaban el contento, como si la naturaleza hubiese querido concurrir a dar la bienvenida al... cortejo".

⁴⁴ George Lukács, *La novela histórica*, op. cit., 71-103.

cribir novelas históricas. En *La novia del hereje*, por ejemplo, el autor que se infiere de las acotaciones que aparecen al pie de la página es, más que un narrador, un historiador, y un historiador abiertamente partidario de la historia documental. Respecto a Lastarria, entre 1840 y 1848, la proyección de su filosofía de la historia en sus relatos es tan evidente, que no puede sino concluirse de que ésta —más que cualquier tradición literaria— operó como factor fundamental en los planteamientos narrativos de su ficción, haciendo de ella una especie de correlato imaginario de la filosofía de la historia que quiso implantar.

4. Historia filosófica y sistema expresivo

LA concepción historiográfica de Lastarria se proyecta también en el plano expresivo, en la prosa de *Investigaciones* y *Bosquejo* y en el lenguaje de los "ensayos de novela". Su interés por generalizar y por buscar los principios detrás de los hechos, se manifiesta en una marcada utilización léxica de menciones en grande, de palabras como 'humanidad', 'entendimiento', 'sociabilidad', 'alma', 'infancia social' y 'género humano'. Como historiador conscientemente opínante, su prosa está 'coloreada' de adjetivos, de enumeraciones, de metáforas, hipérbolos y otras figuras literarias.

En *Investigaciones*, refiriéndose a la llegada de los españoles y encuentro con los araucanos, dice:

Más desde sus primeras incursiones en este país... encontraron aquí hombres de bronce, en cuyos pechos rebotaban las balas de sus cañones, y los cuales miraban con impávida serenidad el tren militar del pueblo osado, que pretendía arrebatarles su libertad.⁴⁵

Luego, hablando de la sociabilidad en tiempos de la Colonia, señala:

La ciega sumisión del soldado y la *duwa* esclavitud de un *humillante* vasallaje, la desesperación de las derrotas *sangrientas* y el terror de un poder *doméstico* que sojuzgaba hasta las conciencias, apagaron y casi extinguieron en su alma los gérmenes de todo sentimiento *social* y de toda aspiración *brillante*: era un pueblo *dormido* que sólo despertaba para batallar, un pueblo que no estaba organizado más que para la guerra.⁴⁶

⁴⁵ J. V. Lastarria, *Miscelánea histórica y literaria*, op. cit., p. 22.

⁴⁶ J. V. Lastarria, *Miscelánea histórica y literaria*, op. cit., p. 29.

La concepción del ser del hombre como luz que se apaga y se enciende, y la utilización de adjetivos como 'brillante' o 'dormido' nos enfrentan a dos conjuntos metafóricos que constituyen un verdadero sistema expresivo en la prosa de Lastarria: uno es el sistema metafórico lumínico y otro, el vegetal.

El primero se funda en la idea de la libertad como ley suprema del proceso histórico. Condensa, como sistema metafórico, las aspiraciones del liberalismo ilustrado. El símbolo central del sistema es el sol (y su producto la luz) que equivale a la libertad. Sol y libertad son las fuentes de energía que vivifican y alumbran todo lo existente. En virtud de este símil enriquecen su sentido literal una larga serie de sustantivos, de verbos y de adjetivos como electricidad, rayo, relámpago, centella, chispa, visión, ceguera, ojos, rayo de luz, lampo, astros, halo, golpe eléctrico, llama, fuego; encender, apagar, ver, brillar, rutilar, alumbrar, resplandecer, iluminar; brillante, fulgurante, oscuro, claro, iluminado, diáfano, refulgente, etc., etc.

Debido al movimiento del sol y a su carácter cíclico adquieren también connotaciones simbólicas términos como verano, otoño, invierno, primavera, noche, día, aurora, crepúsculo, alba, infancia, vejez, mañana, tarde, mediodía, amanecer, despertar, dormir, vigilia, sueño, etc., etc.; términos que con frecuencia aparecen utilizados para denominar momentos periodos o épocas y para caracterizarlos positiva o negativamente. En este contexto cíclico encuentran también su máxima expresividad algunos conceptos claves del pensamiento de Lastarria, como 'emancipación' y 'regeneración'.

A través de alusiones, comparaciones o metáforas este sistema opera ya desde 1844; en *Investigaciones*, refiriéndose a la Independencia, Lastarria dice:

siempre queda en el alma algún concepto vago de la dignidad natural, y una vez que un rayo... fecunda el entendimiento, *despierta éste* de su letargo y *ve* a la tiranía, tal como es, en toda su deformidad.⁴⁷

Si la (revolución) de la independencia, concebida y realizada por unos pocos nobles espíritus, halló virtudes en un pueblo profundamente envilecido, fue porque ella las *despertó* con su *golpe eléctrico*, no porque existieran; y si pudo *despertarlas* fue porque el envilecimiento de la naturaleza humana jamás *extingue*, aunque *apague* por largo tiempo, el poder de desarrollo intelectual y moral que es congénito e inherente al hombre.⁴⁸

⁴⁷ J. V. Lastarria, *Miscelánea histórica y literaria*, op. cit., p. 126 (subrayado es nuestro).

⁴⁸ J. V. Lastarria, *Miscelánea histórica y literaria*, op. cit., p. 67.

El sistema lumínico se encuentra también, sin embargo, en su prosa tardía, en *Recuerdos literarios* (1878) dice:

Nuestra sociedad, que nació y vivió en un *negro invierno*. . . tuvo una *borrasca primaveral* que le hizo entrever el *sol de su vida*, cuyos primeros *albores despertaron* y abrieron su espíritu. Pero pronto —dice, refiriéndose a la Reconquista— se oscurecieron de nuevo los días, y durante seis años el antiguo *invierno* volvió a dominar.⁴⁹

El segundo sistema, el metafórico vegetal, se funda en la concepción de la historia como naturaleza, como organismo que tiene sus propios fines y que avanza hacia la perfección. En tanto sistema imaginario condensa la postura historicista y encuentra su símbolo central en la imagen del árbol cósmico, símil de la humanidad que se desarrolla hacia la plenitud de sus posibilidades. La analogía con el mundo vegetal se sustenta en la idea de que la condición de cada etapa de la civilización depende de la que precede y produce la que ha de seguir (historicismo), y en la idea de que la historia se desarrolla como un todo único, que crece siguiendo las etapas de los organismos vivos (organicismo).

A partir de este código Lastarria utiliza, para referirse a los fenómenos sociales, términos del repertorio vegetal como semillas, flores, capullos, matorrales, clima, brote, botón, follaje, florecer, cultivar, crecer, frutos, ramas, etc. En *Investigaciones*, hablando de la Colonia y de la Independencia, dice:

También suele acontecer que un *matorral descolorido* y débil oculta al *boldo tierno* que asoma de las entrañas de la *tierra*, salvándolo con su *ramaje* de la intemperie y a veces impidiendo su desarrollo con su sombra venenosa. . . pero al fin el *árbol gigante* se *robustece* y se *encumbra majestuoso* hasta ocupar un punto inmenso en el espacio, yergue su *altanera cúspide* sobre la *selva* que le vio nacer y extiende sus *nudosos brazos* para proteger a su turno los *arbolillos* que lo circundan.⁵⁰

Ambos sistemas metafóricos están íntimamente ligados: el sol es indispensable para la naturaleza tal como la libertad lo es para la humanidad. En un párrafo de *Recuerdos literarios* Lastarria explicita esta relación, y nos da además una muestra de su gusto por refocilarse en estos conjuntos expresivos:

⁴⁹ J. V. Lastarria, *Recuerdos literarios*, op. cit., p. 35.

⁵⁰ J. V. Lastarria, *Miscelánea histórica y literaria*, op. cit., p. 20 (subrayado es nuestro).

Más, hay un árbol de inconmensurables ramas —dice—, de joyante follaje y de espléndidas flores, que se llama humanidad, y que también tiene su sol que lo vivifica. Ese sol, que no está en lejanos horizontes, es la libertad, que irradia en cada cerebro, y que fecundiza a todos los seres del linaje.⁵¹

Aunque hemos citado ejemplos tomados fundamentalmente de *Investigaciones*, estos esquemas semánticos están también presentes en *Bosquejo* y en los relatos de ficción. En "Rosa", por ejemplo, en la descripción de los cambios de la naturaleza paralelos al avance del ejército libertador, las oposiciones entre lo 'oscuro' y lo 'claro', la utilización del adjetivo 'brillante' y la explícita referencia a la falta o a la presencia de luz, son menciones que sin duda se insertan en uno de los sistemas descritos. Hay que decir, empero, que estos conjuntos semánticos se encuentran con frecuencia en historiadores europeos como Herder y Michelet, o en periódicos y autores chilenos de la época. La diferencia está en que en Lastarria —por su uso reiterado y perseverante— constituyen, más que usos aislados, un verdadero código expresivo.

En sus obras históricas, Lastarria —como historiador filosófico que veía en la historia un medio para transformar la conciencia— tuvo predilección por un estilo de oratoria, por el discurso fácil, persuasivo y oportuno. Este afán de convencer con elocuencia y verbosidad, se manifiesta también en las frases largas y recargadas de sus ficciones. En 1868 el publicista pedía para esos "ensayos de novela histórica" una lectura indulgente, reconocía que "carecían de plan y de enredo" y que eran pobres en "el estudio de los sentimientos y caracteres".⁵² Podría concluirse, entonces, que la concepción historiográfica que lo había llevado a intentar una literatura filosófica (que pusiera en evidencia las leyes históricas), vino a ser un escollo para conjugar su idea de la historia con una investigación artística de la realidad. O para decirlo de otro modo, la función estética de sus relatos quedó supeditada a su filosofía de la historia y restringida, por ende, a la sensibilidad ideológica de los poquísimos partidarios (ortodoxos) de esa escuela.

⁵¹ J. V. Lastarria, *Recuerdos literarios*, op. cit., p. 34.

⁵² J. V. Lastarria, *Miscelánea histórica y literaria*, op. cit., p. XXII.

DURANTE LA PRESIDENCIA DEL GENERAL PLUTARCO ELÍAS CALLES. SUCESOS QUE ES MENESTER RECORDAR

Por *Jesús SILVA HERZOG*

EN la última quincena de noviembre de 1924, solía verse a menudo juntos en automóvil o en actos públicos al general Alvaro Obregón, presidente saliente y al general Plutarco Elías Calles, presidente entrante. La gente decía, allí van los dos presidentes o allí están los dos presidentes. Estas palabras recogidas por los periodistas jamás habían sido pronunciadas en la azarosa historia contemporánea de México, e indicaban que el cambio del poder se haría pacíficamente.

El 10. de diciembre tomó posesión de la presidencia el general Calles, integrando desde luego su gabinete con las personas siguientes:

Subsecretario de Gobernación, encargado del Despacho, licenciado Romeo Ortega; Secretario de Relaciones Exteriores, licenciado Aarón Sáenz; Secretario de Industria y Comercio, señor Luis N. Morones; Secretario de Agricultura, ingeniero Luis L. León; Secretario de Educación Pública, doctor José Manuel Puig Casauranc; Secretario de Comunicaciones, ingeniero Adalberto Tejeda; Subsecretario de Guerra, encargado del Despacho, general de División Joaquín Amaro; Secretario de Hacienda y Crédito Público, ingeniero Alberto J. Pani; Contralor General de la Nación; señor Luis Montes de Oca; Gobernador del Distrito, señor Ramón Ross, y Jefe del Departamento de Establecimientos Fabriles Militares, general Celestino Gasca.

Al ocupar la silla presidencial el general Plutarco Elías Calles, el país estaba completamente en paz, sin nada que indicara perturbaciones de significación. Sin embargo, pronto aparecieron nubes en el horizonte: el conflicto con la Iglesia y el deterioro de las relaciones con el gobierno de los Estados Unidos.

El 28 de marzo de 1925 por orden de la Policía Judicial fue clausurado el Santuario de El Arenal en el Estado de Hidalgo, acusando al presbítero Emilio Valtón, encargado del templo, de hacer labor sediciosa. Por su parte, el gobernador de Jalisco, don José

Guadalupe Zuno, en aquel tiempo cleróforo rabioso, mandó clausurar entre marzo y agosto el Seminario Auxiliar de Ciudad Guzmán, el Instituto de Ciencias de Jalisco en Guadalajara, dirigido por jesuitas, el Colegio Católico de las Adoratrices, el domicilio social de la Unión de Damas Católicas y el Convento de las Madres Reparadoras. Inevitablemente estos actos levantaron protestas de diferentes agrupaciones católicas y así se fue acentuando el conflicto con la Iglesia.

La Liga de Defensa de la Libertad Religiosa formada por personas ultramontanas, fanáticas e intolerantes, hacían abiertamente propaganda subversiva en diferentes lugares del país, dirigidas desde la ciudad de México.

En relación con este problema, se transcriben a continuación dos párrafos del Primer Informe que rindió el Presidente de la República al Congreso de la Unión el 10. de septiembre.

"Poco después, la llamada 'Liga de Defensa Religiosa', lanzó un manifiesto, encaminado a excitar el sentimiento religioso. El manifiesto abundó en expresiones violentas e irrespetuosas para la Carta Fundamental de la República y para las autoridades legítimas, y sus autores demuestran a las claras el propósito de constituir una agrupación religiosa, con programa de acción política y tendencias francamente subversivas. El artículo 130 de la Ley Fundamental prohíbe la existencia y funcionamiento de agrupaciones políticas de esa naturaleza, por lo que la Secretaría de Gobernación, cumpliendo un acuerdo del ejecutivo, giró a los ciudadanos gobernadores de los Estados, la circular de 24 de marzo último, recomendándoles que dictaran las medidas oportunas para evitar que, dentro de su jurisdicción, se cometiera la infracción constitucional de que se viene hablando: y dos días después, la misma Secretaría giró una circular telegráfica a los mencionados funcionarios, encargándoles que hicieran cumplir lo dispuesto por el citado artículo 130, que ordena que sólo los mexicanos por nacimiento pueden ejercer en la República el ministerio de cualquier culto, y que prohíbe que los ministros de los cultos hagan en reunión, pública o privada, constituida en junta, o en los actos de culto o de propaganda, crítica de las leyes fundamentales del país, de las autoridades en particular, o en general del Gobierno".

"El Ejecutivo tiene obligación de respetar las leyes y de hacerlas cumplir, y no tolerará que las que reglamentan el ejercicio de los cultos se infrinjan, so pretexto de que quienes lo hacen obran impulsados por los dictados de su conciencia. En materia de cultos, su línea de conducta ha sido y será: respetar todos los credos religiosos; pero exigir invariablemente respeto a las leyes y a las autoridades".

Y en cumplimiento del artículo 130 de la Constitución, el 11 de febrero de 1926 los sacerdotes españoles encargados de los templos de San Felipe de Jesús, San Hipólito, El Carmen y Jesús María, fueron sacados de sus respectivos templos y conducidos a Veracruz para ser expulsados del país. En los últimos cuatro sexenios ya sabemos que el mencionado artículo se ha violado a ciencia y paciencia de la Secretaría de Gobernación, cuyos titulares han sido el licenciado Angel Carbajal, el licenciado Gustavo Díaz Ordaz, el licenciado Luis Echeverría y el licenciado Mario Moya Palencia.

En el curso de 1926 y los dos años siguientes, el conflicto religioso asumió gravedad extrema. El 21 de abril del primer año citado, los arzobispos y obispos suscribieron una carta pastoral expresando su inconformidad con la Constitución de la República y excitando a los católicos. El resultado fue que la mayoría de los obispos y arzobispos fueron expulsados de la República, lo mismo que Monseñor Caruana, delegado apostólico; encarcelamiento de clérigos acusados de sedición; clausura de iglesias, seminarios y conventos; y el 31 de julio de 1926 los clérigos se declararon en "huelga", suspendiendo todos los servicios religiosos y entregando los templos a juntas de vecinos.

Históricamente está comprobado que la Liga de Defensa de la Libertad Religiosa y algunos jefes de la Iglesia promovieron la rebelión cristera, exacerbando el fanatismo religioso de algunos individuos, improvisados jefes militares y de miles de campesinos ignorantes. Los primeros levantamientos fueron en los últimos meses de 1926. La rebelión se extendió principalmente por los Estados de Colima, Jalisco, Michoacán, Guanajuato y sur de San Luis Potosí. Los rebeldes llegaron a atacar las ciudades de Guanajuato y Colima, siendo rechazados con grandes pérdidas por el ejército federal. Al grito de "Viva Cristo Rey" se ejercieron venganzas y se cometieron numerosos crímenes. Fue una lucha estéril de imposible justificación. El conflicto fue al fin resuelto satisfactoriamente el 21 de junio de 1929 por el presidente Portes Gil y los arzobispos Pascual Díaz y Leopoldo Ruiz y Flores. Sabemos de buena fuente que algunos de los directores de la Liga de Defensa de la Libertad Religiosa estuvieron inconformes con la terminación de la lucha fratricida. Soñaban en adueñarse del poder por medio de las armas para que México retrocediera al siglo xvii.

DESDE el 13 de junio de 1925 hasta el 30 de septiembre de 1927, las relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos pasaron por momentos de gravedad extrema, tanto que a veces se temió

en la ruptura de relaciones y aun en la guerra, entre los dos países. El embajador James Rockwell Sheffield, fue en gran medida responsable de la difícil situación.

El 13 de junio de 1925 publicaron los periódicos de México y Estados Unidos, una nota impertinente contra nuestro gobierno, firmada por el jefe del Departamento de Estado, Frank B. Kellog. De esa nota se transcriben los dos párrafos que siguen:

"El embajador Sheffield tendrá el apoyo completo de este Gobierno, e insistiremos en que se dé protección adecuada, de acuerdo con prescripciones del Derecho Internacional, a los ciudadanos americanos. . . He visto informaciones publicadas en la prensa, acerca de que otro movimiento revolucionario puede estarse preparando en México, y abrigo la esperanza de que no sea verdad. . . La política de este Gobierno consiste ahora en usar su influencia y su apoyo en bien de la estabilidad y los procedimientos legales constitucionales, pero debe aclararse que este Gobierno continuará apoyando al gobierno de México, solamente mientras proteja las vidas y los intereses americanos y cumpla con sus compromisos y obligaciones internacionales. El Gobierno de México está ahora a prueba ante el mundo. Nosotros tenemos el grande interés en la estabilidad, prosperidad e independencia de México.

"Hemos sido pacientes y nos damos cuenta, naturalmente, que requiere tiempo estatuir un Gobierno estable, pero no podemos aprobar la violación de sus obligaciones y el que no otorgue protección a los ciudadanos americanos".

Las anteriores declaraciones causaron sorpresa por lo inesperadas y provocaron indignación en el país por su tono severo, injusto e inapropiado. La Secretaría de Relaciones Exteriores replicó con dignidad y poniendo a salvo el decoro de México. Vemos parte de la respuesta:

"La mejor prueba de que México está dispuesto a cumplir con sus obligaciones internacionales y a proteger la vida e intereses extranjeros, es precisamente que aun cuando no estaba obligado conforme al Derecho Internacional, invitó a todas las naciones, cuyos ciudadanos o súbditos hubieran sufrido daños por actos ejecutados durante los trastornos habidos en nuestro país, a fin de celebrar con ellas convenciones, para establecer comisiones que conocieran de esos daños. . . Si el Gobierno de México se halla sujeto a juicio ante el mundo, en el mismo caso se encuentran tanto el de los Estados Unidos, como los de los demás países; pero, si se quiere dar a entender que México se encuentra sujeto a juicio en calidad de acusado, mi Gobierno rechaza de una manera enérgica y absoluta semejante imputación, que, en el fondo, constituye una injuria".

La situación se agravó más todavía con motivo de la publicación el 31 de diciembre de 1925 de la Ley del Petróleo, reglamentaria del Artículo 27 Constitucional. La ley de que se trata desconocía los derechos adquiridos por las compañías petroleras, derivados de la legislación anterior; y en cambio de notas entre los dos gobiernos se pasó 1926 y parte de 1927, no sin serias tensiones cada vez más alarmantes. Mientras tanto Sheffield y Kellog conspiraban en la sombra para que el ejército norteamericano se apoderara de la región petrolera.

Recuerdo perfectamente que el licenciado Emilio Portes Gil en una conferencia que leyó en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de las Bellas Artes, varios años después de haber ocupado la primera magistratura de la nación, contó lo que voy a referir en el menor número posible de palabras:

Dijo Portes Gil que cuando fue nombrado por el Congreso Presidente de la República en septiembre de 1928, el general Plutarco Elías Calles le reveló que en 1927 México descubrió un complot urdido por las compañías petroleras con la complicidad de Kellog y Sheffield, para que los Estados Unidos declararan la guerra a México.

Según el relato de Portes Gil, una empleada o empleado de la Embajada de los Estados Unidos, entregó a nuestro gobierno los documentos que probaban la existencia del complot. El general Calles hizo sacar copias en número suficiente para enviarlas a cada una de nuestras representaciones diplomáticas en el extranjero y envió una persona de su confianza a Washington para entregar los documentos probatorios al presidente Coolidge, con la advertencia de que al pisar el territorio nacional el primer soldado norteamericano, se publicarían en todo el mundo los documentos que probarían la infamia que se trataba de cometer contra México. El presidente de los Estados Unidos obró sensatamente: deshizo el complot, retiró a Sheffield y nombró embajador al señor Dwight W. Morrow.

Y el embajador Morrow vino a México en actitud amistosa. En un desayuno con el presidente Calles en su hacienda Santa Bárbara, cercana a la capital, se fijaron las bases para restablecer las buenas relaciones entre los dos países. En público se comentó que había sido el triunfo de la diplomacia de los "ham and eggs". Es cierto que tuvimos que dar algunos pasos atrás; mas se resolvió una situación que había asumido en determinados momentos gravísimos peligros, cuyas consecuencias hubieran sido lamentables e imposibles de prever. Veamos en qué consistieron esos pasos atrás:

El licenciado Ricardo J. Zavala en su libro *Calles, el Presidente*, escribe lo que transcribimos a continuación:

“La Suprema Corte pronto resolvió sobre los amparos; dijo que los derechos, anteriores a 1917, de las compañías eran verdaderos derechos adquiridos; que no se podían limitar a una duración de cincuenta años; que las empresas no habían perdido su derecho por haber dejado correr el plazo para pedir la confirmación; pero que de todas maneras, era necesario pedir ésta para otorgarla sobre bases diferentes.

“El presidente Calles envió al Congreso, en diciembre de 1927, las modificaciones a la Ley del Petróleo que establecieron que los derechos adquiridos por las compañías, en el caso de que éstas hubieren realizado un acto positivo, serían confirmados por tiempo indefinido —no sólo por cincuenta años— y no serían jamás cancelados, dándose así por terminada una polémica empezada con Carranza, agravada durante el gobierno de Obregón y a punto de reventar violentamente a principios del régimen del presidente Calles”.

Debemos agregar que el 27 de marzo de 1928 se expidió el nuevo reglamento de la Ley del Petróleo.

PERO en medio de las tormentas, el presidente Calles realizó una obra constructiva, estableciendo las bases de la política económica y social de México. Plutarco Elías Calles fue, sin dejar lugar a duda, un gran estadista.

En el artículo 28 constitucional se estatuyó que en la República habría solamente un solo Banco emisor de billetes controlado por el Gobierno Federal, en lugar del monopolio plural —así se llamó— que facultaba a emitir billetes a numerosos bancos establecidos en la ciudad de México y en varios estados de la República.

Pasaron los años sin que se pudiera cumplir con el propósito de los legisladores. Al fin el 10. de septiembre de 1925 se inauguró el Banco de México con un capital de 100 000 000.00 de pesos, hecho de enorme trascendencia para la economía nacional. Después de cierto tiempo la ley que creó el Banco se perfeccionó hasta convertirlo en un verdadero banco central.

La ley del Impuesto sobre la Renta que por primera vez se había establecido en 1924 y que tenía numerosos defectos fue perfeccionada notablemente por el decreto de 10. de abril de 1925, de tal manera que las recaudaciones en ese año superaron considerablemente a las del año anterior.

Si no recuerdo mal, fue en octubre del mismo año de 1925 cuando se estableció la Dirección General de Pensiones Civiles de Retiro, con la finalidad de hacer préstamos a corto plazo a los em-

pleados federales, así como también préstamos hipotecarios para adquirir casas habitación. Esta Institución ha beneficiado a la burocracia mexicana. Los préstamos a corto plazo han servido para resolver problemas del momento y gracias a los hipotecarios hay ya un número considerable de empleados públicos dueños de sus casas en lugar de pagar alquileres mes tras mes. Hoy la antigua Dirección General de Pensiones se denomina Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado, que tiene además servicios médicos y un gran hospital para atención de los servidores del gobierno.

Continuamos nuestra enumeración de la obra constructiva de aquel régimen. El 9 de diciembre se aprobó la ley que creó la Comisión Nacional de Irrigación. Fue el primer paso para la construcción de distritos de riego en diferentes zonas de la República. Desde luego se elaboraron los primeros proyectos y poco más tarde se iniciaron los trabajos. La construcción de obras de regadío, pequeñas, medianas y grandes ha sido de enorme trascendencia para el adelanto de la nación, ya que han hecho posible el incremento de la producción de algodón, trigo, maíz, frijol, arroz, caña de azúcar, legumbres y de muchos otros artículos necesarios a la alimentación popular y para la exportación. La Comisión Nacional de Irrigación adquirió tal importancia nacional que fue menester transformarla en una Secretaría de Estado, la de Recursos Hidráulicos, en diciembre de 1946.¹

Retrocedamos un poco. En su primer Informe al Congreso, el presidente Calles informó que ya estaba funcionando la Comisión Nacional de Caminos para administrar los fondos que se recaudaran del impuesto de primera mano de gasolina, así como también los del gravamen a los tabacos labrados. Estos impuestos se destinarían a la construcción de caminos nacionales. El Presidente anunció que la citada Comisión iniciaría desde luego sus trabajos con actividad, seleccionando aquellos caminos de mayor importancia para la nación. Y no fueron promesas en vano, pues a fines de 1926 se inauguró primero la carretera de México a Pachuca; poco después la de México a Puebla, y en noviembre de 1927 la de la capital de la República al Puerto de Acapulco. Hoy ocupamos el primer lugar entre las naciones latinoamericanas en materia de caminos para automóviles con algo más de 100 000 km.

El 10 de marzo de 1926 abrió sus puertas al público el Banco Nacional de Crédito Agrícola, con un capital de 20 000 000.00 de pesos suscritos por el Gobierno Federal. La ley del banco fue con-

¹ Hoy, al escribir este artículo —diciembre de 1977— forma parte de la Secretaría de Agricultura.

cebida para hacer préstamos de avío y refaccionarios a las sociedades de crédito formadas por ejidatarios, así como también por pequeños, medianos y grandes propietarios. El licenciado Manuel Gómez Morín fue quien redactó la ley de que se trata. El señor De Lima, antiguo banquero, fue nombrado gerente, y el ingeniero Marte R. Gómez subgerente. De conformidad con mis noticias los créditos a los propietarios privados superaron en mucho a los concedidos a los ejidatarios. El general Alvaro Obregón, entonces agricultor de importancia en Sonora, su estado natal, fue el mayor sujeto de crédito de dicha institución.

Por otra parte, seguramente con el fin de ayudar por medio del crédito a los ejidatarios y de conformidad con una nueva ley publicada en el periódico oficial el 9 de abril, el 10. de mayo de ese mismo año de 1926 iniciaron sus operaciones cuatro bancos agrícolas ejidales en las poblaciones de Tula, Hgo.; Celaya, Gto.; Morelia, Mich. y Durango, Dgo. Estos pequeños bancos comenzaron a operar con un capital de doscientos mil pesos cada uno, aportados por la federación y muy pequeñas sumas por las sociedades cooperativas de responsabilidad solidaria ilimitada que se habían organizado en consonancia con la citada ley y su reglamento. Los autores de ambos ordenamientos, señores Gonzalo Robles y Jesús Silva Herzog, trataron de crear un sistema de crédito agrícola en beneficio del ejidatario, semejante al de las cajas rurales organizadas en Alemania por Federico Guillermo Raiffeisen, por supuesto sin el contenido religioso y con las adaptaciones que exigía nuestra realidad. Desgraciadamente los bancos agrícolas ejidales fracasaron pocos años después, no a causa de su estructura jurídico-económica, sino tal vez a lo exiguo de su capital y a la falta de probidad de algunos de sus gerentes.

Al mismo tiempo y también el 10. de mayo, por iniciativa de Gonzalo Robles y Ernesto Martínez de Alva, se fundaron las primeras cuatro escuelas centrales agrícolas. La primera en El Mexe, Hidalgo; la segunda en Roque, Guanajuato; la tercera en La Huerta, Michoacán, y la cuarta en Santa Lucía, Durango. Estas escuelas se organizaron de conformidad con un plan consistente en que a los ejidatarios e hijos de los ejidatarios no sólo se les enseñara las primeras letras, sino la manera de utilizar mejor los recursos agrícolas de su medio circundante; y los hijos adolescentes que se distinguieran en sus estudios pasarían a la Escuela Nacional de Agricultura con la mira de llegar a obtener el título de Ingenieros Agrónomos. Este plan se realizó cabalmente durante el régimen callista y durante dos o tres años más. Luego llegaron otros funcionarios con la manía de desorganizar lo ya organizado, de destejer lo ya tejido: la

tela de Penélope. No entendieron el alcance de las Escuelas Centrales tal y como habían sido concebidas y las echaron a perder.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el general Plutarco Elías Calles al construir durante su régimen los primeros caminos y las primeras presas, al organizar el crédito agrícola y al establecer las Escuelas Centrales, fue el primero que pensó en la Reforma Agraria integral y no el licenciado Gustavo Díaz Ordaz como solían decirlo sus aduladores y paniaguados.

Durante el régimen callista se repartieron 3 046 000 hectáreas que beneficiaron 301 587 familias campesinas. Los tres millones de hectáreas fueron el doble de lo distribuido por el régimen del general Alvaro Obregón.

En su primer informe al Congreso, al ocuparse el general Calles de las cuestiones del trabajo, dijo lo siguiente: "La actitud del Gobierno de la República en los conflictos que se han presentado entre el trabajo y el capital, ha sido armonizadora y constructiva, dentro de la orientación obrerista que le es propia". Esto de la orientación obrerista a nadie sorprendió, ya que al designar a sus más cercanos colaboradores el 10. de diciembre anterior, nombró al señor Luis N. Morones, líder máximo de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), Secretario de Industria, Comercio y Trabajo. Dicha organización obrera era entonces la más importante de México.

Ahora, bueno es recoger las palabras del Presidente, pronunciadas en su segundo informe: "De las investigaciones hechas en todo el país sobre la situación del trabajador, se desprende que todavía hay algunas regiones donde no se disfruta de los beneficios de la Constitución; donde el campesino tiene jornadas de doce y quince horas consecutivas, a cambio de un salario tan exiguo, que no le bastaría para vivir como hombre civilizado; donde las relaciones entre patronos y asalariados se rigen por las costumbres de hace siglos. El Gobierno de la República, en cooperación eficaz con los ejecutivos locales, ha emprendido la tarea de resolver ese problema, que constituye serio obstáculo para el desarrollo integral y armónico del país y procura resolverlo dentro de toda equidad y con apego absoluto a las leyes". Este párrafo y el anterior dan idea de la política callista en relación con el proletariado de las ciudades y de los campos. Por supuesto que no podemos clasificarlo, con el lenguaje actual, como un gobernante de izquierda. Tal vez sería más acertado llamarlo centrista. Lo que dice acerca de la explotación de obreros y campesinos de México en los principios del segundo cuarto del presente siglo, es verdaderamente pavoroso y hace recordar a las masas trabajadoras inglesas en los comienzos del siglo XIX, en pleno proceso de la revolución industrial de que habla

Engels en *La situación de las clases obreras en Inglaterra* y Carlos Marx en el primer tomo de *El Capital*.

Por otra parte, hay que recordar que el 23 de enero de 1928 se firmó el Convenio Lamont-Montes de Oca, para reanudar el servicio de la deuda exterior, suspendido durante varios años. Dicho convenio se quedó en el papel a causa de la crisis que comenzó en la bolsa de Valores de Nueva York en octubre de 1929.

Hay otro hecho que singularizó al gobierno del general Calles: la moralización de la burocracia en lucha contra el peculado. Un ejemplo aleccionador: el general José Álvarez, jefe del Estado Mayor presidencial, y el licenciado Palacios Moreno, magistrado del Tribunal de Justicia del Distrito Federal, fueron destituidos públicamente de sus cargos por haber intervenido en un contrabando de sedas y consignados a la autoridad competente. En años posteriores, ¿cuántos funcionarios contrabandistas han sido castigados en igual forma?

AL general Alvaro Obregón le gustó ser huésped del Castillo de Chapultepec² y del Palacio Nacional; y, con apoyo en la enorme influencia de que gozaba en toda la nación, hizo lo necesario para que en octubre de 1926 el Poder Legislativo modificara los artículos 82 y 83 de la Constitución, a fin de que el presidente de la República pudiera ser reelecto una sola vez cuando no fuese para el periodo inmediato. Poco a poco, con el correr de los meses, al Divisionario sonorenses le fue creciendo la ambición, de tal manera que ya no se conformó con los cuatro años, logrando que la borregada del Congreso, desde entonces siempre obediente, alargara un año más tarde —en octubre los senadores y en noviembre los diputados— los cuatrienios presidenciales a sexenios. Meses antes, desde el 26 de junio de 1927, Obregón lanza un manifiesto a la nación aceptando su candidatura a la presidencia de la República. Así se daba al traste con el principio de la no reelección que junto con el sufragio efectivo formaron los principios fundamentales de la Revolución Mexicana en su etapa maderista. Después surgieron nuevas ideas, nuevas demandas de carácter económico y social en la etapa constitucionalista y aun en el periodo que hemos denominado en otro trabajo la lucha de las facciones.

EL general Francisco R. Serrano fue jefe del Estado Mayor de la División del Noroeste, comandada por el general Alvaro Obregón;

² Antigua residencia presidencial.

subsecretario de Guerra y Marina de diciembre de 1920 a marzo de 1922 en que es ascendido a secretario hasta 1924 y Gobernador del D. F. de junio de 1926 a junio de 1927, cargo al que renunció por estar inconforme con la candidatura reeleccionista de su antiguo jefe. El 23 de julio aparece publicado en los diarios de la capital el documento siguiente:

Manifiesto a la Nación del ciudadano general de división Francisco R. Serrano, candidato anti-reeleccionista a la presidencia de la República.

"Desde los primeros meses del año de 1925 en que, desempeñando una comisión del Gobierno Federal me encontraba en Europa, hasta mi regreso, a mediados de 1926, los elementos más representativos de la Revolución, innumerables simpatizadores del programa de reformas sociales y políticas de ésta y connotados representantes de las fuerzas vivas del país, estuvieron en constante comunicación conmigo tratando de obtener una autorización, siquiera mínima, que les sirviera de base para emprender trabajos políticos encaminados a unificar la opinión pública en favor de mi candidatura a la Primera Magistratura de la Nación.

"Mi respuesta invariable fue la de que toda actividad de ese orden sería antipatriótica, toda vez que era absolutamente indispensable dar al actual Presidente de la República, amplia oportunidad de realizar su programa de gobierno, restándole motivos de intranquilidad nacional inherentes a una prematura agitación política del país. A mi regreso, deseando evitar todavía cualquiera agitación perjudicial a los intereses de la Patria, no quise, ni por un momento, permanecer en situación que pudiera autorizar cualquiera actividad de carácter político y fue así como, inmediatamente después de mi llegada, acepté el cargo de Gobernador del Distrito Federal que el C. Presidente tuvo a bien conferirme. Pero esta actitud mía de franca cooperación con el actual Gobierno, no bastó a acallar las instancias que de todo el país me siguieron llegando para inclinar mi voluntad en el sentido de estar, en cualquier tiempo que yo considerase oportuno, dispuesto a aceptar mi candidatura presidencial.

"Reformada nuestra Constitución, yo no podía, sin defraudar la confianza de todos los elementos del país que han creído ver en mí al individuo llamado a regir, en el próximo periodo Presidencial, los destinos nacionales, continuar desempeñando el cargo que me fue conferido, ni pudo estar en mi conciencia de ciudadano y de hombre de la Revolución, la idea de rehuir responsabilidades, menos aún aquellas que los revolucionarios hemos contraído al ensanchar el suelo Patrio y destruir sus riquezas, cuando lo exigió así

la defensa de los intereses de un pueblo víctima siempre de las intemperancias de sus malos gobiernos. Tampoco podía yo, sin manchar mi conciencia de revolucionario sincero, desoír el llamado de mis conciudadanos que me exige reparar con actos de gobierno re-constructivos de nuestra nacionalidad la parte destructora de la obra de la Revolución. Es por esto, y porque juzgo un deber y un derecho inalienable, que el pueblo tiene, el más amplio, para elegir a sus gobernantes, por lo que lleno del mayor entusiasmo, seguro como estoy de que la voluntad popular ha de imponerse por sobre las maquinaciones de corrompidos políticos que deshonoran nuestro suelo, y por sobre todos los proyectos de imposición que se perfilan en varios Estados de la República, voy a la lucha electoral con plena confianza de que en México, en esta Patria nuestra, no impunemente se vulneran los principios, ni se burlan el sentimiento y los derechos de su pueblo.

"En la precipitada e impura reforma que se hizo al principio de NO REELECCION, veo el desafío más crudo y cínico al credo de ideales con el cual el Apóstol se enfrentó a la apolillada dictadura y que ha resonado en el corazón de los libertadores como un alarmante toque de generala" y, consciente de las responsabilidades que trae consigo el solo honor de que personas honradas y patriotas se fijaran en un ciudadano tan desprovisto de méritos, como yo lo estoy, para el ejercicio de la más alta investidura que el pueblo puede conferir en México, pero sin alarde de una falsa moral que pretende explotarse para defraudar los intereses de una Revolución que pone en mis manos su bandera, y sin otra resolución que la más firme de poner todas mis energías y toda mi buena voluntad al servicio de la defensa de los principios revolucionarios que se intenta vulnerar, voy a exponer, someramente, algunos puntos que constituirán la base del programa de gobierno que, al resultar electo, me propongo desarrollar.

"Fui revolucionario de acción desde los primeros días, cuando las perspectivas de la lucha eran dramáticas; pero se entraba a ella jubiloso, electrizado por la amable ilusión de dotar a la Patria con una vida mejor, merced a instituciones más democráticas y justicieras.

"Al proclamar el Apóstol la No Reección, quiso no sólo evitar la perpetuidad de un hombre en el puesto a que sus méritos o su fortuna lo hubieran encumbrado, sino también y fundamentalmente, que no se formaran castas privilegiadas que chuparan la sustancia del país, porque hablando con toda franqueza, es menos mala la reelección indefinida y dictatorial que la reelección alter-

¹ Los subrayados son nuestros.

nada y de hipócritas tapujos, ya que en la primera forma se sabe a quién pertenecen las responsabilidades, no así en la segunda en que las intrigas y ambiciones se traman detrás del tinglado, ocultándose al pueblo el verdadero responsable.

“La reelección trae aparejada como inevitable consecuencia la muerte del sufragio, porque está en la esencia del poder continuarse indefinidamente cuando no se sienten estorbos. Para evitar y curar esa lepra se luchó quince años por el principio de Sufragio Efectivo y No Reelección y todavía, como un emblema y recuerdo de gloria, se ostenta en los documentos públicos, aunque en realidad la befen los que, escudados en sofismas de tinterillo, pretenden la reelección de un ciudadano que, en la prevaricación a que lo invitan, tiene una atenuante: no ser tráfuga de ningún credo, porque él no secundó a Francisco I. Madero; fue la sangre y el sacrificio de otros los que conquistaron ese principio, que debe ser restituido a la Constitución como presea sagrada e intangible.

La cuestión obrera

“**P**ARA mitigar o terminar las bruscas oscilaciones que existen entre el trabajo y el capital, que al dañar por igual al obrero y al empresario, perjudican sensiblemente la producción nacional, se estudiará de preferencia y hasta concluir y poner en vigor, *el Código Industrial y Obrero*, a fin de que se pueda normalizar la vida sobre cálculos seguros y emprender, sobre terreno firme, obras de aliento y grandeza y no vivir al día y mezquinamente como en la actualidad acontece. Así el trabajador tendrá con toda claridad y precisión garantizada sus prerrogativas como factor indispensable para la producción, y el empresario, sobre bases más sólidas, verá igualmente garantizados sus intereses y deslindados sus derechos y obligaciones.

“Mi gobierno ayudará al obrero a mejorar su situación procurando que sean prósperas sus condiciones de vida; las asociaciones obreras serán ampliamente protegidas y cuidará de que sobre ellas no se ejerzan perniciosas influencias extranjeras esencialmente subversivas que no se compadecen con el nacionalismo fomentado por las últimas administraciones y la médula patriótica de la Revolución.

“*Se estudiará e implantará un sistema adecuado de seguro obrero que tienda a garantizarle bienestar en la vejez, ya que, seguros sobre accidentes e indemnizaciones serán establecidos por el Código Industrial y Obrero.*

El programa agrario

“**L**A inicua y monstruosa distribución en que estaba repartida la riqueza en la época porfiriana y las rudezas de verdugo con que eran tratados el peón y el obrero, explicó y justificó ante la conciencia ética del mundo las cóleras reivindicatorias de la Revolución Mexicana; pero preocupados porque la repartición de la riqueza fuera rápidamente convertida en equitativa y piadosa, se ha descuidado lamentablemente el otro factor del bienestar humano: la producción.

“El acceso fácil a la tierra será una de mis más vivas preocupaciones: Los propietarios de grandes extensiones de tierra contarán con amplia ayuda del Gobierno para llevar a cabo el fraccionamiento que previene la Constitución General; y para dejar definitivamente consolidada la pequeña propiedad, en los casos de resistencia de parte del propietario, se procederá, en los términos que la propia Constitución establece, a fraccionar sin favoritismos vergonzantes, los grandes latifundios.

“Una vez delineados los derechos así de los nuevos como de los antiguos propietarios, *teniendo presente que la propiedad es una función social*” que hay que encomendar a los más aptos, a los más preparados, a los más productivos, y no entregarla a la voracidad de los políticos que van tras el saqueo placentero en lugar de consagrarse a la austera tarea de cultivar y fecundar la tierra, vendrá como consecuencia lógica el alejamiento de las vacilaciones y desconfianzas y un sensible aumento en nuestra producción agrícola.

“Cada caso de dotación o restitución ejidal, será motivo de meditado estudio para satisfacer las justas exigencias de los pueblos, pero poniendo un dique a los inútiles despojos que llegan a cegar fuentes de producción ya existentes, sin sustituirlas con otras, y los repartos que se hagan en lo futuro, tendrán por base inquebrantable el cultivo adecuado de la parcela y la ubicación más conveniente para la economía nacional, dándose preferencia al indígena cuyo secular sufrimiento es necesario mitigar para que no siga siendo un paria en la tierra de sus mayores.

“A la Revolución le toca el sagrado deber de reconstruir, y la reconstrucción se hará porque para lograrlo, cuenta con bríos y hombres de buena voluntad. El actual Presidente de la República es cumplido ejemplar de ello. Sin autobombo ególatra, ni elogios buscados ha emprendido la grave misión, y las presas gigantescas que pronto serán centros de bienestar y riqueza, sus magníficas y

⁴ La tesis del jurista francés León Duguit en su libro *Las Transformaciones generales del Derecho privado desde el Código de Napoleón*.

extensas carreteras que son arterias de vida y sus escuelas-granjas que constituyen el más eficaz sistema de educación campesina, forman el cimiento de la ardua obra que urge continuar dando a las inversiones agrícolas absoluta seguridad y a los hombres emprendedores sosiego en sus tareas, reclusando en la inactividad a los elementos disolventes.

El saneamiento de las zonas tropicales

“AL paso que la Mesa Central ha sido en gran parte destruida por la malicia de pésimos repartidores, quedan en las vertientes de ambos océanos predios inmensos que por el agua que los riega, por los bosques que los sombrean y por la bondad de las limosas tierras que devuelven centuplicado el trabajo humano que se les aplica, merecen fijar de preferencia la atención del gobernante.

“Si saneamos ambas costas, si las hacemos habitables mediante la captación de aguas pluviales, y la canalización y drenaje de las tierras bajas, haremos valer nuestro territorio y conseguiremos dar a precios insignificantes tierras de primera clase a colonos mexicanos y extranjeros, porque uno de los medios más idóneos de aprender la agricultura es el contacto y ejemplo de los que de veras la saben y practican con los que sólo la ejercen en forma rudimentaria y atrasada.

“Solamente las costas del Pacífico tienen como mercado natural a la rica y prodigiosa California; para abastecerla se necesitan millones de hectáreas exuberantes que tenemos, faltan los millares, quizá millones, de agricultores que es necesario trasladar a esas regiones, sin necesidad de seguir lastimando inútilmente en otros lugares. *Sólo el comercio de productos tropicales sería suficiente sin huecos optimismos, para nivelar y superar el saldo de nuestra balanza mercantil y difundir por nuestro México corrientes de firme e inquebrantable prosperidad.*

“Esta parte de mi programa de seguro que provocará las más recias embestidas de los líderes amorales, de los demagogos podridos que sostienen la necesidad de que continúe la agitación porque en ella encuentran el modo expedito de apoderarse de los dineros públicos, de comprar a vil precio jugosas negociaciones privadas y hasta de formar parte de sociedades destinadas a prolongar la explotación del pueblo, el agio, los negocios turbios y el encarecimiento de la vida, pero nada me alterará: cuando en la alborada de la revolución me levanté en armas tras el resplandor de la bandera que empuñó Francisco I. Madero, ofrecí a mi Patria, sin reservas, el

sacrificio de mi vida porque llegara a ser más gloriosa y feliz, y el juramento de aquel día solemne no lo he retirado: está en pie.

Protección al capital

“**S**IN protección escrupulosa al capital es insensato esperar que el extranjero venga, ni el propio abandone sus escondites y, sin ese factor, nuestra decantada riqueza seguirá siendo un mito, pero no realidad tangible y vital.

“Mi actitud para el capital del país será de cordial y sincera protección; al extranjero, mi Gobierno le abrirá las puertas, le dará amplia bienvenida y le proporcionará medios de desarrollarse sin más restricciones que las señaladas por las leyes.

“Crear que con nuestros propios recursos mezquinos y asustadizos vamos a hacer la reconstrucción del país es candor o imbecilidad, y sin el poderoso factor del capital es condenar a nuestra Patria a la despoblación, a la miseria, a la ignorancia, a la revolución continua, al atraso y al crimen, haciendo ondear, por toda compensación, la siniestra bandera de un nacionalismo hermético y odioso.

El petróleo y su legislación

“**L**A naturaleza nos dotó con una de las riquezas más apreciadas y de las que el mundo necesita más para su desarrollo: el petróleo; pero no poseemos los capitales que son necesarios para descubrirlo, refinarlo, explotarlo y transportarlo; ni aún teniéndolos, deberíamos de rehusar el concurso de asociaciones y personas que traten de obtener una ganancia legítima.

“Por algunos años México se enorgullecó de ser el segundo productor de petróleo en el planeta, pero circunstancias de todos conocidas, han hecho que la producción descienda día a día,⁶ hasta que lo venzan países que no figuraban en la competencia económica, con daño trascendental de nuestras finanzas y recursos.

“La facultad que tienen los pueblos soberanos para darse la legislación que más les acomode, es innegable, pero la interdependencia de las naciones es también un hecho incontrastable y, pretender sustraerse a esta solidaridad, sería funesto error. Sin desnaturalizar en nada el principio de la nacionalización del subsuelo, ni herir tampoco la garantía de no retroactividad de las leyes, existe

⁶ México alcanzó su mayor producción en 1921, algo más de 193 millones de barriles; después, efectivamente, comenzó el descenso.

una solución prudente y patriótica que concilia todos los intereses y que ya ha sido dada por nuestra Suprema Corte de Justicia en conflictos semejantes: declarar que la nacionalización integral sólo comprende los fondos que no fueron objeto de ninguna inversión, de ningún contrato antes de la expedición de la Constitución, pero respetando los derechos adquiridos antes de esa fecha. Sólo con una declaración enfática y categórica que afirme la no retroactividad, se infundirá confianza al capital y podremos provocar el resurgimiento de esa industria de que tanto se ha menester.

La instrucción pública

“Ocupará cariñosamente mi atención la instrucción popular, que procuraré se imparta en todo el territorio sin distinción de personas, castas, ni categorías sociales, consagrando las mayores sumas a la enseñanza elemental y primaria, con bases de higiene y cultura física, autorizando y subvencionando la escuela particular, pues los reducidos medios con que cuenta el Erario no consentirían que se redujera la proporción de iletrados, sino en tiempo muy largo y con resultados siempre deficientes.

“La Universidad Nacional habrá que reformarla dotándola de rentas propias y de estatutos de amplia autonomía, para que la juventud respire, desde su iniciación en la vida, un ambiente de completa libertad mental y no se malee desde temprano con luchas políticas a las que debe estar ajena, ni se perturbe y la perturben con ambiciones burocráticas que la desvían de su elevada función social.

La libertad religiosa

“No sólo la libertad de todas las creencias que ordena nuestra ley fundamental, sino la perfecta separación de las iglesias y el Estado, se implantará sin restricciones.

El gobierno debe ejercer su inspección en materias de policía, de custodia de los edificios destinados al culto; pero no le toca en manera alguna reglamentar las creencias, ni calificarlas, ni favorecerlas, ni hostilizarlas. Sólo cuando la moral, el orden público o las buenas costumbres resulten lesionadas, se debe intervenir; mas debe ser inviolable la regla de que el Estado no puede dictar leyes prohibiendo o alentando el ejercicio de cualquiera forma de culto.

Libertad de pensamiento y de imprenta

“**R**EPUTO como uno de los bienes más preciosos la libertad de pensar y, en cualquier esfera y por cualquier medio que se ejercite, tendrá en mí, el más entusiasta sostén. La tendencia en los gobiernos a la dictadura es natural y orgánica: es la ley del menor esfuerzo. Gobernar sin responsabilidad ni censura, es cómodo y llano, pero el verdadero gobierno, el que tiene hondas y múltiples raíces en el pueblo, es aquel que sabe oír la opinión pública y se sustenta en ella, y el sentir de la masa nunca podrá escudriñarse plenamente si no se respeta su libertad.

“Vehículo poderoso de la opinión pública es la prensa, y con gusto recibiré sus indicaciones y colaboración. Sinceramente creo que una de las causas de nuestras periódicas asonadas, y de nuestro perpetuo malestar tiene su raíz en la opresión del pensamiento. Lejos de ver en la oposición de ideas y de programas un enemigo aborrecible y mortal, es necesario revestirse de tolerancia y llegar a convertir la oposición en un verdadero órgano de gobierno, que se ostente y luche en la prensa, en el parlamento y en las plazas públicas, y no esconda sus garras y dispare sus armas desde las tinieblas del complot.

*Relaciones con los poderes de la unión
y los gobiernos de los estados*

“**M**ANTENDRÉ con el Poder Legislativo, la más estrecha cooperación, y si éste logra limpios orígenes democráticos, será grato para mí pedirle su frecuente colaboración, como el intérprete más genuino de la opinión popular. Con el Poder Judicial de la Federación cuidaré de prestarle toda la ayuda que requiera, velando atentamente porque su fallos sean rigurosamente cumplidos, cualquiera que sea la autoridad, corporación o individuos a quienes afecten.

“Con los Estados mi actitud será de respeto a su soberanía, pero mi legítima influencia constitucional fracasará, si los ciudadanos de las distintas entidades federativas no se convencen de que ellos deben ser el principal escudo de sus instituciones y sus más enérgicos defensores, para no quedar expuestos a las maniobras de camarillas inmorales o ambiciosas.

Política exterior

“**E**XCUSADO es decir que seguiré una política de concordia con los países extranjeros, a quienes debemos respeto y amistad por su

cultura, por la laboriosidad de las colonias que aquí envían y por la ayuda que prestan al desarrollo de nuestra riqueza.

"Con España y las Repúblicas de nuestra habla, iniciaré una política de acercamiento que demuestre e intensifique la solidaridad que con ellas nos une.

"La naturaleza nos hizo vecinos del que es ahora el pueblo más grande del mundo. La que se ha dado en llamar la "fatalidad geográfica", no debemos convertirla en nuestro daño, sino utilizarla para que los Estados Unidos robustezcan con nosotros lazos de franca y respetuosa amistad.

"Si sabemos ser amigos sinceros, pero con decoro; independientes, pero sin groseras altanerías; cuidadosos de nuestros bienes, pero sin querer construir una muralla que nos encierre en nuestro suelo; cordiales sin servilismo, habremos conseguido el desideratum del buen patriota; *que el patriotismo no reside en las palabras altisonantes y huecas sino en los actos de probidad que tienen por mira el bien de la nación*, a fin de levantar sobre una mutua y completa inteligencia las bases de una cooperación armoniosa que nos eviten rozamientos que, para nuestro país, se convierten en verdaderos colapsos peligrosos para su desarrollo y tranquilidad.

El ejército, la armada y los servicios aéreos

"CUANDO pedí licencia ilimitada para separarme del Ejército y aceptar mi postulación, sentí una honda melancolía, porque me separaba de lo mejor de mi vida. En esa gloriosa institución se quedaba toda mi juventud. Soldado por imperativos cívicos, como todo el ejército revolucionario, no hay página de su historia que no recuerde con emoción; sus contratiempos y reveses me llenaron el alma de tristeza y sus victorias aún hinchan mis recuerdos y mi corazón de marciales y épicos orgullos.

"Para todos: humildes e ignorados soldados y generales de gloria resonante, tendré siempre el corazón y los brazos abiertos porque conozco su psicología especial y sé que forman la almáciga sagrada del heroísmo nacional, el brazo armado de la Patria, y que sólo alientan sentimientos de patriotismo y mandatos de lealtad.

"De corazón estarán conmigo, lo sé bien, porque saben que en mí encontrarán al amigo, al camarada de los días de prueba, que nunca ha dudado de su valer y que no evitaré esfuerzo, ni fatiga para mejorarlo y engrandecerlo.

México para todos los mexicanos

“LA naturaleza no me ha dotado, lo reconozco sin esfuerzo, de grandes cualidades, pero las enseñanzas de la vida y la idiosincracia propia han robustecido mi innata tolerancia. En mi administración no se escuchará a intransigentes partidarios, ni a pequeñeces innobles; será de ancha base nacional en la que ocuparán los primeros puestos la aptitud y el mérito.

“Las equivocaciones en política no son crímenes que deben exiparse con la inhabilitación perpetua, la miseria, el destierro y la muerte. El pensamiento no delinque cuando lo anima una pasión social aunque sea errónea, y las puertas de la Patria se abrirán a todos sin humillaciones y sumisiones vergonzantes, como un sagrado derecho y no como bochornosa limosna.

“Ahuyentaré el odio. No quiero la presencia de grupos exclusivistas que destilen rencor y envidia fratricida. No son fuertes los hombres que predicán el exterminio perpetuo y la guerra inextinguible; no vienen de Caín las figuras que la humanidad venera; son fuertes los que traen mensajes de amor y de concordia y la hoguera mexicana demanda con urgencia y angustia el rocío refrescante de la armonía y la tolerancia.

“Mi mensaje es de concordia y a todos llamo para que conmigo compartan la augusta tarea de constituir una Patria renovada, que se presente dignificada ante el exterior y unida y rica en el interior; que por su seriedad en el cumplimiento de sus compromisos y por el trabajo abundante y justamente retribuido que en ella se consiga, sea respetada y querida de todos.

“De la intranquilidad constante, de las riñas fratricidas, de la anarquía latente, de todos los sufrimientos que engendra el odio, el gobernante de buena voluntad puede transmutarlos en sosiego y armoniosa cooperación por la rectitud en la justicia. En esta orientación se encuentra el secreto de la verdadera redención nacional.

“Creo haber cumplido con el deber de un buen mexicano que busca el bien de su Patria, al lanzar este esbozo de programa. Si en él acerté a hallar la solución de los más graves problemas nacionales, pido a mis compatriotas que lo refuercen con sus votos y me ayuden a llevarlo a cabo con sus entusiasmos, para legar a nuestros hijos una Patria más grande y más amorosa.

Se hace notar que los ataques al general Alvaro Obregón contenidos en la primera parte del Manifiesto son hasta cierto punto moderados, no son injuriosos. El documento es demasiado esquemático y sólo de vez en cuando encontramos ideas con alguna novedad para el momento en que fue redactado; no hay nada sobresaliente.

Ahora bien, en el curso de septiembre de 1927 se hablaba en corrillos de la ciudad de México que el general Francisco Serrano hacía planes para levantarse en armas contra el gobierno, lo cual no sabemos que haya sido plenamente demostrado con documentos irrefutables. El 3 de octubre en la noche el general Juan Domínguez aprehendió a Serrano con 12 compañeros en una casa de Cuernavaca, entre quienes había tres generales y nueve civiles. Según noticias no se encontraron armas. El general Domínguez los obligó a subir en un camión custodiado por otros camiones con soldados al mando del general Claudio Fox. En un lugar denominado Huitzilac se ordenó a los presos que bajaran de los vehículos y caminaran al lado de la carretera. Los soldados comenzaron luego la carcería disparando sus armas. Algunos corrían para escapar de la muerte. Ninguno quedó con vida. Aquí la lista de las víctimas de aquel espantoso crimen: general Francisco R. Serrano, general Carlos A. Vidal, general Miguel A. Peralta, general Carlos V. Araiza, Alonso Capetillo, Augusto Peña, Antonio Jáuregui, Ernesto Noriega Méndez, Octavio Almada, José Villa Arce, Enrique Monteverde Jr., el orador licenciado Rafael Martínez Escobar y el poeta Otilio González. Se aseguró por aquellos días que el general Fox recibió instrucciones directas del general Alvaro Obregón. La historia no ha desmentido el cargo, aun cuando inevitablemente el general Calles tuvo que cargar con la responsabilidad histórica de esos asesinatos incalificables; y, por otra parte, cabe observar: ¿Tenían la misma culpabilidad los militares que los civiles? ¿El general Carlos A. Vidal que el poeta Otilio González, a quien lo que esto escribe conoció personalmente y sabe que era persona incapaz de tomar parte en actos de esa naturaleza?

EL ingeniero Marte R. Gómez, a quien obsequié un ejemplar de la edición privada de mi libro *Mis trabajos y los años. Una vida en la vida de México*, edición de 300 ejemplares fuera de comercio, me envió una larga carta conteniendo interesantísimos datos; y, por considerarlo de enorme interés histórico, aquí reproduzco lo que me escribió acerca de los asesinatos del general Serrano y de sus infortunados compañeros:

“En la página 114 está usted en lo justo al decir que las instrucciones que recibió el general Claudio Fox las dio el general Obregón. La noche de los trágicos acontecimientos, tanto Calles como Obregón sabían que en las maniobras militares que debían desarrollarse en Balbuena se planeaba aprehender y fusilar a Calles, a Obregón y a Amaro.

"A última hora, el general Martínez, comandante de la guarnición de la plaza, se arrepintió de lo que había pactado con su segundo, el general Almada, y fue a contárselo todo al general Calles, que se contentó con ordenarle que saliera inmediatamente de México, y que se radicara en el lugar de Europa que más le gustara y que resultó ser Barcelona.

"El único que se presentó a las maniobras fue el general Amaro, excepcionalmente vestido de paisano, porque siempre usaba el uniforme militar. Estaba enfundado esa tarde en un grueso abrigo y guardaba siempre la mano derecha en una de las bolsas, en la que después se supo que tenía una pistola automática.

"Cuando Almada supo que Obregón y Calles no asistirían, y Amaro ordenó que las maniobras principiaran, Almada todavía intentó sacar de las tribunas al único rehén posible, dando como pretexto que en medio de aquel copioso chubasco, porque llovía a cántaros, un rayo había desflorado el cañón de un fusil y lo invitó para que fuera a verlo. Almada inclusive lo tomó del brazo para llevarlo. Amaro se desprendió con violencia y los ayudantes que estaban cerca de él se prepararon para actuar, de ser necesario, pero no hubo tal. Almada mandó desfilar a las tropas de la guarnición para tomar el camino de Texcoco.

"No se sabía, en aquellos momentos, si salían resueltamente de la ciudad, o se organizaban para atacar el único reducto leal al gobierno que estaba en Chapultepec. En el cerro estaban montadas numerosas ametralladoras, pero como fuerzas sólo se contaba con las de guardias presidenciales. Se trataba, como ve usted, de un momento crítico y el fusilamiento de Serrano podía tener el efecto, como lo tuvo, de hacer bajar la moral de los sublevados. Era una lucha a vida o muerte. En aquellos momentos, en México se mataba o se moría. Por eso cuando el general Calles le ordenó al general Claudio Fox, a quien él mismo había seleccionado, para que mandara la escolta y que trajera a la capital a los presos, el general Obregón, que estaba junto a él, pronunció palabras que el licenciado Portes Gil y yo oímos —porque éramos muy pocos los que allí estábamos—, y que se quedaron grabadas indeleblemente en mi memoria: '—No, Plutarco, con tu permiso, las cosas no se hacen así. Hay que hacer un escarmiento doloroso, derramando sangre que ahorre vidas. Serrano y sus acompañantes deben ser fusilados inmediatamente entre Cuernavaca y México'.

"El general Calles, que dejó ordenar al general Obregón, nunca ha rehuido la responsabilidad de ese acto ejemplar, pero la idea, como antes le digo a usted, fue de Obregón. No sólo Obregón se quedó en Chapultepec hasta después de que supo que las ejecuciones habían tenido lugar, y cuando un oficial subió al Castillo para

notificar que abajo estaban los cadáveres, todavía buscó con la mirada al doctor Enrique Osornio, y le pidió que bajara a identificarlos.

"El general Osornio, el mismo que había amputado el brazo de Obregón, subió al poco y dijo: están allí los cadáveres de Serrano, zutano, mengano y perengano, también el de un joven que no conozco. Era de un sobrino del general Serrano, Jáuregui, que ni remotamente suponía que iba a cobrar notoriedad en ese holocausto.

"Con su sagacidad y su clara visión de lo que era la política mexicana de aquellos días, ya al amanecer, saliendo el sol, el general Obregón, entonces, tomó el sombrero de Panamá con el que se cubría, se lo puso, y tomó dispositivos para despedirse:

"Bueno señores, dijo todavía, a esta revolución ya se la llevó la tiznada, y nos fue mirando para guardarnos en su memoria excepcional, memoria de los rostros, y nos estrechó la mano".

La tragedia se desenvolvió en el curso de la noche del 2 al 3 de octubre de 1927. Primero la orden del vencedor de Francisco Villa al general Claudio Fox; segundo, la aprehensión de Serrano y acompañantes en una casa de Cuernavaca por el general Domínguez y obligarlos a subir en el camión; tercero, Huitzilac...; cuarto, los cadáveres en el bosque de Chapultepec al pie del Castillo y la orden para su identificación, y luego el epílogo, las palabras "a esta revolución ya se la llevó..." cuando ya en el oriente aparecía el sol.

La misma suerte corrió el general Arnulfo R. Gómez, quien seguido de unos cuantos partidarios se había levantado en armas en el Estado de Veracruz. Gómez fue capturado el 4 de noviembre de 1927 en el pueblo de Teocelo y desde luego pasado por las armas. Y así el general Alvaro Obregón se quedó como candidato único sin ningún opositor.

El primer domingo de julio de 1928 fue Obregón electo presidente de la República; el 10. de diciembre ocuparía otra vez la Primera Magistratura de la Nación.

Sus partidarios más cercanos le ofrecieron el 17 del mismo mes un banquete en "La Bombilla", restaurante ubicado en una huerta de San Angel. Cuentan los asistentes que habían algunos periodistas y fotógrafos. Entre ellos apareció un sujeto que dijo ser reportero y caricaturista. Empezó a hacer caricaturas de varios de los asistentes, quienes se divertían bromeando entre sí sobre la habilidad e ingenio del dibujante. Le llegó su turno al general Obregón y al mostrarle su caricatura con la mano izquierda, sacó un revólver de

la bolsa del saco con la derecha y disparó a quemarropa sobre la espalda del caudillo sonoreño. Un prolongado quejido y la vida se escapó del único general mexicano que jamás había perdido una batalla. Algunos quisieron matar allí mismo al asesino. Aurelio Manrique gritó: "No lo maten, porque después no sabríamos el origen de este crimen horrendo". Las pistolas volvieron a sus sitios. Consternación inmensa en toda la nación. El sujeto aquél respondía al nombre de José de León Toral. Había asistido a varias juntas de fanáticos religiosos a quienes se les había metido en la cabeza que el general Alvaro Obregón, si llegaba a ocupar la presidencia de la República, perseguiría sin descanso a los católicos. Había que evitarlo a toda costa, aun a costa de la vida del nuevo Diocleciano. El asesino fue desde luego encarcelado. La misma suerte corrieron algunos de sus cómplices, bien pronto descubiertos. El magnicidio provocó una verdadera crisis política, entre cuyos efectos cabe mencionar la renuncia de varios altos funcionarios: la de Luis N. Morones, secretario de Industria, Comercio y Trabajo y la del general Roberto Cruz, Inspector General de Policía. Los obregonistas más cercanos a su jefe llegaron a atribuir al mismo presidente Calles la paternidad del complot contra la vida de Obregón, imputación absolutamente falsa como quedó bien pronto fácilmente demostrado.

José de León Toral, después de haber sido sometido a juicio ante un jurado popular con apego estricto a las leyes vigentes, fue fusilado el 9 de febrero de 1929.

El 30 de julio de 1928, apenas 13 días después del crimen de "La Bombilla", el Congreso de la Unión declaró otra vez reformada la constitución según la primera iniciativa presentada por el general Alvaro Obregón; la de los sexenios quedó como reforma definitiva.

EL último informe al Congreso del presidente Calles, el 10. de septiembre de 1928, fue sensacional en la parte relativa a la política nacional. Lo fundamental consistió en sostener que había llegado la hora de que el país pasara del gobierno de caudillos al de instituciones. Aquí conviene copiar algunos fragmentos de dicho documento:

"Hay que advertir, en efecto, que el vacío creado por la muerte del señor general Obregón intensifica necesidades y problemas de orden político y administrativo ya existentes y que resultan de la circunstancia de que, serenada en gran parte la contienda político-social por el triunfo definitivo de los principios cumbres de la Revolución, principios sociales que, como los consignados en los ar-

títulos 27 y 123, nunca permitirá el pueblo que le sean arrebatados; serenada, decíamos, por el triunfo la contienda político-social, hubo de iniciarse, desde la administración anterior, el periodo propiamente gubernamental de la Revolución mexicana, con la urgencia cada día mayor de acomodar derroteros y métodos políticos y de gobierno a la nueva etapa que hemos ya empezado a recorrer.

"Todo esto determina la magnitud del problema; pero la misma circunstancia de que, quizá por primera vez en su historia, se enfrenta México con una situación en la que la nota dominante es la falta de 'caudillos', debe permitirnos, va a permitirnos orientar definitivamente la política del país por rumbos de una verdadera vida institucional, procurando pasar, de una vez por todas, de la condición histórica de 'país de un hombre' a la de 'nación de instituciones y de leyes'.

"No necesito recordar cómo estorbaron los caudillos, no de modo deliberado quizá, a las veces, pero sí de manera lógica y natural siempre, la aparición y la formación y el desarrollo de otros prestigios nacionales de fuerza, a los que pudiera ocurrir el país en sus crisis internas o exteriores, y cómo imposibilitaron o retrasaron, aun contra la voluntad propia de los caudillos, en ocasiones, pero siempre del mismo modo natural y lógico, el desarrollo pacífico evolutivo de México, como país institucional, accidentes sin importancia real, al lado de la serenidad perpetua y augusta de las instituciones y las leyes.

"Pues bien, señores senadores y diputados, se presenta a vosotros, se presenta a mí, se presenta a la noble institución del ejército, en la que hemos cifrado ayer y ciframos hoy nuestra esperanza y nuestro orgullo; se presenta a los hombres que han hecho la Revolución y a las voluntades que han aceptado de modo entusiasta y sincero la necesidad histórica, económica y social de esta Revolución, y se presenta, por último, a la totalidad de la familia mexicana la oportunidad, quizá única en muchos años, repito, de hacer un decidido y firme y definitivo intento para pasar de la categoría de pueblo y de gobiernos de caudillos a la más alta y más respetada y más productiva y más pacífica y más civilizada condición de pueblo de instituciones y de leyes".

Al concluir el presidente la lectura de el trascendental informe, los miembros del Congreso lo aplaudieron largamente poniéndose de pie. Al día siguiente los comentaristas políticos de los diarios capitalinos elogiaron con entusiasmo el mensaje político del general Calles relativo a su tesis de sustituir el régimen de caudillos por el de las instituciones.

Pero no quiero terminar sin referir un hecho conocido y otro desconocido.

El hecho conocido es que el diputado Aurelio Manrique, cuando el presidente Calles abandonaba el salón de sesiones del Congreso después de su histórico mensaje, le gritó: "¡Farsante!", precisamente cuando pasaba muy cerca de él, de lo cual todos los asistentes se enteraron.

El hecho desconocido me lo refirió mi amigo Aurelio uno o dos años antes de su muerte. Al salir de la Cámara notó que lo seguía a prudente distancia un militar de dos estrellas, y así durante ese día y un día después. El creyó que el general Calles, molesto por lo que le dijo, ordenó que fuera vigilado. Pasaron varios años y en alguna ocasión se encontró a aquel militar, ya brigadier, quien le refirió que al salir el Presidente le había dicho: "Vigíleme y cuídeme a Manrique, usted me responde de su vida".

EL 16 de agosto fue nombrado Secretario de Gobernación el joven abogado don Emilio Portes Gil y el 25 de septiembre designado por el Congreso Presidente Provisional de la República, del 10. de diciembre de 1928 al 4 de febrero de 1930. Las elecciones del presidente constitucional para el resto del sexenio se efectuarían el 17 de noviembre de 1929. Hay quienes piensan que desde la designación de Portes Gil como Secretario de Gobernación, comenzó el maximato del caudillo sonoreense.

EL TANGO

UNA NOSTALGIA QUE DEBE MORIR

Por José BLANCO AMOR

EL tango tiene nostálgicos defensores en la mayoría de los argentinos. Ha sido uno de los vehículos que sirvió para que la Argentina fuera conocida en Europa y los Estados Unidos, y ese papel se ve como una añoranza. Después hay de todo: algunos lo critican, otros no se ocupan de él y los dotados de espíritu crítico lo desprecian porque se le identifica con el hombre argentino. No. El hombre argentino no salió del tango —dice esta minoría crítica—, ni el tango representa la psicología de todo un país. Pero nadie debe dudar de que en torno del tango se mueve una multitud de personas interesadas en que el tango siga vigente para utilizarlo como tema de mesas redondas, conferencias, declaraciones, etc. Son los tangófilos.

No hay día en que el tango no sea protagonista de audiciones de televisión o de radio. El tango simboliza una época y una manera de sentir a Buenos Aires cuando Buenos Aires pugnaba exitosamente por romper los esquemas de un pasado que lo identificaba con el arrabal y la llanura infinita, donde los atardeceres se prolongaban como un largo bostezo de abandono. Hoy Buenos Aires dispone de todos los atributos de una gran ciudad moderna. Es una gran ciudad por su vida comercial, cultural y artística intensa, y por su capacidad de asimilar rápidamente cuanto pueda crear el mundo en sus audacias innovadoras. Importantes sectores de sus habitantes tienen gustos refinados para vivir y saber vivir, se rinde culto a la música clásica y a la ópera, en su suelo funciona uno de los teatros líricos (el Colón) más importantes del mundo, hay en sus habitantes una fuerte voluntad de concentración de fuerzas para crear, imaginar y lanzar al mercado cosas nuevas. Buenos Aires tiene grandes y hermosos parques (plazas) arbolados y cuidados, ahora a merced del asalto de niños y mayores. Es necesario encontrar urgentemente un intendente (alcalde) que se preocupe de devolver a Buenos Aires su rostro embellecido y sonriente y le dé el empujón final para colocarlo en la jerarquía que por su fuerza y su riqueza ocupa

entre las grandes ciudades del mundo moderno. Esta ciudad dio nacimiento a una música (el tango) que recorrió buena parte del mundo con su ritmo humilde y quejumbroso y fue aplaudida en los centros de moda de su época. Pero hoy nadie ignora que el tango ha dejado de ser música atractiva para la juventud. Abandonado por la sensibilidad popular, el tango se ha refugiado en los laboratorios y en los libros de ensayos para regodeo de los historiadores de las cosas menudas de la vida diaria. Ningún miembro de la Academia del Lunfardo olvida al tango en su discurso de ingreso. El tango está allí con sus compases *entreverados* y saltando de sillón en sillón para refrescar la memoria de los señores académicos. Su lenguaje del arrabal ha servido de punto de partida para estudios académicos muy sesudos y para análisis antropológicos. El tango —como música y como letra— no soñó jamás con un destino tan elevado. Quieren encontrarse en él las pautas culturales y psicológicas para definir a Buenos Aires y al hombre que en la ciudad nace y muere. Pero el tango no da para tanto. En verdad, el tango da para poco. Basta presenciar una audición de televisión que tenga por sostén la música de tango con sus orquestas, sus cantores, sus cancionistas, sus glosadores a la manera de mi recordado amigo Julián Centeya (nombre propio: Amleto Vergiatti) para convencernos de que hemos entrado en un mundo anacrónico. Nada de lo que se ve tiene relación con la sociedad de hoy. Puede argüirse que tampoco los trajes típicos y la letra y la música del folklore de todos los pueblos tienen nada que ver con el presente de la sociedad tecnológica en que vivimos. Pero el folklore vive y seguirá viviendo porque tiene otras raíces y otros destinos. El tango es un espectáculo anacrónico. Han pasado cincuenta años desde que el jazz invadió y conquistó el mundo con el ritmo rugiente de sus trompetas y de sus saxofones. Y cincuenta años en el desarrollo de la música popular es mucho tiempo. Ese espectáculo anacrónico no interesa a la juventud más que como recuerdo de una danza que pasó por la historia de una ciudad. En este sentido el tango es válido.

Origen del Tango

BUENOS Aires es la cuna del tango, como todos sabemos. En sus orígenes está representado por una serie de nombres españoles. En las últimas dos décadas del siglo XIX aparecen como precursores del tango Gabriel Diez, Jorge Machado, Míguez, Juan Pérez, Pedro José Palau, Andrés Abad, Nemesio Trejo, Prudencio Aragón, Rosendo Cayetano Mendizábal, Eduardo García Lalanne, Manuel Campoamor. Con estos nombres de origen español se nutrió la prehistoria

del tango. El verdadero creador fue, según el erudito Roberto Sellés, Juan Pérez, autor de *Dame la lata*. Hubo un tango de origen andaluz y otro procedente de la habanera. Juan Pérez le dio la verdadera expresión vernácula. Esto duró hasta la primera década del siglo xx. A partir de 1914 el tango echó a volar por el mundo en alas de las grandes orquestas típicas creadas y dirigidas por maestros de ascendencia italiana: Francisco Canaro, Osvaldo Fresedo, Osvaldo Pugliese, Aníbal Troilo, Carlos Disarli, Julio de Caro, Roberto Firpo, Juan D'Arienzo, Rodolfo Biaggi, etc. Estas orquestas nacieron con la Primera Guerra Mundial y algunas se prolongaron, a través de los nombres indicados hasta nuestros días. Hoy ya no hay grandes conjuntos orquestales ni nombres que simbolizen la música de Buenos Aires. El tango no encuentra quien lo sostenga, con las excepciones que veremos más adelante.

Buenos Aires es el tango, el tango es Buenos Aires. En torno de esta síntesis categórica se ha hecho una profusa literatura que terminó siendo subliteratura. Buenos Aires no aceptó nunca en silencio ese dictamen terminante. Pero tampoco lo rechazó. Nadie se ocupó de combatir algo que es inofensivo. Mientras el tango fue la expresión de una sensibilidad popular y de una moral (el amor sin pasar por el registro civil ni por la iglesia), no pudo penetrar en ciertos sectores de la sociedad argentina. No se lo combatía. Se le cerraban las puertas simplemente. El hogar tenía que estar a salvo de esa danza escandalosa con su letra ramplona y exultante de intenciones eróticas. Hoy las costumbres de una sociedad sin prejuicios tampoco admitieron al tango: lo dejaron abandonado entre las cosas del pasado. Pero interesa, en cambio, la historia del tango como curiosidad que nadie ha sido capaz de satisfacer. Con la excepción de México, Guatemala, Ecuador y Perú, en América todo llegó de alguna parte, generalmente de España. El folklore americano se formó con palabras españolas y ritmos indígenas. En los Andes habla con un acento, en el litoral marítimo con otro, pero siempre con la palabra que le dio una de las lenguas de Europa. El tango también llegó de alguna parte y quedó arrinconado en la sombra modesta de los barrios alejados del centro de Buenos Aires, más sensible a la moda europea. La ciudad luchaba para pasar de provinciana a cosmopolita. Por su puerto entraban todos los días barcos cargados de emigrantes Europeos. Eran hombres que iban a "hacer la América" y generalmente se quedaron allá para siempre. De la masa de cientos de miles de españoles e italianos se nutrió la fuerza que impulsó a la Argentina para dar el paso de país pastoril y cerealero a ser la expresión más madura de una gran nación de la América del Sur. El tango, sentimental y dolorido, se escondió con esa masa de hombres en los

barrios sin fronteras de la ciudad que se estiraba hacia la pampa y en los conventillos atiborrados de toses y de hambres. ¿Dónde nació el tango? El tango nació. . . Un prostíbulo, una guitarra pulsada con mano trémula, una garganta que improvisa (como en la payada, como en la milonga) unos versos de humilde contenido poético, y un hombre y una mujer que se abrazan para sentir mutuamente el palpar de los cuerpos entre piruetas rítmicas en una pista de tierra. Eso que se bailaba se llamó tango. Después se sumó un violín a la guitarra y finalmente el bandoneón. Este instrumento fue introducido por Sebastián Ramos Mejía, hijo de libertos, quien tocaba tangos en el café Atenas, de Canning y Santa Fe, y en el prostíbulo La Estrella. El bandoneón es el instrumento que ha evolucionado más entre los primitivos marcadores del compás de dos por cuatro. El bandoneón es un pequeño órgano por su sonido y por la riqueza de su teclado. Alejandro Barletta, concertista de bandoneón, es ampliamente conocido en los principales centros musicales del mundo como un maestro de este instrumento que el tango hizo argentino. El tango ya tenía música e instrumentos característicos que la interpretarían. Le faltaba la letra. Esta es la versión directa y humilde de los orígenes del tango. Hay quien asegura que tuvo otra cuna. Borges llegó a decir que el tango había nacido en el Barrio Norte, cosa nada probable incluso por falta de tiempo. El Barrio Norte cerró sus puertas al tango hasta que regresó de Europa y los Estados Unidos triunfante en la voz de Gardel. Si ese lugar hubiera sido su cuna tendría que haber andado disfrazado por Callao y Avenida Alvear hasta los años treinta. Pero ya sabemos que Borges es un historiador personal y arbitrario, y sus juicios no se ajustan nunca a la precisión y a la objetividad. Su brillante talento lo libera de estas exigencias.

La letra

CUANDO llegué a Buenos Aires (1930) con las antenas adolescentes predispuestas a absorber cuanto me entraba por los oídos, descubrí que entraban palabras que nada tenían que ver con el castellano, ni siquiera con el idioma que se hablaba en las calles. Era otra cosa. El tango afloraba a la superficie como un personaje humillado y marginado por la ciudad y hablaba en un idioma propio de su condición.

*Pato, que peimás a la gomina,
boy sos milonguero y compadrón.*

*Andá, que te de el espiente la mina
volveras por nuestra esquina
a mangar para el bullón.*

Gomina, un fijador; *milonguero*, de milonga, frecuentador de bailes; *compadrón*, pendenciero y desafiante; *espiente* (spiente), efecto de echar, de despedir; *mina*, mujer que trabaja para el hombre que la explota. Este era un lenguaje hermético y cabalístico. Pero había otros peores: *Aragán, si cachás al inventor del laburo lo fajás*... No era, en sentido estricto, el lenguaje de los argentinos. Era un argot dentro del argot porteño. Lo supe años después: era el lunfardo. A esta jerga desglosada del hablar confuso de una ciudad que estaba creciendo todos los días con la inmigración de todo el mundo, se agregaron acentos dramáticos y quejumbrosos del hombre burlado por la perfidia de la mujer. Esta mujer era descendiente directa de aquella otra que se abrazaba a un seguro cliente en la antesala de un prostíbulo. Contra esta mujer y toda su ascendencia se volverían iracundos algunos tangos que dieron fama a Enrique Santos Discépolo. Su padre, napolitano, se hizo en Buenos Aires compositor y pianista y se le conocen algunos tangos. Su hijo Enrique (Discépolín, en el lenguaje de sus amigos y admiradores) tenía un talento vivaz y un espíritu sumiso. Sus tangos describen una metafísica del hombre sin voluntad, entregado a la fatalidad del destino, sin vigor para rebelarse e imponerse. En *Uno* dice:

*Uno lucha y se desangra
por la fe que lo empecina,
uno va arrastrándose entre espinas
en su afán de dar su amor...*

Discépolo es un autor consagrado precisamente por *Uno*, pero su visión negativa procede del cabaret, de la noche, de la bebida, de la falta de fe, del convencimiento de que la vida es una carga y que el hombre, sobre esa carga, tiene que soportar la de una mujer frívola, infiel y malvada. Sus tangos son paradigmas de pesimismo, de entrega y de dolor sumiso. *Yira-Yira* fue en su momento expresión de esa tendencia del autor. Después nacieron de él otras letras no menos delicuescentes que la humedad de Buenos Aires absorbió para ser usadas en la noche.

*Sola, fané y descangallada
la vi esta madrugada
salir de un cabaret.*

*Flaca, tres cuartas de cogote
y una percha en el escote
bajo la nuez.*

Después de describir otra serie de catástrofes propias de la declinación física, el galán herido no reaccionaba dispuesto a admitir que él también podría haber envejecido como esa mujer que amó. Por el contrario, entablaba una melopea de arrepentimiento por haberla amado:

*Y pensar que hace diez años
fue mi locura,
que llegué hasta la traición
por su hermosura.
Y esto que hoy es un cascajo
fue la dulce metedura
donde yo perdí el honor.*

La amó con locura y por ella perdió el honor porque "le quitó el pan a la vieja" —dice más adelante. El amor carnal había pasado como una tromba destructora: la víctima no era una mujer envejecida que tenía que seguir simulando belleza para vivir, sino un hombre resentido que se volvía contra la mujer como condición, contra el amor y contra los demás. Ese hombre estaba tan envilecido que hasta fue espiar a las puertas del cabaret para verla salir del brazo de otro. No exaltaba en sus versos un amor compartido, sino el resentimiento de haber sido reemplazado por otro. Esta tendencia de sus letristas hizo que el tango mereciera toda suerte de calificativos derrotistas. Era la canción representativa del hombre que toleraba toda clase de abusos de parte de la mujer que amaba, sin valor moral para luchar por una reciprocidad legítima. El cornudo lloraba su derrota sin ocultar los cuernos. Esto no era admisible por dos cosas: porque el hombre argentino tiene un elevado concepto de su machismo y porque en la práctica el tango mentía. Esa letra resignada y derrotista representó sólo al hombre derrotado de antemano por querer vivir sin trabajar y por entregarse a una vida nocturna sin más esperanzas que el momento fugaz del alcohol y de la prostituta. Puede gravitar también —y éste era el caso de Discépolo— un origen humildísimo de conventillo y de miseria. Contra esta letra reaccionaron algunos autores, entre ellos Homero Manzi, contemporáneo de Discépolo pero más joven. El idioma fatalista tuvo su clientela en la gente de la noche de la calle Corrientes —cuando Corrientes era el centro de *toda la noche*—, para la cual el día co-

menzaba a las seis de la tarde. Julián Centeya decía que nunca había visto amanecer y que no conocía el sol antes de las seis de la tarde. Esa bohemia no estaba alimentada por rentas ni por grandes sueldos. Julián Centeya era un periodista repentista que había que dejarle escribir de acuerdo con su vena del día. Vivió siempre en una menesterosa pobreza alcohólica. Las letras de los tangos anteriores al cuarenta hablaban a estos hombres. Para ellos la vida era esa mujer que brujuleaba entre los demás hombres el dinero necesario para el día y que después, cansada de soportarlos, volcaba sus energías productoras en otro galán. Era la *mina*, la mujer productora de dinero y de placer. El galán despechado escribía o inspiraba uno de esos tangos de la época pregardeliana. La dignificación de la canción porteña llegaría precisamente con Carlos Gardel.

Pero el tango tendría que seguir haciendo prolongadas antesalas antes de que le permitieran ingresar en los palacios de la oligarquía y en los clubes de mayor prestigio del país. Finalmente venció y pudo trepar a las máximas alturas. Había triunfado en todo el país. Pero fue una victoria efímera. La década del veinte aplaudió en los escenarios de Europa una música que los soldados negros de los Estados Unidos habían hecho popular en las trincheras de Francia: el jazz. Desde Europa el jazz atravesó el océano y llegó a América del Sur como fruto de una *nueva sensibilidad del mundo*, herido definitivamente por la guerra. El jazz no recurría a características nacionales. O sea que sus vibrantes compases eran tan legítimos en Nueva Orleans o Nueva York como en Buenos Aires o Madrid. Era la música de la nueva edad del planeta. Pero las notas iban y venían por el espacio, y mientras el jazz conquistaba el mundo todo, el tango, más humilde y más tímido, se asomaba a una Europa que había salido de la lucha con plomo en las alas. Tal vez esa música lenta, acompasada, descriptiva de un estado de ánimo intimista, fuera en cierto modo una intérprete válida para identificarla con el nuevo estado de ánimo de mucha gente. Europa recibió con igual entusiasmo las dos expresiones musicales procedentes de América, pero tuvo que ceder más espacio al jazz por su pujanza y porque detrás de sus rugidos había una gran potencia. España, más cercana a América del Sur que a la del Norte, rindió igual tributo a una y otra. En todas las aldeas de España había dos orquestas: una para jazz y pasodobles y otra para tangos y valsos. Los palacios de la oligarquía argentina se abrieron también al tango, pero con mucha cautela. Gardel tenía presencia, buena voz y regresaba de Europa de hacerse escuchar con tangos cuya letra era sentimental y romántica, sin escabrosidades. La difusión de la radiotelefonía ponía esa voz y esas canciones al alcance de todos. Gardel y Agustín Magaldi éste más

identificado con el tango del pasado —eran los nuevos ídolos populares. El hecho de que el tango regresara como un bumerán con sello europeo hizo que fuera bien visto por la élite, pero sin entusiasmo. Los orígenes de la canción popular porteña nunca fueron olvidados del todo. Quedó en la memoria de las gentes un tango perfectamente admisible para unos y otros: Gardel (sentimental y galante), Homero Manzi (poético y descriptivo), Discépolo (derrotista y degradante). De aquí el tango pasó a manos de los especialistas y de los tangófilos, que se hicieron legión después de la muerte de Gardel (1935). La juventud de hoy ejecuta movimientos y contorsiones derivados del jazz y no rinde culto a nada fijo en el tiempo. El jazz ha tolerado sobre los "negro-spirituals" toda clase de sonidos, armonías y desarmonías que dejaron en el olvido el dolor de los primitivos esclavos. En sus orígenes tenía esperanzas en Dios y en los hombres buenos. El tango no pudo dar esta riqueza cromática para invadir el mundo porque sus orígenes eran desconocidos y porque los tangófilos lo estratificaron en el tiempo. Los jóvenes argentinos lo rechazan. Ponen sus discos como una concesión a los mayores, que les gusta distender los músculos en unas cuantas piruetas, pero ni siquiera miran con interés cómo bailan. No quieren aprender a bailar el tango. Cuando los mayores se retiran, esos discos pasan al archivo de los recuerdos.

Carlos Gardel

JULIÁN Porteño organizó el Museo del Tango en un subsuelo de Corrientes y Esmeralda. Duró pocos meses, pero allí podía verse a Gardel en fotografías al lado de las personalidades europeas más importantes de los años veinte. El cantor estaba junto al rey Alfonso XIII de España, al rey de Italia, al presidente de Francia y al lado de figuras de la política y de la cultura de todos los países europeos. Después Gardel pasó a los Estados Unidos y su ancha sonrisa contagiosa y optimista capturó a través del objetivo a las más grandes figuras de Broadway y después de Hollywood. Esta victoria tan catagórica, ¿correspondía a la Argentina, a Gardel o al tango? Yo creo que los tres elementos eran inseparables. La Argentina era entonces un país pujante y con una visible pasión por ser una potencia entre las naciones latinoamericanas. Todos los esfuerzos de sus elementos constitutivos se orientaban hacia esa finalidad. Su presente en la década del veinte era el que correspondía a un país democrático, con una civilización política muy desarrollada, que había llegado a grados de perfeccionamiento a través de diversas vicisitudes y de graves tropiezos. Pero el país siempre se había levantado con ánimo de

proseguir el camino emprendido para ser esa potencia que el destino parecía tenerle reservada. Su suelo y su potencial económico hacían de la Argentina una esperanza para el mundo. Esto era legítimo. El futuro no podía ser más promisor. Gardel, por su parte, era un joven victorioso en el mundo del espectáculo, y sus triunfos —que entonces comenzaban— no hacían más que repetirse y crecer. Su presencia en los escenarios de cualquier gran ciudad de Occidente despertaba simpatía, adhesión y entusiasmo. Su registro de voz era el que correspondía a la línea melódica de los cantores populares, con posibilidades cercanas a las de un tenor de ópera, entonces signo de prestigio. Por pura modestia —una modestia especulativa y bien orientada— ese hombre gentil y sonriente, buen mozo, apuesto y dominador, se mostraba siempre con rasgos de humildad. Sabía identificarse con el hombre de la multitud, con el hombre-masa, del que hablaba por entonces un ilustre filósofo español. Gardel era un joven a la moda. Tenía los gustos refinados de la generación anterior a la Primera Guerra Mundial y la audacia para asimilarse al hombre-masa que estaba conquistando el mundo, especialmente en los Estados Unidos. Además de todo esto Gardel cantaba admirablemente bien sus temas. El lenguaje de sus canciones tenía la elevación que le permitía la humildad de una música sin más complicaciones que agradar al oído y deleitar a la gente común con movimientos bailables de corte inequívocamente amorosos. ¿Audaces? Sí, pero no agresivamente eróticos como los que después tomaron de las tribus africanas otras expresiones de la música moderna. Sin hacer halagos melodramáticos ni mucho menos demagógicos al hombre común, Gardel exaltaba en sus canciones a ese hombre enlodado por otros autores de tangos. Había tenido el buen tino de organizarse como empresario y disponer de un conjunto orquestal propio. Gardel tenía nociones muy precisas de que su capacidad histriónica era reducida, y para estar siempre en la medida de sus fuerzas necesitaba una letrista que limitara sus exigencias expresivas a lo esencial. Ese letrista de medida se llamó Alfredo Le Pera, amigo suyo desde la primera juventud. Le Pera se caracterizaba por su capacidad para encontrar la rima fácil que le permitiera al cantor lucirse con total dominio de su arte. “La humilde letrilla del tango —dice Terig Tucci en su libro *Gardel en Nueva York*— es un vehículo expresivo; en ella el poeta sugiere, pinta, conjuga impresiones de colores, paisajes y costumbres del ambiente argentino —campero y urbano— con la maestría de un Picasso o un Quinquela Martín. Su urdimbre temática se desprende del lógico desarrollo de su narración”. Este poeta de tan estudiados matices sabía adaptarse perfectamente a lo que necesitaba Gardel. Ambos fueron amigos y colaboradores y mu-

rieron juntos en el accidente aéreo de Medellín, Colombia (24-6-1935).

La palabra de Alfredo Le Pera recorrió el mundo en la voz de Carlos Gardel en películas y canciones tan difundidas como *El día que me quieras*, *Sus ojos se cerraron*, *Volver*, *Mi Buenos Aires querido*, *Anclado en París*, *Los muchachos de antes*, etc. En todas estas canciones se exalta el sentimiento amoroso hacia la mujer y nunca el resentimiento del hombre herido por cuestiones de amor. Gardel era un hombre galante y victorioso, mundano y gentil, y cantaba sus éxitos y sus amistades (*Lequisamo solo*), sus aficiones a las carreras de caballos (*Por una cabeza*) con entero dominio de los temas y un matiz claramente romántico y sentimental. Su voz se impuso en todos los centros importantes de Europa y los Estados Unidos como la de un representante de esa Argentina poderosa y firme en su camino ascendente.

Astor Piazzolla

ASTOR Piazzolla irrumpió en el tango con el ímpetu de un predeterminado: si él no renovaba la música porteña no lo podría hacer nadie. Encontró dificultades para darse a conocer, para continuar por su senda y para imponerse. Su vida profesional ha sido una continua batalla con el medio. Los tradicionalistas y los tangófilos le negaron siempre su identidad con el tango. Fueron sus adversarios obstinados, como lo había sido antes de Osvaldo Fresedo, aunque en grado menor. Hoy nadie ignora que Fresedo fue una posibilidad de renovación para el tango. Fresedo cultivó un tango refinado y elegante, el llamado "tango de salón", que le hubiera permitido a la música porteña tomar carta de ciudadanía en los ambientes cultos de la élite argentina. Los tangófilos le negaron autenticidad, y Fresedo siguió sus éxitos comerciales sin intentar romper los esquemas que se le oponían enérgicamente. Astor Piazzolla rompió esos esquemas, los desafió, peleó contra ellos —hasta con los puños— y logró triunfar en los mismos centros en que había triunfado Gardel: en Europa y en los Estados Unidos. Naturalmente que existen diferencias de éxito y de público: Piazzolla no es un cantor ni tiene como aliado al cine de Hollywood. El tango se había quedado en Gardel. Nadie se atrevía a romper el esquema del tango-canción por temor a cometer una herejía. El tango llegó a ser, en manos de especialistas y tangófilos de todo pelaje y capacidad, un instrumento para medir con exactitud lo que era tradición y lo que era alteración de las reglas del juego. Renovar el tango equivalía a caer en la heterodoxia y en la excomunión de los dueños del arrabal y de la filosofía derrotista

de Discépolo. A fuerza de recorrer siempre el mismo camino, el tango había perdido el último tren y no se atrevía a viajar en jet. Sus dueños, sus propietarios, no le permitían alzar el vuelo. Piazzolla tomó el tango como punto de partida y empezó a dar rienda suelta a su capacidad creadora. Era el hereje del tango, el heterodoxo que había penetrado como una ráfaga maléfica en el mundo apacible de una música que todos habían admirado en el compás de dos por cuatro.

Piazzolla no se detuvo ni lo asustaron los fantasmas del pasado. Había llegado con su bandoneón gesticulante y los ídolos comenzaron a estremecerse en sus pedestales. Pero él no venía a destruir nada, sino a reconstruir el tango sobre nuevas bases rítmicas y nuevo lenguaje literario. Era un renovador. Los tangófilos nunca se lo creyeron. Piazzolla es de aspecto tosco, de baja estatura, bastante calvo, con un bigote de verdulero italiano de Buenos Aires y su cara gesticula y transpira al compás del bandoneón. Abre y cierra los brazos en una lluvia de notas musicales y después entrega estremecido el final apoteósico de sus creaciones. ¿Su relación con Gardel? Ninguna. Gardel perteneció a una época que exigía la mitificación del intérprete, que además de ser bueno en su estilo, tenía que ser un bello ejemplar humano (Rodolfo Valentino, Douglas Fairbanks, John Barrymore), y Piazzolla es hijo de nuestro presente duro, realista y crudo, al que no hay que hacerle concesiones para imponerse. Los uno el tango, una música y una letra que el tiempo exige que se adecúen a los nuevos ritmos. Por eso Piazzolla buscó un letrista especial, Hugo Ferrer, y los dos arrancaron con *María de Buenos Aires* y otras piezas menos exigentes. Piazzolla ya había sido probado por el público en otras composiciones. El dúo se deshizo y el compositor siguió su camino personalísimo, sin volver nunca atrás. Pero Piazzolla es un evolucionista y un atento observador de las leyes de la historia. Ha partido del tango y sigue adherido a él, pero sabe muy bien que la cultura no es obra de un solo hombre ni de una sola generación. La cultura existe en nuestra sangre. Si no fuera así no habría cultura posible. En la sangre de Piazzolla está anidado el tango desde sus orígenes hasta nuestros días. Como hombre de un presente histórico que conoce el pasado, él no ha querido convertirse nunca en un revolucionario capaz de derribar cuanto habían construido otros. Ha ido poco a poco pulsando la realidad del país y del mundo, y cuando los tangófilos y tradicionalistas lo incordiaban mucho, se subía a un jet con el tango a cuestas y se iba a organizar un conjunto orquestal a París. El autor de *Adiós nonino*, *Muerte del ángel*, *Movimiento continuo* y otras muchas expresiones de la música porteña está consagrado definitivamente como un creador y un

firme puntal de un tango renovado, no apto para bailar. Es música de un Buenos Aires que Carlos Gardel no hubiera reconocido. No hay que pedirle al tiempo que se quede quieto porque a nosotros no nos agrada envejecer. El tango ha envejecido. Más: el tango clásico ha muerto. Piazzolla sabe apoderarse del público con el primer gemido de su bandoneón, y partiendo de una música intimista y quejumbrosa ha compuesto piezas que dan testimonio de los cambios de Buenos Aires y del mundo. Piazzolla interpreta al hombre de esta época con ritmos nacidos del tango. No espera tener la adhesión de quienes lo han combatido siempre. Piazzolla es aplaudido por multitudes que se estremecen con su música envuelta en el ruido cósmico de la técnica percusionista. Este ejecutante no admite aplausos. Exige gritos de adhesión. La gente que aplaudía a Gardel hace cuarenta años no comprende estos estallidos de júbilo que producen los conjuntos orquestales organizados y dirigidos por el maestro argentino. El tango en manos de Piazzolla tiene ritmos de guerra tribal, arrebatos de contienda bélica. Estamos frente a un maestro que sabe sintetizar la angustia de esta época. Y esta angustia no es típica, no es sólo del hombre de Buenos Aires, del porteño asomado al "río color de león" para dar el salto evasivo a Europa. La angustia es universal, y Piazzolla ha logrado interpretarla a través de la música de Buenos Aires.

La nostalgia que debe morir

¿DÓNDE quedó el sentimentalismo que alimentaba por dentro al tango-canción? ¿Dónde está aquel Buenos Aires de calles empedradas y tranvías blancos? El tango-canción pertenece a las primeras tres décadas de este siglo (Gardel-Magaldi en sus comienzos y Julio Sosa-Hugo del Carril en sus finales). La ciudad se agigantó y su vida entró en crisis como todo el país. Ya no hay Imperio Británico consumidor privilegiado de los mejores productos de la tierra argentina y abastecedor de maquinarias y artículos manufacturados. Como todo país en vertiginoso desarrollo, la Argentina de la década del setenta sorprende por su producción industrial y su capacidad técnica y asombra por el desnivel económico de sus habitantes. La riqueza de la oligarquía se ha extendido hacia el sector empresario que antes no existía. La inflación ha dado muerte al buen burgués que gracias a su capacidad ahorrativa y administradora podía contemplar con serenidad cómo el sol naciente doraba las flores de su jardín. En la trastienda, mientras el mate avanzaba en manos de algún sirviente o familiar, se oían en sordina los compases de un tango, símbolo de

ése mundo quieto y seguro. Era una mueca burlesca, una pirueta dramática. Causaba risa esa desdicha amorosa en medio de tan firme bienestar. Pero, claro, esos eran problemas de la "gente de la noche" que vivía de otra manera. Ahora son los empresarios improvisados y muchas veces aventureros quienes manejan el dinero del país. Buenos Aires ha crecido de un modo espectacular. Enormes edificios se destacan del nivel medio sin orden ni gusto estético alguno, y las calles estallan de ruidos de los colectivos, sistemas de transporte para tortura de los viajeros. Los psicoanalistas se han dedicado a vender felicidad a quienes querían *realizarse* y lograron crear una población marginal de la ley con cientos de miles de parejas deshechas y millones de niños con padre y madre a medias. El buen tono burgués por temor al qué dirán, el buen gusto artístico como ley y el sentimentalismo amoroso como fondo musical no tienen sentido alguno en la vida de la ciudad actual. El déficit habitacional (así hablan los tecnócratas) ha creado poblaciones artificiales como cinturón sombrío de la "reina del Plata". El resentimiento se ha extendido como una amenazadora lava volcánica que crece incesante en vidas conscientes de su frustración. La paradoja de vivir pobremente en un país inmensamente rico se prolonga por generaciones. ¿No nos estarán contando un cuento con acompañamiento de un tango sentimental?

Cuando nació el tango, cuando se consagró en la vida nocturna de Buenos Aires y cuando Gardel lo hizo conocer en Europa y en los Estados Unidos, los argentinos vivían en un país que ahora no existe. Creían —y tenían motivos fundamentales para hacerlo así— en todo lo que aprendían en el hogar y en la escuela primaria. Entre esas enseñanzas y la vida posterior siempre podía producirse un golpe de suerte. El hacerse rico era no sólo cuestión de tenacidad y trabajo constante, sino también una realidad que el país brindaba a quienes sabían ver más allá de las dificultades normales de todos los días. Cincuenta años después en la escuela primaria se sigue enseñando lo mismo y la realidad postescolar se encarga de desmentir a la maestra. El choque es inevitable entre mentira y verdad. Son inadecuadas las armas con que se provee al niño para enfrentar la vida. Por eso resulta mentirosa la historia de que el tango es una realidad del espíritu de Buenos Aires. El tango *fue* música de un Buenos Aires que el tiempo borró para siempre. El Buenos Aires de hoy rechaza con un ademán desdenoso esa música sentimentaloides y sin alegría vital que afloró en una época determinada como resultado de la nostalgia de los emigrantes europeos. En la historia del tango no hay sólo españoles e italianos. Hay también ingleses, franceses, portugueses. Con sus músicas primitivas lloraban su destierro.

Esa nostalgia debe morir. Los compositores con talento deben buscar sus temas en otras zonas de la vida porteña. Piazzolla está dando la medida válida de una hora de transición, y lo hace con ingenio, capacidad creadora y talento realizador. La nueva sensibilidad musical de Buenos Aires no tendrá más alternativa que partir de este compositor si quiere interpretar a Buenos Aires. El tango ha muerto y la nostalgia que se nutre de él debe morir también. Para bien del país.

Dimensión Imaginaria

EN TORNO A UN CUENTO DE ANTON CHEKHOV

Por *Marigloria PALMA*

LA literatura rusa está reconocida universalmente como una de las más ricas en vivencias humanas. Es una literatura de fondo, fuertemente realista, egocéntrica y psicológica. El individuo en dicha literatura se absorbe, se concentra en la radical manifestación de sí mismo, sin recato y con tal indiscreción de causas y de sentimientos que se vuelca, se rinde de manera esencial. Casi todos los escritores rusos tienen el objetivo de plasmarse en una rusificación fuera de toda duda, en la concepción de personajes de alma rusa, tan auténticos que no se parecen a otros personajes a pesar de vivencias y valores comunes a todos los seres humanos. Hay en ello, si se quiere, cierto impudor literario que es, a la vez, su fuerza y razón primordiales. Pasa con los personajes tan plasmados en sus multifacéticas cualidades, en su realismo humano, que no pueden prescindir de factores ambientales y otros: de la nieve, la estepa rusa, el vodka, la sopa de col, el caviar, los íconos, Siberia, el samovar, el Volga, el *pathos* y la contumacia de un rusismo abarcador. Se opera una simbiosis geopsicológica. Cada personaje está hecho de ciertas cosas específicas en su forma y contenido.

Léase a Tolstoi, Dostoievski, Gogol, Gorki, Chekhov u otros, siempre estaremos en un ambiente de oferta íntima del individuo, de una desnudez anímica absoluta con una casi impudicia dogmática, religiosa. Y es que los escritores rusos son de una temeridad vernácula y una elaboración plástico-realista de su ambiente rayanas en exhibicionismo, en gozo de confesionario. Esta es el alma rusa, caótica y contingente en una sociedad compleja y amenazadora siempre; una sociedad dura y castigante. Me refiero a la sociedad zarista, ambiente prohijador de los grandes escritores del verismo ruso, de la catarsis psicológica. Hay como un deseo de autodestrucción, de martirilogio fanático en aquella humanidad tónicamente religiosa, que no parece haber sabido digerir la religión y se la ha incorporado por medio de un injerto físico. Parecen, en su fiero calentamiento, amar por amor mismo la extrema dureza y la crueldad. Cada personaje en la novela rusa parece comprometido consigo mismo a ser

más intensamente revelador que el otro, en una *mea culpa* consuetudinaria. Estas cualidades básicas de la literatura rusa le imprimen un tono purgativo. Es una novela casi siempre con estremecimientos anímicos, color, olor, calor, sentimientos, intensidades, pasiones, conflictos, venganzas, esperanzas, desesperanzas, crueldades y arrobos metafísicos. Y como una paradoja moral, el malvado es portador del más ferviente credo religioso y daría la última gota de sangre por la Santa Madre Rusia. En él conviven la sacra devoción y la maldad diabólica en una dualidad armónica, y, entre estos dos extremos transitan los remordimientos, los arrepentimientos, y se contorsionan las emociones humanas.

En un cuento de Anton Chekhov, cuyo título en la traducción inglesa es "*Grief*", tenemos a este cochero de trineo, acurrucado, hecho un bollo de piel dentro de su abrigo; triste, amargado. La nieve incesante cae sobre su cuerpo, su barba; sobre su caballo su amigo y proveedor, ya ha bordado un manto blanco. El hombre sufre de la miseria económica y más que de esto (que tiene arreglo), sufre de otra que no tiene: de miseria moral, soledad humana y falta de comunicación con el prójimo. Hace poco tiempo ha muerto su hijo único y él desea cambiar impresiones con alguien, hablar sobre su muerte, sacarse del pecho el tremendo dolor.

Llegan tres jóvenes alegres y aquilanan el trineo. Son chispeantes, van a divertirse, la vida les sonrío. El cochero escucha lo que hablan y participa de aquel mundo despreocupado y feliz. Ríe de los chistes que se cuentan y los considera accesibles y posiblemente receptivos. A medio camino se vuelve hacia ellos y les dice: "saben una cosa, mi hijo murió recientemente." Espera en vano una respuesta, nadie atiende, a nadie le importa. De hecho la voz del cochero parece importunar a uno de ellos que le dice, más o menos: "¿cuánto tiempo te vas a echar? Ese caballo tuyo es demasiado lento; dale unos palos."

El hombre se apresura a guardarse en el pecho su pena y azuza al caballo. Luego, tarde en la noche, después de un día agotador, cuando le da el pienso al animal, le habla de su hijo muerto... El caballo come pero parece escuchar.

En su obra "Días de infancia", obra autobiográfica de Máximo Gorki y estupenda muestra de realismo conflictivo ruso, encontramos el ejemplo de un viejo burlaco que sirgaba buques Volga arriba (el abuelo de Máximo) rezar en una esquina donde alto en una tablilla tenía el ícono con su luz eternamente encendida y luego azotar a su nieto amarrado a un banco, despiadadamente. Y tenemos a la madre de Gorki próxima a morir muy joven (una figura triste y sumamente poética que vive a la sombra en una especie de duermevela) tomar un cuchillo y tratar de matar al niño porque ha tardado

demasiado en llevar un recado al marido ausente que no es el padre de Máximo. El cuchillo falla, ella expira... En este mismo libro muere un joven a quien apodan El gitanillo, hijo adoptivo de la familia, cuando lo obligan a llevar sobre sus hombros una pesada cruz. No se trata de una parodia de crucifixión, es un caso de oportunismo y desconsideración. Otro de los hijos del viejo ha matado a su esposa a sufrimientos y golpes y ahora quiere honrarla poniéndole sobre la tumba esta gigantesca cruz. Obligan al joven a llevar tal peso él solo, se cae accidentalmente y la cruz lo mata.

Las novelas rusas están saturadas casi siempre de barbarie moral y otros complejos: masoquismo, sadismo, usurpación, megalomanía, locura, asesinos y sicarios, avaros, etcétera. Un ejemplo: la dama noble que se pone su mejor ropa para asistir a la azotaína que le propinan a uno de sus siervos. El marido que mata a golpes a su mujer en la cama conyugal. El policía que mata a palos al ladrón en el lugar de los hechos...

El cuento "El monje negro" de Anton Chekhov, no es su mejor cuento tal vez, pero es tan poético e imaginativo que el impacto que nos causa al leerlo difícilmente nos abandonará nunca. Es un cuento de tesis, género muy cultivado en Francia. Partiendo de la proposición de si el loco genial es superior a una sociedad (más útil, más deseable y conveniente) que el mediocre racional y sano, Chekhov desenvuelve su argumento amparándose en su preferencia por el primero. Por supuesto que entran en juego ciertas consideraciones de la parte del lector, éste se esfuerza en ver el anverso y reverso de la moneda. Hay que tomar en consideración, por ejemplo, el número de genios (y éstos nunca son muchos) y de mediocres que siempre son supernumerarios. Al fin terminamos dándole la razón a Chekhov y amparando condicionalmente al loco genial.

Se trata de un hombre joven cuya genialidad, a decir verdad, no está propiamente ejemplificada. Sabemos que es escritor y filósofo y se le designa como *Magister*, o sea maestro. Este personaje es un hombre alegre, feliz, entusiasta de la vida; duerme muy poco, estudia, y ama la belleza. Va de vacaciones a una finca rusa, en casa de su padre de crianza de quien se había separado hacía algunos años. El padre de crianza tiene una magnífica villa con un inmenso jardín y una huerta: es cosechero de frutas y, además, un fanático para quien el jardín representa (y la horticultura en general) su razón de ser, su orgullo, su vida misma. Es colaborador en revistas de horticultura. Tiene una hija de dieciocho años que es esclava del jardín y del huerto, entrenada en este amor preferente por su padre. El joven viene a catalizar la durmiente realidad con su genial locura, con su chispa y alegría; pero nadie sabe de su anormalidad.

Kovrin sale a pasearse por el jardín, se adentra en la finca, llega a un río bordeado de pinos cuyas raíces protuberantes son tentaculares. Atraviesa el río y se extasia en la contemplación del vasto horizonte, en medio de un campo de centeno agitado por la suave brisa. De momento ve en el horizonte aquella enorme columna negra, su alma se aprieta de gozo, sus ojos se fijan intensamente; ve cómo la columna va decreciendo en tamaño, viene hacia él, ya se dibuja la silueta de un ser humano, de un monje medieval ortodoxo vestido de negro; viene, viene, ladea la cara pálida, su boca de labios delgados que se distienden ligeramente, hay timidez en su mirada escurridiza pero Kovrin consigue que le mire un instante, que le sonría. Hay un momento de comprensión, de contacto entre ambos y el joven siente una alegría eufórica. El monje no se detiene, sigue su camino, es un monje trashumante e interplanetario. Se aleja rompiéndose contra los árboles, sube, se va agigantando, desaparece. . .

Kovrin regresa a la mansión exultante de entusiasmo vital, se tropieza con su hermana de crianza, se gustan; él encuentra la fragilidad de ella atrayente. El horticultor aprueba el idiolo, quiere herederos consagrados que cuiden del jardín y la huerta y aprecia al joven por su inteligencia considerándolo ideal como yerno. . . Pasan los hermosos días de vacaciones, el joven apenas duerme, tal vez media hora; las noches las emplea escribiendo, leyendo, en contacto idílico con su prometida presente o ausente. Se escapa de la tertulia de canto y música que celebran a menudo Tanya y sus amigos vecinos y se sienta a solas. El monje viene y se sienta a su lado. . . Pero, curiosamente Kovrin sabe que él mismo se ha forjado la leyenda del monje, que es un espejismo que forma parte de su vida diaria, que es su "droga" para el éxito y una fabricación consciente a la que vive espontáneamente esclavizado; lo estimula a vivir felizmente. Hablando con el monje le dice: "Pero tú eres un espejismo. ¿Por qué estás aquí y por qué te has sentado en este sitio? No estás actuando en consonancia con la leyenda." El monje le dice, entre otras cosas: "La leyenda, el espejismo, son productos de tu excitada imaginación. Soy un fantasma". "¿Quieres decir con esto que no existes?" "Piensa lo que quieras. Existo en tu imaginación y como tu imaginación es parte de la Naturaleza, debo también existir en ella".

El diálogo prosigue, el joven necesita la compañía del otro, vive una doble personalidad, pero el destino "llama a su puerta". El padre de la joven le propone se case con Tanya. El accede, se casan y se van a vivir a Moscú. (Aquí Chekhov desestimó la intención principal de la boda, consistente en que el jardín y la huerta fueran las preocupaciones principales del matrimonio. ¿Olvido? ¿Una necesidad técnica? ¿Sólo se fueron de luna de miel?) En la habitación

conyugal una noche la esposa se despierta y observa a su marido en animada conversación con el "monje". Hay consternación, incompreensión, pánico. . . Por casualidad el padre, Yegor Semionovich, está con ellos y se apresuran a llevarlo donde un siquiátra. Comienza el tratamiento con compuestos de bromuro, baños calientes, descanso, leche. El enfermo mejora pero ya no es el mismo: el Monje Negro se ha ido, su talento de escritor ha desaparecido; es ahora un hombre normal mediocre que hace oposiciones a una cátedra en una universidad. Todo le disgusta: su vida, el jardín donde conversaba con la aparición, su mujer le fastidia y odia al suegro. La vida le parece insufrible y añora su locura, sus discusiones interesantes con el monje.

Anton Chekhov nos lo ofrece en el último capítulo del cuento, separado de su mujer y unido a otra (esto no se explica) camino de la Crimea. Van de vacaciones al borde del mar. Aquí tenemos a un Kovrin desencantado y enfermo tratando de rehacer su vida, de trabajar en sus escritos. Están en una hospedería, fuera brilla la luna. Abajo, en la primera planta los huéspedes ríen; están alegres. A través de la pared se oye la respiración de Várvara Nikolayevna, la amante, que duerme. Kovrin medita, la vida le parece demandar demasiado por las satisfacciones más triviales que ofrece. El, que ha estudiado por quince años, es un desempleado y al fin dé cuentas una mediocridad, pero termina reconciliándose con su destino y cree que cada hombre debe conformarse con lo que es. Y él es, además de un desencantado de la vida, un tuberculoso. . .

(Hay que hacer aquí un breve paréntesis en la narración para hacer intervenir la crítica. No parece que haya sido lo más propio por parte del autor en este cuento admirable e inolvidable por su carácter poético y su novedosa imaginación "matar" al personaje principal de tuberculosis; creo que faltó la concebida prudencia creativa. Esta muerte no le queda bien y creo que el lector "preferiría" una muerte resultante de su locura en un arrebato dramático; vamos a decir que el monje le ordena tirarse al vacío, al mar, en fin: a suicidarse. Después de todo el monje representa su voluntad. Pero no sucede así, cuando encontramos a Kovrin en la Crimea al borde del mar, el autor nos informa que está sufriendo de tuberculosis, enfermedad de la que murió su madre. Por supuesto que la tuberculosis fue la enfermedad de la época romántica, siglo XIX y principios del XX, pero en este caso resulta retórico. No se nos ha dicho nada antes y la tuberculosis es siempre una enfermedad larga y elaborada, con hermosos pasajes literarios sentimentales, éxtasis (La Dama de las Camelias, La Montaña Mágica) y producida así de momento, a quemarropa, nos parece inaceptable, además de ilógica por razones de lógica circunstancial. . .)

Kovrin, sentado esa noche frente a la bahía, se da cuenta, de momento, que tiene una carta de su ex-esposa Tanya en las manos; entra a su apartamento y la lee. Ella le participa la muerte del padre y lo acusa a él de ser el provocador de la misma. El enfermo se excita, vuelve al balcón. De momento se oye música de violín en el piso bajo y mujeres que cantan. La vieja sensación de alegría y felicidad retorna; aguanta la respiración, el pecho le estalla, el corazón parece que va a dejar de latir, siente aquel arrebatado olvidado, tiembla. Un enorme pilar como de agua aparece al lado opuesto de la bahía y con increíble agilidad la atraviesa hacia el hotel. De momento se pone pequeña y Kovrin sabe que aquéllo viene hacia él y le hace sitio. ¡El monje negro! Se quita la capucha, muestra su pelo gris, su cara pálida, sus cejas negras tupidas, sus pies descalzos y con las manos cruzadas sobre el pecho, pasa por su lado y se detiene en mitad de la habitación.

"¿Por qué no creíste en mí?", le pregunta en tono de reproche. "Si hubieras creído en mí cuando te decía que eras un genio, estos dos últimos años no los hubieras pasado tan triste y áridamente".

El enfermo está eufórico, piensa que es de nuevo un elegido de Dios y de nuevo un genio. Quiere responderle pero un buche de sangre llena su boca. Haciendo un gran esfuerzo trata de llamar a la amante pero es el nombre de Tanya, su esposa, el que viene a su boca. Y allí a su lado está el Monje negro repitiéndole que es un genio. Cuando Várvara Nikolayevna despierta y se le acerca ya Kovrin está muerto; en su cara hay una sonrisa de felicidad congelada. . .

Este cuento de Anton Chekhov se presta a diversas perspectivas. Mirado por un especialista en tuberculosis no vería otra cosa en Kovrin que un caso clínico, a un tísico delirante y nos mataría de un tiro el canario romántico. Es conocido que la tisis produce delirio cerebral, espejismos y sensaciones ópticas y auditivas. Sin embargo el enorme atractivo, la seducción que ejerce sobre el lector reside en su hermosura poética, en la del espejismo tan hábilmente administrado. Luego, creemos también que es la gran masa de los medios, la que hace a una nación grande, siempre y cuando sea ésta una masa disciplinada y haya caudillos propiamente iluminados por *adecuadas* dosis de Monjes negros.

EL CLAROSCURO EN LA TRILOGIA LORQUIANA

Por *Janes FRANCES SPENCER*

EN un estudio detallado de la trilogía lorquiana, es imposible no fijarse en los vivos contrastes que destaca el dramaturgo entre la luz y la sombra: la técnica artística del claroscuro llevada a una interpretación literaria. Este juego de luz y sombra encuentra expresión bajo varias formas en el teatro de García Lorca, y es nuestro propósito analizarlas cuidadosamente, limitándonos a las tres obras más importantes de este autor.¹

El Diccionario de la Real Academia Española define el claroscuro en pintura como una "conveniente distribución de la luz y de las sombras en un cuadro", y luego como un "diseño o dibujo que no tiene más que un color sobre el campo en que se pinta."² Dr. Robert O. Mellow, Profesor de Arte de la Universidad de Alabama, amplía esta definición diciendo que "the artist creates a very strong contrast from extreme light to extreme dark. This makes the figure project out and gives a sensory approach; the viewer is supposed to empathize with the subject being portrayed. The idea is to stun, to make one become envelopped in the whole experience."³ Las claves, pues, del claroscuro son dos: la técnica y el propósito; García Lorca las conocía íntimamente y las empleó magistralmente en su obra.

Lorca utiliza las yuxtaposiciones visuales entre lo claro y lo oscuro: tanto los colores como el juego entre la luz del día y la sombra de la noche; también se percibe un claroscuro auditorio en el lenguaje: el lirismo de la poesía intercalado con la intensidad de la prosa en momentos de gran tensión dramática. Estas manifestaciones

¹ Aunque el claroscuro dramático alcanza su máximo desarrollo en la trilogía, es una constante en el teatro de Lorca y ya se advierte asimismo en *Mariana Pineda* y en *Doña Rosita la soltera*.

² Real Academia Española, *Diccionario Manual e ilustrado de la lengua española*, segunda edición (1977). Al aplicar esta definición a la obra de García Lorca, se piensa inmediatamente de los dibujos del autor mismo, la mayoría de ellos en blanco y negro, y reveladores de su gusto por los contrastes llamativos.

³ El Dr. Mellow se expresó de esta manera en una entrevista privada con la autora de este trabajo.

del claroscuro lorquiano son fáciles de advertir y de interpretar; sin embargo, donde esta técnica alcanza su máxima realidad es en el interior mismo de los personajes, en su psicología.

En esta expresión del claroscuro por medio de los personajes, se percibe un tema central, general, en el cual se pueden señalar varias facetas que sirven para dar más hondura a la totalidad de la obra. El contraste —la lucha, se puede decir— básico es entre el individuo con sus deseos de libertad y de autorrealización, y las fuerzas que trabajan para asegurar que esos sueños no se logren. Francisco Ruiz Ramón lo expresa así: "El universo dramático de Lorca, como totalidad y en cada una de sus piezas, está estructurado sobre una sola situación básica, resultante del enfrentamiento conflictivo de dos series de fuerzas que, por reducción a su esencia, podemos designar *principio de autoridad y principio de libertad*."⁴ Jean-Paul Borel, hablando de Lorca y refiriéndose a esta misma idea, dice que "el drama que se representa tras la Primera Guerra Mundial sitúa frente a frente al hombre y al mundo, al individuo único e irremplazable y a una organización del universo que corre el riesgo de hacer imposible la vida auténticamente humana y el despliegue de la personalidad".⁵

Nosotros creemos que la palabra "humana" que emplea Borel es clave, pues Lorca destaca la falta de comprensión y de compasión de la sociedad, y los lastimosos efectos que esta actitud crea en los individuos. Reed Anderson concretiza esta idea: "[Lorca's] tragedies are representations of the prime realities of his time, as well as radical critiques of the crippled and deficient principles that govern the relationships between men and women, and the broader relationships of the entire community. Even when collapsing under the weight of their own increasing inhumanity, old principles are defended with a ferocity that only further reveals their inhumanity".⁶

Sabemos por el mismo Lorca que, para él, el teatro tenía un papel eminentemente social. En su "Charla sobre teatro", dice: "El teatro es uno de los más expresivos y útiles instrumentos para la edificación de un país. . . Un teatro sensible y bien orientado. . . puede cambiar en pocos años la sensibilidad del pueblo. . . El teatro es. . . una tribuna libre donde los hombres pueden poner en evidencia morales viejas o equívocas y explicar con ejemplos vivos normas

⁴ Francisco Ruiz Ramón, *Historia del teatro español: Siglo xx* (Madrid: Ediciones Cátedra, 1975), p. 171.

⁵ Jean-Paul Borel, *El teatro de lo imposible* (Madrid: Ediciones Guadarrama, 1966), p. 300.

⁶ Reed Anderson, "The Idea of Tragedy in Lorca's *Bodas de sangre*", *Revista Hispánica Moderna*, 38 (1974-75), 187.

eternas del corazón y del sentimiento del hombre.” Queda clara, pues, la preocupación de Lorca por las costumbres “viejas o equívocas”, y no es de extrañar que las sacara a relucir en su obra. Su manera de hacerlo, como muestra la cita, es contrastar las normas viejas y rígidas con las del corazón, en un juego de luz y sombra, de claro y oscuro, para que el lector o el espectador —impresionado sienta compasión por esos seres cuya luz de esperanza está sofocada por la fría e impersonal oscuridad que imponen los demás.

Antes de proceder al estudio de cada obra individualmente, conviene comentar brevemente cómo era la sociedad en la cual Lorca las sitúa. En los pequeños pueblos andaluces donde tienen lugar, reinaba un código de rígidas leyes sociales. El hombre tenía que conformarse con estas antiguas tradiciones establecidas por el hombre y sin fondo religioso.⁸ Eran normas, demasiado estrictas en su concepción, que no habían evolucionado en el transcurrir del tiempo. Lo que imperaba era el concepto del honor calderoniano: el qué dirán y las apariencias eran de más importancia que el propio sentido de honor personal. La gente estaba obsesionada con la opinión ajena, sabiendo demasiado bien que la fama y el carácter de uno estaban establecidos irremediablemente una vez que las “malas lenguas” tenían el más mínimo pretexto para hablar. Entonces, el individuo que quería actuar de manera no sancionada por esa sociedad cerrada y reprimida, se encontraba literalmente en una lucha a muerte con ella, fuera ésta física o espiritual.

Analizando el claroscuro en esta parte del teatro lorquiano, es necesario que las tres obras que se examinan en este artículo sean estudiadas cronológicamente. La primera, escrita en 1933, es *Bodas de sangre*.

Su mismo título es impresionante e incluso choca a causa del fuerte contraste que sugiere. En cuanto a lo espiritual, se asocia la boda a la esperanza, felicidad e ilusión, y respecto a lo visual, al color blanco.⁹ En cambio, la sangre sugiere la violencia, la muerte

⁷ Federico García Lorca, *Obras completas* (Madrid: Aguilar, 1967), p. 150. Todas las citas de las obras lorquianas que se encuentran en este estudio proceden de esta edición.

⁸ Se notará que hay muy escasa mención de Dios en la obra lorquiana. Lorca señala el concepto del hombre como todopoderoso y de Dios como de una importancia muy reducida —casi inexistente— por la boca de la vieja en *Yerma*: “A mí no me ha gustado nunca Dios. ¿Cuándo os vais a dar cuenta de que no existe? Son los hombres los que tienen que amparar” (p. 1291). Este aspecto de la obra general de García Lorca es interesante y merece un estudio detallado.

⁹ El contraste entre lo que debe ser una boda y lo que se describe en esta obra, se hace aún más patente cuando la Novia aparece en un traje de bodas negro. Esta unión no traerá la felicidad, como es de esperar, sino la tragedia.

y hasta el color negro cuando se piensa en su aspecto al coagularse. El claro y el oscuro, pues, se hacen sentir aun antes de empezar la obra.

Desde las primeras páginas del drama, se está consciente del ambiente pesado y lleno de odio a causa de la rivalidad entre dos familias campesinas —una rivalidad que ha resultado en varias muertes y que, aun después de muchos años, es como un tormento interior para la Madre del Novio: "Cien años que yo viviera, no hablaría de otra cosa. . . No callaría nunca. Pasan los meses y la desesperación me pica en los ojos y hasta en las puntas del pelo" (p. 1173). Esta actitud negra y destructora encuentra su expresión contraria y optimista en la súplica que la Vecina hace a la Madre para que se olvide del pasado con sus odios, y que perdone. Hablando de los de la familia de Leonardo que habían matado al marido y al hijo de la Madre, dice: "Mujer, ¿qué culpa tiene Leonardo de nada? El tenía ocho años cuando las cuestiones" (p. 1182). El Padre de la Novia expresa también esa idea conciliadora; cuando Leonardo y su Mujer entran en la casa de aquélla, su Padre, respondiendo a una pregunta seca de la Madre, dice: "Son familia. ¡Hoy es día de perdones!" A lo cual contesta la Madre: "Me agunto, pero no perdono" (p. 1221). Un poco más adelante, la Madre vuelve a expresar ese odio que la consume, y de nuevo el Padre trata de calmarla, de hacerla olvidar esa emoción corrosiva: "Hoy no es día de que te acuerdes de esas cosas" (p. 1227). Claramente, Lorca está usando este claroscuro para enseñar que la gente debe dejar atrás sus odios antiguos, que debe perdonar y vivir en paz con el prójimo. Como muestra la Madre, el odio es un fuego lento interior que carcome a la persona y que puede quemar o contaminar incluso a aquellos que se le acercan.

Otra "moral equívoca" que destaca Lorca es la componenda de la boda: lo oscuro, lo malo, aquí es que los padres contratan el matrimonio de sus hijos, y generalmente sin tomar en cuenta los deseos de los jóvenes; hacen el acuerdo casi como un negocio, a base de riqueza en vez de amor. El Padre, ciego e insensible a lo que pueda sentir su hija, rechaza a Leonardo porque sólo tiene "dos bueyes y una mala choza" (p. 1213); luego, hablando con la Madre, se deleita en la idea de las dos fortunas que se van a juntar: "Lo mío es de ella y lo tuyo de él. Por eso. Para verlo todo junto, ¡qué junto es una hermosura!" (p. 1197). Trata el futuro de su hija como un negocio que le puede ser provechoso; en todo eso, no hay la menor muestra de interés en averiguar los verdaderos deseos de la Novia, quien por cierto se muestra dócil pero no muy animada. Juan Villegas expresa bien esta idea: "La pasión adquiere su carácter conflictivo precisamente porque tiende a ser anulada por una con-

cepción de la vida en la cual la riqueza tiene una importancia extraordinaria. Es decir, la preocupación por la riqueza hace posible que los individuos pierdan su libertad de elección matrimonial, con lo cual el sentimiento se desplaza a una posición secundaria."¹⁰ Entonces, por no haber podido elegir libremente con quien casarse, ni la Novia ni Leonardo están felices, y el fuego de la pasión reprimida les consume. Expresando desesperadamente la inutilidad de intentar olvidarla, Leonardo gime: "Porque tú crees que el tiempo cura y que las paredes tapan, y no es verdad, no es verdad. ¡Cuando las cosas llegan a los centros no hay quien las arranque! (p. 1214). Pero lo peor, lo más oscuro, es que no son solamente la Novia y Leonardo los que sufren los efectos de su relación fallida. Cuando al fin los enamorados, cegados por la exacerbada pasión, escapan juntos, no son ellos los únicos que sufren las consecuencias. El Novio pierde la vida en la lucha, la Madre pierde a su único hijo y esperanza, y la Mujer de Leonardo queda sin marido así como sus hijos sin padre. La ceguera y el egoísmo codicioso del Padre han hecho sentir sus efectos trágicos sobre siete personas, si se incluye al segundo hijo de la Mujer que está por nacer. Reed Anderson describe así a tales hombres: "They are blind to what is going on beneath the surface, and they represent the self-inflicted and necessary blindness of the controlling members of the society to this more intimate level of experience—the blindness that allows the regular achievement of the society's material ends, but which gives rise to the serious perversion and distortion of human feelings and relationships" (Anderson, p. 177). Otra vez, frente a una costumbre anticuada y nociva, Lorca demuestra la necesidad de sentir compasión y de lograr un cambio más humano; la Vecina le dice a la Madre: "No te opongas a la felicidad de tu hijo. No le digas nada. Tú estás vieja. Yo también. A ti y a mí nos toca callar" (p. 1183).

Otra costumbre oscura y decadente que Lorca señala es la de sumirse en luto los vivos con los muertos. Aunque ya hace varios años que murieron el marido y el hijo de la Madre, ella no deja de llorarlos: "Yo no puedo dejar aquí solos a tu padre y a tu hermano" (p. 1175), y luego: "Yo no miré a nadie. Miré a tu padre y cuando lo mataron miré a la pared de enfrente" (p. 1176). La Suegra de la Mujer muestra la misma actitud después de la muerte de Leonardo: "Tú, a tu casa./ Valiente y sola en tu casa./ A envejecer y a llorar./ Pero la puerta cerrada" (p. 1264)./ Obviamente, Lorca sentía la tragedia del encierro obligatorio después de una muerte, pues lo volvió a tratar en *La casa de Bernarda Alba*.

¹⁰ Juan Villegas, "Federico García Lorca: ¿Teatro de evasión?", *García Lorca Review*, 4 (Spring, 1976), 64.

El aspecto más trágico del claroscuro en esta obra es el de la esperanza y las ilusiones de casi todos los personajes centrales, y las costumbres inquebrantables que sofocan toda posibilidad de libertad o de cambio. Cuando la Novia habla de su madre que era de un carácter alegre pero quien se consumió en esa tierra seca, la Criada responde: "El sino", y la Novia, dándose cuenta de que así será su vida también, dice melancólicamente: "Como nos consumimos todas" (p. 1206). Citando de nuevo a Reed Anderson, "when La Criada attributes her unhappiness to 'el sino', it is immediately clear that what La Criada terms 'fate' is no more than the inalterable repetition of the culture's traditions with respect to the woman's role" (Anderson, p. 181). La Novia sabe que ella nunca podrá llegar a ser plenamente mujer con el Novio, aunque él pueda proporcionarle seguridad en su vida y darle hijos. Estará condenada a vivir sin pasión, bordando eternamente sin poder escaparse de las cuatro paredes gruesas de su casa. Después de la muerte de los dos hombres, la Novia expresa esta frustración a la Madre: "Tu hijo era un poquito de agua de la que yo esperaba hijos, tierra, salud; pero el otro era un río oscuro" (p. 1269). Sin embargo, la esperanza de la Novia es llegar a querer al Novio; ella tiene un hondo sentido del honor personal, y sabe que ya no hay manera honrada de satisfacer sus deseos por Leonardo. Por eso, quiere perderse en su compromiso con el Novio a tal grado que pierda, incluso, conciencia de su antiguo amante. Anhela convencerse de que sí puede amarle, y le dice: "Estoy deseando ser tu mujer y quedarme sola contigo, y no oír más voz que la tuya. Y no ver más que tus ojos. Y que me abrazaras tan fuerte, que aunque me llamara mi madre, que está muerta, no me pudiera despegar de ti" (p. 1222). Pero la pasión puede más, y a pesar de la lucha sincera de la novia por quedarse con su marido, su desesperado esfuerzo no tiene éxito. Respecto a este punto, no podemos estar de acuerdo por completo con Cedric Busette cuando dice que "aunque ella rechaza el orden social, su rebelión no es total. El honor actúa como fuerza restrictiva final."¹¹ Mientras es verdad que la Novia, aun después de escaparse con Leonardo, experimenta una lucha interior agonizante, creemos que sus palabras finales son claves. Cuando Leonardo la abraza y dice: "Si nos separan, será porque esté muerto", ella responde: "Y yo muerta" (p. 1261). Entonces, ella muestra su decisión final de quedarse con él, y no es lógico suponer que sin relaciones sexuales. Después de atormentarle esta idea a través de la obra, ella se decide y está dispuesta a entre-

¹¹ Cedric Busette, *Obra dramática de García Lorca: Estudio de su configuración* (New York: Las Américas Publishing Company, 1971), p. 40.

garse a Leonardo; lo que actúa como fuerza restrictiva final es la muerte de éste.

El claro de las esperanzas de la Novia se vuelve oscuro cuando ninguna plasma: ni consigue gozar de un logrado amor con Leonardo, ni llega a sentir un amor o una inclinación hacia el Novio, lo que tanto anhelaba como mujer honrada. Pero ella no es única en llevarse el chasco de los "sueños rotos". La Madre, después de perder a su marido y a un hijo, tiene la esperanza de poder tener muchos nietos para acompañarla en la vejez; ahora, ni hijos ni nietos tendrá, y queda en la más completa soledad. Le hace compañía la nuera a quien ha llegado a odiar y a la cual no puede perdonar; ella sirve para hacer esa soledad aun más cruel, porque es un vivo recuerdo de lo que pudiera haber sido.

La Mujer de Leonardo también encuentra sus ilusiones deshechas como una luz que de repente se apaga. Había querido a su esposo y había esperado gozar una larga vida de felicidad con él; aunque había sospechado la pasión entre Leonardo y la Novia, había tenido la esperanza de que él hubiera olvidado su pasión y se hubiera dedicado a ser buen marido y padre de familia. Pero la claridad de su ilusión cambió a ceniza con la huida y posterior muerte de su marido.

Aparte del claroscuro que se percibe en los personajes, existe el juego de sombra y luz en el tono, el lenguaje y el ambiente. Las canciones de cuna que cantan la Mujer y la Suegra son de un lirismo que sirve de relieve a la intensidad de las escenas que proceden y que siguen a estos momentos de paz. A pesar del tema algo negro de las canciones, hay un ambiente de amor y de ternura —un rayo de luz entre los diálogos sombríos. En la misma trayectoria están las canciones alegres de la boda, que ofrecen un vivo contraste con el tono trágico y tenso de la conversación entre la Novia y Leonardo. Y luego, todo el cuadro segundo del Acto II es una obra maestra del claroscuro: el ambiente festivo de la boda hace juego con el negro presentimiento de la tragedia que se expresa en casi cada línea que no sea canción.

Bodas de sangre trata de la tragedia individual en que se sumerge la sociedad cuando se deja gobernar por normas pasadas y el interés personal en vez de por la compasión humana hacia el prójimo. Los leñadores, los agentes de la Muerte que no tienen más remedio que cumplir con su trabajo, entienden lo que la sociedad no reconoce. Dicen: "Debían dejarlos. El mundo es grande. Todos pueden vivir en él. Hay que seguir la inclinación. Vale más ser muerto desagrado que vivo con ella podrida" (p. 1246). La Novia y Leonardo se negaron a vivir con la sangre podrida, pero el Padre, al apagar insensiblemente la luz de sus honradas y legítimas espe-

ranzas, hace que se rebelen, siguiendo un camino cuyo único destino es la muerte: física para los hombres, espiritual para las mujeres. El claro de lo que pudiera haber sido se convirtió en oscuro.

Al aproximarnos al estudio de *Yerma* (1934), comprobamos en seguida los muchos puntos comunes que existen entre este drama y *Bodas de sangre*; pero aunque hay lazos visibles entre las tres obras, cada una es una entidad aparte con sus propios temas.

Yerma trata de dos temas constantes en la vida y en la literatura españolas: la maternidad y el honor. Los anhelos desgarradores de Yerma y la obsesión de Juan con su honor son dos polos opuestos e irreconciliables. Juan no tiene un hondo sentido de moralidad personal, como la que siente Yerma, sino que sigue el sistema rígido del pundonor calderoniano, en el cual las apariencias pesan más que la verdad. Juan muestra una falta total de comprensión hacia su mujer, y está tan sumergido en su trabajo que hasta parece que éste le importa más que ella. De hecho, sus tierras se convierten en una especie de sustituto de su esposa: él las riega y cultiva con cuidado, y pasa la mayor parte del día —e incluso muchas noches— trabajándolas. Las tierras reciben la dedicación de Juan que Yerma no conoce; éste está muy consciente de las necesidades del campo, pero ignora las de su mujer. Pensando que la materialidad de las cosas es lo único importante, dice a su mujer: "Hablas de una manera que yo no te entiendo. No te privo de nada. Mando a los pueblos vecinos por las cosas que te gustan" (p. 1313). Pero estas cosas no son las que llenarán el vacío dentro de Yerma; ella dice que su esposo "va con sus ovejas por sus caminos y cuenta el dinero por las noches. Cuando me cubre cumple con su deber, pero yo le noto la cintura fría como si tuviera el cuerpo muerto" (p. 1329). Hasta Víctor se da cuenta de las prioridades equívocas de Juan: "Dile a tu marido que piense menos en el trabajo. Quiere juntar dinero y lo juntará, pero ¿a quién lo va a dejar cuando se muera?" (p. 1285).

Al analizar *Yerma*, siempre se destaca la culpa y la insensibilidad de Juan hacia su esposa. Pero al clasificar las actitudes nocivas de esta tragedia, hay, hasta cierto punto, que incluir las de Yerma también. La única meta de su vida es la de llegar a ser madre, y constantemente machaca a Juan con esta idea. Admite abiertamente a la Vieja que su marido no la excita, y que el acto sexual con él tiene el único fin de quedarse en estado. Dice: "Yo me entregué a mi marido por [mi hijo], y me sigo entregando para ver si llega, pero nunca por divertirme" (p. 1290). Luego, con la bruja Dolores, se lamenta de la necesidad del hombre para concebir: "Yo sé que los hijos nacen del hombre y de la mujer. ¡Ay, si los pudiera tener yo sola!" (p. 1329). En definitiva, es la falta de comprensión

y asimismo el egoísmo mutuo lo que predomina. No es de maravillar que Juan no quiera pasar mucho tiempo al lado de una mujer que le mira nada más que como el vehículo material de sus sueños maternos; tampoco es inverosímil que Yerma vaya llenándose de odio y de frustraciones a causa de no poder realizarse plenamente. Ahora, después de apuntar las actitudes que dominan en este matrimonio, es de suma importancia señalar un hecho que originó también la tragedia de *Bodas de sangre*: el matrimonio de Yerma y Juan fue arreglado por el padre de ella. Yerma explica a la Vieja: "Me lo dio mi padre y yo lo acepté" (p. 1290). Entonces, ella no tuvo la oportunidad de escoger libremente, pero Lorca da la impresión de que, teniéndola, hubiera escogido a Víctor. Ese sí que la excitaba de joven, y ya en su madurez ella todavía muestra una fuerte atracción por él. Pero a causa de su falta de libertad para elegir, se ha casado con Juan, y el fruto es un matrimonio infeliz para los dos. Lorca apunta otra vez la oscura y anticuada costumbre de no permitir a los jóvenes hacer esta importantísima selección por sí mismos.

Entre las antiguas normas que componen la oscuridad que Lorca pinta, se encuentra el concepto de la mujer campesina. Tal como la vimos en *Bodas de sangre*, la vemos ahora en *Yerma*: se queda en la casa, sin más vida que la de cuidar a su marido y su hogar. Juan lo resume de manera escueta: "Las ovejas en el redil y las mujeres en su casa" (p. 1312). Y Yerma, expresándose en palabras que hacen pensar en la Novia, dice: "Pienso que no es justo que yo me consuma así" (p. 1282). Ella está enterrada viva en la tumba de su casa, sola, sin siquiera los niños que alegren la vida que las normas de la sociedad imponen en la mujer. Se queja a Juan: "Los hombres tienen otra vida: los ganados, los árboles, las conversaciones, y las mujeres no tenemos más que ésta de la cría, y el cuidado de la cría" (p. 1314). Este papel de la maternidad es el que exige la sociedad, y en el caso de una mujer como Yerma, sin hijos, no hay más remedio que consumirse. Al crecer en este ambiente, al respirar estas ideas y tradiciones a cada instante, Yerma llega a pensar que "la mujer de campo que no da hijos es inútil como un manojito de espinas, y hasta mala" (p. 1317). Junto a lo sombrío de esta actitud cerrada, Lorca hace penetrar una luz, una manera diferente de ver las cosas. María trata de convencer a Yerma de que ella puede realizarse por caminos que no sean precisamente la maternidad: "Pero tienes otras cosas. Si me oyeras podrías ser feliz" (p. 1317), y la Vieja muestra un parecer semejante: "Está bien que una casada quiera hijos, pero si no los tiene, ¿por qué esa ansia por ellos? Lo importante de este mundo es dejarse llevar por los años" (p. 1328).

Lorca cree que es necesaria una interpretación menos estricta del papel de la mujer, dejándole abiertos otros caminos que la puedan conducir a una plena confirmación de sí y de su papel en la sociedad.

Relacionada con la vida restringida del mundo femenino está la idea malsana de reprimir también toda emoción que no esté conforme con el "sino" —es decir, con el concepto de la vida que ha establecido la sociedad. Encontramos esto en *Bodas de sangre* cuando la Novia y Leonardo hablaban de los sentimientos de amor que ellos habían sofocado; lo tenemos de nuevo en el caso de Yerma. Las lavanderas hablan de las emociones ocultas que hacen quemar hasta la casa de Yerma: "Ella y las cuñadas, sin despegar los labios, blanquean todo el día las paredes, friegan los cobres, limpian con vaho los cristales, dan aceite a la solería, pues cuanto más relumbra la vivienda más arde por dentro" (p. 1304). La misma Yerma revela que tiene un dolor interior que no puede expresar: "Lo que sufro lo guardo pegado a mis carnes" (p. 1313). Entonces, la falta de comunicación de los sentimientos más íntimos crea barreras en las relaciones humanas, y Lorca muestra los efectos de este silencio fatal.

El tema del honor es clave en esta obra, y Lorca señala otra vez el peligro de un concepto rígido y calderoniano del mismo, por el cual Juan está obsesionado. A él no le importa que su mujer tenga un sentido del honor tan profundo que la prohíba incluso el pensamiento de buscar satisfacción con otro hombre. El honor inherente de Yerma se revela cuando ella grita, furiosa, a la Vieja: "¿Te figuras que puedo conocer otro hombre? ¿Dónde pones mi honra? ¿Has pensado en serio que yo me pueda doblar a otro hombre?" (p. 1345); la obsesión negra de Juan por el qué dirán se refleja en sus palabras: "No me gusta que la gente me señale. Por eso quiero ver cerrada esa puerta y cada persona en su casa" (p. 1315). Y Lorca describe y condena la sociedad en la cual la gente tiene el poder de establecer la fama de una persona. Cuando Yerma le prohíbe a Juan poner el nombre de otro varón sobre sus pechos, él responde desesperadamente: "No soy yo quien lo pone, lo pones tú con tu conducta y el pueblo lo empieza a decir. Lo empieza a decir claramente. Cuando llego a un corro, todos callan; cuando voy a pesar la harina, todos callan y hasta de noche, en el campo, cuando despierto me parece que también se callan las ramas de los árboles" (p. 1333). En una sociedad donde las malas lenguas decretan a su gusto el honor de uno, la comprensión humana es casi imposible. La escena de las lavanderas subraya esta idea.

Robert Lima explica que esta escena "is important as a serious attack on society's refusal to accept what it will not understand

because it lacks compassion."¹² La Lavandera 5ª es la personificación de una falta total de suavidad y comprensión; pero aun aquí hay un contraste claroscuro. La Lavandera 1ª representa la voz que pide compasión humana, y el hecho de que las demás no le hagan caso es una nota triste por parte del dramaturgo hacia la sociedad que retrata.

Esta escena de las lavanderas tiene asimismo otra función en el juego de luz y sombra del drama. Sirve, con sus versos líricos, como relieve a la tensión del primer acto, y como un momento de luz clara antes de que llegue la oscura intensidad del cuadro segundo. En esta misma dirección del claroscuro en el lenguaje aparecen las canciones de cuna de Yerma del primer acto y los versos líricos que canta en el segundo después de la escena tensa con Juan (p. 1316). Lorca utiliza este tipo de yuxtaposición en *Yerma* tal como lo hizo en *Bodas de sangre*.¹³

Otro fuerte contraste, más patente a causa de ser visto por los ojos de Yerma, es el de Víctor y Juan. Víctor, para Yerma, es como un rayo de luz: alegre, potente, excitante. Juan, en cambio, le parece enjuto, áspero, triste. El diálogo entre Yerma y Víctor (pp. 1296-1297) destaca la virilidad de éste como el claro opuesto de la esterilidad de aquél. Pero Víctor representa una luz, una esperanza, inalcanzable. A pesar de sus deseos, Yerma no es capaz de sostener relaciones con cualquier hombre que no sea su marido. Negándose a buscar la gratificación ilícita, se consume y al fin muere —una muerte espiritual en la cual toda llamita de esperanza se ha apagado. Como expresa Robert Lima, "in *Yerma*, the irony lies in that even the strict adherence to the moral code leads to death. It will be recalled that in *Bodas de sangre* the opposite course also leads to death. The result is equal in both cases, whether the code is wantonly broken or blindly preserved (Lima, p. 217).

Tanto en *Yerma* como en *Bodas de sangre*, las esperanzas de los personajes se van frustrando, hasta quedar en la oscuridad más completa. Los anhelos de maternidad de Yerma como el deseo de Juan de vivir en paz con su mujer, no se realizan. Una vez más, se puede acusar a una sociedad demasiado rígida, que no deja libre al individuo ni lo trata de comprender. El único fin posible es la tragedia.

¹² Robert Lima, *The Theatre of García Lorca* (New York: Las Américas Publishing Company, 1963), p. 230.

¹³ Otro momento del claroscuro de *Yerma* que se parece mucho a *Bodas de sangre* es el detalle de la feria en el cuadro final del tercer acto. Contrastado con el ambiente alegre de la feria es el estado de ánimo interior de los personajes. Un ejemplo más impresionante del claroscuro no puede haber, y se piensa inmediatamente en la escena de la boda de *Bodas de sangre*.

Los paralelos múltiples entre estas dos obras son obvios; sin embargo, en *La casa de Bernarda Alba* (1936), Lorca lleva a la escena algunos aspectos nuevos de los problemas "pintados" en las obras anteriores, y hasta saca a relucir algunos que no ha tratado todavía, como la tiranía maternal. El estilo y el enfoque dramático cambian; el mismo Lorca lo resume escuetamente al decir: "¡Ni una gota de poesía! ¡Realidad! ¡Realismo!"¹⁴ El eco de los varios temas expuestos anteriormente es patente, pero sobre todo son interesantes las nuevas maneras de pintar el claroscuro.¹⁵

Desde muy temprano en la obra, el claroscuro visual se nota en un contraste vívido de blanco y negro: las mujeres de luto en las habitaciones blanquísimas. Lorca insiste sobre la blancura de las paredes en cada acto, y las mujeres llevan el luto a través de la obra entera, con una sola excepción que se examinará más adelante. La blancura de la casa se extiende a la limpieza reluciente que impone Bernarda: dice que la Criada debía "haber procurado que todo esto estuviera más limpio para recibir el duelo" (p. 1445), y la Poncia se queja de que "si Bernarda no ve relucientes las cosas me arrancará los pocos pelos que me quedan" (p. 1441). La limpieza deslumbrante de la casa se contrapone a la desesperanza trágica de las hijas, y recuerda el comentario citado de la Lavandera de *Yerma*. Las palabras de Magdalena dejan entrever la idea de cuatro paredes blanquísimas que son, para las cinco hijas, la más negra prisión: "Todo menos estar sentada días y días dentro de esta sala oscura" (p. 1452).

Destacan otros detalles de un claroscuro visual. En el tercer acto, Adela, la más sensible a estos contrastes de color, dice: "El caballo garañón estaba en el centro del corral ¡blanco! Doble de grande, llenando todo lo oscuro" (p. 1515). Es significativo que cuando Bernarda pide un abanico para refrescarse, es Adela quien le ofrece "un abanico redondo con flores rojas y verdes" (p. 1451). Bernarda lo arroja con violencia al suelo en un acto destructivo, y exige uno negro. Este detalle del abanico se refiere a una de las

¹⁴ Allen Josephs y Juan Caballero dan una interpretación de estas palabras y su significado que nos parece bastante acertada. Lo que nos interesa destacar es la escasez de versos en la obra; no pretendemos en absoluto negar que sea una obra eminentemente poética en cuanto a la expresión. Véase *La casa de Bernarda Alba*, ed. Allen Josephs y Juan Caballero (Madrid: Ediciones Cátedra, 1976), pp. 73-75.

¹⁵ Josephs y Caballero dedican varias páginas a su tesis de que *La casa de Bernarda Alba* no es la obra final de una trilogía lorquiana, que ni es tragedia, desde el punto de vista del concepto griego de la tragedia, y que por lo tanto es erróneo hablar de una trilogía al tratar a García Lorca. Véase Josephs y Caballero, pp. 69-73.

dos veces en que aparece un color diferente del blanco o negro, y ambas situaciones están relacionadas con Adela.

Esta, la hija menor, todavía tiene esperanzas en la vida, y se niega a seguir pasivamente la suerte que Bernarda ha asignado a las demás. Cuando se pone su nuevo vestido verde —color tradicionalmente simbólico de la esperanza— y va a estrenarlo ante las gallinas, Magdalena, que parece la más resignada de todas, murmura: "¡Pobrecilla! Es la más joven de nosotras y tiene ilusión" (p. 1462). Las otras saben bien que existe muy poca posibilidad de salvación en esa vida de luto continuo —un luto llevado, se puede decir, en su propio honor, mientras ellas van muriendo poco a poco, enterradas en la tumba de su casa.¹⁶ Pero Adela rechaza definitivamente esta suerte. En un primer arranque de su rebelión, grita: "No me acostumbraré. Yo no puedo estar encerrada. No quiero que se me ponga las carnes como a vosotras; no quiero perder mi blancura en estas habitaciones; mañana me pondré mi vestido verde y me echaré a pasear por la calle. ¡Yo quiero salir!" (p. 1466). Ella, feliz en la luz de sus esperanzas de compartir la vida con Pepe el Romano, acaba de enterarse que éste pide la mano de Angustias; ella ve la sombra negra que amenaza su felicidad, y se niega a aceptarlo. Aunque creemos que Adela siente una atracción hacia Pepe como hombre y no sólo como un camino hacia la libertad, encontramos acertada la observación de Cedric Busette: "Adela se encuentra en total oposición al sistema tramado para hacer que se vuelva vieja y frustrada como sus hermanas mayores. Su reacción es contra ese sistema, y el primer hombre que se le acerca le sirve de estímulo para su acción" (Busette, p. 106).

Evidentemente los anhelos de libertad y de realización que siente Adela son los más notables, pero no es ella la única que espera poder escapar del dominio tiránico de Bernarda. En la claridad de la ilusión tienen un puesto también Angustias, la vieja María Josefa y Martirio.

Angustias, con sus treinta y nueve años, ya es demasiado madura para las expresiones flamantes de Adela. Pero, por todo lo serio y mesurado que sea su comportamiento, un solo comentario suyo basta para revelar la profundidad de sus sentimientos: "Afortunadamente, pronto voy a salir de este infierno" (p. 1472). No siente ninguna pasión por Pepe, al cual lleva casi quince años, y sabe que Pepe

¹⁶ Lorca destaca otra vez la costumbre inhumana de guardar luto por un número exagerado de años, por no decir por el resto de la vida. Aunque no muestra el menor dolor en cuanto a la muerte de su marido, Bernarda anuncia que "en ocho años que dure el luto no ha de entrar en esta casa el viento de la calle" (p. 1451), y al suicidarse Adela, la exigencia es aún peor: "Nos hundiremos todas en un mar de luto" (p. 1532).

tampoco busca su amor. Pero por lo menos, logrará escapar, y la libertad es lo que le importa. Es también lo que le importa a María Josefa, a quien Bernarda tacha de loca, pero cuya percepción a veces muy clara delata una sanidad escondida pero presente. Pide constantemente que Bernarda la deje salir, habla de casarse a la orilla del mar y de buscar casas abiertas en el campo. En todo, sobrepasa su deseo de escapar de esa prisión blanca donde a ella la tienen doblemente encerrada.

Después de Adela, Martirio es la que siente deseos de libertad más fuertes —deseos que también encuentran su expresión en la rebelión contra la autoridad represiva, aunque su rebelión es menos intensa que la de Adela, pues no llega a una ruptura total. Sin embargo, es la primera en desafiar abiertamente a Bernarda: cuando se encuentra el retrato de Pepe en la cama de Martirio, Bernarda se pone a insultarla y a golpearla. La hija grita, furiosa: "¡No me pegue usted, madre!" y cuando Bernarda responde que le pegará todo lo que quiera, Martirio, hecha una fiera, vocea: "¡Si yo la dejo! ¿Lo oye? ¡Retírese usted!" (p. 1493). Martirio no aguanta la tiranía de su madre, y se desespera aún más al darse cuenta de que probablemente jamás se llegue a romper ese dominio: su deformidad física la hace casi repugnante a los hombres, y el único escape del infierno de su casa es a través del matrimonio. Al darse cuenta que la luz de sus ilusiones se va apagando, mientras que la de Angustias y sobre todo la de Adela va creciendo, siente unos celos frenéticos y desesperados. El castillo claro de su esperanza se hunde en la oscuridad.

Es muy importante destacar aquí una faceta de la tiranía de Bernarda en cuanto a Martirio, porque es un punto que Lorca ha tocado en las dos obras precedentes: el efecto desastroso de no dejar a los jóvenes elegir libremente en el matrimonio. Martirio tuvo una vez un pretendiente, pero Bernarda no le consideraba digno de su hija y le despidió sin siquiera informar a Martirio, y mucho menos intentar averiguar los deseos de ésta. Así, Bernarda destrozó fríamente la única oportunidad de su hija para casarse y conseguir la felicidad con su libertad.

Este dominio total de las hijas por parte de la madre, y sus consecuencias trágicas, forman la oscuridad más negra del retrato que nos ofrece Lorca. Bernarda carece por completo de compasión, tanto con los vecinos y las criadas como con su propia familia. Es una mujer dura, sin piedad y totalmente ciega a las emociones y los deseos de los demás. En cuanto a sus hijas, Cedric Busette dice que "la tiranía de Bernarda no permitía a las muchachas la libertad de expresión necesaria para una existencia normal, natural y humana" (Busette, p. 105). La increíble inhumanidad de Bernarda es lo que

más destaca, y los efectos de esta influencia sobre las hijas son dos: primero, empiezan a imitarla inconscientemente en su rigidez para con los demás. En su agonía celosa, Martirio es la causa directa de la muerte de Adela cuando le dice, mintiendo, que Pepe ha muerto; refiriéndose a Adela, dice que "hubiera volcado un río de sangre sobre su cabeza" (p. 1531), y su deseo más fuerte es el de ver frustradas las ilusiones de su hermana. Magdalena también, al enterarse de las relaciones entre Adela y Pepe, dice con dureza: "¡Déjala que se vaya donde no la veamos nunca más!" (p. 1530). El carácter áspero de la madre está tomando posesión de las que la rodean. El segundo efecto de esta tiranía inhumana es la muerte de las cinco hijas: Adela es la única que muere físicamente, pero las demás pierden por completo la luz de sus esperanzas, y quedan en la oscuridad total, que es la muerte espiritual: ya ni Angustias llegará a escapar. Robert Lima lo resume acertadamente: "Bernarda is a selfish and tyrannical matron who eventually forces her daughters into the pit of despair. They lose every vestige of hope; this loss leads directly to the moral death of each daughter and to the physical death of the youngest. Slowly, but unequivocally, Bernarda drains the minds and hearts of her daughters until they become as white and barren as the walls of their physical prison" (Lima, p. 266).

Aparte de esta tiranía maternal, que aparece como tema por primera vez en esta obra, se encuentran varios aspectos oscuros de la sociedad que Lorca trata en *Yerma* y en *Bodas de sangre*. Se habla repetidas veces de las emociones que los personajes guardan en su interior, que les atormentan sin dejarles encontrar una salida para su situación. Adela dice a Martirio que no fue una broma el que ésta robase el retrato de Pepe: "Ha sido otra cosa que te reventaba en el pecho por querer salir" (p. 1494). Y Bernarda no permite la expresión más natural y necesaria del dolor —el llanto; le dice a Magdalena: "No llores; si quieres llorar te metes debajo de la cama" (p. 1446). Pero a los personajes se les exige también aparentar emociones que no sienten: Angustias tiene que llevar luto, aunque Antonio María Benavides no era su padre, y Adela tiene que observar luto también, aunque significará, sin duda, la pérdida de los mejores años posibles para el matrimonio; ella dice: "Pienso que este luto me ha cogido en la peor época de mi vida para pasarlo" (p. 1466).

Entre lo oscuro, se encuentran varias referencias al papel de la mujer en la sociedad: por ejemplo, la idea arcaica de quedarse en casa y adoptar un papel secundón respecto al marido. Junto a esto aparece otra vez la obsesión del qué dirán y el pundonor rígido.

Lorca retrata estos dos males de manera muy parecida a la que emplea en *Yerma* y en *Bodas de sangre*.

Aunque los versos casi no aparecen en *La casa de Bernarda Alba*, las dos veces que Lorca los intercala son significativos para comprender el juego de luz y sombra. El canto lírico de los segadores (pp. 1486-1487) precede a una escena tensa donde se nota el odio creciente de Martirio y el conflicto que surge a causa del retrato robado. Además, el tema de libertad de estas canciones contrasta con la vida reprimida de las muchachas. Más tarde, en el tercer acto, en medio de la mayor intensidad dramática, María Josefa sale con una oveja, cantando (p. 1523). Estos dos detalles de un claroscuro lingüístico-interpretativo son tan impresionantes aquí como lo son en las dos obras anteriores.

En estas tres obras vemos la técnica del claroscuro bajo varias formas; todas, a nuestro parecer, tienen el propósito de impresionar al espectador y de hacerle compadecer a los personajes presentados en escena. García Lorca utiliza la técnica con el mismo fin que la han utilizado muchos pintores famosos a través de los años. Y, como dijimos al principio, Lorca es el autor de un teatro altamente social, un teatro que conscientemente pinta los males de la sociedad para que ella se vea reflejada en este espejo y se regenere. Los males, para Lorca, son las viejas normas y tradiciones de la sociedad que la hace cerrada, inhumana y fría y que producen una falta de comprensión, de compasión y de comunicación. Es contra este sistema contra el que los personajes se rebelan tan desesperadamente; Cedric Busette dice que "en Lorca, el individuo en cuyo interior se desarrolla la tensión no puede aceptar, ni de hecho acepta, los dictados del orden social" (Busette, p. 17). No es que quieran ser amorales, sino que después de vivir bajo unas leyes sociales que les prohíben toda posibilidad de expresarse o de llegar a ser, alcanzan de repente al punto máximo de angustia, y estallan rebelándose, rompiendo con todas las normas establecidas en un último esfuerzo para encontrar algún significado a sus vidas, o en un grito final desesperado antes de morir. Lorca expresa a nuestro parecer que mientras la sociedad no cambie, la muerte —la física o la espiritual— será el destino de todos los que intenten alzar sus voces en un grito de libertad. Pero que conste que Lorca no sugiere una sociedad anárquica, en la cual todo el mundo es libre en su comportamiento sin pensar en los demás. Al contrario; es imposible leer el teatro de García Lorca sin fijarse en que, junto a esta libertad individual, es imprescindible una compasión humana por el prójimo. Sin esta compasión, no lograremos jamás escapar de la sociedad impersonal e inhumana. Y tal era la idea que tenía Lorca de la sociedad, que es siempre lo oscuro lo que triunfa en esta lucha de luz y sombra. El dramaturgo,

como dice Cedric Busette, "presenta una visión trágica del hombre. . . El orden social funciona limitando aún más cualquier intento del hombre de definirse como un ser verdaderamente libre. También le impone un sistema de valores que condiciona su timidez para afirmar la voz de su interior, que clama por libertad. . . No es arriesgado suponer que el propio Lorca se preocupaba por la plenitud y riqueza de la vida humana y, consecuentemente, por la falta de realización y la frustración" (Busette, p. 183). Robert Lima llega a una conclusión semejante: "His is a drama of dedication to humanity in which he longs for the freedom of the spirit from the artificial encumbrances of society. His theater is a vivid interpretation of a codified existence and the evils it has engendered" (Lima, p. 300).

García Lorca, pues, sugiere un cambio social a través de su teatro, y lo hace utilizando la técnica artística del claroscuro para destacar lo que hay que abolir y lo que hay que conservar. Cada individuo es importante en este proceso, y cada representación o lectura de estas tres obras debe servir como un vivo recuerdo del papel que todos tenemos que jugar para lograr una sociedad más humana, en la cual el hombre sea libre para descubrir en ella su sitio exacto.

LA MUJER SENTADA

Por *Sergio MAGAÑA*

AL oír el gran ruido del cielo nadie pensó que fuera el cielo lo que había estado tronando desde la madrugada, ni que por ser Domingo los hombres en camisa se pusieran a fumar sobre los cuetes de vara larga y los muchachos chicos a voltear campanas. Eso venía sucediendo cada año el diez de octubre a partir del nueve, cuando bajaba la gente de las ordeñas y algunos compraban papel de china para adornar sus casas.

Al santo del pueblo le gustaban tantas cosas como el ruido de los cuetes, las solteras nuevas en su iglesia, los gañanes afuera y las mujeres embarazadas peinadas con vaselina durante tres días. Las fiestas al santo duraban esos tres días y nadie creía que debían durar más.

Aprovechándolos, Ana Juárez iba a casarse con Andrés Cuesca, y Chona Mateos estaba moviéndose alrededor de las cazuelitas de tinta donde su hijo Feliciano metía polvo de colores, movía el palito y les pintaba la panza a los huevos que ella había llenado de agua de perfume, o ceniza, o tierra.

Junto al canasto se rascó el gato y Chona Mateos supo ver y apreciar los buenos dientes de su hijo Feliciano que empezó a reírse porque un pedazo de la caliche del cuarto se vino abajo al sonar la orquesta. La orquesta tocaba en el atrio de la iglesia y ellos no la oían mal desde aquí.

—Ya llegó la música, má —dijo él.

Se quedaron un rato oyéndola, mirando el cuadro de la puerta y un pedazo de la calle.

—¡Apúrate entonces vaya!

Feliciano mojó el hisopillo en la fuchina. Creía que Ana Juárez era la mejor de todas y que ahora iba a casarse con Andrés Cuesca. Bueno. Se puso a pintar los huevos más aprisa y a revolver el aserrín del canasto con otra velocidad.

Su madre Chona dijo:

—Desde antier empezaron a matar gallinas. Saldrá buen caldo. Vi tres amarillas bien gordas. El novio anduvo comprándole cosas a la muchacha. Tan viejo el hombre.

Cuesca era viejo, muy. Y Feliciano lo había encontrado vestido de negro sobre su caballo negro. Lo admiró. Claro, al hombre.

—Montaba garboso. Ni se le nota el siglo, caray.

Chona Mateos miró a su hijo Feliciano, que era jovencito, grandulón y fuerte.

—Puede que no se le note el siglo, hijo (Atrás de la puerta de luz seguían cruzándose los pasos y las sombras de las personas). Esos irán al recibimiento y luego al jolgorio y al comelitón.

A Chona y a Feliciano, les hubiera gustado ver a la muchacha, que siendo de buen ver, estaría lucida y despejada. Feliciano tenía ganas de gastar en la feria su propio dinero ahorrado en el tepalcate y hasta el peso plata de Marciano Reyes amarrado en el pañuelo.

Chona fue diciendo sentada en el banco:

—Antes de novio, el viejo era el padrino de ella. Le fue a comprar vestidos —cerró la boca como quien piensa—: de gasa uno, ¿será? Y que unos zapatos de raso bordado de seda con chaquiras.

Feliciano estuvo aventando confeti sobre el canasto de huevos tricolores; oyendo la música, oyendo pasar la gente. Pensó en Ana.

—Yo un día jugué con ella, má.

—Sería antes, tú —y se agachó para abarcar mejor la calle—. No vas a creerme, hijo, pero estoy viendo a Pachita con sus nugas almidonadas. Está queriendo venir acá.

La pieza se hizo oscura cuando la enagua se paró en la puerta. Allí mismo Pachita movió la mano.

—Estaría bueno que vengan.

Chona Mateos atizó la lumbre donde humeaban las planchas de fierro; recogió la blusa lavada de él y se puso a rociarla.

—No me están los quiebres esos, má. Aquel Marciano Reyes tiene una blusa color de rosa y unos pantalones de rayitas.

Pachita volvió a decir:

—Luego no van a ver nada.

La música se calló. Empezaron a oírse muy aprisa los pasos de la gente en el empedradillo de la calle, casi corrían. Pachita no quiso entrar de ningún modo, sólo dijo esto removiendo la mano:

—Estaría bueno que vengan. Ana Juárez está sentada allá.

Afuera caminaban las mujeres con pasos menudos, de modo que un indio joven podía adelantarse, subir pronto la calle y llegar a la toma de agua pasando antes frente a la iglesia. De repente las campanas no tocaron, oyéndose nada más el paso de la gente que andaba de prisa. "Ana Juárez está sentada allá". Y siendo allá el milpar grande, allá iban.

Los que ese día estaban en el pueblo, todos, de veras, hasta los músicos, se pusieron a correr. Como si despertaran las mujeres y

los hombres y los viejos y las viejas. Sin querer detenerse, tomando luego aquella dirección de la milpa. No era a pasitos como antes; pero asombrados, moviendo las caras y los ojos redondos y levantando un polvo blanco de las calles con el ruido de sus pies; un golpe parejo, grande, hecho de clavos o tacones, o guaraches. Las puesteras se echaban el crío a la espalda, dejaban sus montoncitos de fruta en el suelo, o las cambayas y cogían el rumbo con los demás hacia donde estaba sentada ella, atrás del cerro verde. Ninguno quiso detenerse, aventándose unos al empujar a los otros con jadeos y movimiento y pisando la tierra, levantando polvo. El cerro se llenó pronto de tanta gente como subía: los trapos de colores, los brazos, los sombreros anchos de los hombres; también unos perros, también niños. Del caño al pie del cerro negreaban cabezas, en grupos y solas, porque en la plaza no quedó nadie si no era un ciego que todavía estuvo quemando pólvora.

Pasar el cerro verde no costaba mucho. Adelante era el llano donde crecían las milpas y subía el camino amarillo del ojo de agua. Así fue que en la punta del cerro aparecieron pronto las cabezas y comenzaron a bajar por muchos lados; cayéndoseles los brazos, los sombreros, los rebozos, y más y más. Nunca nadie había visto tanta gente en el pueblo, sin contar los animales y alguna abuela montada en burro. Bajaban en silencio, con cuidado, evitando las espigas de los guamúchiles y no hablándose para nada, puesta sólo la vista en el milpar de abajo donde estaría Ana Juárez.

Pachita caminaba levantándose las enaguas y tres puntos de pólvora reventaron en el cielo. Las respiraciones se oían bien, pero ninguna palabra, tampoco gritos o suspiros fuertes. Con los labios cerrados y los ojos redondos movían sus pies, bajando y bajando. Luego todos caminaron apretándose contra el sembrado hasta llegar al tramo de pasto rodeado de milpa que daba al camino. Quedaron ahí serios, inmóviles. Entonces nada se oyó sino silencio.

A mitad del claro de la Milpa, sola, estaba sentada Ana Juárez.

Feliciano no pudo creerlo, ni él ni los otros; pero enfrente mismo la estaban viendo: sentada entre su vestido de gasa, la cabeza un poco de lado y las manos morenitas cruzadas una sobre de la otra con mucho reposo; las pestañas bajas y sonriendo apenas la boca chica como en los retratos de óvalo. Chona Mateos le notó luego los zapatitos bordados de seda y Feliciano el pedacito de cigarro apagado que le colgaba en el extremo de los labios. Nadie podía dejar de verla. Todos, al contrario, querían. Cambiándose el turno, aguantando la respiración para no hacer ruido.

El cielo no tronó más. Se oía un aire quedo soplando la milpa y el abanico de las espigas.

Así pasó el tiempo; aunque no para ellos, que permanecían serios viendo la postura quieta de Ana Juárez, su carita de lado.

—Yo no sabía que ella fumara, má —dijo Feliciano.

MARCIANO Reyes había estado esperando un buen rato la salida del sol para echar fuera las gallinas, vaciar la leche, abrir el corral y vigilar el camino amarillo. Como el corral estaba alto, sobre el cerro, a él le caía bien montarse encima de las trancas y mirar los montes azules, el valle, las capas coloradas de las jacarandas y después la loma verde que era suya y donde las becerras se daban gusto. Pero ese día era Sábado, el Domingo comenzaba la feria, hasta el Martes, y no era fácil entretenerse por nada. Marciano se quitó el sombrero y se puso a vigilar el camino.

De algún modo este sitio alto del corral era de lo mejor, descontando el palo ramoso del chirimoyo y el techo de tejamanil. Se veía claro principalmente el camino amarillo que iba cruzando abajo.

Mirándolo se le ocurrieron varias cosas porque nunca antes lo había visto tanto ni hubiera creído que sirviera sino para caminar por él. Sube del valle junto a la barranca, atraviesa el caño y llega al cabo del tiempo a partir en dos la cabeza de la loma con una raya de peine. El supo todo esto mientras lo vigilaba, empinándose a veces para no crearle dudas a sus ojos. Lo cierto es que Feliciano no hubiera podido dar ahí un paso sin que él lo dejara pasar, y si pasaba, Marciano Reyes le recogería tanto como una moneda de un peso plata, o los cinco litros de leche, o la botellita de agua florida; porque él había propuesto a Feliciano los cinco litros de leche para venderlos en el pueblo, sacar de ellos un peso y comprar en la plaza la botellita de agua florida que Marciano calculaba poder echarse en los cabellos cuando menos Domingo y Lunes. Ahora que nunca hubiera dado esa leche de haber pensado, como lo estaba haciendo, muy malas razones acerca del hijo de Chona Mateos. Marciano se acomodó el sombrero con sus manos grandes y plegó los párpados. Después dijo algo que no le importaba sino a él, y estuvo algún tiempo vigilando el camino amarillo. A las cinco de la tarde el cielo cambió de tono y a él empezaron a dolerle las nalgas.

En el lado bajo de la barranca, entonces, apareció una traza de mosquito blanco, se deshizo tras la loma y volvió a mirarse: así tres veces. Creyó por fin no verlo, aunque luego empezó a moverse el mosquito junto a un montón de tablones. No siendo Feliciano, él no supo explicarse bien a esa distancia sobre qué o quién era, al menos de repente. Más tarde, según aquello ganaba altura le fue asoman-

do primero lo oscuro del pelo, los hombros, el par de bultos duros del corpiño y lo demás de ella, porque se trataba de Ana Juárez. Venía sin mucha gana empujando de cierta manera los terrones chicos con el pie. Su vestido por eso se le estaba metiendo entre las piernas a cada paso. Ahora caminaba en el camino amarillo y, si avanzaba un rato corto, tendría que ver a Marciano Reyes sentado en las trancas. El planeó dar media vuelta y meterse en su casa. Ana Juárez estaría casándose mañana con Andrés Cuesca y Marciano Reyes no iba a decirle nada acerca de lo que hacía él ahí vigilando la vereda, esperando el agua florida.

Ella se detuvo a recoger una vara seca y siguió aventando piedras con el pie como si estuviera sola, aunque ya había visto al otro removiéndose sobre las trancas. Se adelantó despacio marcando una línea en la tierra con la punta del varejón para llegar donde fuera fácil, con sólo levantar la cabeza ver el corral, el filo del tejamanil y otras cosas. Estas otras cosas eran el hijo de José Reyes que le tenía puesto el ojo encima, agachándose lo más hacia ella y con peligro de venirse todo abajo. Ana Juárez no quiso darle motivo de sentirse mirado. Le habló estirando la vara, atenta a una ramita de anís a la orilla del camino.

—Si te caes te rompes, tú.

—Eso crees.

El estaba muy bien prendido de las manos en el asiento, buscando el modo de preguntarle a esa Ana Juárez lo que andaba haciendo por el abrevadero en vez de estarse en su casa bañando y preparándose para lo de mañana. Ella lo entendió así, pues dijo:

—Me bañan a las ocho. Mi padrino Andrés Cuesca no ha de dejarme salir después.

Empezó a componerse la trenza, no habló más, moviendo los dedos entre el pelo lustroso. Marciano se los estuvo viendo durante un cuarto de hora, y también los codos.

—Si tú bajas podrás ver un anillo que aquí traigo; con él han de casarme mañana.

—Está bueno —dijo él, ideando algún ofrecimiento a modo de hacer que ella levantara la frente. Levantándola, Marciano Reyes podría, equilibrándose en el aire, mete un poco el ojo desde arriba en el plisado del corpiño. De eso las muchachas nunca toman cuenta, ni de que él quisiera mirarle la frente por última vez antes de casarse con el viejo Cuesca—. Mira, aquel Feliciano anda diciendo que pusieron una bocina de radio en la iglesia. Se oirá lejos. Yo iré.

Ella no hizo nada de cuento él creía; sólo dio la respuesta mirando la tierra.

—Así dicen. Pero ya me voy.

—No será muy fino el anillo ese.

Marciano y Ana Juárez se miraron un poco. Después no. Como si fueran a medir los montes.

—¿Estará tu tía Rosa? —dijo ella.

—Yo creo no —dijo él—. De aquí se fueron todos. Vendrán pasadas las fiestas.

—Ah, vaya, pues ya me voy —se alisó el pelo y dio la vuelta, caminando ligera contra el sol.

Marciano Reyes la vio irse cambiada de color por la capa del cielo. Después dejó las trancas, se apretó el sombrero y echó a andar por el lado ramoso del chirimoyo rumbo a las filas de jacarandas. Le estaba doliendo algo abajo del estómago y sentía el jugo de su sudor en la boca. Le corrió un agujero al cinto y llegó al camino amarillo; colocándose ahí en cuclillas con las asentaderas pegadas en los talones y la palma grande de su mano apoyada en la tierra para no confundir los sonidos.

Por fin se desdobló firme contra la vereda oyendo el rodar de los terrones y una media voz que venía cantando y acercándose. Después apareció Ana Juárez. "Tarara, tarara". Ella se encogió nomás llena de silencio como queriendo no seguir al verlo tan bien parado en mitad del paso. El aire metía la enagua en sus piernas y el sol rojo le relucía la cara. Quedaron así quietos, hasta cuando su sombra larga partió el camino y Marciano Reyes avanzó, mirándose la mano, los dedos, la palma ancha, sus callos o sus grietas o sus rayas hondas. Ana Juárez le oía la respiración llena de sudor. Entonces dijo:

—¿Bajastes?

—Ha de ser muy cierto lo que cuenta Feliciano —dijo él. Hablaban de la iglesia y de la bocina del radio.

—Sí es —dijo ella.

Entendido pronto lo de la bocina eléctrica ninguno de los dos tenía por qué estarse mirando los ojos, de manera que él siguió atendiendo la palma de su mano que era grande, que tenía una línea atravesada. Y ella sabía de él, que aunque andaba ahí viéndose la mano, estaba tratando también de mirarle algo adentro del corpiño con el rabo de las pestañas. Mentiras que la frente.

—No ha de ser muy fino el anillo ése —dijo él.

—Sí es —dijo ella. Luego se volvió de espaldas moviendo el brazo.

A pesar de su cuidado Marciano no distinguía nada de cuanto ella estaba haciendo; sólo supo verle un poco del brazo y el codo moreno por arriba del hombro. Del hueco del corpiño Ana sacó el anillo, sujeto con una pita, mientras Marciano esperaba atrás sudando en el aire, achicando un poco el cuerpo y poniendo los ojos en

el movimiento del vestido, que una vez se mecía y otra vez se arrugaba en un punto bueno de las ancas. A las ocho, Ana Juárez estaría bañándose y él no había conocido nunca a nadie que se bañara con el vestido puesto.

Ana le mostró el arito dorado:

—Quién sabe si es fino.

Pero él no quiso tocarlo siquiera. Lo mejor era dejarlo colgando de la pita sobre el pecho de la novia de Andrés Cuesca. Ella volvió a envolverlo y a sujetarlo en su lugar.

—Siendo fino no le ha de quitar lo viejo al otro —dijo él.

El otro era el viejo Cuesca que andaría en algún lado comprándole la ropa, paseando el siglo en su caballo negro y escupiendo al suelo.

—Lo bueno será mi vestido de gasa y los zapatos de raso con chaquiras, ¿crees? También fue mi papá Lucio.

Marciano procuró acercarse más, no mucho; pero más, hasta rozarla con su brazo fuerte lleno de venas.

—¿Te van a bañar con agua caliente? A otras las bañan con agua caliente.

—Sí —sentía el sol bajándose y el brazo del muchacho cerca de su falda—. Pero ya me voy.

De nuevo estuvieron callados sin mirarse los ojos. El brazo fuerte lleno de venas se le iba pegando al vestido. Le subía atrás, en la espalda.

—Una vez mi papá Lucio me dio con la vara por andarme saliéndole. La cortó esa vara del membrillo, y era larga.

Marciano estuvo respirando sin pensar desmentirla. Porque Ana Juárez era chica: andaría como él en los diez y seis.

—Mi papá Lucio y el viejo Cuesca se fueron. Van a comprar aquello. Y mi padrino tiene una cortada en la oreja.

—No me va a dar miedo de saberlo —dijo él.

Ella apretó los labios; repasó en silencio el tamaño de las hierbas y el color del suelo.

—Yo ni lo quise, ¿crees? Mi papá Lucio empezó a decir que las mujeres son para que se casen.

De eso hubiera querido explicar algo más cuando la mano ancha le sobó los riñones y la cintura se le quebró.

—Déjame, tú. Has de saber que no ha de ser bueno que nadie nos esté mirando.

—No viene nadie ahorita.

Con todos sus ojos escucharon los ruidos del campo.

—Está bueno —Marciano sentía hinchadas las venas de la cabeza y un temblor en las piernas—. Las vacas son mías. Son cuatro.

—No —dijo ella sin levantar la cara por nada—. Mi padrino no iba a querer.

—También la leña.

—No.

—¿No?

—No creas, si ya me iba.

Pero ella no pudo sacar el cuerpo. El brazo de Marciano Reyes le removió la tela de la espalda ciñéndola, echándola fuera del camino, más allá de las piedras y las hierbas. Luego los dos empezaron a subir la loma, rojos de sol, respirando mucho y hablándose poco para no oírse las voces.

—No estaría bueno que nos vieran —dijo ella.

—Si subes atrás del chirimoyo, yo después voy —dijo él.

Ana Juárez quiso regresar y correr; pero la respiración del otro le empujaba los pasos desde abajo. Todavía la oía atrás al llegar al tronco del chirimoyo, donde se acurrucó ella solita, viendo desde su lugar un pedazo de sol quemándose, queriendo que no se fuera el sol atrás de los montes por miedo de aquellos pasos que estaba oyendo subir y subir. El olor del hombre le vino en el aire, y casi sin ruido, apareció él.

Estuvieron un rato serenos, medio separados y con los ojos bajos que nada más se veían los pies, no las caras. El dijo: "Ah, vaya". Y viéndola, se quitó el sombrero y el cinturón. Ana no pudo hablarle, sólo pegarse al tronco y encoger el cuerpo. El se inclinó despacio y ella se sujetó la enagua, resistiendo, aunque no mucho porque Marciano Reyes le estaba hurgando algo abajo del corpiño con su mano grande, exprimiéndole lo más que podía. Entonces se hundió el sol, o tal vez no, pero no podía verlo con el cuerpo pesado del otro caído encima del suyo.

Después Marciano Reyes quedó tirado al pie del árbol mientras Ana Juárez rodó como piedra ligera bajando el cerro, arañándose a veces con el filo de las hierbas. Arriba había estrellas y los grillos le cantaban en los pies y las luciérnagas de la tierra caliente se movían ante sus dos ojos que ella sentía ahora como restirados y brillantes, como más grandes.

Al llegar al camino amarillo regresó la vista atrás para distinguir la silueta del chirimoyo y sin ver al cabo nada sino la mancha de la blusa de Marciano entrando en la casa. Todo eso lejos. Sintió un hilo de sangre sobre el muslo, hasta la rodilla, y se hincó, un poco asustada, mientras se metía puños de tierra abajo del vestido. Más tarde volvió a caminar atravesando la loma, viendo parpadear en el aire las luces del pueblo.

Nieves le dijo:

—¡Muchacha ésta!

Asomaba medio cuerpo fuera de la puerta, esperándola, sacudiéndose de paso las cáscaras de los chícharos que traía en la enagua.

Nieves era su tía, y adentro, en el patio de tierra, halló a la abuela con el candil en una mano y la jícara de jabones en la otra. De la cocina salía la lengua de las mujeres o el golpe de sus metates. La abuela se puso a reír.

—Está asustada. Corre, corre; te vas a quitar el vestido. Primero te has de lavar el pelo—. Y la ayudó. Trajo la sábana y la ropa limpia mientras Ana Juárez se machacaba el pelo con el jabón.

Pasado el baño la llevó a la pieza que olía a barrido con sus veinte sillas pegadas a la pared. La invitó a sentarse en una.

—Debía usted dejarme la luz. Aquí está oscuro.

La abuela empezó a reírse otra vez haciéndole poco caso y llegando a la cocina sólo para decirles a las mujeres que Ana Juárez vivía asustada. Y ellas por eso se afanaron en sus palabras y risas, así, hasta oír el ruido de los caballos. La abuela salió por ver la llegada del viejo Cuesca y Lucio Juárez que estaban desensillando. Le entregaron a la abuela la caja cuadrada de los regalos y dos botellones forrados de palma, guardándose otro.

Lucio dijo:

—¿Y la del baño?

La abuela miraba con mucho respeto al hombre alto vestido de negro: Andrés Cuesca, y su cara morada a la luz del candil, llena de repliegues y tan seria siempre, porque nadie le recordó nunca una risa.

—La puse allá en una silla. Voy a llevar la luz.

Los dos entraron y se sentaron. Desde su silla oscura Ana los estuvo oyendo hablar distintas cosas, de esto o lo otro. El padrino preparó un cigarro con mucha calma amparando un momento el raspón del cerillo para poner su vista en la mujer. Ella bajó la cara. El cerillo se deshizo; pero Andrés la seguía viendo a través de la oscuridad con sus ojos chiquitos y puntiagudos.

—¿Te bañastes?

Absorbió el vaho enjabonado del cuarto con la chupada del cigarro.

La abuela trajo el quinqué grande con la mecha prendida, lo plantó en la rinconera y se fue. Entonces ellos procuraron el botellón y bebieron despacio. Bebieron mucho rato.

—Lucio, estará bueno decir a la abuela que la prepare. Las viejas saben decir cosas a las muchachas.

Lucio Juárez dijo que: "Está bueno". Y miró a su hija que tenía la cabeza baja y el pelo suelto sobre la espalda.

—Ven.

La hija no se movía.

—Párate, te digo.

Ella levantó por fin la cabeza sin desviar los ojos o llevándolos firmes al cuadro negro de la puerta.

—Si quiere usted ya me voy.

Y Andrés Cuesca habló:

—Dale paz, Lucio, mañana andaremos juntos de marido y mujer.

—Tu padrino compró aquel vestido. Tú verás que te lo traigan —aguardó algún movimiento de ella—: costó dinero.

—Mejor no, papá.

El padre estiró el brazo para pellizcar la sal y echársela en la mano, en la boca. El padrino movía la cabeza.

—No se va desdorar si lo miras, muchacha.

Ana Juárez parpadeó hundiéndose nomás en su silla. Solamente dijo esto:

—Será mejor guardarlo.

Los dos hombres se miraron; luego a ella. La pieza se fue llenando de silencio de modo que podía oírse la risa de las mujeres en la cocina y la voz de la abuela.

—A lo mejor no lo quiere, Lucio.

—Sí lo quiere. Yo sé.

Ana Juárez dejó que Andrés Cuesca estuviera escupiendo al suelo para repetir después que no quería ese vestido.

—De todos modos no me voy a ir con mi padrino. Menos hoy.

El viejo se removió en su silla avistándola por entre el humo de su cigarro.

—Yo te lo dije. Puede haber otro que se case con ésta, Lucio.

—No hay. Yo sé.

—Sí hay —na Juárez no alzó los ojos ni meneaba las manos aunque bien sabía cómo ellos dispusieron verla y oírla, atentos a cuanto fue diciendo: Yo se lo estaba queriendo contar a usted, papá, pero Marciano Reyes ha de juntarse conmigo, con él si puedo. Antes no, hoy sí. Eso que digo se lo estaba queriendo contar a usted.

Calló para respirar. Ninguno de los tres cambiaba de postura. Ellos seguían oyendo.

—Hubiera sido bueno no contar nada. Pero ya se trata de lo que yo hice. No de antes; pero hoy. Mi padrino no ha de querer llevarme mañana. Ya Marciano Reyes me subió con él al chirimoyo, y después me bañaron .

En la pieza volvieron a entrar los gritos de las otras. La cara de Andrés Cuesca empezó a plegarse por la risa.

—Serán mentiras —dijo Lucio.

Ana dijo:

—No son.

En seguida pasó esto: que los dos hombres quedaron viéndose. Andrés Cuesca habló.

—Yo lo siento mucho —explicó algo de un negocio y de que:

Ni modo ya de que el agua de mi caño pase por esas tierritas tuyas, ¿no? Ni se puede hablar de aquel asunto de las seis becerras del trato.

Lucio Juárez estuvo pensando sus palabras.

—Está bueno. De todos modos a mí me vendría bien que esa agua me pasara este año, Andrés Cuesca —se estaban mirando sin pestañear—. Tú dirás si todavía se puede. Se buscará el modo.

El viejo puso sus ojitos puntiagudos en la mecha del quinqué. También él estaba pensando las palabras.

—Hay el modo, lo hay —fumó despacio su cigarro—: Con la condición de hacer justicia, Lucio Juárez.

Lucio movió la cabeza hacia el bulto encogido de la muchacha. Pellizcó la sal y esperó su sabor mojándola en la boca. Apenas si despegó los labios:

—Está bueno, Cuesca. No se dirá que aquí no se hace.

El padrino acabó de echar risas sirviéndose lo mejor que pudo del botellón.

—Que ésta se ponga el vestido, al fin de ella es.

Pasó el tiempo. Después los dos hombres se levantaron y la mujer vio crecer sus dos sombras en las paredes, hasta el techo. Creía haberlos oído irse, pero Lucio Juárez regresó ajustándose la punta y el machete en la cintura.

—Hija —le sonó queda su voz, como aflijida—, a lo mejor no nos tardamos. Mientras, oyes, tú te peinas, te pones el vestido de mañana. Nos esperas.

Ella quiso contestar que no.

—Yo soy quien manda, hija. La abuela te ha de ayudar. Nos esperas.

Dio la vuelta nomás y se fue. Afuera andaba Andrés Cuesca arrastrando las sillas para los caballos. Después llegó el ruido de los animales en la calle, y la abuela vino.

—Muchacha, te voy a vestir.

Ana dijo:

—¿Dónde fueron?

—Son hombres, una no sabe. Mañana estarás casada y le Cuesca quiere que te ponga el traje. Ven, te digo.

A las dos de la mañana Ana Juárez estaba otra vez en la silla, esperando. Muy engalanada con su chalina en los hombros y la falda de gasa flotándole alrededor, hasta los pies, que se veían más chicos por los zapatitos de raso bordado con chaquira.

Las mujeres se habían ido y en la casa no había ningún ruido si no era el chisporroteo de los grillos entrando del patio. Así era todo y la luz del quinqué parpadeaba a veces dentro de la bombilla.

Después llegaron ellos. Ana Juárez los oyó mucho antes, contando el tiempo en el golpe de sus animales más cercano cada vez, y que sacudía el ladrido de los perros. En la tierra del patio, al fin, adivinó los pasos de su padre Lucio. Luego el cuerpo de él se paró en la puerta.

—Sal —dijo.

Ana Juárez no respondió, sólo se recogió la enagua y se cruzó la chalina. El hombre se hizo a un lado y ella pasó de'ante con la cara inclinada.

Afuera esperaba Andrés Cuesca vestido de negro sobre su caballo negro que parecía una sola cosa.

Lucio Juárez acercó la yegua.

—Tépaté, hijo. Yo voy a nancas.

Ella levantó a él los ojos como queriendo dudar.

—Está bueno, papá Lucio. Y mejor si usted me dice dónde vamos tan noche.

El dijo:

—Andale, cosa mala no te ha de pasar. Estuvimos con Marciano.

Empezaron a subir despacio la calle portándose de modo de aliviar a los caballos que por causa del otro viaje venían sudando y resollando. Andrés Cuesca iba detrás sin perder la distancia ni su postura garbosa. Y anduvieron así.

Cuando acabó el pueblo el ruido de los cascos se hizo nada. Podía oírse la respiración de todos, menos la de Ana Juárez, por razón que ella no sentía nada del aire en la boca: sólo humedad.

Pasado el cerro verde vadearon el caño, tan manso, que las estrellas y las luciérnagas andaban en él revueltas. Después otra vez la tierra y el principio del camino amarillo.

—Sería mejor bajarnos —dijo Andrés Cuesca.

Detuvieron los caballos, y ellos se echaron abajo.

—Dame la mano, hija. Vamos a caminar.

Ella obedeció; pero queriendo saber.

—Usted debiera decirme dónde vamos.

—Tú dices que fue Marciano Reyes.

—Sí lo dije. El dijo que nos podíamos casar si usted lo arreglaba.

El padre procuró expresarse bien:

—Bueno, él ya no va a poder, supón.

La muchacha sintió el mal en sus palabras y se detuvo.

—Quiero regresar.

Pero Andrés Cuesca le estrujó el brazo .

—Es mucho hablar, Lucio. Agárrate del otro lado.

Ana caminó entre los dos, no bien. Los pasos de ellos eran grandes y distintos a los suyos que no querían seguir.

—Suélteme usted, papá.

—De ahí al claro de la milpa, donde se detuvieron, faltó poco. La voz de Cuesca se inclinó hacia el suelo.

—Estaría bueno aquí.

Ana lo oyó. Sabía que le harían algo; pero no supo qué o cómo, hasta ver el machete del padrino sacándole punta a una rama dura. La aseguró en la tierra con cuidado dejando al aire la punta larga. Ana se volvió a su padre.

—Papá, no lo ayude a eso.

Se desprendió del brazo y corrió un poco, no mucho. Entre los dos la arrastraron pronto junto a la estaca. Lucio le levantó la enagua.

—Perdóneme usted, papá.

—Hijita, hijita, tú verás si ésta es justicia.

Ella empezó a gritar. Ellos lo hicieron pronto.

—A lo mejor no le llega.

—Sí le llega —dijo Andrés Cuesca— le dejé afuera tres cuartas.

Todo entre súplicas pues Ana Juárez se revolvía con fuerza y más y más; pero Andrés pudo levantarla mientras Lucio libraba el ruedo del vestido.

—Debe estar bien. Donde debe ser.

—Está. Tiéntala.

Entonces la encajaron. Andrés Cuesca se le apoyó en los hombros y la fue bajando despacio, oyendo como se iba rajando por dentro, oyendo también sus gritos, porque al principio ella gritó mucho; después no. Se fue apaciguando, quedando al fin quieta y apoyada en la tierra, no entera sino en cuclillas.

El viejo encendió un cigarro y quedaron los dos hombres mucho rato parados frente a ella. Luego Andrés Cuesca le compuso la cara con la chalina componiéndosela sobre la cabeza. Le cruzó las manitas y le esparció en torno la gasa del vestido.

—Es mejor irnos —dijo Lucio.

Entonces se fueron.

—Le dejé mi cigarro —dijo el viejo.

Pero Lucio no llegó a oír sus palabras. Los primeros cuetes de la fiesta del santo corrieron en el aire y luego fue el golpe de los caballos en lo oscuro del llano.

POR eso Feliciano se confundió con los otros que estaban ahí mirándola. Y nadie podía creerlo. Abajo del sol estaba sentada Ana Juárez, con su carita de lado y su vestido de gasa bien acomodado alrededor, las manitas cruzadas y sonriendo su boca con mucho reposo. Las mujeres se hincaron y los hombres permanecían serios, sin pensar otra cosa que aguantar la respiración para no hacer ruido. La campana del santo empezó a tocar y el silencio les fue cayendo a todos sobre la cabeza.

EL LIRISMO EN EL PASO DE LOS GANSOS DE FERNANDO ALEGRÍA

Por *Moraima de SEMPRUN DONAHUE*

Es obvio que la novela *El paso de los gansos* está escrita en secciones, pero con un hilo narrativo tan bien hilado que le da una estructura perfecta. No se divide en dos partes únicamente, como se acostumbra a creer, es decir, una, la que se refiere a los últimos días de Salvador Allende en la tierra y su muerte en la Casa de la Moneda, con vistas retrospectivas al pasado entremetidas aquí y allá, y otra segunda, cuyo protagonista Cristián Montealegre, es el centro alrededor de quien giran los acontecimientos que siguieron a ese día fatídico: el 11 de septiembre de 1973. También en este caso, el autor emplea el *flashback* para describir la personalidad del protagonista, su familia y su vida en los Estados Unidos. El estudio psicológico de este personaje constituiría de por sí un ensayo aparte, cosa que se hará detenidamente en el libro que estoy escribiendo sobre la obra completa de Fernando Alegría.¹

La narración es mucho más complicada y simbólica de lo que aparenta después de una primera lectura. Por lo tanto, con el objeto de tratar a fondo uno de sus méritos literarios, me he limitado a discutir una faceta importante y que está representada, casi diría, en todas las páginas de la novela, el lirismo de la lengua empleada y el objeto que ésta tiene. Me limitaré de igual modo, a discutir ciertos aspectos de los dos protagonistas, Allende y Cristián, y los sucesos que más impacto tienen en relación a los temas en cuestión, pero siempre teniendo en cuenta, como telón de fondo, el reflejo lírico que les envuelve en un aura histórica-literaria.

Es difícil distinguir variaciones líricas y simbólicas en cualquier obra. justamente es corriente que, o se complementen, o entrelacen. Quizás su mayor diferencia estribe en que una palabra símbolo puede implicar muchas cosas sin necesitar apoyo de frases u oraciones, mientras que la lírica es como una sinfonía compuesta de notas, de bellas palabras que, unidas, dan la pincelada necesaria para integrar el expresivo léxico.

¹ Cuando este artículo esté en prensa, probablemente estará al salir el libro que menciono.

Tampoco el lirismo precisa de símbolos, aunque, por lo general, éstos son un adorno complementario. Por otra parte lo simbólico no está determinado por la belleza, sino por el arte de la representación. Parece extraño, dado el enfoque político de la temática, pero en realidad *El paso de los gansos* es una narración lírica. Fernando Alegría, con frecuencia, poetiza cuando escribe. Domina la lengua castellana en todas sus modalidades, por eso puede incluir chilenismos sin que desmerezcan sus escritos líricos ante lectores susceptibles que tienden a desvalorizar una obra de este tipo por considerarla demasiado regionalista. Tranquilo, contempla la vida y la imprime en tinta llena de reposado lirismo. Hasta los actos más atroces y sangrientos en esta novela ofrecen la oportunidad de ser considerados bajo este componente. Por ello el impacto es mayor, queda grabado con más fuerza, pues siempre lo bello impresiona más que lo feo. Hacer la revolución con palabras atractivas es más sutil y, a veces, eficaz que con manifiestos políticos.

Un primer ejemplo de lo que venimos diciendo se da en las líneas que abren el relato, la primavera no vendrá a Chile este año porque la primavera sugiere un nuevo brote de vida, y lo que tenemos es un olor a muerte por toda la tierra chilena. El "golpe" ocurrió en septiembre, mes primaveral en algunos países del Continente Americano, pero en lugar de sol, vitalidad y dulce encanto de árboles en flor, tenemos "cerros oscuros... cielo cerrado... escasa luz que entra por el ventanal" y que "tiene el cansancio de toda una casa."² Nótese el interesante significado simbólico de estas palabras, la "casa" que ha sufrido el desgaste efectuado por cientos de transeúntes, pisándola a diario, gastando, ensuciando, agujereando sus paredes con clavos para decorarla con pinturas y retratos varios. El país chileno es como una morada donde han dejado sus huellas millones de seres humanos sacrificando su tierra en aras de sus propios intereses. Los "agujeros" causados por la artillería constante de guerras intestinas o extranjeras.

En la página 17 de este mismo prefacio reitera el narrador: "Chile se estira ahora como un cuerpo herido. No llegó la primavera... Nada ni nadie puede borrar el gris del cielo, el silencio de las barriadas, la soledad de los puertos, el vacío de las fábricas y escuelas". Comentamos; la primera línea "Chile se estira... etc.", recuerdo de la tierra dormida durante los fríos invernales, escarchas que paralizan, ambiente congelado que se descongela para

² Todas las citas que se refieren al texto de la novela provienen de la edición Puelche, Long Island City, New York, 1975. Así que, de ahora en adelante, incluiremos únicamente el número de la página en donde se encuentran.

que la semilla de la naturaleza florezca y se reproduzca, pero esto no ha de ocurrir, pues el destino le tiene preparado otra función a la patria, el levantamiento militar que paralizará el fluir de la vida.

Muy poco más tarde puntualiza lo que dijo antes sobre el ambiente siniestro precisando cómo en las "canchas de fútbol", que en situaciones normales son lugares de alborozo, en las "tribunas y galerías", y en otros centros comunes se acumulan a los "presos oscuros... sin nombre, sombras que aprietan un pase y una consigna hacia la muerte o el destierro", sólo una voz no será callada, seguirá cantando con ecos de libertad y de fe en el futuro de su gente, de su patria, Víctor Jara, aunque "le quiebran las manos, le rompen la espalda", aunque acaban matándole su "voz no termina, va sonando por las graderías..." (17). El cantante representa lo que pudo y podrá ser, la voz del pueblo pidiendo justicia que triunfará por más que los líderes traten de apagarla. Los acontecimientos descritos recuerdan los cuadros goyescos de esa humanidad que el pintor de España retrató tan magistralmente en sus fusilamientos del trágico dos de mayo de 1808 y que ahora se repiten en "la pequeña república" hispanoamericana.

Pensemos también en los magníficos dibujos de sus "Caprichos" donde el mismo pintor supo destacar en carbón y tinta los vicios y la crueldad inaudita de los seres humanos, que ni la imaginación dantesca hubiera podido describir con el detalle pictórico con que lo hizo Goya. Características que nos cuesta atribuir a la humanidad, hasta que las comprobamos en su sed de venganza, la impasibilidad ante la sangre derramada por camaradas o enemigos, identificada en las guerras, revoluciones y asesinatos en serie perpetuados en la historia a través de los siglos. De este mismo modo se ven los acontecimientos del 11 de septiembre de 1973 y de los días que lo siguieron.

El narrador indica la semejanza que antes describimos. Veamos:

Van llenándose las islas con hombres y mujeres de negro arropados contra la furia de la metralla, de las cadenas y las picanas, humanidad de Goya que ya murió en España y ahora muere otra vez en la pequeña república chilena. Hoy la Quiriquina, mañana Dawson, y luego otras islas se unirán al archipiélago de la muerte (17).

Son magníficos los últimos substantivos, "archipiélago de la muerte", en que observamos perfectamente ese lirismo simbólico que antes se mencionó como siendo parte de una totalidad lírica-literaria.

Alegría usa la reiteración y la aliteración con doble fin, uno, rítmico, el otro, simbólico. Precisemos, volviendo una vez más al

prólogo donde el escritor monologa sorteando varios pensamientos con impresiones que le aportan rasgos olvidados y ahora hallados, fulgores que chispean en su imaginación llevándole a una inevitable confrontación consigo mismo. Es como si un imán le arrastrara a lo ineludible. No quiso salvarse, el destino fue el culpable de su salvación. Piensa:

"Patria y Libertad" se desliza hacia su puesto de combate las estaciones de radio de la insurrección empezaron ya su hit-parade y el adolescente rubio trina trina trina lily trina marlene marchas comunicados viajes cortantes de una junta militar (10).

"trina trina trina lily trina marlene marchas . . . militar", con el uso reiterativo y aliterativo nos comunica dos cosas, una, la propaganda llevada a cabo por los partidarios de la revolución, rumor constante que penetra en todos los oídos buscando adictos. La otra, el hecho que se haga mediante la radiofusión de "marlene" porque simboliza la famosa canción "Lily Marlene", tan popular durante la segunda guerra mundial y que los soldados alemanes cantaban en sus desfiles militares y luego, desesperadamente, cuando marchaban al frente.

Otro ejemplo muy valioso ocurre cuando la temática simbólica del relato nos quiere advertir que será asesinado el presidente chileno y cómo su compañero, el narrador de la novela, trata de penetrar la angustia que debió suponer ese martirio para ambos hombres. Se comienza esta difícil superposición de ideas rememorando charlas pasadas, cambios de impresiones mutuas, recuerdos de la infancia; continúa el escritor interrogando el "rostro" de su amigo a quien una "estrella le marcó en la frente y en su pelo lanudo y en sus arrugas rojas y en sus ojos que, desde adentro, adivinan el golpe, y lo reciben cuando lo conocen", luego describe cómo la "sangre" que "no se ve" va, sin embargo, "al encuentro . . . del enfermo y éste se va de espaldas, a las seis primero y cada media hora después, se levanta un poco en la cama, mira el reloj y se va de espaldas y se va de espaldas", como "el toro" va "en busca del puñal que heredó en la nuca . . .", termina diciendo: "No comprendo qué escondió esa cara, a esa hora cuando debió aprender a morir" (32 y 33). Nótese, ante todo, el ritmo, la repetición de "en" e "y", de igual modo el sonido de la "o", dieciséis veces en la primera cita. En cuanto a la reiteración, "se va de espaldas", simbólico de la muerte sí, pero hay que buscar más allá, cómo muere un ser humano acribillado por las balas, de ahí que se repita la frase tres veces. El "reloj", no sólo es punto focal del insomne

quien lo mira a cada rato, pero también es un símbolo de las pocas horas que le quedan de vida. Por último, el hecho de que se mencione la "sangre" no vista es, asimismo, presagio de una muerte segura.

Como final al prólogo, se antepone al resto de la novela el augurio de la muerte y el entierro del presidente Salvador Allende, y se escoge hacerlo por medio de un lirismo sensible y desgarrador:

Allende desciende al mausoleo que tiene color de invierno porteño. Humos y neblinas y vientos marinos. Las higueras secas en los cerros, los mojados eucaliptus, la tierra roja de quebradas y colinas, alguna bocina lejana, esas fueron las marcas vagas, perdidas, de su funeral. El ruido de cadenas que bajan el ataúd, los rifles y sables de los uniformados, las voces de mando en la primavera que abortó, el avión viejo, tiznado, con una estrella opaca, todo aparece distorsionado en la bruma. Desde los muelles los letreros en trapo rojo flamean goteando, borrándose (18).

En casi todas sus descripciones, ya sean de su patria, su gente, acontecimientos históricos o ficticios, y hasta cómo describe a su presidente, Fernando Alegría lo hace teniendo el apoyo poético presente: "Quiero entender su rostro que se deshizo de tarde y temprano como el torito volteándose de lado en los pasillos del Matadero". (32) A través de Cristián Montealegre: "En mi caso iba recorriendo una desgracia que aún no entendía bien... Eran ruinas que debía recoger en imágenes antes que se convirtieran en ideas" (189). Patria y gente: "Pueblo pobre, pero sufrido; país ala y cielo, mar para sobrevivir, océano profundo para confesarnos, bosques talados, aunque renacientes... tierra del fuego, Chile, creemos en él y lo hemos querido como se quiere al hijo que nadie entiende, que pocos aprecian, que todos olvidan. Y el hijo crece, de adolescente se hace hombre, saca voz de Neruda, y llega el momento en que el mundo lo escucha" (20).

Hasta en la ironía encontramos lirismo simbólico. El autor visita a un sacerdote amigo para ver si a través de él puede desenmarañar lo que se esconde detrás del fusilamiento de Cristián, quien todos conocen como hombre bondadoso, al margen de la política, por más, su padre simpatizaba con la Junta: "Pastor, le pregunté; ¿has gustado el calor y el valho de la sangre? ¿Tú? pero lo hice sin voz, así que no respondió". Sigue contando:

Sacrificaba al cordero con las primeras luces del alba, en una claridad celeste, con estrellas en las palmas; bebía la sangre del cordero divino,

se limpiaba la boca y se lavaba las manos. ¿Se lavaba las manos? No lo sabré jamás. Ayudaba a bien morir (209).

Chocan dos cosas más que nada: "sacrificaba el cordero", suponiendo, sangre inocente, y ¿cómo?, ¿desentendiéndose del prójimo?, ¿lavándose las manos a lo Pilatos?

Incluso la tragedia de ese día de septiembre se describe líricamente. Los aviones "se alejan a clavarse en otras nubes" (42), "cielo amenazante de donde vendrían los gansos con sus rayos de fuego" (69), perfectamente simulando la configuración aérea en forma de ave que también es uno de los múltiples símbolos atribuidos al vocablo que forma parte del título de la novela, el principal, claro está, la manera de desfilar del ejército nazista, con el sobreentendido de represión y aplastamiento de todo derecho civil y humano. Más tarde continuará: "Santiago es una ciudad cruzada de zanjas que sirven de tumbas" (93). Da un largo salto atrás en la historia chilena y recuerda el suicidio del presidente Balmaceda. Compara los disparos asesinos del presente, con el balazo con que se mató Balmaceda. Ve una semejanza sugiriendo que el suicidio del antiguo presidente fue una especie de crimen indirecto inducido por su desesperación ante la derrota de un ideal llevada a cabo por la traición de sus propios generales, algo así como lo que le ocurrió al Jefe de Estado contemporáneo, o sea que el suicidio pasado y la muerte presente, fueron la causa de un hecho similar, la traición de aquéllos que juraron fidelidad a sus líderes.

En este mismo lugar cita los dos mensajes que estos hombres dejaron para su pueblo. En el caso de Allende, "...pagaré con mi vida la lealtad del pueblo", sigue, resumiendo varias asertaciones de las que venimos hablando:

...tengo la certeza que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. Trabajadores de su patria: tengo fe en Chile y su destino. Sigán ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde parte el hombre libre para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores! Estas son mis últimas palabras (93 y 94).

(Salvador Allende, Último Mensaje al Pueblo de Chile por Radio Magallanes, 11 de septiembre de 1975).

En el caso de José Manuel Balmaceda y su testamento político con fecha del 19 de septiembre de 1891, el desgraciado caudillo amó a su patria y a su pueblo, deseando un porvenir de justicia social similar al que trató de implementar su sucesor, no lo consiguió y, por consiguiente, no pudo tampoco aceptar una vida contraria a su idealismo político. Optó por suicidarse, no fue un acto de cobardía, sino uno de desesperación. También él creyó en una república constitucional, y también murió con la esperanza que sus ideales políticos se elevaran de nuevo y constituyeran la libertad de la nación chilena. Se intentó, pero las fuerzas dictatoriales pudieron más que las democráticas. No lograron vencer.

Volviendo a la semblanza histórica, el narrador se refiere a la visita que hizo Allende a las Naciones Unidas hacia finales del 72. Monologa el presidente chileno: "Las entrañas del monstruo son suaves y rosadas, húmedas y ricas, se abren para tragarme y me dejo ir . . . , pero son duras también, ásperas y ventosas, sacan colmillos de su engañosa pulpa y juegan conmigo" (71). Obsérvese la originalidad simbólica puesta en boca del patriota chileno previniendo lo que el gobierno estadounidense preparaba para el país sudamericano.

En la asamblea se advierte que la "gran potencia" podría invadir, si quisiera, algunas repúblicas hispanoamericanas, entonces Allende continúa pensando: "¿Se detiene el monstruo con historia, con prestigio, con orgullo?" pero no duda que "los planes para el golpe se perfeccionaban en sus luminosas guaridas, en sus bases de aluminio, sus pentágonos de hierro, sus bóvedas de dólares" (ibid), convencido que desde muy temprano, puntualiza el 4 de septiembre de 1970, se comenzaron a "tejer los hilos de la complicada intriga para derrocarlos" (ibid). Cuando se sabe perdido, que marcha a pasos agigantados hacia una muerte segura, Allende no se vende, prefiere morir con honor, sacrificar su vida a cambio de un posible futuro democrático para el país, ser un mártir de cuyas raíces sangrientas brotará un día una nación donde la constitución será redactada y aprobada por el pueblo y donde los derechos de justicia social y legislativa de cada ciudadano serán respetados. Es entonces, como diría García Lorca muchos años antes en su "Llanto por Ignacio Sánchez Mejías", cuando "la muerte puso huevos en la herida", en este caso se trata de una herida espiritual, sería la que le desgarró el corazón pues tuvo que saber el líder chileno, poco antes de morir por completo que ese ideal también desaparecería con él.

Otros aspectos líricos de suma importancia se encuentran en la sección titulada, "El evangelio según Cristián", fragmento de la novela basado en una realidad, el diario que nos legó Cristián

Montealegre.³ Ellos proyectan la personalidad del protagonista, sus experiencias cuando vuelve a Chile después de una larga ausencia en los Estados Unidos poco antes del golpe, su visión de lo ocurrido ese día y los que siguen, hasta su muerte y, en términos generales, reflejos de su vida pasada.

Fernando Alegría se sirve magistralmente de toda clase de técnicas literarias en boga: el *flashback*, la superimposición de conceptos y experiencias, relatos simultáneos, el perspectivismo, flechazos de acontecimientos pasados, actuales y venideros, trozos de historia mezclados con ficción, visión a cámara lenta de sucesos reales, trastorno del tiempo, monólogos interiores, "subterráneo hablar de la conciencia", como indica el crítico Mariano Baquero Goyanes lo llamó Lepoldo Alas, "Clarín",⁴ y mucho más, con ello consigue hacernos testigos de la tragedia que fue la sublevación militar capitaneada por el General Pinochet.⁵ Pero no es sólo este su fin. Fernando Alegría es un artista y en su compañía sabe hacernos penetrar lo complejo que es el vivir dentro de cualquier persona, ya sea trágica, vulgar o heroica. Cuando Cristián recorre Santiago en su motocicleta, se expresa de este modo:

...me voy San Diego arriba, Avenida Mata, la Gran Avenida, buscando, fijándome en ventanas entreabiertas, puertas marcadas, señales de algo o alguien que perseguí ávidamente, sintiendo otra vez la unidad de la noche y las calles y la soledad en alguna mujer o en algún hombre que se negaron a tocarme, que no me dejaron acercarme, pero cuyo olor llevo aún en mi cuerpo y quisiera conquistar el vacío que son ellos y soy yo, la raíz que nos hizo llorar juntos, y no hay sino esquinas y cuadras, parientes desaparecidos, paraderos sin número y sin nombre, la respiración cercana de los que van cayendo en la ciudad antes de llegar a nuestro terminal (122).

³ El nombre es semi-ficticio, pero la persona a quien se refiere el autor vivió no hace muchos años.

⁴ *Estructuras de la novela actual*, Editorial Planeta, Barcelona, 2a. ed., 1972, p. 49.

⁵ En una reseña que hizo Kessel Schwartz de *El paso de los gansos*, *Journal of Spanish Studies*, Kansas State University, March 12, 1975, el crítico se refiere muy acertadamente al estilo que Fernando Alegría emplea en esta obra: "...the work, aesthetically viable, avoids a facile emotional over-indulgence and at the same time eschews some of the technical exaggeration so prevalent among contemporary novelists. Unlike them, he wishes to convey rather than to conceal, and, paradoxically, and quite literally, he creates a novel which is both a photographic and a transmuted reality, as he searches for humanity in a society which somehow survives without it", pp. 215-216.

En esta cita sobresale el íntimo deseo de identificarse con su gente, sin embargo, la soledad de ellos y la suya es una barrera infranqueable. Todos siguen el mismo camino, comparten la misma angustia de saber que la muerte les rodea y que, quizás, les agarrará a ellos muy pronto, pero todavía el joven fotógrafo no ha logrado unirse en cuerpo y alma con los fantasmas de la derrota que le acompañarán en su sepultura. Luz María, su esposa con quien vivió en el Estado de Virginia norteamericano, es un recuerdo triste de su estancia allí; ésta no pudo resistir el cambio ambiental y ello le afectó mentalmente. Su regreso a Chile logró curarla, no obstante, marido y mujer viven localmente separados, aunque ahora les une un lazo aún más fuerte que el amor y la distancia, el caos por el que atraviesa su patria. El espíritu de Luz María es más revolucionario, Cristián observador, piensa: "La Moneda sería bombardeada por la aviación. Me sorprendió mi propia indiferencia" (175). Aunque se inclina hacia el sentimiento e ideas de su compañera, se limita a ayudarle en sus acciones clandestinas cuando ella se lo pide, pero sin intervención activa: "Querernos como nos queríamos ahora, arriesgándolo todo por un camino que ella escogió y que yo iba aprendiendo a reconocer..." (174 y 175).

Las líneas que siguen son de sumo interés para comprender a fondo la relación del matrimonio y admirar la fina sensualidad simbólica que aporta Fernando Alegría a su obra:

Luz María fue la novia a quien jamás hablé; la hice de pedazos familiares, cosas que veía al atardecer en el Parque Forestal y en la Plaza Nuñoa, que juntaba después por la noche, tendido junto a una ventana abierta, respirando un silencio como los árboles, soñando, pasándomela por el pecho, hasta que no podía más y me la pasaba por el vientre con la palma de la mano, palmera giratoria mojada en rocío nuevo y oloroso, explosión de luz en un tallo rojo parpadeante, vivo, de fuego, y ya pronto desmayado (123 y 124).

Quizás ese fuera el problema principal, se amaron, se desearon, pero no se hablaron. Empezaron a conocerse y compenetrarse cuando ya era demasiado tarde, la muerte le acecha a Cristián detrás de la "mirilla", siniestro agujero delator de inocentes, por donde observa la vecina, viuda de un militar, las idas y venidas de los que viven en el edificio que habitan Cristián y su padre. Mujer entregada a la Junta, pues cree que "es necesario salvar a la patria del marxismo y del loco que teníamos en La Moneda..." (208).

Sus cuerpos se entretienen y se aúnan en un perfecto ritmo sensual:

...Luz María en mis brazos, desnuda, ardiendo sobre la cama abierta, inventando caricias que no existen, abandonada en un combate ya perdido. . . de pronto, el jardín entero se está moviendo, las ramas se agitan, se aclaran las nubes, si hubiera un sol se apagaría y se encendería, mientras nosotros vamos subiendo y bajando en el vuelo de un día eterno, sin nombre y sin fecha. . . dando gracias, gracias por haber sufrido con ella, y con ella haberme salvado, de pie, sobre el marco de una muerte silenciosa y sin angustia. . . (136).

A través de esta unión, empezará la otra, un enlace que les llevará más allá del sepulcro. Habla Luz María:

...acepto que Cristián presintiera su muerte y tomara medidas, no todas muy claras y que ahora, de repente, tienen para mí un sentido evidente, y que lográramos juntarnos, así como de improviso, sin mayores explicaciones y tuviéramos más de dos meses, increíble adivinación mutua, no hay otra palabra para describir lo que pasó, porque ni él me preguntó qué hacía yo exactamente y por qué lo hacía, ni yo jamás traté de obligarlo a nada o a convencerlo de nada. . .

...Ahora me doy cuenta por qué no militó y comprendo también que lo mataran. No creo que haya partido para él que, en el fondo, vivió el final del desenlace de todos.

...Nada puede interesarme ni moverme ahora sino el muerto que llevo dentro, que no se tranquiliza ni se acomoda, que pide sin voz y se hace presente cuando una menos lo piensa, porque a veces me mira en los ojos de los niños, pero también me mira y lo oigo en la calle, metido en hombres y mujeres que también llevan esperando. De repente, Chile va a parir un muerto muy grande (212 y 213).

Que Cristián presintió la muerte cercana es obvio, se repite a través de todo su "evangelio". En una de sus trayectorias por los barrios santiaguinos, presencia cómo muere un padre de familia a quien le ha alcanzado una bala extraviada, dice: "... de pronto somos dos los muertos, él y yo, entonces el estupor se hace angustia y, poco a poco, vergüenza" (177). Hagamos un aparte. Cristián también se refiere a una íntima sensación extraña, a una compenetración intuitiva con todos aquellos inocentes que van a ser sacrificados como carne de cañón, éste es uno de tantos.

En otra ocasión, explica una visión que termina de este modo:

...Luz María me acariciaba la frente, consolándome, dándome valor y ambos comprendíamos que la visión se iba convirtiendo en la muerte

de uno de los dos y yo empecé a hablar de Dios con tranquilidad y dije que no prepara. El círculo de tiza donde podamos encerrarnos, protegidos, que su cuidado no es para nosotros sino para lo que dejamos nosotros en los demás, que debemos salir al riesgo y enfrentarlo y separarnos contentos de habernos querido y de haber sufrido juntos y jugado nuestras dos mitades entre Sus dados marcados... (188).

Un último ejemplo:

...yo temblando allá afuera en la terraza, tirándome al suelo para escapar a un fuego invisible, superior, que aún no iba dirigido contra mí (176).

La visión se hace realidad para él porque dice: "... entonces, supe que esa patrulla venía por mí y que nada ni nadie podría evitarlo" (188). Efectivamente, no ese mismo día, pero unos más tarde, ocurrió lo previsto.

Viendo el simbolismo lírico tan repartido a través de toda la novela, no nos extraña cómo Alegría define la presión dictatorial que aportó la Junta:

...desde los pequeños aeródromos del valle central, el trueno crecía sordo y pujante; rumor de cadenas, viento de hélices nocturnas, golpe de potentes motores, tenazas envolventes que iban apretando a la ciudad por la cintura y mantendrían su presión... (192).

A éstas siguen unas líneas alentadoras que se refieren a la resistencia que vendrá "del sur orgulloso" y de los muertos de un pasado histórico que se rebelaron contra esta misma amenaza, cadáveres que se levantan pidiendo justicia por los que acaban de caer y pasan a hacerles compañía eterna:

...y, cuando no se pudiera más, vendría el nudo en lazos bien urdidos, lanzados por manos baqueanas del sur orgulloso, y sonarían en el barro los pasos afuerinos cargados sobre un camino histórico cubierto de viejos muertos condecorados. Santiago, azul en la tarde y rojo al anochecer, confuso y perdido, no respiraba ya entre los muros de hielo que ahora no nos servían, pues se cerraban como paredes de un extraño rascacielos-frigorífico donde seguían cayendo cuerpos y sombras (*ibid*).

Hay otro aspecto que ofrece un interés excepcional y es cómo el autor cala el alma de Cristián, su anhelo místico, sus dudas religiosas, su comunidad con Cristo: "... no comprendí del todo al

Padre. No soy dado a abstracciones. Habría entendido si el Padre hubiese subido a la cruz" (147). Cristián y Cristo, hermanos-hombres, pero este es otro de los muchos temas que se podrían discutir en la novela, dejémoslo para otra ocasión. Ya hemos detallado lo propuesto, Fernando Alegría vive la poesía, y sabe hacer de una monstruosidad, una canción que escuchamos absortos y heridos por los rayos de la pasión lírica.

LA REVOLUCION Y EL HOMBRE EN EL CUENTO "EL LLANO EN LLAMAS"

Por E. P. MOCEGA-GONZALEZ

Simplemente conozco una realidad que
quiero otros conozcan. . .

J. R., Luis Hars, *Los nuestros*, p. 337.

EL libro *El llano en llamas* contiene quince cuentos que son quince miradas de Juan Rulfo al hombre y al mundo en que éste vive. Todos, o casi todos los relatos han sido estudiados una y otra vez desde distintas perspectivas, en forma general. Muchos de ellos han sido objetos de finos exámenes particulares por los estudiosos de la literatura rulfiana. Sin embargo, nos parece que la narración a la cual nos proponemos acercarnos en este trabajo no se le ha concedido, que sepamos, toda la atención que merece,¹ a pesar de que, a todas las luces, es una de las más importantes de un texto en el que todas son singularmente importantes. Esta última aseveración no hace falta explicitarla. Ahí está la voluminosa bibliografía sobre los dos libros de este escritor mexicano.²

Ahora bien, el hecho de que estimemos que el cuento "El llano en llamas" sea uno de los más extraordinarios, y de que parezca serlo para el autor, radica, primero, en que es el relato que le da nombre al volumen; segundo, en que pensamos que no es por casualidad que él ocupe el centro del libro. De este modo, hay siete historias que preceden a esta excelente narración en la que, hay que decirlo, se elabora artísticamente el fenómeno de una revolución, y siete posteriores a este movimiento histórico. Pareciera pues, de

¹ Hugo Rodríguez-Alcalá en su ya clásico libro sobre este escritor, *El arte de Juan Rulfo* (México: ediciones de bellas artes, 1965), pp. 63-89, es el que más atención le ha dispensado a este cuento. En adelante citaremos con *El arte*.

² Arthur Ramírez, "Hacia una bibliografía de y sobre Juan Rulfo", *Revista Iberoamericana* (Pittsburgh), No. 86 (enero-marzo, 1974), pp. 135-171.

acuerdo con el orden de las historias establecido por el propio artista, que Rulfo quiere estudiar, registrar, y fijar en sus creaciones literarias su idea de que no es la revolución la que va a salvar al hombre de sus males.

En efecto, en ellas él enfoca al hombre desde diferentes experiencias, todas caladas de un profundo pesimismo en los siete relatos que anteceden al que desarrolla ese acontecer histórico. Así nos ofrece al hombre que sufre las fuerzas opresoras de la dictadura y de la iglesia, y que, asimismo, está al arbitrio de sus instintos: el hambre y deseo erótico en la gran metáfora de "Margarito"; el pobre y su carencia de la tierra en la Tierra que le han dado por habitad en "Nos han dado la tierra"; el peso del hombre poseedor de la tierra sobre el desvalido, de donde resulta la explotación, la persecución y el crimen en "La cuesta de las comadres"; la pobreza como una condenación del hombre a su podredumbre moral en "Es que somos muy pobres"; el hombre como un perseguidor sempiterno del hombre en su exquisita y esquemática narración "El hombre"; por fin los dos últimos cuentos de estas primeras narraciones constituyen dos magníficas percepciones de Rulfo sobre la fuerza que sobre el hombre ejerce el instinto sexual. Son "En la madrugada" y "Talpa". Pareciera que este mundo que el escritor mexicano desvela, plagado de fuerzas que aplastan al hombre —instintos, injusticias, miserias y persecuciones—, pudiera redimirse con la revolución acontecimiento que él desarrolla de manera genial en "El llano en llamas", punto central del libro como ya se ha apuntado. Mas no es así de acuerdo, claro está, con nuestra intuición. Por eso pensamos que la concepción que del mismo hombre y de su universo nos proyecta el artista en los aconteceres de las narraciones posteriores a ese fenómeno, es, si el lector responsable se aproxima a ellas con detenimiento, más hondamente conmovedora.³ De esta manera el talentoso escritor vuelve a proporcionarnos la explotación del hombre por el hombre, que, de nuevo conduce al crimen, para después, en el mismo cuento, recrear el peso sordo y ciego de la justicia impartida por el hombre que hace valer su poder desde la distancia, desde el otro lado de un

³ "Rulfo aparece en las letras mexicanas lleno de angustia al parecer sin solución del hombre contemporáneo, y aparece —concretísima realidad nacional— en el después de la Revolución que presagiaba el descreído Solís en *Los de abajo*; aparece sin fe, contemplando tierras secas, caciques, el maíz que no crece, el polvo, el viento sin sentido, las peregrinaciones a Talpa, los crímenes mecánicos y primitivos, la soledad y miseria mudas de los hombres del campo; convencido de que hay sueños interiores que no se resuelven ni con el mensaje social ni con la 'bola'." Carlos Blanco Aguinaga, "Realidad y estilo de Juan Rulfo", en *Nueva novela latinoamericana I*, Compilación de Jorge Laforfue (Buenos Aires: Editorial Paidós, 1972), p. 87. En adelante al referirnos a este texto lo haremos con "Realidad y estilo".

muro frío, en "Diles que no me maten"; la percepción de un universo calcinado, duro, donde el hombre sólo espera la muerte en una soledad que no desmaya, porque, allí, otra vez, el orden que gobierna al hombre —sordo y ciego— sólo se ocupa de él para castigarlo, en "Luvina"; la visión que el hombre tiene del hombre como su enemigo implacable en, "La noche que lo dejaron solo"; el rencor acumulado en el hombre que abusa del poder para alcanzar su venganza, en "Acuérdate"; su revelación del padre y del hijo como una cruz que arrastra el primero en un continuo proceso de hijos a padres, en "No oyes ladrar los perros"; de una manera inversa se concreta el pensamiento rulfiano en las relaciones de padres a hijos, tejiendo la cadena del abandono de unos a otros, en "Paso del Norte". Por último, su irónica y acaso mordaz concepción de la fe no sentida por el hombre, en "Anacleto Morones". En rigor, hay que enfatizarlo, en ninguna de esas siete visiones de un mundo que ha salido de la revolución se puede vislumbrar la redención del hombre en un universo más generoso. Muy al contrario, fácil es discernir que la revolución es la fuerza ciega que recrudece los martirios existentes y que, por demás, crea otros. "La Revolución, dice Rulfo, desató pasiones que con el tiempo se han vuelto hábitos de algunos de estos pueblos. Aunque el crimen en general se ha ido desplazando últimamente hacia la costa, prospera todavía en ciertas poblaciones de Jalisco, donde es un oficio e incluso todo un sistema de vida".⁴

DE manera que, como ya se ha sugerido, Rulfo cae dentro del marco que recoge la narrativa de la Revolución Mexicana, aunque, claro está, de un modo distinto, porque este cuento que nos ocupa, que por la región y sus hombres pertenece a ese contexto histórico, y los brochazos que de esa época histórica matizan otras narraciones suyas, tal como *La noche que lo dejaron solo*, son testimonios incuestionables de nuestra proposición. Señala a este efecto Max Aub: "Para mí, la corriente auténtica de las obras motivadas directa y subterráneamente por la Revolución da su último esplendor con *El llano en llamas*."⁵ —Vale la pena recordar que en el trasfondo de *Pedro Páramo* también se mueven las sombras de los cristeros.—⁶

⁴ Luis Harss, *Los nuestros* (Buenos Aires: Editorial sudamericana, 1968), p. 318. En adelante citaremos con *Los nuestros*.

⁵ *Ensayos mexicanos* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1974), p. 40. Citaremos este texto con *Ensayos*.

⁶ "La revolución cristera [dice Rulfo] fue una guerra intestina que se desarrolló en los estados de Colima, Jalisco, Michoacán, Nayarit, Zacatecas y Guanajuato contra el gobierno federal. Es que hubo un decreto en donde

Y es que aunque el autor mexicano pretende ignorar esos acontecimientos, las vivencias que como consecuencia de ellos padeciera, son sombríos recuerdos acunados en su memoria, de los cuales él, consciente o inconscientemente se quiere exorcisar en sus creaciones artísticas. Anota Max Aub: "Como es natural, el propio Rulfo no se tiene como un narrador de la Revolución, pero lo es".⁷ Ciertamente sus relatos no son como los de sus predecesores en este género de narración, porque no son testimonios autobiográficos tomados de la realidad, sino más bien elaboraciones artísticas finamente tejidas desde la madeja de la memoria en la que quedó enrollado ese vértigo que cundiera el suelo mexicano. En otras palabras, el movimiento se moldea desde una perspectiva distinta: la post-revolucionaria. De ahí que Carlos Fuentes indique que "Había que esperar a que... al fin, Juan Rulfo procediese... a la mitificación de las situaciones, los tipos y el lenguaje del campo mexicano, cerrando para siempre —y con llave de oro— la temática documental de la Revolución. Rulfo [añade] convierte la semilla de Azuela y Guzmán en un árbol seco y desnudo del cual cuelgan unos frutos de brillo sombrío: frutos duales, frutos gemelos que han de ser probados si se quiere vivir, a sabiendas de que contienen los jugos de la muerte".⁸ Durán, aten-

se aplicaba un artículo de la Revolución, en donde los curas no podían hacer política en las administraciones públicas, en donde las iglesias eran propiedad del estado, como son actualmente. Daban un número determinado de curas para cada pueblo, para cada número de habitantes. Claro, protestaron los habitantes. Empezaron a agitar y a causar conflictos. Son pueblos muy reaccionarios, pueblos con ideas muy conservadoras, fanáticos. La guerra duró tres años, de 1926 a 1928. Nació en la zona de los altos en el estado de Guanajuato. Allí fue el brote. *Los nuestros*, p. 308. Añade Rulfo en *Hispanérica*: "Yo procedo de una región en donde se produjo más que una revolución —la revolución mexicana, la conocida— se produjo asimismo la revolución cristera. En ésta los hombres combatieron unos contra de otros sin tener fe en la causa que estaban peleando. Creían combatir por su fe, por una causa santa, pero en realidad, si se mirara con cuidado cuál era la base de su lucha, se encontraría uno que esos hombres eran los más carentes de cristianismo". Joseph Sommers, "Juan Rulfo. Entrevista". Año II, número 4-5 (1973), pp. 106-7. Max Aub apunta que "no puede negarse que aunque estuvieran bajo las órdenes de jóvenes burgueses y de algunos militares, los 'cristeros' fueron bandas campesinas, de los más pobres, fanatizados por un clero que, en parte, ni siquiera años después quiso acatar las órdenes de jerarquías". *Ensayos*, pp. 58-9.

⁷ *Ensayos*, p. 111.

⁸ *La nueva novela hispanoamericana* (México: Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1969), pp. 15-6. Dice Max Aub en su obra citada: "Ya no se dan en Rulfo las características primeras de la Revolución (testimonio y autobiografía), pero decanta directamente de ella. Ya no es lo visto y vivido, sí su recreación... Rulfo es pura reconstrucción, de otro mundo, pero el aire que respira, el hálito de sus personajes es todavía el mismo, entre otras

to a este nivel de la narrativa de Rulfo, anota que: "esta continuidad entre la narrativa de la Revolución y la obra de Rulfo —continuidad mucho más evidente en *El llano en llamas* que en *Pedro Páramo*— es quizá una de las razones que explican el inmenso éxito de los cuentos de Rulfo. A los lectores chapados a la antigua, educados en la generación anterior, les ofrecen temas que pueden reconocer fácilmente y con los cuales pueden identificarse. A los lectores más modernos —o de mayor refinamiento literario— dichos cuentos brindan una serie de técnicas que van más allá de los estilos naturalistas de la generación de Azuela".⁹

Ahora bien, marcado ya Rulfo, por todo lo que acabamos de referir dentro de la narrativa de las revoluciones mexicanas como el más fino y acaso el más desoladoramente humano de los narradores de ese fenómeno histórico, importa insistir, de acuerdo con el relato en cuestión "El llano en llamas", y el sentir del autor, que él trasciende esas revoluciones mexicanas para brindarnos de una manera excelente, con una técnica maravillosa, que no se aparta en lo más mínimo del resto de sus narraciones, su concepción de una revolución, de cualquier revolución. Por eso queremos explorar el desarrollo de esa metáfora estéticamente delineada desde este fenómeno. Del mismo modo pretendemos explorar su pensamiento sobre el comportamiento del hombre dentro y en el después de ese acontecer histórico.

Para Rulfo —y esto es importante en concordancia con el cuento que estudiamos— no existió una revolución mexicana, sino "una serie de revoluciones. . ."¹⁰ por eso, quizá, tomara dos revoluciones, o la última parte de una y el desarrollo total de otra, para develarnos de una manera más eficaz su idea sobre este remolino histórico. De ahí que aunque el cuento aparece dividido en nueve secciones por espacios en blanco, dejados entre un fragmento y otro, nosotros vamos a visualizarlo dividido en tres partes. La primera parte comprende las secciones una, dos y tres. Son las que a nuestro parecer proyectan el fin de la primera revolución; la segunda parte se compone de las secciones números cuatro, cinco, seis, siete y ocho. En ellas el escritor deja fluir desde el comienzo hasta casi el final la corriente tumultuosa de la segunda revolución. La sección nueve del relato está dedicada a resumir su concepción del hombre dentro y después del proceso revolucionario.

El relato es un largo monólogo del narrador protagonista que va

cosas porque las situaciones que describe son campesinas y, a pesar del tiempo transcurrido, en la tierra el cambio es sólo relativo", pp. 110-11.

⁹ *El cuento hispanoamericano ante la crítica*, Dirección y prólogo de Enrique Pupo-Walker (Madrid: Editorial Castalia, 1973), p. 198.

¹⁰ *Los nuestros*, p. 304.

registrando minuciosamente los aconteceres de las tropas revolucionarias, de las federales, y en última instancia los suyos propios, que son, ni más ni menos, que los del hombre revolucionario colocado dentro de ese contexto histórico y fuera de él. Así, lo que se desarrolla en la primera parte son los cuatro encuentros entre los combatientes; el desconcierto que cunde entre las tropas revolucionarias, luego del tercer ataque; y, por fin, el último encuentro y la dispersión de las tropas rebeldes hasta el desenlace en la paz.

Pero vayamos a la primera sección de la primera parte para procurarnos los motivos que la estructuran. En ella el escritor lo dispone todo con un gran cuidado. De este modo es posible detectar cuatro vivas. Los dos primeros pertenecen a las tropas federales de Petronilo Flores. El tercero a las tropas insurrectas; y el último, de nuevo, a los federales. Por tanto es fácil concluir, desde ya, la importancia de la disposición de este motivo, porque, si agudizamos nuestros sentidos, es advertible que los vivas de los federales abren y cierran en redondo la acción. Mas, es evidente también que este motivo cumple otra función, porque se nos dice que los primeros gritos llegan "rebotando por los paredones de la barranca"¹¹ hasta arriba, hasta el otro lado de la barranca, que es donde parecieran estar los revolucionarios. Es obvio que los vivas constituyen así el toque de batalla, al sonido de los cuales empieza a alertarse la vida toda de la región, que finalmente termina de desperezarse cuando la barranca repite el primer tiro "como si estuviera derrumbándose. Eso hizo [dice el narrador] que las cosas despertaran: volaron los totochilos, esos pájaros colorados que habíamos estado viendo jugar entre los amoles. En seguida las chicharras, que se habían dormido a ras del mediodía, también despertaron llenando la tierra de rechinos". (67) Y, también despierta, por supuesto, el jefe de los soldados rebeldes. Si nos fijamos cuidadosamente observamos, que a los gritos y a la barranca se une otro elemento: el de las descargas. Por ello es necesario notar que en esta primera sección hay asimismo cuatro descargas. La primera viene de las tropas federales; las dos que siguen pertenecen a las fuerzas revolucionarias; la cuarta a los soldados federales. Con lo cual es bien palpable que Rulfo vuelve a cerrar en redondo la sección. Cabría pues, plantear que lo más importante en esta primera sección es la forma en que el escritor dispone cada uno de los elementos que componen el cuadro. De ahí que siguiendo esa misma orientación, indiquemos que al comienzo, antes de las descargas, las tropas rebeldes están a un lado, encima de la barranca y los gritos del enemigo les llegan rebotando desde

¹¹ Juan Rulfo. *El llano en llamas* (México: Fondo de Cultura Económica, 1967), p. 66. En adelante nos serviremos de esta edición indicando el número de la página entre paréntesis.

abajo, porque estos últimos están encima, pero al otro lado de la barranca. Sin embargo, al final, luego de la cuarta y última descarga se invierte el orden, ya que los revolucionarios en su fuga llegan al borde de la barranca y, dice el narrador "...nos dejamos descolgar por allí como si nos despeñáramos. Ellos seguían disparando todavía después que habíamos subido hasta el otro lado, a gatas, como tejones espantados por la lumbre". (69) De otro modo, lo que el autor pareciera regalarnos aquí es un movimiento de balanceo en el que unos toman el lugar de los otros y viceversa; lo que a todas luces es otra manera de envolver la sección. Resumiendo pues, hay que decir que Rulfo en esta primera sección nos ofrece un movimiento circular, que como se sabe paraliza toda temporalidad histórica, alrededor de la barranca, con los vivos, las descargas, y el movimiento de las tropas de los dos ejércitos, lo que nos conduce a pensar que esto es una prefiguración de cómo se van a disponer los motivos que estructuran el relato en su totalidad. Es decir el fenómeno revolucionario que el cuentista desarrolla en él, y su visión del hombre en última instancia.

La segunda sección de la primera parte explora el desconcierto y el miedo que contamina a los soldados rebeldes. Porque luego de los encuentros, sólo atinaban a mirarse los unos a los otros, y todos a Pedro Zamora "preguntándose con los ojos qué era lo que nos había pasado. Pero él también nos miraba sin decirnos nada [dice el narrador]. Era como si se nos hubiera acabado el habla a todos o como si la lengua se nos hubiera hecho bola como la de los pericos y nos costara trabajo soltarlas para que dijera algo". (69) Es por eso que esta sección es, decididamente, la del miedo, la fuga, el silencio, las sombras, y los estragos de la guerra. Ya que en efecto, el ruido de los vivos, pájaros, y disparos cede al silencio para volcarse más tarde en el aullar de los coyotes que "siguieron aullando toda la noche". (71) Asimismo, la luz brillante del medio día se desvanece en las sombras de la tarde que paralizan el movimiento de las tropas revolucionarias hasta que las envuelve la oscuridad de la noche. Es entonces que se nos revelan los estragos de la guerra, porque "encontramos [nos cuenta el narrador con una impasibilidad que pasma] al resto de 'los Cuatro' detrasito de unos matojos, los tres juntos, encaramados uno encima de otro como si los hubieran apilado allí. Les alzamos la cabeza y se la zangoloteamos un poquito para ver si alguno daba todavía señales; pero no, ya estaban bien difuntos. En el aguaje estaba otro de los nuestros con las costillas de fuera como si lo hubieran macheteado. Y recorriendo el lienzo de arriba a abajo encontramos uno aquí y otro más allá, casi todos con la cara renegrida". (71) Insistimos pues, en que Rulfo de una manera magistral nos conduce del aletargamiento o

modorra de la vida en pleno mediodía, a un movimiento dinámico de hombres y pájaros. Empero, todo ese vibrar de vida se diluye en el silencio, la quietud, y las sombras de la tarde, para por último, combinar finamente el aullar de los coyotes, la noche, y la muerte.

La tercera sección de la primera parte que nosotros hemos fijado, recoge "el último agarre que tuvimos con las fuerzas de Petronilo Flores [dice el narrador]". (72) Es necesario subrayar que las fuerzas rebeldes ya no peleaban. Les sacaban el cuerpo a los federales: "Para decir mejor las cosas, [añade el personaje principal] ya teníamos algún tiempo sin pelear, sólo de andar huyendo el bulto; *por eso resolvimos remontarnos los pocos que quedamos*, echándonos al cerro para escondernos de la persecución". (72) (El subrayado es nuestro). Con ello, pues, se alcanza la paz. Es precisamente aquí que nos interesa detenernos para destacar esa vuelta a la paz. Transcribimos: "*Había vuelto la paz al Llano Grande*". (72) (El subrayado es nuestro) Porque esa vuelta de la cita nos orienta, sin dificultad, a un retorno al comienzo. Sin embargo, hay que hacer notar que ese principio no aparece en el texto. En otras palabras no coincide con el inicio de la narración. Por lo tanto fácil es deducir que estamos en el último período de un movimiento insurreccional que ha caído en la fase de la desmoralización en el momento en que el escritor lo toma. Hay muchos indicios que así lo proclaman. Por ejemplo, el descuido y abandono a que se habían entregado los rebeldes que dormían la siesta del mediodía "tirados panza arriba, como iguanas calentándose al sol". (66) Ello es que el sueño los tenía metidos en un sopor. Por eso las primeras sensaciones auditivas son las que en el letargo perciben muy confusamente los revolucionarios: "El tumulto de voces amontonadas haciendo un ruido igual al que hace el agua crecida cuando rueda sobre pedregales". (66) No hay duda que lo que Rulfo quiere es ofrecernos la imagen de unos soldados revolucionarios que de ninguna manera se encuentran en su mejor momento. De ahí que la somnolencia sea otra de las notas dominantes del comienzo. Dice el narrador: "La boruca que venía de allá abajo se salía a cada rato de la barranca y nos sacudía el cuerpo para que no nos durmiéramos. Y aunque queríamos oír, parando bien la oreja, sólo nos llegaba la boruca: un remolino de murmullos, como si se estuviera oyendo de muy lejos el rumor que hacen las carretas al pasar por un callejón pedregoso". (67) O sea, que la escena está minada por el sueño, por el eco de ruidos que se perciben confusamente. Por otra parte, salta a la vista la pereza que cala a los revolucionarios. Así, al escuchar los vivas de las tropas federales unos se levantan mientras otros se quedan durmiendo. El desgano se proyecta de una manera precisa cuando el Chihuila "arrastrando su carabina como si fuera un leño, se en-

caminó detrás de los que se habían ido". (67) Es bien notorio pues, que la modorra y la indolencia son las características más acentuadas de estos hombres en este momento, que no nos olvidemos pertenece al comienzo del relato. Pensamos que no es necesario hacer hincapié en el hecho de que el revolucionario en plena fase de levantamiento y culminación del proceso a que se ha ofrecido no exhibe esta imagen, por eso no es difícil concluir que esta sola señalización bastaría para asegurarnos de que estamos frente a un proceso que agoniza.

Pero nos parece interesante notar dentro de este orden que ya habían tenido épocas mejores, lo que reafirma el hecho de que ya se había jugado a los toros con los prisioneros de guerra, tal como acontece en el segundo movimiento revolucionario que Rulfo elabora artísticamente más adelante. Por lo menos si no lo había hecho el jefe, Pedro Zamora, sí lo había practicado "La Perra" quien al oír el segundo viva al General Flores les dice a "los Cuatro" "¡Síganme, muchachos, vamos a ver que toritos toreamos!" (66) De manera que esta sugerencia nos consolida aún más en la idea de que estamos en presencia de una virtuosa recreación de Rulfo en la cual es imprescindible que el lector complete y combine las piezas del cuadro. No es difícil por eso concluir que el artista nos proporciona, como ya hemos repetido, la última parte de una revolución que, como todas, se había levantado desde la paz, y que además había alcanzado su clímax, aunque estas dos partes del proceso no aparezcan en el texto; y que por último, luego de la desmoralización, retroceda, a la paz, punto del cual necesariamente arrancó, cumpliéndose así la vuelta al principio.

En la segunda parte que nosotros hemos marcado, el escritor mexicano desarrolla con la escrupulosidad que se puede esperar de él, siempre demandando la cooperación del lector responsable, casi todos los eventos peculiares a una revolución. Por lo menos se observa muy nítidamente que esta revolución arranca de un levantamiento que interrumpe la paz en que había desembocado el movimiento anterior, hasta un fin que sólo se nos sugiere. Como ya se ha dicho anteriormente comprende las secciones números cuatro, cinco, seis, siete y ocho del cuento. Aunque hay que hacer la salvedad que la sección siete el escritor la dedica a pergeñar de una manera precisa las características del hombre líder. Ahora bien, es importante insistir en el hecho de que entre un movimiento y otro hay un interregno de paz. Periodo en el cual la vida del hombre se remansa, se enajona, como la del río. —Vale la pena apuntar esta identificación manriqueña entre vida y río que Rulfo muy sutilmente aprovecha en éste y otros de sus cuentos, tales como "Es que somos muy pobres" y "El hombre".— Empero hasta allí, hasta el cañón del Tozín, viene a buscarlos el grito de guerra, "el pitido del cuerno.

Venía de muy lejos, por el rumbo del Llano. . ." Era como el bramido de un toro: primero agudo, luego ronco, luego otra vez agudo. El eco lo alargaba más y más y lo traía aquí cerca, hasta que el ronroneo del río lo apagaba". (72-3) Era el mensaje de Pedro Zamora que venía distribuyendo armas y reclutando hombres para la guerra. Lo importante aquí es destacar que el autor no nos regatea el comienzo de esta revolución, porque es bien evidente que estos hombres se alzan desde la paz.

Luego, como se ha dicho, el narrador nos va describiendo con una gran frialdad las atrocidades de la guerra que se inician con el fuego que reducía a cenizas ranchos y trojes de haciendas. Sobre esto dice; "se alzaba la llamarada más alta como si estuviera quemándose un charco de aguarrás". (73) Y más adelante: "Así que se veía muy bonito ver caminar el fuego en la quemazón; ver hecho una pura braza casi todo el Llano en la quemazón aquella, con el humo ondulado para arriba". (74) Es bastante obvio que lo que se propone el artista es darnos una visión infernal. Y es aquí donde cumple su rol el título del cuento, que es a su vez el título del libro. —Parecería, por otra parte, que de esta devastación brotara su visión del universo en "Luvina" con su suelo calizo y sus piedras grises—. Pero volvamos a recoger el hilo de nuestro pensamiento, porque es bien notorio que Rulfo nos quiere presentar casi todas las crueldades de los revolucionarios desde el mismo principio de la rebelión, pues al llegar los últimos hombres reclutados a unirse al grupo ya en acción, se encuentran con "los primeros de a caballo que venían al trote, con la soga morreada en la cabeza de la silla y tirando, unos, de los hombres paliados que, en ratos, caminaban sobre sus manos, y otros, de hombres a los que ya se les habían caído las manos y traían descolgadas las cabezas". (73-4) A la vista tiene el lector alerta imágenes pavorosas que reflejan a hombres desmembrados. Habría así que examinar el texto para imponerse de que estas crueldades que arrancan con la revolución se transparentan a lo largo de todo su curso.

Por otra parte, es conveniente indicar que a Rulfo le interesa subrayar la falta de ideales de los hombres que luchan, ya que, aparejados al fuego, y a la impasible y atroz ferocidad aparece el saqueo como el negocio más provechoso del movimiento insurrecto: Porque como *nos dijo* Pedro Zamora [monologa el narrador] 'esta revolución la vamos a hacer con el dinero de los ricos. Ellos pagarán las armas y los gastos que cueste esta revolución que estamos haciendo. Y aunque no tenemos por ahorita ninguna bandera por qué pelear, debemos apurarnos a amontonar dinero, para que cuando vengan las tropas del gobierno vean que somos poderosos.' *Eso nos dijo.*" (El subrayado es nuestro) (74) Si tenemos en consideración el

excelente estudio de Carlos Blanco Aguinaga en la cita precedente podemos precisar esas trampas para detener la corriente temporal de que nos habla este estudioso de la literatura rulfiana. "Los personajes de Rulfo tienen la costumbre [indica] de recoger, cada cierto número de frases, la frase inicial de su charla para hacer así que todas sus palabras queden suspensas en un mismo momento sin historia."¹² La cita encerrada entre los dos "*Nos dijo*" logra muy cabalmente esa congelación del tiempo, de donde resulta fácil deducir que toda revolución para el escritor mexicano tiene eternamente como bandera más eficaz la del poder por el dinero. Por demás se confirma la circularidad que ya anticipamos.

En resumen, el artista mexicano nos regala la trayectoria de una revolución en la que es posible descubrir por las signalizaciones que él muy finamente coloca en el texto, sus tres etapas principales: la primera; el levantamiento, marcado por la reagrupación de tropas, el fuego, la crueldad, el saqueo, y la falta de ideales. Segunda; la culminación del proceso que queda fijado con la guerra de guerrillas, porque "era más fácil caer sobre los ranchos en lugar de estar emboscando a las tropas del gobierno". (76) Por otra parte, hay que indicar que las guerrillas crean la confusión en las tropas federales que "estuvieron un tiempo yendo de un lado para otro, y ora iban para adelante y otras para atrás, como atarantados... Desde aquí veíamos arder día y noche las cuadrillas y los ranchos y a veces algunos pueblos más grandes, como Tuzamilpa y Zapotitlán, que iluminaban la noche. Y los hombres de Olachea salían para allá, forzando la marcha; pero cuando llegaban, comenzaba a arder Totolimispa, muy acá, muy atrás de ellos". (76) O sea que en esta fase los revolucionarios se habían adueñado de la "gran herradura del Llano encerrada entre montañas" (76) sin pelear. Por fin, luego de todos los éxitos, viene la época del esparcimiento del jefe y las tropas con el juego a los toros al que el escritor dedica toda una sección; esparcimiento que es, asimismo, antesala de la caída que se produce cuando "Pedro Zamora le picó la cresta al gobierno con el descarrilamiento del tren". (79) La descripción de este último episodio es uno de los más logrados del cuento.

El narrador describe el proceso al principio de una manera lenta con una enumeración morosa. Primero riegan "cuernos y huesos de vaca en un tramo largo de la vía". (80) Luego abren los rieles. Más tarde se pasa a la descripción de los hombres y mujeres que venían en el tren para terminar con el movimiento del tren que "caminaba despacio y jadeaba como si a puros pujidos quisiera subir la cuesta". (80) Contribuye a esta dilatación la repetición de verbos

¹² "Realidad y estilo", p. 91.

como "esperamos", de frases tales como "Luego la máquina se vino para atrás, arrastrada"... "Seguía hacia atrás arrastrada..." (80) Es decir verbos, adverbios y adjetivos coadyuvan a demorar el movimiento del tren hasta que por fin cae a la barranca. A lo cual, es muy importante indicar, sigue el silencio, la quietud, y la muerte agazapados en las sombras de la noche. Empero el movimiento rítmico varía de acuerdo con el curso de los hechos. Al ritmo lento del principio de la descripción sigue el ritmo acelerado de la fuga de los revolucionarios dada la persecución de que son objetos. Leamos: "Estuvimos escondidos varios días; pero los federales nos fueron a sacar de nuestro escondite. Ya no nos dieron paz; ni siquiera para mascar un pedazo de cecina. Hicieron que se nos acabaran las horas de dormir y de comer, y que los días y las noches fueran iguales para nosotros. Quisimos llegar al cañón del Tozín; pero el gobierno llegó primero que nosotros. Faldeamos el volcán. Subimos a los montes más altos y allí, en ese lugar que le dicen el Camino de Dios, encontramos otra vez al gobierno tirando a matar". (81) El párrafo nos sugiere con el uso constante de frases cortas y de verbos de movimientos en el pretérito un movimiento incesante, sin tregua y sin salida posible.

Sin embargo, pensamos que a los efectos de este estudio lo que importa subrayar es que, aunque de una manera diferente, hay una repetición del episodio o de los episodios que terminan la revolución estudiada en la primera parte de la historia. Así es en efecto. Porque luego de los grandes éxitos, de las guerrillas, viene el juego a los toros, en otras palabras viene la época del entretenimiento, el descuido y el abandono; seguidamente viene la muerte de los hombres y mujeres que venían en el tren, como vino la muerte de los federales cuando se les ataca a mansalva y más tarde la de los rebeldes al finalizar el primer movimiento; todo lo cual desemboca, como entonces, en el silencio y la quietud transitoria envuelta en las sombras de la noche. "Después todo se quedó en silencio como si todos, hasta nosotros, nos hubiéramos muerto. Así pasó aquello". (80) señala el narrador protagonista. Silencio, quietud y muerte que quedan así bien delineados al aproximarnos al fin en las dos revoluciones. Y, como en la primera, se nos ofrece ahora una descripción de los muertos. Veamos: "Todavía veo las luces de las llamaradas que se alzaban allí donde apilaron a los muertos. Los juntaban con palas o los hacían rodar como troncos hasta el fondo de la cuesta, y cuando el montón se hacía grande, lo empapaban con petróleo y le prendían fuego". (79) Visión que conviene con la de los muertos apilados que observamos al finalizar el primer movimiento.

A partir de este instante el narrador pone énfasis en el miedo

que sienten y en la persecución de que son objeto los rebeldes, hasta tener la noción cabal de que se les iba acabando la tierra donde guarecerse: "Casi no nos quedaba ya ni el pedazo que pudiéramos necesitar para que nos enterraran. *Por eso decidimos separarnos los últimos, cada quien arrendando por distintos rumbos*". (82) (El subrayado es nuestro) Si nos fijamos en las frases del narrador que liquidan el fenómeno revolucionario elaborado en la primera parte, comprobaremos que las que acabamos de transcribir son una variante de aquéllas que ya citamos y que se encuentran exactamente diez páginas antes en el libro. Veámoslas de nuevo: "*Después ya no peleamos. Para decir mejor las cosas, ya teníamos algún tiempo sin pelear, sólo de andar huyendo el bulto, por eso resolvimos remontarnos los pocos que quedamos, echándonos al cerro para escondernos de la persecución*". (72) (El subrayado es nuestro) La repetición de las revoluciones en toda su trayectoria y en su caso es incuestionable. Y aunque en esta segunda lucha armada que hemos venido siguiendo no se nos dice que había llegado la paz al "Llano Grande", el lector atento, que ha seguido toda esta serie de motivos que Rulfo coteja genialmente, para liquidar una lucha, la primera, puede decidir que ellos son también válidos para concluir en la paz, en esta segunda. De ahí que sea bien obvio que ambos movimientos rebeldes discurren en cursos temporales cerrados, que, por supuesto, niegan toda progresión temporal. Como apunta Octavio Paz: "El 'eterno retorno' es uno de los supuestos implícitos de casi toda teoría revolucionaria".¹³

Hay un último detalle, sin embargo, que no quisiéramos pasar por alto, porque es el que nos prueba de una manera irrefutable que Rulfo nos ha regalado su percepción de dos revoluciones; y que, como ya se ha dicho, su concepción de una revolución, de cualquier revolución, es la de un fenómeno cíclico que de ninguna manera soluciona el problema del Hombre, nos referimos a lo que nos dice el narrador protagonista cuando se une al grupo mayor de los insurrectos al comienzo de la segunda rebelión. Leamos: "Daba gusto mirar aquella larga fila de hombres cruzando el Llano Grande otra vez, como en los tiempos buenos. Como al principio, cuando nos habíamos levantado de la tierra como huizapoles maduros aventados por el viento, para llenar de terror todos los alrededores del Llano. *Hubo un tiempo que así fue. Y ahora parecía volver*" (74). O sea que este principio de la segunda lucha armada es, sin regateos posibles, una copia exacta del principio de la primera, una vuelta al

¹³ *El laberinto de la soledad* (2a. ed., México: Fondo de Cultura Económica, 1973), p. 129. En adelante nos referiremos a esta obra con *Laberinto*.

terror, un tiempo ya vivido que se repite y se repetirá *ad eternum*.¹⁴ Por eso nos sentimos forzados a concluir que para el escritor mexicano las revoluciones son movimientos que traen el terror, la crueldad, la desolación y la muerte; movimientos en los que el hombre líder, con su muy acentuado paternalismo, no revela otro objetivo que el poder, en contraposición con el humilde que siempre se frustra en sus deseos de alcanzar el pedazo de tierra prometida. Rulfo, pues, congela la historicidad. La revolución se mitifica.

Pero si este artista mexicano, con este movimiento tan magistralmente presentado, que se repite y se repetirá en el cristalino espejo de la historicidad sin solución posible para el hombre, nos deja anclados en su perenne pesimismo, en la novena sección del cuento, que nosotros hemos anotado como la tercera parte, nos desvuelve su no menos angustiosa figura del hombre dentro y fuera del vértigo de la revolución tal y como él la ve. En rigor, el narrador-protagonista resume la colectividad de la revolución en sí mismo durante su curso y en el después con la narración en primera persona matizada por la subjetividad que destella a todo lo largo del relato, y que se intensifica en esta última parte.

En efecto, el narrador en su monólogo se concentra más en esta última parte en sus propias fechorías, aunque el "nosotros" no desaparece del todo, así como tampoco las atrocidades cometidas por las tropas insurrectas. Ello es que él nos cuenta que estuvo esperando a que regresara Pedro Zamora, es obvio que para lanzarse de nuevo a la revolución, "pero nos cansamos de esperar [dice]. Es todavía la hora en que no ha vuelto" (83). Además nos impone de que estuvo en la cárcel, empero notemos que, con un bien marcado propósito, aclara que no estuvo en ella porque se hubiese levantado contra el gobierno: "Me agarraron [indica] por otras cosas, entre otras por la mala costumbre que yo tenía de robar muchachas" (83). Testimonio de Rulfo sobre los saldos de la revolución: los malos hábitos que crea en el hombre al dar rienda suelta a las pasiones.¹⁵ Y al toparse con la mujer que lo espera a la salida de la prisión, retrocede en el tiempo instalándose de lleno en el

¹⁴ *Ibid.*, p. 1. Parecería que aquí se alude a la "edad de oro" como señala Octavio Paz: "hubo una vez, en alguna parte del mundo y en algún momento de la historia, un estado social que permitía al hombre expresarse y realizarse. Esa edad prefigura y profetiza la nueva que el revolucionario se propone crear", p. 129. Sin embargo, es bien claro que lo que se traduce del pensamiento de Juan Rulfo es que estos revolucionarios anhelan la revolución no por sus principios sino, entre otras cosas, porque es una vía para realizarse como hombres dando rienda suelta a sus pasiones.

¹⁵ *Los nuestros*, p. 318. Remitimos al lector a la cita No. 4, donde aparece el pensamiento del escritor sobre las plagas que deja en el hombre un movimiento de esta naturaleza.

instante en que la raptara, para con la misma frialdad acerada ponernos al tanto de este episodio suyo dentro de la guerra: "Volvi a sentir el agua fría de la tormenta que estaba cayendo sobre Telcampana, esa noche que entramos allí y arrasamos el pueblo. Casi estaba seguro de que su padre era aquel viejo al que le dimos su aplaque cuando ya íbamos de salida; al que alguno de nosotros le descerrajó un tiro en la cabeza mientras yo me echaba a su hija sobre la silla del caballo y le daba unos cuantos coscorriones para que se calmara y no me siguiera mordiendo. Era una muchachita de unos catorce años, de ojos bonitos, que me dio mucha guerra y me costó buen trabajo amansarla" (83). Es decir que hasta el final el narrador-protagonista insiste en fijar, en registrar, con la misma fría impassibilidad, la maldad del hombre. —Cabría hacer la observación de que por el nombre de la ciudad arrasada, que no coincide con las mencionadas durante la segunda revolución, y por la edad que parece tener el niño —6 ó 7 años— este hecho parece caer dentro de las rapacidades cometidas durante la primera lucha armada.— Por otra parte, y esto nos parece sumamente importante, hay que fijarse que estamos frente a un individuo que se diluye en la masa y viceversa, lo que nos reafirma en la idea de que Rulfo se esfuerza no sólo en darnos su pensamiento sobre el desarrollo de una revolución, sino también su preocupación ante el comportamiento del hombre dentro y fuera del acontecimiento. Por eso disintimos de los estudiosos de este relato que ven en su fin a un Rulfo que ha superado su pesimismo para ofrecernos una esperanza en la redención del hombre.¹⁸ Porque esa misma maldad del padre que el escritor se afana en descubrirle al lector, desde diferentes planos a lo largo de la historia, es la que se refleja en los ojos del

¹⁸ Ver *El arte*, p. 86. Hugo Rodríguez-Alcalá dice: "Debe subrayarse que el estudiado es el único relato de Rulfo que tiene un desenlace en sentido estricto. Los demás, al terminar, dejan las cosas como antes estaban, tan mal como antes, o peor". En "El llano en llamas" se verifica un cambio radical en lo que atañe al protagonista, al llegar al final. Se pasa de abyección a la redención, del bandolerismo a la decencia. Juzgado este cuento con abstracción de los demás, acaso nos diera pie para ver en Rulfo mucho menos pesimismo que el que le es corrientemente atribuido". Además ver: Ana María López, "Presencia de la naturaleza, protesta sociopolítica, muerte y resurrección en *El llano en llamas* de Juan Rulfo", *Anales de Literatura hispanoamericana* (Madrid), No. 4 (1975), pp. 182-3. En un recuento de la narración señala la autora del estudio que el hombre alcanza su regeneración más completa en la cárcel, "que se manifiesta a la salida cuando una de las mujeres robadas por él... le espera con el hijo de ambos, que es reconocido por su padre, y que al oír las palabras de la mujer... el hombre, sintiéndose culpable de su vida pasada, inclina la cabeza como recriminándose a sí mismo su antiguo proceder. Es de suponer que su pesar le ayude a descubrir horizontes desconocidos para él en el futuro que se le avecina".

Pichón. Permítasenos transcribir el final del cuento: "—Tengo un hijo tuyo. . . [le dijo mujer.] Y apuntó con el dedo a un muchacho largo con los ojos azorados: —¡Quítate el sombrero, para que te vea tu padre! Y el muchacho se quitó el sombrero. *Era igualito a mí y con algo de maldad en la mirada. Algo de eso tenía que haber sacado de su padre.* (Los subrayados son nuestros) —También a él le dicen el *Pichón* —volvió a decir la mujer. . ." (83-4). La visión del hijo es sin lo exterior, el sombrero, igual a la del padre, en cuyo círculo ha quedado encerrado. No hay cambio, pues. Bien simbólico es el sobrenombre del único protagonista de la narración: Pichón. Se calmó en este caso un Pichón, pero quedan otros pichones como reza el epígrafe que encabeza el texto: "Ya mataron a la perra, pero quedan los perritos. . ." (*Corrido popular*) (60).

A nosotros nos parece que esa es la significación última del cuento, el hombre con el cual se ha comprometido Juan Rulfo. De ahí que lo aceche desde diferentes perspectivas, desnudándolo de todo lo exterior para dejar que fluya solamente su vivencia interior. Como consecuencia de ello no tenemos la conducta del campesino de Jalisco en el remolino y en el después de una revolución, tenemos simplemente el comportamiento del hombre universal en el interior y en el después de ese contexto histórico. Concluimos así que dado ese estatismo temporal en que nos coloca Rulfo, las revoluciones, para él, son sueños en los que el hombre se cobija para dar rienda suelta a sus pasiones, sueños que irremisiblemente van a caer en la barranca sin fe, en el principio. Del mismo modo el hijo es un sueño del padre, que con su misma maldad perpetuará sus hazañas *ad eternum* en este mundo.

ANUNCIACIONES Y OCULTAMIENTOS: RELECTURA DE DEL AIRE Y LA PIEDRA DE EMILIO BEJEL

Por Ramiro FERNANDEZ FERNANDEZ

EN su poemario *Del aire y la piedra*¹ el poeta cubano Emilio Bejel divide el espacio imaginario en dos polos opuestos, de cuya tensión surge la búsqueda estética de su poesía. Esta relectura es un intento de comprensión de los polos que engendran dos espacios: uno mítico y otro existencial. La dinámica de ambos espacios revelará anunciaciones de verdad en la oscuridad de los ocultamientos de mentiras. En aras de la claridad de exposición de este estudio comenzaremos por considerar el espacio mítico, aunque éste no se explicita como tal al principio del poemario.

El núcleo del espacio mítico se revela en el poema séptimo "cuba en el humo dormido". Esto se manifiesta en la imagen onírica:² "el peso infinito de los sueños sin líneas se desborda por los lados del tiempo".³ La imagen atemporal mítica está lograda por medio de la condensación que el poeta obtiene en la confluencia de los tiempos presente y futuro. A este efecto señalemos que desde el verso inicial "mañana cuando te levantes", el adverbio de futuro modula al verbo que está en presente habitual o presente eterno. Esta metáfora verbo/adverbio destruye el sentido denotativo al diluir la antinomia presente-futuro para recuperar el sentido al nivel connotativo de inminencia de futuro.⁴ Esta condensación temporal

¹ Emilio Bejel, *Del aire y la piedra* (Madrid: Librería Internacional Romo, 1977). Bejel ha publicado después dos poemarios más: *Ese viaje único* (Nueva York: Unida, 1977) y *Direcciones y Paraisos* (Nueva York: Unida, 1977).

² Utilizamos el concepto de imagen siguiendo a Michel Le Guern, *La metáfora y la metonimia* (Madrid: Cátedra, 1974).

³ Bejel, *Del aire y la piedra*, 23. Desde ahora en adelante todas las citas de versos se toman de este poemario y se refiere su paginación en el texto mismo del trabajo.

⁴ Ver el concepto de denotación y connotación en Jean Cohen, *Estructura del lenguaje poético* (Madrid: Gredos, 1974). Ya en 1952 mi profesor Carlos Bousoño en su *Teoría de la expresión poética* insistía en la necesidad de la ruptura de niveles como condición para el logro de la connotación poética. Ver Carlos Bousoño, *Teoría de la expresión poética* (Madrid: Gredos, 1970), quinta edición, tomo I.

se repite en diversas modalidades a través del poema, haciéndose cada vez más evidente. Así en el verso "ya atlas ligero soltará la tierra", la connotación presente-futuro se logra mediante una metáfora de adverbio (en presente)/ verbo (en futuro), es decir, en la relación metafórica "ya"/ "soltará". También se manifiesta en la modalidad lograda por la confluencia de pregunta (presente) y respuesta (futuro): "y volverá a preguntar por los sueños verdes/ por las flores blancas/ por el árbol fuerte". Esta pregunta se hace retórica por constituir ella misma la presentificación de su incógnita.

La permanencia de la atemporalidad del poema está garantizada por la polisemia del símbolo-imagen de "atlas".⁵ Esta connotación se amplía por medio de varias técnicas metafóricas. Por una parte tenemos la carga semántica que tiene el símbolo atlético en nuestra lengua de uso tradicional, y, por otra, este símbolo está revitalizado por varias impertinencias sintácticas.⁶ En los versos que dicen que Atlas "se colgará de un lucero sin atmósfera" (23), observamos una impertinencia de las posibilidades que el uso establece para la combinatoria sintáctica sujeto/verbo ("atlas"/"se colgará") y otra impertinencia entre el verbo y su complemento de lugar, que es la frase introducida por la preposición *de*.⁷ Esta frase apunta a la connotación de atemporalidad que tiene un cosmos sin atmósfera, al mismo tiempo que a la firmeza y exactitud del tiempo sagrado.

Otra corroboración de este tratamiento temporal del espacio mítico del poemario la encontramos al final de este poema. En este momento el yo poético puede contemplar en perspectiva el espacio mítico. Durante este proceso de retorno a la vigilia o reintroducción al espacio existencial, el yo poético contempla la transformación de Atlas y del cosmos, que constituyen la presencia de la fijeza de la imagen del sueño: "tenso es el brazo fuerte la espalda/ que sostiene la luna" (23). Esta es una degradación del objeto que sostiene Atlas, que es el espacio mítico transformándose de una especie de paraíso —"otoño de plumas será el firmamento verde de un caimán inclinado" (23)— en "luna". Un análisis semántico más detallado revelará que la luna es una de las variaciones simbólicas de la *piedra*, que se asocia a su vez con la muerte en el espacio existencial.

Al retirarse la visión onírica, el espacio mítico se transforma en espacio existencial al convertirse en nostalgia de permanencia: "son firmes las columnas que se derretían con la noche/ y atlas bailarín a vuelto a su faena" (23). Esta connotación, que apunta a la nostalgia de la permanencia, se logra por la conjunción metafórica de

⁵ Ver el concepto de *símbolo bisémico* en Bousoño, *ibid.*

⁶ Ver el concepto de *desviación* y de *impertinencia sintáctica* en Cohen, *Estructura del lenguaje poético*.

⁷ Ver Cohen, *ibid.*

la oposición verbo en presente ("son") y pasado imperfecto ("se derretían"). También Atlas se transforma y la disolución de su firmeza se plasma en la metáfora sustantivo/verbo "atlas bailarín". Esta transformación completa el proceso de reingreso del yo poético a la temporalidad de la vigilia, al espacio existencial. Pero antes de pasar a considerar las características del espacio existencial, se debe subrayar que el espacio mítico de este poemario se dirige hacia un futuro que es ya casi presente, deseo apenas salido de su enunciación, como pregunta retórica que es casi su respuesta. Este *casi* deja la escisión necesaria entre ausencia y presencia absolutas que permite el soporte lógico mínimo para la conciencia y formulación le la imagen onírica que constituye el espacio mítico.⁸

La negación de las características semánticas del espacio mítico se nos ofrecen como el camino más directo para llegar a la identificación del espacio existencial. Este es el marco de una búsqueda en el ocultamiento —simbolizado en "el humo del recuerdo" (21)— de la unidad primigenia perdida, que se expresa en el espacio mítico. Esta búsqueda se inicia, como bien apunta Josefina Romo-Arregui,⁹ desde la perspectiva dolorosa de los poetas que se encuentran fuera de la Madre Tierra. El espacio existencial está recorrido por y con una nostalgia vaga de la unidad perdida. Esta nostalgia encarna en el símbolo de "el humo del recuerdo" y se caracteriza por un tiempo presente visto como pasado. Este sentimiento se logra en el espacio existencial por medio de una inversión del movimiento simbólico del espacio mítico, como declara el yo poético en los versos iniciales y finales del poema "milagro de entremés": "marco de mi ventana rectangular/ te llenas de raíces boca arriba para rezar" (16). Este trastorno del movimiento simbólico se manifiesta en diversos elementos. Por ejemplo, si en el espacio mítico la naturaleza se le ofrece al yo poético como benévola y complaciente, en ese otro lugar o espacio existencial se le presenta como tentadora y engañosa: "al filo de un sueño una verdad feliz/ idilio de lirios de sombra y de luz/ ensoñación de un cuento imaginado" (16). El yo poético intuye que la "ley de las sombras" impera en esta naturaleza, condenada a un devenir constante y manifestada en el símbolo del *aire*. Esta ley es una fuerza cósmica que lo arrastra todo hacia un futuro que se sabe de antemano destructivo:

⁸ Para Carlos Bousoño todo discurso poético necesita apoyarse en un mínimo soporte conceptual. Ver Bousoño, *Teoría de la expresión poética*. Esta idea de Bousoño es similar al concepto freudiano de *elaboración secundaria* relacionado con el lenguaje poético por Luce Baudoux, "El inconsciente freudiano y las estructuras formales de la poesía," en *Estructuralismo y psicoanálisis* (Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión SAIC, 1971).

⁹ Ver Josefina Romo-Arregui, "Antipoesía y poesía existencial", prólogo a *Del aire y la piedra*.

floreillas de tallo dormido con cuidado
 al agua que corre
 al viento que sopla
 al sol que devora

arrugas de tiempo que marcan sin mirar atrás
 (del poema "biografía del aire y la piedra") (13)

La inversión del movimiento simbólico en el espacio existencial se manifiesta también en la comunión amorosa, ya que el yo poético ve la imposibilidad de esta unión como corroboradora de la ley de la destrucción del futuro:

cuando los espejismos aún parecen eternos
 y las líneas curvas emborrachan los sentidos
 sigue siendo el destino de los hombres fugitivo
 y seguimos y seguimos

El espacio existencial no ofrece la comunión primigenia en la dirección del futuro y, por tanto, la búsqueda guiada por la nostalgia vaga de plenitud se encuentra frustrada. Esta dirección lejos de llevar a la unidad lleva a la degradación. Por otra parte, la dirección del pasado de este espacio lleva a la muerte, a la petrificación, a la *piedra*. Es ante esta disyuntiva de negatividades —que preconiza el fin de esta escritura— que el yo poético vislumbra un destello de solución. Inicia entonces una peripecia o inversión de la dirección de la búsqueda, y como posible salida de este círculo vicioso se decide a emprender el tan temido "mirar atrás" para, paradójicamente, encontrar el futuro en el paraíso de su pasado. Este trastorno temporal o intento de recuperación de la memoria perdida, se manifiesta en el poema "viaje al recuerdo" (21), que preludia la imagen onírica que tiene su culminación en el poema "cuba en el hubo dormido" (23). Esto corrobora que el movimiento simbólico y temporal del espacio existencial coincide en su negación con el movimiento homólogo en el espacio mítico: en el primero la plenitud se busca en una engañosa dirección del futuro; y en el segundo, en un pasado que se vislumbra como futuro.

La suspensión momentánea del ocultamiento en la imagen onírica produce una toma de conciencia o destello que comunica la posibilidad de la dirección de su verdad. Esta imagen onírica —que revela el núcleo significativo del espacio mítico del poemario— termina con el verso "atlas bailarín ha vuelto a su faena", y con ello regresa el yo poético del olvido inconsciente a la vigilia del espacio existencial. Este regreso coloca de nuevo al hablante básico

del poema en la perspectiva que existía antes del trastorno temporal de la imagen onírica. Pero no regresa inmutado porque ya ha tomado cierta conciencia de la inutilidad de la búsqueda anterior, conciencia parcial que se plasma en el poema "elegía a un principio amigo" (24) y que permite la formulación de su "estética sin Paraíso" (26): "que la vena del regreso y del futuro se diluyó hace eternidades" (26).

Después de esta toma de conciencia la búsqueda se encamina a una nueva modalidad, dominada por la "filosofía de la carne" (28) y el abandono a cantar "entre las cuerdas de la desarmonía" (14). Al dirigirse aun más allá de lo que se concebía como futuro en la búsqueda anterior, el yo poético desemboca en el último reducto de su cosmos existencial. Este último reducto es la culturización, la naturaleza petrificada, que el poeta concretiza en Nueva York, para sólo encontrar en sus edificios "cientos, miles y millones de estrellitas sin dios/ cientos miles y millones de colores inventados para un momento" (30).

Termina el proceso de degradación en el tono de decepción con que invoca a la ciudad: "sin que tú sepas nueva york dormido y cruel/ que uno de tus hijos se ha vuelto de papel" (31). Ahora bien, este último verso es, en medio del ocultamiento, una anunciación de la modalidad de la futura búsqueda estética del poeta. La primera modalidad en *Del aire y la piedra* se basaba en el intento romántico de encontrar un *logos* en la lectura de la naturaleza. Este intento falla, como quedó apuntado antes, y al diluirse se vuelve autoenfocado, manifestándose en el poema "papel metálico" (30). El autoenfoco de los signos (unión del significante y el significado) refiere en su opacidad este nuevo significante al significado de la próxima búsqueda que se anuncia.¹⁰ El poeta anuncia con la frase "uno de tus hijos se ha vuelto de papel" la modalidad de su futura búsqueda estética en los mitos culturales, que se concretizarán en la intertextualidad de *Ese viaje único*. La poética que se inicia con *Del aire y la piedra* es nada más que el comienzo de una búsqueda dolorosa, a veces agónica, de revelaciones en medio de la tiniebla existencial, vaivén de anunciaciones y ocultamientos como lúcida-mente ha dicho el poeta Pedro Lastra.¹¹

¹⁰ Sobre los conceptos de autoenfoco, opacidad, denotación y connotación, ver Umberto Eco, *A Theory of Semiotics* (Bloomington/London: Indiana University Press, 1976).

¹¹ Ver Pedro Lastra, "Notas de lectura para un libro de Emilio Bejel", prólogo a *Ese viaje único*. La frase "anunciaciones y ocultamientos" de este prólogo para calificar el poemario *Del aire y la piedra* nos ha servido de inspiración para el desarrollo de este trabajo.

COMPROMISO Y NOVELA EN LA GENERACION DE 1954

Por Pablo Gil CASADO

LA aparición en 1954 de *Juegos de manos*, de Juan Goytisolo, y de *Los bravos*, de Jesús Fernández Santos, señaló la aparición de una promoción de escritores que, salvo un pequeño grupo conocido por el nombre de "los metafísicos",¹ cultivará la novela del realismo crítico social, novela que se presentará comprometida con la realidad política, social y económica de España, durante las décadas del 50 y del 60.²

La voz común y la cohesividad de la promoción, proceden de una serie de coincidencias que definen, a su vez, la naturaleza del compromiso y determinan las características de su plasmación artística. Las coincidencias se pueden concretar en el carácter de la formación, la ideología, los modelos, los temas, y, la estética.

La FORMACION de los escritores del 54,³ tuvo lugar bajo el signo del fascio. Por lo que se refiere a familias con suficientes medios para pagar las mensualidades, los hijos se educaron invariablemente en colegios de tipo clerical-autoritario. A partir de 1939, la educación primaria y secundaria quedó en España, en su mayor parte, en manos de las órdenes religiosas que, gustosamente, siguieron las directrices oficiales consistentes en inculcar tres principios al alumnado: la ortodoxia católica, la moral que rige las buenas costumbres, y el rigor político basado en los fundamentos del Glorioso Movimiento. Los alumnos menesterosos, instruidos en las inoperantes escuelas públicas, quedaron en manos de maestras afiliadas, en

¹ Lo componen: Alfonso Albalá (n. 1924), Andrés Bosch (n. 1928), José Tomás Cabot (n. 1930), José Vidal Cadelláns (1928-60), Manuel García-Viñó (n. 1928), Vintila Horia, Antonio Prieto (n. 1930), Carlos Rojas (n. 1928), Manuel San Martín (1930-63).

² "Prometía empezar a existir en España un grupo relativamente compacto de escritores, de novelistas capaces de contribuir muy inmediata y directamente a reanimar el dormido cuerpo cultural, social y hasta político del país". Daniel Sueiro. "Silencio y crisis de la joven novela española", *Revista de la Universidad de México*, vol. XXIII, núm. 5-6, enero-febrero de 1969, p. 32.

³ Las fechas de nacimiento quedan entre 1922 y 1936.

su casi totalidad, a la Sección Femenina de la Falange; éstas, bajo la inspiración de Pilar Primo de Rivera, sometieron a los hijos de obreros y campesinos a una rigurosa indoctrinación.

La enseñanza de las humanidades y ciencias sociales, consistía en una sistemática memorización. La literatura se estudiará recitando lo que dice el manual de turno, pero nunca leyendo el texto literario. En los manuales de economía política, se encontrará un capítulo dedicado a las teorías de Marx, pero no se permite la impresión de ninguna de sus obras. Se menciona a Darwin, pero es para ridiculizar la teoría de la evolución. En la obligatoria asignatura de religión, se explicará el antiguo testamento, mas su lectura está estrictamente prohibida. En el caso de la historia, se repiten los mitos cultivados por el franquismo. La asignatura de política, obligatoria como todas las demás, estará dedicada a exaltar los principios del nacionalsindicalismo. El contenido de los libros escolares tenía que estar aprobado por la Vicesecretaría de Educación Popular y, para serlo, debían seguir unas estrictas normas.⁴

⁴ "A fin de que sean debidamente circuladas a los editores, y de acuerdo con la sección 3a. del Consejo Nacional de Educación, se trasladan las siguientes normas que deberán ser tenidas en cuenta en los libros de enseñanza primaria y complementaria y, en general, en los libros de tipo escolar:

a) *Libros de iniciación a la lectura y escritura.* Habrán de desenvolver, en sus ejemplos, temas religiosos, patrióticos y del Movimiento, sin exclusión de ninguno de ellos. La parte gráfica responderá a lo expuesto, no debiendo faltar la bandera de España, las del Movimiento y los retratos del Caudillo y de José Antonio. El autor tendrá en cuenta la edad de los niños para graduar estas materias.

b) *Libros para la enseñanza religiosa.* Será inexcusable la presentación de la censura eclesiástica.

c) *Libros de ciencias geográfico-históricas y sociales.* En todos ellos se ensalzará el sentimiento patriótico. La participación de España en los descubrimientos geográficos y su porvenir económico. La definición de Patria se ajustará al concepto actual.

En la parte histórica, los puntos que constituyeron la base de la 'Leyenda Negra' serán tratados como corresponde a una moderna exposición y crítica histórica. Por tanto, es necesario que, con la graduación conveniente, el niño español adquiera una idea clara sobre España a través de los siglos, no puede faltar la exposición de los puntos siguientes: el cristianismo, formación de la nacionalidad, reinado de los Reyes Católicos, exaltando su obra de unidad, Carlos I y Felipe II, el Imperio español y sus notas características y espirituales, la evangelización de América, la labor misionera de España en el Mundo, la Inquisición, el desmembramiento del Imperio como obra de la masonería, terminando con el Movimiento Nacional, principales hechos y figuras, exponiendo las biografías del Caudillo y de José Antonio.

d) *Libros de enseñanza del lenguaje.* Entre sus ejemplos, deben figurar temas religiosos, patrióticos y del Movimiento, en forma de frases, ejemplos,

La educación así concebida y controlada era de una consistente uniformidad. No es de extrañar, por lo tanto, que escritores procedentes de diferentes puntos de la península y de diferentes clases sociales, sin previos lazos personales, se encuentren de acuerdo e identifiquen con sorprendente unanimidad las causas y los efectos indeseables que existen en la vida nacional. El idéntico molde educativo creó en ellos reacciones de igual signo y actitudes idénticas.

La IDEOLOGIA que animó a esta promoción es socializante. No se trata en la mayor parte de los casos, de la afiliación con un partido político. Es más bien un compromiso con la realidad de la época y con los sectores menos privilegiados del pueblo español, que brotó de la conciencia perturbada del escritor, todo lo que se traducirá en una ideología de signo izquierdista, a la que corresponderá, estéticamente hablando, un realismo socialista.

Los jóvenes escritores de aquella época, al enfrentarse con una sociedad despolitizada, donde los portavoces oficiales venían presentando al socialismo como una fuerza satánica, sentirán la atracción del fruto prohibido, concluyendo por buscar informes y lecturas de los teóricos marxistas. Frente a la idea de las derechas de que sólo es posible una novela políticamente esterilizada, nace espontáneamente la noción de que la novela debe estar comprometida con la realidad socio-política. A la despolitización, se opondrá la politización. Y como por aquellos años la afiliación política era poco menos que imposible, la única forma viable de politización fue por medio de la literatura, de modo que "para estos autores, el problema [reside] en descubrir una realidad políticamente significativa".⁵

Mas la ideología socialista no se presenta siempre bien definida, como es en el caso de los novelistas del nuevo romanticismo. En algunos escritores sociales de nuestra generación es únicamente un sentimiento vago, una inquietud que le empuja hacia la temática social. Otros, se muestran ambiguos en cuanto a su posición ideológica. No es de extrañar que por temor o por presión, haya escritores que lleguen a negar en redondo el compromiso artístico. El caso más

fragmentos de discursos, poesías, etc., de manera graduada. Los autores de estos ejemplos serán españoles e hispanoamericanos principalmente.

e) *Libros de ciencias naturales*. En los libros de ciencias naturales, al describir el origen del mundo, se dará una explicación ortodoxa del mismo y se procurará hacer de esta materia un elemento de educación religiosa."

Circular núm. 59, 1 de diciembre de 1943, Vicesecretaría de Educación Popular. Citado por Valeriano Bozal, "La edición en España. Notas para su historia", *Cuadernos para el Diálogo*, XIV Extraordinario, mayo de 1969, pp. 85-86.

⁵ Salvador Clotas, "Meditación precipitada y no premeditada sobre la novela en lengua castellana", *Cuadernos para el Diálogo*, XIV Extraordinario, mayo de 1969, p. 15.

notable es el García Hortelano que llegará a declarar "yo nunca he escrito novela sociológica";⁶ cuando es él, precisamente, uno de los novelistas más destacados del realismo crítico social.⁷

La actitud socializante de la promoción se perfila en el momento en que los escritores en ciernes se integraron a la vida activa cultural. Entonces se les hará obvia la falsedad de la fastidiosa indoctrinación a que estuvieron sujetos. Partiendo de una uniforme visión de la realidad española, adoptarán una actitud inconformista e iconoclasta: no están de acuerdo con el programa nacionalsindicalista y quieren llevar a cabo un cambio en el estado de cosas; primero, mostrando una serie de situaciones injustas o falsas por medio de la novela; después, atacando los mitos que han hecho posible una mentalidad colectiva que tolera tales situaciones. De ahí nació una literatura por reacción, o por rebeldía si se prefiere, contra lo impuesto a la fuerza por la dictadura; contra la situación política, social y económica; contra el pensamiento de derechas, y contra sus manifestaciones literarias: contra la novela justificativa del franquismo, contra Gironella y Emilio Romero y Pemán; y por añadidura, contra la literatura escapista del tremendismo.

Los TEMAS son indicativos de las inquietudes que mueven a estos escritores, en su mayor parte versan sobre problemas laborales, pero entre los temas figura también la crítica antiburguesa y el problema de la vivienda que por entonces alcanzó proporciones trágicas. En total, he identificado seis temas: la abulia, el campo, el obrero y el empleado, la vivienda, los vencidos, la desmitificación. Como subproducto, podría añadirse el libro de viaje.⁸

Al enfocar los temas citados, se da un testimonio del estado de cosas indeseable con el propósito de lograr una toma de conciencia por parte del lector, como previamente la había tomado el escritor. Lo que se intenta, en última instancia, es lograr un cambio. Esta función de la novela como instrumento de reivindicación, fue parte de la herencia recibida de los novelistas inconformistas del periodo republicano. Sin embargo, existe una diferencia fundamental entre ambas promociones. Libros como *Siete domingos rojos*, de Sender, *Campesinos*, de Arderís, *Una vida anónima*, de Zugazagoitia, o *Los*

⁶ Antonio Burgos, "La fosa del realismo social. Estéticas con freno y marcha atrás", *ABC*, no. 20817, 28 de mayo de 1970, pp. 12 y 61.

⁷ Autodesautorizaciones de este tipo, recuerdan las que se encuentran en los prólogos de Quevedo. En el caso de García Hortelano, empleado del Estado, la desautorización tiene el propósito de ponerse a salvo del rayo gubernamental. La declaración está hecha poco después de la aparición de mi libro sobre la novela social.

⁸ Para más detalles, remito al lector a mi libro *La novela social española, 1920-1971*, 2a. edición, Seix Barral, Barcelona, 1973.

pobres contra los ricos, de Arconada, son novelas social-reivindicativas que van dirigidas a las masas con el propósito de que tomasen conciencia de la justicia social que se les debía, y los lectores procedían en buen número, de la clase trabajadora.⁹ En el caso de la generación de 1954, no es así. Los lectores después de la Guerra Civil no se encuentran en la clase proletaria. El productor quedó demasiado debilitado y postrado por la sistemática represión de un régimen que, a todas luces, desconfiaba de él. Además el poder adquisitivo de un obrero por esos años, le impedía permitirse el lujo de una novela; por mucha afición que tuviese a la literatura, debía atender a otras necesidades perentorias. El jornal medio era entonces inferior al nivel de subsistencia. El lector de la novela social después de la guerra, se encontraba entre la pequeña y media burguesía liberal, principalmente entre los jóvenes, entre universitarios, intelectuales y profesionales.

Volviendo sobre la función de cambio de la novela críticosocial, surge la duda sobre la efectividad de semejante propósito. Es ya un tópico señalar la puerilidad de la intención, aduciendo como prueba el hecho de que esta literatura no logró en España, en treinta y cinco años, un solo cambio concreto. Pero el propósito no fue nunca ese, no podía serlo. De todos los novelistas que conozco, no creo que uno solo haya escrito una novela con la esperanza de que fuese la chispa que hiciese arder al Régimen. Basta leer las declaraciones que en diversas revistas hicieron estos autores, para darse cuenta que el propósito es mucho menos espectacular. El repetido e insistente señalar de situaciones injustas e inconvenientes, multiplicado por el elevado número de creaciones que aparecieron a partir de 1954, por fuerza tuvo que dejar una marca en la conciencia colectiva. Y por ahí, si va el propósito del escritor social. Luego, la presión pública se traducirá en reformas o en modificaciones de la actitud oficial del Régimen.

Considérese, por ejemplo, que un régimen opuesto a todo progreso social, instituyó en España un programa de medicina social que se fue mejorando en el transcurso de los años.

Considérese, por ejemplo, la espectacular vuelta de los partidos de izquierda que, tras casi cuarenta años de exilio, privados de comunicación directa con las masas, recibirán millones de votos de la noche a la mañana.

⁹ "En países como el nuestro, el arte proletario sólo puede permitirse describir las luchas contra el capitalismo y —eso sí— contribuir a la fusión de las tendencias revolucionarias de los partidos y grupos, en una sola masa con una sola consigna". Ramón J. Sender, "Literatura proletaria", en José Esteban-Gonzalo Santoja, *Los novelistas sociales españoles (1928-1936)*, Editorial Ayuso, Madrid, 1977, p. 113.

Considérese, por ejemplo, la progresiva liberalización de la censura.

Y finalmente, considérese, la paulatina apertura de la dictadura en sus sucesivas fases.

Estos ejemplos revelan la existencia de una conciencia política dentro del país, en la que no pudo menos que obrar la literatura social coadyuvando a mantenerla viva, pese a todos los esfuerzos del Régimen por despolitizarla. Sin embargo, como se apreciará en los ejemplos dados, no se trata de soluciones inmediatas, visibles a corto plazo.

Los MODELOS hay que ir a buscarlos entre la literatura parascial de la precedente generación (o sea, de la que empieza a escribir al poco de concluir la contienda), y entre las traducciones de corte realista que, procedentes del inglés, se publicaron durante los años formativos de nuestros autores. El año 1945 señala el número más elevado: 523 novelas procedentes del inglés, frente a 730 libros españoles. La implicación de estos datos es muy significativa si se considera que entre las obras españolas "la novela contemporánea tiene muy poca importancia mientras que la novela inglesa es casi siempre contemporánea".¹⁰ Aunque la influencia de esta escandalosa importación es innegable, se olvida que esta generación recibió una fuerte influencia de la literatura prohibida.

Los libros prohibidos eran adquiridos en puestos y librerías de segunda mano, descubiertos en la biblioteca de casa, de familiares o de vecinos, y atesorados e intercambiados entre los lectores como si se tratase de preciadas joyas. La fascinación por los libros prohibidos despertó en no pocos jóvenes una verdadera fascinación por la novela. De este modo, se establecerá contacto con los escritores del nuevo romanticismo, con los heterodoxos como Clarín o Pérez de Ayala, con los libros de los maestros del 98 que figuraban en el Index Librorum Prohibitorum. La influencia de los escritores prohibidos del periodo republicano queda avalada por una notable coincidencia: todos los temas cultivados por los novelistas del 54, con la excepción del tema de la vivienda, están ya presentes en diferentes estados de desarrollo, en la novela del nuevo romanticismo. Además, desde 1933-34, los novelistas republicanos empezaron a inclinarse hacia el objetivismo y en esa dirección seguirá la evolución del arte social. Véanse los casos de Carranque de Ríos, Benavides, Sender o Arderius, por ejemplo. El ciclo social quedó brusca y artificialmente interrumpido por la guerra. Y al incorporarse la promoción de 1954 a la vida cultural, se encontró con la misma problemática de los años 30, empeorada en todos sus aspectos. Como con-

¹⁰ Bozal, p. 87.

secuencia, se volverá a modelos previos. La tradición de la novela crítico social estaba más viva de lo que generalmente se supone.

La ESTÉTICA que predomina en los diez primeros años de la generación de 1954, es la del realismo objetivista de corte neoclásico, afín a los postulados de György Lukács, y en menor grado, siguiendo los principios teóricos de Bertolt Brecht. A partir de 1962, el porcentaje se invierte.

El realismo objetivista no es la mera reproducción de un suceso, en el sentido que lo es un reportaje periodístico. Por el contrario, supone una selección de hechos con los que se elabora una realidad artística, se crean unos personajes representativos y se manipulan unos componentes técnicos, todo como medio para expresar un compromiso reivindicativo.

La selección de hechos deja patente un testimonio del estado de cosas. Los hechos aparecen en la novela relacionados con un suceso determinado (la explosión de una mina, en el libro de López Salinas; el derribo de una chabola, en Ferres; la vida en una colonia veraniega, en García Hortelano, etc.), mas los hechos proceden de toda una serie de incidentes del mismo tipo con los que el autor se ha familiarizado. Aunque en algún caso se den cifras estadísticas (concretamente en *Dos días de septiembre*, de Caballero Bonald), lo estadístico se ha de entender como la coincidencia de una multiplicidad de incidentes que se repiten en un sector de la sociedad y que, precisamente por eso, prestan validez al testimonio. Sin embargo, la captación no es meramente repertorial sino que está sujeta a una transformación artística: lo de todos los días aparece condensado, manipulado, seleccionado e integrado dentro de una ficción.

El personaje representativo implica asimismo una manipulación que no es tan fácil de lograr como a simple vista pudiera parecer. No se trata de un reflejo del modo de estar, sino de la captación de las actitudes, valores y creencias peculiares de toda una clase social y que, en el personaje, se manifestarán a través de la conducta individual. Luego, para que las peculiaridades colectivas se hagan obvias y las implicaciones queden patentes, se creará una serie de personajes secundarios que a modo de "eco" o de "antagonismo" confirmarán las manifestaciones del personaje principal.

La aparente simplicidad de la prosa no es en las buenas novelas sociales, accidental, sino el resultado de una consciente elaboración, lo mismo que ocurre en el caso de la prosa de Azorín, o del diálogo de Baroja.

En la estética del realismo crítico objetivista, se exige que el autor se inhíba y deje que los hechos hablen por sí mismos, sin comentarios adicionales. Esto supone que el lector, para entender el pleno

significado de la ficción, ha de tener previo conocimiento de la problemática socioeconómica sobre la que versa. En la información del estado de cosas, reside precisamente el interés del asunto, tan esencial para que el lector siga con la lectura: el lector está enterado de la situación y al ir leyendo, se va iluminando su conocimiento, va descubriendo que "así" es efectivamente, como él sabía o suponía que era, y, al comprobarlo, se interesa en las peripecias, toma parte en la representación de los hechos.

Las implicaciones de un caso socioeconómico de carácter colectivo, se establecen artísticamente mediante una asociación de imágenes organizadas en conjuntos con la capacidad de poder ser interpretados en un determinado sentido crítico, sin la previa intromisión del autor. Estos conjuntos elocuentes, sí, pero mudos, no sólo obedecen en el caso de la novela española del 54, a la estética objetivista; son también, una necesidad de la época. Oficialmente, la temática social será indeseable, pero la estética, no; coincide con la actitud básica del franquismo que aconsejaba no opinar, no actuar.

AL cabo de unos diez años de realismo objetivista, la tendencia por razones de su propia dinámica, condujo a una salida casi imposible dentro de las condiciones del momento: la novela desmitificadora. El estancamiento ha dado lugar a no pocas conjeturas negativas, entre las que se ha generalizado la opinión de que el arte social carece de elevación y, de ahí, la crisis,¹¹ conclusión gratuita que no toma en consideración las verdaderas causas del estancamiento y que capitaliza únicamente el abandono de la tendencia por parte de sus seguidores.¹² En realidad, el estancamiento obedeció a unas causas concretas y específicas que se derivan precisamente de los supuestos artísticos y humanos en que descansa la novela social. Luego

¹¹ "Alejados de toda preocupación de profundidad psicológica y escasamente atentos a los problemas del lenguaje... y del estilo, la obra de estos autores... no logra una gran difusión excepto en el marco de la universidad". Clotas, p. 15.

¹² No es mi intención sostener que toda novela social es buena. En el arte social hay de todo, bueno y malo, como en cualquier otra tendencia. Me refiero a las conclusiones que han sacado críticos de dudosa buena fe, por lo que a la novela social se refiere. Sirva de ejemplo el libro de J. M. Martínez Cachero, *La novela española entre 1939 y 1969* (Editorial Castalia, Madrid, 1973), donde a pesar del aparato bibliográfico que quiere justificar las conclusiones, y de la aparente intención conciliatoria (muy a tono con la política franquista del momento), el autor desprestigia la literatura social de la generación de 1954. Lo que distingue a la crítica de signo anti-social es el tono peyorativo y una notoria falta de ecuanimidad.

tenemos las circunstancias políticas que hicieron imposible la evolución hacia formas novelísticas más complejas.

A partir de 1959-60, es decir a raíz de la emigración masiva de obreros y campesinos españoles a otros países europeos, se van perfilando en el anorama socioeconómico español, cambios que repercutirán en la novela social. Por una parte, al reducirse la competencia laboral a causa de la emigración, el trabajador se encontró con la posibilidad de exigir algunas mejoras. Por otra, la emigración sirvió de válvula de escape, pues el personal más agresivo y más descontento desapareció del país. Los jornales, poco a poco, empezaron a ser superiores al nivel mínimo de subsistencia. Pero sobre todo, el emigrante que volvía a España, traía sus ahorros y se compraba un piso, o bien lucía lujos inconcebibles hasta entonces en un productor, como el automóvil. Aunque la situación del proletario siguió siendo penosa, el hecho es que el alza de jornales y la exhibición de artículos de precio por parte de los emigrantes, alteró la actitud del escritor. Ante el espectáculo de un obrero de la Volkswagenwerke que venía de Alemania con un aparato de televisión, el compromiso del novelista dejaba de tener sentido. Además, en la década del 60, España fue saliendo de su condición de país subdesarrollado para entrar en situación de semidesarrollo. Al iluminarse el ambiente con la euforia de la consumición, la problemática social perdió importancia a los ojos del lector: la furia adquisitiva parecía indicar que el malestar social ya no existía. A este panorama se debe añadir que, en ese ambiente donde la adquisición significa prestigio, el novelista ya con familia y, consecuentemente, con mayores obligaciones que diez años antes, se encontraba en la necesidad de aumentar sus ingresos. Hay que tener en cuenta que la tirada normal de una novela, es, en España, de entre 2,000 y 5,000 ejemplares, a veces, menos. Los derechos de autor son, normalmente, de un 10%. Esto quiere decir que una primera edición le reportaría al escritor entre 40,000 y 100,000 pesetas, según los precios de la época, muy posiblemente menos y, además, distribuido a lo largo del tiempo que tardase en venderse la edición. Los ingresos del escritor se encontraban en otra parte, en la colaboración de revistas, periódicos, radio y televisión, medios de difusión masiva que estaban controlados por el Régimen y que cerraron sus puertas a los novelistas inconformistas.²³

Lo más importante del caso es que al cambiar los tiempos y las

²³ "Los... grandes medios de difusión de masas, periódicos, diarios, sobre todo, pero también la radio y la naciente televisión, empezaron a cerrar las puertas de sus espacios a la presencia de muchos de estos jóvenes y pujantes escritores, más o menos inconformistas". Sueiro, p. 33.

condiciones de vida, la estética objetivista dejó de tener vigencia. Su continuación, la novela desmitificadora, por su carácter interpretativo, por su tono demoledor y furiosamente crítico de los mitos nacionales tan caros al franquismo, recibió el anatema incondicional de la Dirección General de Cultura Popular y Espectáculos, eufemismo tras el que se ocultaba el aparato censor. La liberalización de la censura que llevó a cabo Fraga Iribarne, fue más de forma que de fondo. Al escritor se le puso en la posición de tener que autocensurarse si no quería perder tiempo.¹⁴ De acuerdo con la nueva ley, podía someterse el manuscrito voluntariamente a una consulta previa, pero los resultados eran exactamente los mismos.¹⁵ El autor, por la naturaleza de su compromiso, por el carácter de la desmitificación y por las exigencias del Régimen, se encontró en un callejón sin salida. La única novela desmitificadora que logró publicarse en España fue *Tiempo de silencio*, las demás aparecieron en Francia o en México.

Para agravar más la situación, la nueva novela hispanoamericana invadió el mercado peninsular con notable éxito, lo que desanimó al novelista español,¹⁶ induciéndole al abandono de la temática social. Los escritores mismos, con sus diversas procedencias sociales y sus diferentes y, a veces, dispares profesiones, no estaban lo suficientemente unidos como para convertirse en un grupo de presión efectivo. Unos, como Caballero Bonald o Grosso, se internaron en el laberinto de la "nueva novela" siguiendo a Benet. Otros, como Goytisolo o López Pacheco, publicaron sus novelas desmitificadoras en el exilio. Pero una gran parte de los autores de la temática social, abandonaron el quehacer literario y optaron por coger un segundo o tercer empleo, o se dedicaron a las colaboraciones periodísticas o a redactar memorias subvencionadas, tal y como lo hizo Sánchez Ferlosio.

¹⁴ Sobre este particular, véase: Juan Goytisolo, "Los escritores españoles frente al toro de la censura" en *El furgón de cola*, Ruedo Ibérico, París, 1967, pp. 30-36.

¹⁵ La prohibición llegaba en forma de oficio que, en mi caso, decía lo siguiente: "En contestación a su consulta de fecha 11 de diciembre de 1970, se le comunica que no es aconsejable la edición de la obra titulada *El paleolepípedo*. Pablo Gil Casado.

Dios guarde a Vd. muchos años.
Madrid, 19 de enero de 1971".

¹⁶ "Esta explosión de libertad, escrita en castellano, ha perforado a los más conscientes analizadores del fenómeno literario, a los jóvenes críticos y novelistas... Y los narradores españoles más conscientes han detenido su marcha, bajo el impacto de esta subversión". Rafael Conte, "La novela española, hoy", *Revista de la Universidad de México*, vol. XXIII, n.º. 5-6, enero-febrero de 1969, p. 24.

Se terminó la impresión de este libro el día 3 de julio de 1979, en los talleres de la Editorial Libros de México, S. A., Av. Coyoacán 1035, México 12, D. F. Se imprimieron 1 600 ejemplares.

Cuadernos Americanos

HA PUBLICADO LOS SIGUIENTES LIBROS:

	<i>Precios</i>	
	<i>por ejemplar</i>	
	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
Rendición de Espíritu Tomo I, por Juan Larrea . . .	\$ 50.00	2.50
Tomo II	\$ 50.00	2.50
Signo, por Honorato Ignacio Magaloni	\$ 20.00	1.00
Lluvia y Fuego, leyenda de nuestro tiempo, por Tomás Bledsoe	\$ 30.00	1.50
Los jardines amantes, por Alfredo Cardona Peña . .	\$ 30.00	1.50
Muro Blanco en Roca Negra, por Miguel Alvarez Acosta	\$ 50.00	2.50
Dimensión del Silencio, por Margarita Paz Paredes	\$ 30.00	1.50
Aretino, Azote de Príncipes, por Felipe Cossío del Pomar	\$ 50.00	2.50
Otro Mundo, por Luis Suárez	\$ 40.00	2.00
Azulejos y Campanas, por Luis Sánchez Pontón . .	\$ 30.00	1.50
Razón de Ser, por Juan Larrea	\$ 40.00	2.00
El Poeta que se Volvió Gusano, por Fernando Alegria	\$ 20.00	1.00
La Espada de la paloma, por Juan Larrea	\$ 40.00	2.00
Incitaciones y Valoraciones, por Manuel Maples Arce	\$ 40.00	2.00
Pacto con los Astros, Galaxia y Otros Poemas, por Luis Sánchez Pontón	\$ 30.00	1.50
La Exposición. Divertimiento en tres actos, por Rodolfo Usigli	\$ 30.00	1.50
La Filosofía Contemporánea en los Estados Unidos de América del Norte 1900-1950, por Frederic H. Young	\$ 30.00	1.50
El Drama de América Latina. El Caso de México, por Fernando Carmona	\$ 50.00	2.50
Marzo de Labriego, por José Tiquet	\$ 30.00	1.50
Pastoral, por Sara de Ibáñez	\$ 20.00	1.00
Una Revolución Auténtica en nuestra América, por Alfredo L. Palacios	SIN PRECIO	
Chile Hacia el Socialismo, por Sol Arguedas	\$ 36.00	1.80
Orfeo 71, por Jesús Medina Romero	\$ 20.00	1.00
Los Fundadores del Socialismo Científico, Marx, Engels, Lenin, por Jesús Silva Herzog	\$ 50.00	2.50
Indices de "Cuadernos Americanos", por Materias Autores, 1942-1971	\$180.00	9.00

PRECIO DE LA SUSCRIPCIÓN DE LA REVISTA:

México	\$ 250.00	
Otros países de América y España		15.50
Otros países de Europa y otros Continentes		18.25

PRECIO DEL EJEMPLAR SUELTO:

México	\$ 50.00	
Otros países de América y España		3.10
Otros países de Europa y otros Continentes		3.65

(Ejemplares atrasados, precio convencional)

NUESTRO TIEMPO

Francisco Martínez de la Vega
Elfred Stern

Edgar Montiel

Antoni Kapcia

Eliseo Mendoza Berrueto

"México reafirma su más noble tradición".
Un intelectual europeo del siglo xx: Alfred Stern.

La juventud latinoamericana: fuerza social del desarrollo.

La novela cubana a partir de 1959, ¿revolución literaria o literatura revolucionaria?

Palabras pronunciadas por el Lic. Eliseo Mendoza Berrueto, Subsecretario de Educación Superior e Investigación Científica, en representación del C. Presidente de la República, Lic. José López Portillo, en ocasión de la entrega de Las Preseas "Miguel Hidalgo".

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Martha Robles
Iring Fetscher

Leopoldo González Aguayo

Ideología y conocimiento científico.

Condiciones para la supervivencia de la humanidad sobre la dialéctica del progreso.

Los vecinos de las grandes potencias. Desde un punto de vista menos formal.

PRESENCIA DEL PASADO

Bernardo Subercaseaux S.

Jesús Silva Herzog

José Blanco Amor

Filosofía de la historia, novela y sistema expresivo en Chile (1840-1850).

Durante la presidencia del General Plutarco Elías Calles. Sucesos que es menester recordar.

El tango. Una nostalgia que debe morir.

DIMENSION IMAGINARIA

Marigloria Palma
Jane Frances Spencer
Sergio Magaña
Moraima de Semprún Donahue

E. P. Mocega-González

Ramiro Fernández Fernández

Pablo Gil Casado

En torno a un cuento de Anton Chekhov. El claroscuro en la trilogía Lorquiana. La mujer sentada.

El Lirismo en *El paso de los gansos* de Fernando Alegría.

La revolución y el hombre en el cuento "El llano en Llamas".

Anunciaciones y ocultamientos: Relectura de *Del Aire* y *la Piedra* de Emilio Bejel. Compromiso y novela en la generación de 1954.